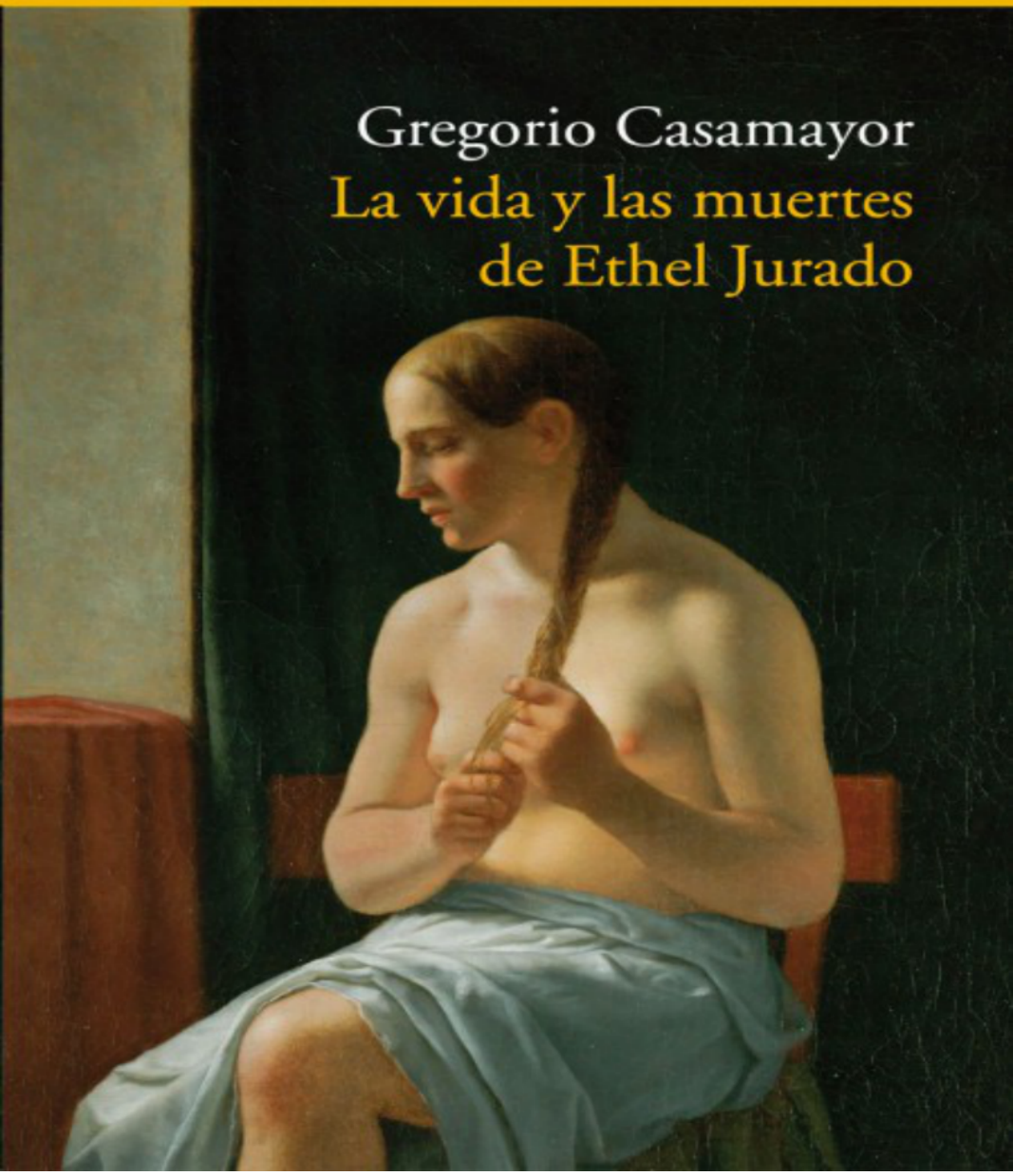
ACANTILADO

Gregorio Casamayor

La vida y las muertes de Ethel Jurado



LA VIDA Y LAS MUERTES DE ETHEL JURADO

GREGORIO CASAMAYOR

BARCELONA 2011 EL ACANTILADO

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Gregorio Casamayor Pérez
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

Ilustración de la cubierta, *Nu assis* (1839),
de C. W. Eckersberg
(Erich Lessing / Album)

ISBN: 978-84-92649-89-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 5109-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYA-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Ethel Jurado,
cualquiera que sea su paradero

UN FRACTAL es un objeto irregular formado por partes también irregulares, las cuales, si son aumentadas de tamaño, se muestran prácticamente iguales a su todo, y a la vez están formadas por partes más pequeñas que cumplen la misma propiedad, y así sucesivamente.

FRACTAL 1

ENRIQUE JURADO

Querida Ethel: allí donde estés, recuerda que te queremos. No cargues tú con la culpa de todos. Fue una terrible pesadilla, algo que nunca debió suceder. Margo te besa, te pide perdón y desea que vuelvas.

1-157

Querida Ethel: sólo hace una semana que me encontré con aquel compañero de estudios tuyo, uno alto y con la nariz chata que te acompañó a casa en un par de ocasiones. Me saludó tan efusivamente, como si fuéramos amigos de toda la vida, que no me atreví a preguntarle su nombre. La verdad es que me sorprendió, tiene todavía esa sonrisa suya tan acogedora; de hecho, antes de reconocerle, supe que me resultaba familiar por esa forma de sonreír. Salíamos del cine Renoir y acabábamos de ver la misma película, así que la breve conversación, a la puerta del cine, giró alrededor de *The visitor*. A los dos nos había gustado; los dos estábamos solos.

Voy al cine para ocupar las horas del fin de semana porque la resignación que se respira en casa me oprime, ni siquiera consulto la cartelera, camino hasta allí y entro a ver cualquier película. A veces, me entretiene y consigo no pensar; en otras ocasiones, salgo del cine y no sabría explicar qué he visto. Es cada vez más extraño ver a personas solas en el cine, y más si cabe a dos treintañeros como tu amigo y yo. Con Martine, el cine estaba unido siempre a la cena posterior y a la discusión sobre la película. Para Martine era imprescindible que fuera la versión original y la sesión de las siete o de las ocho, porque ella después necesitaba debatir sobre lo que denominaba la propuesta cinematográfica del director, era una cinéfila incorregible y aportaba puntos de vista que me dejaban anonadado. Ahora, cuando la película es buena, echo de menos tener con quién comentarla.

Tu compañero lanzó la gran noticia cuando nos despedíamos y por sorpresa: Ethel está muy cambiada, dijo, pero te pareces mucho a tu hermana, quiero decir a como ella era entonces, aunque he dudado un poco porque te recordaba con…—hizo un pausa breve y se llevó la mano a la cabeza, tenía unas entradas muy marcadas pero no se había quedado calvo como yo—, con el cabello rubio, remató él.

No sabes cómo me costó asimilar aquellas palabras, Ethel, se me hizo un nudo en el estómago porque pensé: está viva, Ethel está viva, y temí que esa noticia no tuviera continuidad. Ethel está viva, de acuerdo, pensé yo, pero dónde está, dónde la has visto. La vi hace poco, añadió él sin más, como si yo hubiera formulado la pregunta en voz alta, la vi en La Graciosa, pasé en la isla un fin de semana

fantástico. ¿Conoces La Graciosa? Es un lugar fascinante, continuó sin esperar mi respuesta, un paraje demasiado solitario para mi gusto, pero para la persona que sea capaz de aguantarse a sí misma, y de soportar sus propios silencios, debe de ser el paraíso.

No me atreví a preguntarle más, no en ese momento, te juro que me quedé en blanco, Ethel, desconcertado, sin saber qué decir. Pensé en Margo inmediatamente, en cómo le daría esa noticia y en cómo la asimilaría ella. El me miró unos segundos y al fin me estrechó la mano y se despidió. Estoy seguro de que esperaba algo más de mí, preguntas, por ejemplo, y durante un momento se me quedó mirando, quieto y en silencio, esperando que yo le formulara una pregunta tras otra, pero mi corazón debía de latir a doscientas pulsaciones por lo menos, sentía que, junto a las palabras, el corazón se me saldría por la boca. Además, él ya me había dicho dónde trabajaba y me había anotado en un trozo de papel su nombre de pila, Gerard, Gerard Pruna, recordé entonces, y su teléfono móvil. Me tranquilizó pensar que tenía una forma de localizarlo, porque la verdad es que en ese instante no me atreví a preguntarle por ti, Ethel, no me veía capaz de decirle que en trece años no habíamos tenido ninguna noticia tuya, que no sabíamos si vivías a dos calles de nuestra casa o en las antípodas, que no sabíamos siquiera si estabas muerta o viva.

2-157

Lo que le hicieron a Ethel no tiene perdón.

Después de que mi hermana se marchara estuve perdido una buena temporada, no sólo confuso, quiero decir realmente desorientado. No sabía qué se esperaba de mí. En casa se habían formado dos bandos, Margo y yo por un lado, y Santiago y Esteban por el otro, pero no había confrontación, lo único que hacíamos era evitarnos como si estuviéramos recomponiendo nuestras fuerzas y tomando posiciones para la batalla final.

A Margo le fue cambiando el humor. Mientras vivió Esteban, permaneció expectante, intentando que él le explicara qué había sucedido y por qué. Y tras la muerte de Esteban, Margo se fue encerrando en casa, en la habitación de Ethel, en un silencio tan enfermizo que de hecho temí por su salud. Supongo que como consecuencia del *shock*, a Margo le costaba mantener una conversación, no era capaz de concentrarse, y sin embargo emitía sonidos todo el tiempo, mascullaba palabras, gesticulaba, como si estuviera discutiendo con alguien que sólo ella podía ver. Sus

soliloquios eran tan intensos y disparatados que consulté con un psiquiatra; no quise acudir a la consulta del doctor que trataba a Ethel porque no me merecía confianza. A través de un compañero de trabajo obtuve el teléfono de un psiquiatra famoso, uno de esos que escriben libros y aparecen en los medios de comunicación. Fui a verle para explicarle lo sucedido y para que me aconsejara sobre cómo debíamos actuar en el caso de que Ethel regresara porque, durante los primeros meses, Margo y yo esperamos su vuelta con ansiedad, teníamos la esperanza de que los acontecimientos se encarrilarían como en anteriores ocasiones.

El psiquiatra me interrogó durante más de dos horas. Estaba sentado frente a mí, los dos en unas sillas con respaldo alto y con brazos, tapizadas en terciopelo azul, elegantes pero muy poco confortables, y me hacía preguntas directas y nunca se conformaba con mi primera respuesta. Aunque yo respondiera con seguridad y de manera espontánea, él tomaba notas y me miraba en silencio, dejando flotar en el aire uno de esos lápices amarillos y negros, hasta que conseguía que me sintiera incómodo y respondiera de nuevo a su pregunta, y entonces, al oír los matices y los detalles, él se daba por satisfecho. El psiquiatra me dijo que las víctimas de situaciones como la que Ethel había vivido tenían pautas de comportamiento muy definidas. En primer lugar, según él, esas personas pretenden negar la realidad, intentan vivir como si nada hubiera sucedido, sin hablar de ello ni comentarlo con nadie; más tarde, tienden a considerarse culpables, suelen hacer un ejercicio de introspección tan extenuante, me explicó, que acaban encontrando en sí mismas indicios de una conducta inadecuada; y finalmente, en algunos casos extremos en los que no han sido diagnosticadas ni tratadas, tienen comportamientos agresivos con ellas mismas que pueden ir desde provocarse lesiones hasta el suicidio. Temí entonces por Ethel, temí que hiciera alguna tontería. No fue culpa suya, de Ethel, entre todos la empujamos por ese precipicio.

Pero el psiquiatra fue más lejos. Cuando una persona está enferma, me dijo, si le duele la pierna y camina mal, cojeando, acabará doliéndole la espalda o la cadera o la rodilla de la otra pierna. Hay que diagnosticar esa pierna, por supuesto, pero hay que medicar a la persona para todo su cuerpo. Su hermana no es la única que necesita ayuda, insistió él, el resto de su familia también. Todos ustedes comparten de algún modo la misma enfermedad y todos necesitan tratamiento. Si lo desean, puedo verles juntos, incluido su hermano Santiago, o por separado, si creen que no están preparados para esa situación. Pueden ustedes seguir la terapia en esta consulta o puedo acercarme a su domicilio para vencer las resistencias iniciales. Como ustedes lo deseen, pero decídanse a actuar, deben prepararse para

recibir a su hermana, si es que ella opta por regresar.

Tardé varios días en atreverme a explicarle a Margo mi conversación con el psiquiatra, no encontraba el momento, o mejor dicho, temía su respuesta y esperaba una coyuntura favorable. Cuando conseguí hablar con ella, su comentario fue fulminante. Margo estaba en la cocina, pelaba calabacines, patatas y cebollas para hacer una crema, las lágrimas rodaban por sus mejillas y las enjugaba con el trapo de cocina que tenía sobre el mármol. Bajé un poco el volumen de la radio y le expliqué mis gestiones. Margo no se volvió, continuó troceando el calabacín. No necesito un psiquiatra, dijo sin ninguna emoción, ve tú si crees que te hará bien. Guardó silencio y luego añadió: Y no quiero volver a ver a Santiago, nunca más. No hagas que te lo repita, Quique. Después elevó el volumen de la radio, destapó la cazuela en la que había empezado a hervir el agua y volcó las hortalizas, el plato, el cuchillo, todo lo que tenía entre las manos, y se marchó a su habitación.

Me llamaron de la consulta del psiquiatra en tres o cuatro ocasiones al final mentí para sacármelo de encima, les dije que nos estaba tratando otro doctor.

3-157

Margo está muy envejecida, estos años han caído sobre ella como una losa.

Con cada traslado, Buenos Aires, México, Sevilla, Barcelona, Margo iba ganando quilos y perdiendo energía; poco a poco fue dejando de ser aquella mujer animosa que estaba siempre movilizándonos a todos con su buen humor y con sus accesos de locura.

Margo elaboró una teoría que explicaba lo que había sucedido en nuestra casa, que justificaba el drama como si hubiéramos sido víctimas de una conjura astrológica, a menudo tuve que frenarla para que no le explicara a todo el mundo, a cualquiera, lo que no era de su incumbencia. Bastaba con que un vecino o una vendedora le preguntara por la familia, más por educación que por verdadero interés, para que Margo quisiera desahogarse contando nuestras desgracias con pelos y señales. Fue agotador, decenas de veces tuve que pedirle que se callara y me sentí obligado a cogerla del brazo y arrastrarla hasta casa. Eso sucedió, sobre todo, inmediatamente después de la marcha de Ethel, ahora apenas si sale de casa.

Me he quedado con Margo para que no estuviera sola, me hizo prometerle que no la llevaría a una residencia mientras ella pudiera

valerse físicamente por sí misma. En los últimos tres meses diría que no ha salido de casa y hace más de una semana que sólo sale de su habitación si tiene hambre o necesita ir al baño. No es la primera recaída que tiene, desde que Ethel se marchó, y sobre todo desde que asumió que su hijita no iba a volver, ha alternado periodos de salud, aunque cada vez más breves y precarios, con otros de pesadumbre y enfermedades no diagnosticadas. Cuando se recupera, está cada vez más consumida, más silenciosa, como si pudiera recargar las baterías pero éstas tuvieran cada vez menos autonomía.

Tuve que amenazarla con irme de casa, también yo, para obligarla a ir al médico porque me preocupaba su dejadez.

Sólo hay que echarle un vistazo a la casa para ver cómo el polvo se va depositando sobre los muebles y los objetos; no me atrevo a mover nada porque me deprime ver surgir una mancha gris debajo. A veces me dan arranques de rabia cuando veo aparecer la suciedad en los rincones y en los cristales; entonces me pongo a limpiar como un loco, durante horas, hasta que consigo una apariencia de limpieza. Pero no sirve de nada. En una ocasión abrí un cajón de la cómoda y lo encontré repleto de correspondencia, nada importante, propaganda, cartas del banco y del administrador, facturas y recibos, sobre todo, pero todas cerradas, acumuladas allí porque lo que no se ve no hace daño.

No sirvió de nada que llevara al médico a Margo, que estaba deprimida, es todo lo que se le ocurrió al doctor, no fue capaz de efectuar un diagnóstico más preciso y tampoco acertó con el tratamiento. Margo se tomó la medicación mientras yo la perseguí para que lo hiciera, hasta la llamaba por teléfono desde el despacho para recordárselo, pero ella no notaba ningún alivio, empezó a confundir unas pastillas con otras y acabó esparciéndolas por todos los cajones de la casa, no las tiró porque costaban dinero, pero se deshizo de ellas.

4-157

Ethel desapareció de nuestras vidas hace trece años.

No era la primera vez que mi hermana se marchaba de casa. A pesar de tener razones para odiarnos, siempre acababa volviendo o, de algún modo, conseguíamos dar con ella y la obligábamos a regresar. Recuerdo con claridad la preocupación y el pesar de Margo y Esteban cada vez que Ethel huía, y daba por descontado que mi hermana estaba enferma y que por eso actuaba de un modo temerario. Saber la

verdad nos ha hecho esclavos a Margo y a mí; quedamos atrapados para siempre en un miércoles, el 19 de junio de 1996.

Trece años puede ser una eternidad, sobre todo cuando los días transcurren sin fluctuaciones. La monotonía es como un agujero negro capaz de absorber toda tu energía, te atrapa y te adormece. Si no hay nuevos estímulos, tampoco hay necesidad de nuevas respuestas, el tiempo transcurre así más deprisa porque no hay que elaborar nuevos comportamientos que nos permitan adaptarnos a distintas situaciones. Y cuando quieres darte cuenta, cuando de repente te reencuentras con el pasado, aunque sea de forma accidental a la salida de un cine, es como si te despertaras de un sueño pesado y resacoso, pero entonces ha pasado demasiado tiempo y tienes la sensación de haber extraviado lo mejor de tu vida.

Durante los tres primeros años, Margo invirtió toda su energía, que parecía inagotable, en encontrar a Ethel. Lo probó todo: la policía, anuncios en los diarios, avisos en las calles, hasta formó parte de varias asociaciones de familiares de desaparecidos. Tanto esfuerzo para nada. Margo no la menciona ya casi nunca, a Ethel, y cuando lo hace, su voz refleja una profunda desolación. Perdí a mi hijita, se lamenta, primero le hicieron daño y la distanciaron de mí, y luego la perdí para siempre.

5-157

Ethel no hablaba de otra cosa, al menos conmigo, su obsesión era marcharse de casa.

La expresión que Ethel utilizaba era más contundente. Necesito huir, decía ella, del infierno que es, para mí, nuestro hogar, dulce hogar. Yo no podía comprender ese sentimiento. Se lo oí repetir durante al menos diez años y lo intentó en cinco o seis ocasiones hasta que al fin lo consiguió. Solía plantearlo abiertamente en los periodos en los que se encontraba bien y lo hacía desde los aspectos más prácticos: tengo trabajo, soy mayor de edad, puedo valerme por mí misma y he encontrado una habitación en un piso de estudiantes.

De todos modos, su comportamiento era incomprensible para mí, porque la mayoría de las veces ella anunciaba su propósito, y lo hacía con la antelación suficiente para que toda la familia pudiera estar alerta. En esos casos, lo habitual era que surgiera una tensa discusión que se iniciaba con una frialdad calculada, como si fuera posible aparcar las emociones, y finalizaba con una erupción de gritos y reproches. Los contendientes solían ser Ethel y Esteban. Mi hermana

se alteraba enseguida, perdía los nervios ante la parsimonia de Esteban y podía llegar hasta el insulto más grosero; en cambio, nuestro padre sabía contenerse, mantenía el tono de voz bajo y evitaba gesticular, como si siguiera una dramaturgia preestablecida. Al final, cuando parecía que Ethel daba por cerrada la discusión y asía la bolsa para marcharse, nuestro «bondadoso» padre, de cabellos blancos y aspecto delicado, perdía el equilibrio, se desmayaba y caía al suelo como si le hubiera dado una lipotimia. Entonces, Margo, que permanecía callada las más de las veces, retorciéndose las manos sin decidirse a intervenir, se exaltaba, prorrumpía en gritos, y consideraba a Ethel culpable de cualquier cosa que pudiera sucederle a su marido. La intervención de Margo, invariablemente a favor de Esteban, desataba las emociones: lloraba ella, lloraba Ethel y todo el drama parecía quedar en suspenso. Mientras Margo atendía a Esteban, Ethel volvía a su habitación y se refugiaba allí hasta que acumulaba fuerzas para un nuevo intento.

6-157

Una tarde, en junio de 1996, Ethel se presentó en casa acompañada de sus amigos de la facultad, Gerard y Laura. Era la tercera vez y en esta ocasión su actitud era más adusta, apenas si masculllaron un saludo al entrar. Gerard no se anduvo por las ramas. Llevaba una cazadora tejana bajo el brazo y, puesta, sólo una camiseta negra de manga corta que remarcaba un pecho fuerte y amplio, y unos brazos musculosos; con su actitud desabrida parecía querer controlar la situación desde el primer momento. Ethel, no te entretengas, dijo con un tono desafiante, o se nos hará tarde. Recoge tus cosas y vámonos. Yo miré el reloj de la pared, eran las siete y cincuenta y dos minutos, como si eso tuviera alguna importancia. Laura la acompañó a su habitación, actuaban como si hubieran planeado todos los detalles. Santiago, ante el silencio de Esteban y Margo, que no se esperaban para nada semejante situación, quiso encararse con ellos. Santiago se levantó rápidamente. Qué está pasando aquí, protestó con un tono amenazador, no querréis que llame a la policía. Esa es una muy buena idea, ironizó Gerard caminando hasta Santiago y plantándose ante sus mismas narices, estoy convencido de que la policía tendría mucho interés en conocer todos los detalles. ¿Por qué no la llamas?, Gerard provocó a Santiago golpeándole en el pecho con las palmas de las manos, varias veces, y lo hizo retroceder y lo devolvió a su silla, ¿o acaso prefieres que lo haga yo?

En una ocasión anterior, hacia mitad de curso, sus compañeros de facultad habían pasado por casa, pero la situación había sido muy diferente. Ethel estaba en cama, enferma, acababa de salir de una crisis y todavía no tenía ánimo suficiente para hacer vida normal. Sus amigos estaban preocupados por ella y habían pensado que una visita quizá pudiera animarla. Esteban les agradeció el detalle y les preguntó sobre la relación que mantenían, sobre cómo se comportaba en clase, cómo la veían ellos, y sus amigos nos contaron algunos de sus delirios, como querer organizar una comuna en la que todos compartieran todo, o esa idea peregrina de querer abolir la moneda y recuperar el trueque.

En aquella ocasión, Margo preparó café y sacó unas galletitas danesas. Esteban acababa de montar la maqueta de un barco que acabaría en el interior de una botella. Llevaba las gafas en la punta de la nariz y su melenita blanca algo enmarañada. Se disculpó, dijo que tenía cola en los dedos y salió del comedor; volvió un par de minutos más tarde, con una camisa limpia y ese aspecto distinguido que le caracterizaba.

Margo era una mujer gruesa, sufría de las rodillas y de las articulaciones de los brazos, sobre todo muñecas y codos, además tenía soriasis en las manos. De joven había sido muy guapa, una mujer austríaca, alta y rubia, que nunca se había adaptado a la vida fuera de casa. Esteban y Margo se habían conocido en Madagascar y se habían casado allí, y en esa isla nació Santiago. Luego a Esteban lo trasladaron a Buenos Aires, donde nació primero Ethel y yo sólo un año después. Más tarde la empresa le destinó a Ciudad de México, desde donde desarrollaba proyectos para toda Centroamérica, luego lo enviaron a Sevilla y finalmente pudo volver a su ciudad, Barcelona, que para Esteban significaba volver a la tierra prometida.

En aquella segunda oportunidad, Ethel ni siquiera salió de su habitación, y Esteban y Margo les hablaron de su enfermedad, que se remontaba a la adolescencia y que por desgracia no iba a mejor. Según ellos, y yo se lo había oído repetir miles de veces, Ethel necesitaba ayuda constante, las veinticuatro horas del día, cierta vigilancia que garantizara los periodos de descanso, la alimentación y sobre todo que fuera disciplinada con su medicación. Fue una visita breve pero cordial. Mis padres les dieron a los compañeros de Ethel las gracias por su preocupación y les rogaron que les advirtieran de cualquier suceso que pudiera comprometer su salud. Todo muy educado, todo muy pulcro, como la inmaculada alfombra que acabamos de levantar para ocultar la basura.

7-157

Margo buscaba respuestas claras, inequívocas, sinceras.

Margo exigía de Esteban y Santiago alguna explicación sobre lo que había pasado, lo exigía cada vez con más determinación, y con una vehemencia que excluía las respuestas vagas, las imprecisiones y, por supuesto, la mentira en cualquiera de las formas que pudiera adoptar. Margo mantenía sitiado su ex dormitorio, que permanecía con la puerta siempre abierta, como si desde el pasillo o desde cualquier otra habitación pudiera vigilar los movimientos de su marido. Esteban no se atrevió a volver sobre los viejos argumentos, para defenderse ocultaba la cabeza debajo del ala, se quejaba de un dolor impreciso en el pecho y permanecía con los ojos cerrados, ni siquiera tenía valor para mirar a Margo a la cara.

Desde que nos dejó Ethel, Esteban cayó postrado en la cama y ya nunca le vimos levantado. Por su parte, Santiago parecía ser poseedor de una entereza o de un cinismo, no sé cómo llamarlo, que al menos a mí me desarmaba. Aunque también callaba ante Margo. Su estrategia consistía en estar en casa el mínimo tiempo posible, seguíamos compartiendo la habitación pero ni una sola palabra. Era mi hermano, pero lo hubiera estrangulado; me miraba con una media sonrisa cómplice, como si me dijera tú no te hagas el inocente, Quique, porque sabías perfectamente lo que estaba pasando.

¿Lo sabía? ¿Sabía yo lo que estaba sucediendo? Cuando abría los ojos y veía salir de la habitación a Santiago, o cuando le oía volver de madrugada, de dónde creía que venía, qué pensaba yo que había estado haciendo.

¿Lo sabía? A pesar del tiempo que ha transcurrido, no me atrevo a formularme esa pregunta, no fui capaz entonces y tampoco me atrevo ahora porque me da miedo la respuesta.

¿O es que simplemente esperaba yo que fuera mi turno?, como me espetó Santiago al sentirse acorralado. Perdónanos, Ethel, perdona lo que te hicimos.

8-157

Querida Ethel: te hemos echado mucho de menos, Margo y yo. La angustia de no saber nada de ti acabó convirtiéndose en una tristeza fría y dolorosa. Nunca has estado tan presente en nuestras vidas como en estos años, pero ahora que casualmente te he localizado no me

atrevo a decirle a Margo que sé dónde estás, no sé cómo reaccionaría. Por otro lado, tampoco sé si tengo derecho a ocultárselo. Todos estos años hemos vivido en precario, es como si alguien hubiera hecho añicos un jarrón chino y nadie hubiera sido capaz de recomponerlo. Seguimos aquí, pero no podemos llevar una existencia normal porque somos conscientes de cada ínfimo fragmento que nos falta. A veces creo que Margo vive, todavía, sólo porque se aferra a la idea de que volverás a casa. O quizá no, Ethel; quizá es que no puede morir porque antes necesita obtener tu perdón.

9-157

Voy a hacérselo pagar.

No eran palabras huecas, sino una amenaza cierta que Margo repetía como si fuera una oración. Me lo van a pagar, estoy en mi derecho. Ellos le hicieron daño a mi niña y la separaron de mí para que no pudiera protegerla. Ahora es tarde para todo, susurraba Margo, para todo menos para la venganza.

Yo creía que eran sólo palabras y que Margo, que había pasado adormecida los últimos años, sometida a la voluntad de su marido como si fuera una marioneta, no se atrevería a hacer nada de lo que después pudiera arrepentirse. Pero me equivoqué, la determinación de Margo era irrevocable, y tardé demasiado en conocer la magnitud de mi error. En esa época yo todavía acudía a diario a mi empresa, me esforzaba por llevar una vida normal, y Margo pasaba sola con Esteban la mayor parte del día, estrechando el cerco sobre él, presionándole para conocer la verdad o, mejor dicho, para confirmar la verosimilitud de sus sospechas.

10-157

Despídete de tu padre, me ordenó Margo una noche. Yo había tenido un día difícil en el trabajo y las horas habían ido lastrando mi ánimo. Llegué a casa fatigado y lo primero que hice fue darme una ducha. Al salir del baño, Margo me esperaba en el pasillo. Despídete de tu padre; lo dijo sin mirarme a la cara, como si estuviera dándome un recado sin importancia de Martine.

No me atreví a entrar en la habitación, me quedé en la puerta, con

la mano asida a la manija como si quisiera sujetarme a la vida. Esteban estaba cubierto hasta el cuello con la colcha, tenía los ojos cerrados, había sido peinado con esmero y afeitado, y la habitación olía a lavanda. No me acerqué a la cama, no dije nada, no supe qué pensar, no fui capaz de pronunciar una despedida, no sentí ninguna emoción. Todos esos *no* me persiguen todavía.

11-157

¿Hacia dónde mirábamos, Margo y yo?

Resulta sorprendente que hayamos sido capaces de inventar instrumentos que nos permitan observar el nacimiento de estrellas, a millones de años luz, y que no podamos percibir las tremendas convulsiones, el miedo y el llanto y el crujir de dientes que tienen lugar a nuestro lado, a sólo unos pasos de donde nos encontramos.

Margo no habla nunca de Ethel, pero piensa en ella a todas horas. Le tortura reconocer que le falló a su hija. Habla sola, sobre todo de noche cuando está en su habitación y cree que no puedo oírla. Y sobre todo habla con Ethel. Margo le hace siempre las mismas preguntas, cuándo fue que dejó de hablar con ella, cuándo se interrumpieron aquellos momentos de intimidad en el baño o en la cocina, cuando las dos se contaban sus cosas en alemán como si fuera en un código secreto. A Santiago y a mí nos daba rabia presenciar esa complicidad y no poder formar parte de su mundo. Lo intentábamos a veces siguiendo sus bromas y sumándonos a sus historias, pero era en vano, no conseguíamos entrar; era como si nos hubieran dado un buen manojo de llaves pero no fuéramos capaces de encontrar la que debía abrir esa puerta.

La conozco tan bien, ahora, a Margo, después de estos trece años de purgatorio. La he visto a menudo, en el comedor, apilar los álbumes de fotografías y abrirlos por orden cronológico y contemplar las fotos como si fuera la película de nuestra vida. Margo se detenía en cada fotografía, la contemplaba durante unos minutos y luego cerraba los ojos como si pudiera rememorar cada situación. Después, con la yema del dedo índice reseguía el contorno de las imágenes de Ethel y movía los labios como si estuviera hablando con ella. Más tarde, despegaba las láminas de plástico y sacaba las fotos en las que aparecía Esteban solo y las hacía trizas. Y si no podía porque también estábamos nosotros, le recortaba la cabeza. En el cuarto álbum dejó de hacerlo, como si aceptara que era ya demasiado tarde.

Margo busca una explicación, la necesita, como yo, porque no

podemos conformarnos sólo con los hechos desnudos, necesitamos conocer también los porqué, los cómo, los cuándo. Pero sin Esteban ni Santiago, sólo Ethel podría aportar las respuestas a nuestros interrogantes.

Unos días más tarde, como si fuera una nueva ocupación, volvía a sacar los álbumes y repetía la operación hasta que parecía darse cuenta de su inutilidad. Ya no hablamos Margo y yo; lo hemos dicho y repetido todo tantas veces que ahora nos basta un gesto para entendernos o para mostrar nuestro desacuerdo, y las palabras acaban deshaciéndose en la boca. Ya no llora, Margo; si tiene los ojos rojos es sólo porque no consigue dormir y un día juró que nunca más se tomaría una maldita pastilla.

12-157

De su último desvanecimiento, Esteban ya no se recuperó.

En otras ocasiones, tras su desmayo, real o fingido, y los duros reproches de Margo, Ethel agachaba la cabeza y se encerraba durante varios días en su habitación. Pero la última vez, Ethel salió de casa cargada con un par de maletas y acompañada de sus amigos. Esa tarde, el portazo llenó toda la vivienda, y nuestro padre, como si hubiera adivinado que no había vuelta atrás, ya no se levantó. Entre Santiago y yo pudimos incorporarlo y llevarlo a su dormitorio. Lo estiramos en la cama mientras parecía recuperar la conciencia. Esteban miró a derecha y a izquierda, nos interpeló con una mirada débil y, ante la falta de respuesta, cerró los ojos y se quedó allí postrado. No quería hablar. Se negó a comer, lo que para un diabético es prácticamente un suicidio, y dos días más tarde tuvimos que llamar al médico y pedirle que lo ingresara para que pudieran alimentarlo con suero. No sirvió de nada. Estuvo cinco días en el hospital y una ambulancia lo trajo de regreso a casa sin un diagnóstico claro. Esteban volvió a ocupar su cama y treinta días después de la marcha de Ethel murió. Margo no le dejó ni de día ni de noche, ni en el hospital ni en casa. No permitió que hiciéramos turnos para que ella pudiera descansar.

Cuando en plena crisis Margo comprendió que Esteban no iba a morir, y que quizá ni siquiera estaba enfermo, empezó a hacerle preguntas, una tras otra. ¿Qué ha sucedido con Ethel? ¿Cuándo empezó todo? ¿Qué hay de verdad en sus acusaciones? A Margo parecía no importarle que Esteban se mantuviera en silencio y volvía a comenzar con su interrogatorio, en el mismo orden o tomando otro

cabo del ovillo, sin darle tregua. Cuanto más callaba Esteban, más grande era el apremio y el ansia que Margo tenía por conocer la verdad. Poco a poco, lo que primero eran preguntas acabaron siendo afirmaciones en boca de Margo, y los silencios de Esteban sólo servían para confirmarlas.

Margo perdió ocho quilos en ese primer mes. Estaba cambiada, perdió también ese aire ausente que la caracterizaba y se le endurecieron los rasgos de la cara. Cuando recuperó el control de la situación, y fue consciente de que había reaccionado tarde, se dibujó en su rostro una mirada ácida que hacía daño. La primera decisión que tomó, después del funeral (contra todo pronóstico Margo decidió que su marido fuera incinerado), fue pedirle a Santiago que recogiera sus cosas y se marchara. Hoy mismo, le dijo, ahora mismo. Nuestro hermano mayor no se resistió, no replicó, preparó una maleta con sus cosas y se largó. De repente se hizo evidente que todos sabíamos lo que había sucedido, y lo más terrible es que supimos que habíamos sido cómplices de un silencio dañino. Esa sensación de culpa flota por la casa, está diluida en el aire que respiramos.

Margo estaba sentada en una silla, justo en el borde, en una posición que debía de resultarle incómoda, tenía los brazos apoyados en la mesa y la cabeza reclinada sobre ellos. Margo no le miró, pero siguió todas sus acciones a través de la sinfonía de ruidos que producía Santiago, la puerta del armario, los cajones, la maleta…, hasta que le oyó salir de su habitación y encaminarse hacia la puerta de la calle. Antes de que la alcanzara, le llamó. Santiago, le ordenó, *lass die Schlüssel aufdem Tisch*, la voz de Margo era de una frialdad que hería. Sin atreverse a mirarnos a la cara, Santiago dejó las llaves encima de la mesa, como le habían ordenado, procurando no hacer ruido, y se marchó. Pasó un minuto, quizá dos, pero no mucho más. Entonces Margo se levantó y fue al baño, se arrodilló ante la taza del váter y vomitó hasta la primera papilla.

Pensé que Santiago habría vuelto con su ex mujer; no es que tuviera algún indicio, simplemente lo pensé y me pareció razonable. Así que la llamé una semana más tarde. Ese día había pasado por la tintorería al salir de la oficina y, entre las cosas que me entregaron, había uno de sus trajes. No le dije nada a Margo. Carmina se extrañó de mi llamada, lo cierto es que nunca habíamos tenido más que las estrictas palabras de cortesía, y sobre todo se extrañó de que pensara que Santiago pudiera estar con ella. Había cierto sarcasmo en sus respuestas. Santiago no está aquí, me dijo, no puedo imaginar dónde está ni con quién puede estar y lo mejor, exclamó, es que tampoco me interesa. Pude haber llamado a la empresa en la que trabajaba mi hermano, o quizá a alguno de sus amigos, entonces me pareció que podría localizarlo fácilmente; sin embargo, no lo hice. Al día siguiente

salí de casa con la bolsa de la tintorería que contenía el traje de mi hermano. Al pasar por delante de una papelera, como al descuido, la embutí allí.

13-157

Llamará hoy, ¿verdad, Quique?, me decía Margo al levantarse.

Deja las puertas abiertas por si suena el teléfono, me repetía una y otra vez antes de acostarse. No llamará, pensaba yo, no volveremos a ver a Ethel. A veces fantaseaba que nos llamaba la policía para comunicarnos que habían encontrado su cadáver y lo cierto es que yo sentía alivio; no es que me alegrara de que mi hermana estuviera muerta, todo lo contrario, pero me sentía aligerado, por fin podría mostrar mi dolor, hacer saber a todo el mundo cuánto la había querido. Era una sensación extraña, era como uno de esos sueños en los que deseas que se produzca una desgracia, que ocurra una situación de peligro, para poder demostrar lo valiente y generoso que eres.

Perdóname Ethel, querida. Siento que, a pesar de que haya pasado tanto tiempo, todavía no es tarde. Margo y yo somos ya tu única familia, no tienes nada que temer. Debes volver, Ethel, debes enfrentarte a nosotros y a tu pasado, y debes maldecirnos por lo que te hicimos o por lo que no impedimos que te hicieran. Margo y yo necesitamos que nos acuses y que nos consideres culpables, pero también queremos que oigas nuestros lamentos y nos consueles. Necesitamos sentir que nos has perdonado, de corazón, para poder recuperar nuestras vidas. Regresa, Ethel, sólo tú puedes cerrar el paréntesis.

14-157

Ethel no podía saber qué había sucedido con Esteban y con Santiago, ¿o quizá sí?

Llamé a Gerard Pruna un mes después de habernos encontrado accidentalmente en el cine, le llamé porque necesitaba saber cómo estaba Ethel, qué hacía, si era feliz. Vaya preguntita. Cuántas cosas encierra. Según Gerard, sólo pasó con ella un par de horas cada tarde y yo quería hacerle preguntas cuyas respuestas hubieran precisado

toda una vida en común. ¿Qué pensaba Ethel de nosotros? ¿Qué les había explicado exactamente a sus amigos? ¿Nos odiaba todavía, también a nosotros, a Margo y a mí?

Sin embargo, a la hora de la verdad, no me atreví a formularle esa peliaguda cuestión, ¿es feliz, Ethel?, que era justó lo que más me interesaba saber. En el último momento, lo único que se me ocurrió fue pedirle que me dedicara un poco de su tiempo, que me ayudara a reconstruir ese último año.

Tengo la idea, quizá peregrina, de que si Ethel es feliz, eso debe de significar que finalmente nos ha perdonado, o quizá que ha conseguido olvidar y pasar página. Pero no le hice esa pregunta a Gerard por miedo a que su respuesta fuera negativa. ¿Feliz, Ethel?, me hubiera dicho extrañado, no sé si ése es el término más indicado para describir su estado. Está en paz, quizá ésa hubiera sido su respuesta, Ethel vive en paz en una isla apenas habitada.

Y si, por el contrario, no es feliz, Ethel, ¿qué significa? Sigue despertándose sobresaltada por la noche, angustiada porque no sabe si ese ruido que ha escuchado pertenece a una pesadilla o a la amarga y cruel realidad.

Gerard aceptó mi propuesta, argumentó que quizá habían pasado ya demasiados años para ser objetivos, pero aceptó de todos modos. Gerard fue bastante más crudo la segunda vez que nos vimos. Seguramente no pretendía ofenderme, pero lo consiguió. Tu hermana vive en el lugar ideal para ella, un enclave natural en el que la mano del hombre es apenas anecdótica y, a decir verdad, no creo que debas visitarla. Estoy convencido de que Ethel prefiere no recibir visitas, y menos aún la tuya o la de tu madre.

Estuve a punto de discutir con él, quise argumentar que eso era algo que debía decidir Ethel, cuando caí en la cuenta de que en todo este tiempo no había hecho el menor gesto por ponerse en contacto con ningún miembro de su familia. Quizá Ethel había ido dando tumbos de un lugar a otro, pero nosotros no nos habíamos movido de la calle Leiva. Qué mejor prueba de su voluntad.

Margo y yo la buscamos de manera desesperada, aunque en realidad no teníamos ninguna esperanza. Lo cierto es que pensamos que el numerito de su marcha, aunque más dramático, aunque esta vez representado ante un público extraño, acabaría como en otras ocasiones, así que no había ninguna razón para sospechar que justo ésa fuera la definitiva. Además, Esteban no se recuperó enseguida de su desmayo; pensamos que su abatimiento era un pulso invisible que le echaba a Ethel, como si estuviera diciéndonos que no se recuperaría mientras ella estuviera fuera. Pero enseguida surgieron otras hipótesis, como que ella siempre hubiera dicho la verdad, entonces su postración sólo podía ser cobardía, ni siquiera un sentimiento de culpa, sólo

cobardía porque si Ethel no regresaba, si no podíamos usar esos certificados médicos como arma para traerla de vuelta a casa, si no íbamos a atrevernos a pedir ayuda a las autoridades, cómo iba a poder enfrentarse a Margo. Margo acabó comprendiéndolo todo, y se encaró con Esteban, no con silencios y con miradas de reprobación, como era habitual, sino con preguntas duras, con afilados interrogantes que le quemaban los labios y que le escupía a su marido.

Tras la muerte de Esteban y la marcha de Santiago, un mes después de que Ethel nos dejara, Margo me pidió que la llamara al trabajo, o que la fuera a buscar, tenía que saber que ya no corría peligro, que podía volver a sentirse segura en su casa, pero mis gestiones fueron inútiles, hacía sólo unos días que la empresa le había liquidado todos los trabajos pendientes. No se les había ocurrido pedirle una dirección o preguntarle qué pensaba hacer. También me acerqué a la facultad en varias ocasiones, aunque el curso había finalizado y sólo quedaban algunos estudiantes rezagados. Pregunté por Ethel a gente de su curso. Por supuesto no encontré a Gerard ni a Laura, y nadie me supo dar una pista, ni unas señas, los pocos que la habían tratado me dijeron que prácticamente había desaparecido antes de acabar el curso y que no se había presentado a los últimos exámenes. Averigüé incluso los apellidos de Gerard y de Laura para intentar localizarlos y seguirlos hasta dar con Ethel, pero ahora sé que no me habrían conducido a ninguna parte. En un mes se puede volar muy lejos.

Ethel es otra persona, continuó Gerard, ni siquiera responde ya al nombre de Ethel Jurado, hace años que nadie la llama así. Quizá no me creas si te digo que yo di con ella por casualidad, pero es lo que sucedió. Estaba de vacaciones en La Graciosa y fui uno de esos turistas que se acercan a su cabaña en busca de refrescos. Estaba allí en ese momento, la reconocí y Ethel respondió a mi llamada. En la isla todo el mundo la llama Gracia, y es así como ella se presenta. Tu hermana cree que, después de tanto infortunio, le tocó una brizna de suerte. He tenido la oportunidad de disfrutar de una segunda existencia, me dijo Ethel, sin pasiones ni sobresaltos. No mencionó ni una sola vez su pasado; no tiene familia, no tiene infancia, su vida empezó en La Graciosa hace nueve años.

15-157

Ver, oír, callar.

A veces ocurren cosas terribles, espantosas, y suceden justo a

nuestro lado, tan cerquita que hasta el olfato debería sentirse ofendido, y sin embargo resulta más fácil para todos ignorarlas, vivir de espaldas a ellas, como si ignorándolas fueran a desaparecer. Es un comportamiento bastante habitual. Basta con recordar esas situaciones en las que de manera involuntaria somos testigos de una bronca, por ejemplo cuando estamos en el andén del metro y una pareja discute y se insulta con una crudeza aterradora, o cuando dos energúmenos se enfrentan entre sí pero nos atemorizan a todos, y pasan de las palabras a los insultos y de los gritos a las manos; en esas situaciones no hacemos nada, no intervenimos, si pudiéramos saldríamos a la calle para sentirnos seguros, pero como tenemos prisa nos quedamos allí rezando para que el tren llegue en el instante siguiente. Somos así, la mayoría de los ciudadanos somos así, de una indiferencia que raya en la cobardía. Pero de repente, en algunas ocasiones, esos hechos nefandos afloran en toda su crudeza y, entonces, ¿qué puede uno decir o hacer en su defensa? Margo y yo éramos tan culpables como Esteban y Santiago, no teníamos disculpa, y sin embargo no estábamos recibiendo el castigo que merecíamos, al menos no directamente, un castigo que quizá nos hubiera permitido purgar nuestro pecado. El castigo pone el contador a cero, no basta para poder olvidar, no borra la falta que has cometido, pero sabes que has saldado tu deuda.

16-157

Esteban y Margo se conocieron en Madagascar.

Esteban era ingeniero, trabajaba en una multinacional española que construía un ferrocarril en esa isla. Margo era enfermera, austríaca; viajó a Madagascar de vacaciones con un grupo de compañeros de estudios, era su viaje de fin de curso. A Esteban le estaban habilitando una casa y mientras tanto se alojaba en un hotel de Antananarivo, el mismo al que fueron a parar Margo y sus amigos. Margo era una joven alta, rubia, despampanante. Margo y Esteban coincidieron en la recepción y eso bastó para que iniciaran una conversación, bastaba eso en aquel lugar exótico, que los dos fueran blancos les proporcionaba una complicidad suficiente. Margo no hablaba ni una sola palabra de español, pero pudieron entenderse fácilmente con la ayuda de un poco de francés y de otro poco de inglés. Esteban tenía entonces treinta y un años. Era un individuo atractivo, alto, distinguido, caballeroso, y para impresionar a Margo fingió conocer el país con un nivel de detalle que nunca llegaría a alcanzar. Resultaba sorprendente encontrar un ingeniero español

dedicado a construir un ferrocarril en un país que para ellos sólo tenía resonancias fantásticas. El grupo de Margo utilizaba el hotel como base de operaciones para organizar sus travesías y como refugio donde recuperarse de unas condiciones de vida extremas, y Margo y Esteban pudieron citarse y cenar juntos en el mismo hotel en varias ocasiones.

Margo volvió a Madagascar en la Navidad de ese mismo año. Durante cinco meses, y a pesar de las dificultades, Esteban y ella habían hablado por teléfono casi todas las semanas y se habían escrito con bastante frecuencia. Esteban le escribía en castellano y Margo le respondía en alemán, y se las ingeniaban para conseguir una traducción aceptable y contestar, aunque el correo no era muy eficiente y las cartas no llegaban en el orden exacto en que habían sido escritas. Aunque apenas se conocían, Margo se instaló en casa de Esteban, se acostó con él la noche de su reencuentro y se casaron sólo un par de meses más tarde, en cuanto pudieron arreglar los papeles. Le prometieron a la familia de Margo que volverían a casarse en Europa, cuando regresaran, pero nunca lo hicieron. Un año más tarde nació Santiago y antes de que hubiera cumplido los cuatro años, a Esteban lo destinaron a Buenos Aires.

17-157

Esteban creaba las normas y Margo debía hacerlas cumplir.

Nuestro padre delegó en Margo todos los asuntos domésticos, incluida la educación de sus hijos. En parte fue una suerte para nosotros porque aprendimos alemán e inglés a la vez que castellano. Mientras fuimos pequeños no estábamos autorizados a molestar a nuestro padre cuando estaba en su estudio ni cuando recibía visitas, ni siquiera cuando leía el periódico. Nuestro territorio eran los espacios periféricos: el jardín, las terrazas, la buhardilla, los trasteros; ahí gozábamos de una libertad sin límite, pero en el interior de la casa había normas para todo y eran muy estrictas: no se podía correr ni gritar; había que estar sentado a la mesa a la hora en punto, aseados y con las manos y las uñas limpias; el tiempo de estudio prácticamente se cronometraba, y la hora de dormir y de levantarse estaba programada para cada día de la semana. Si Esteban nos llamaba, teníamos que acudir presto, aunque sólo fuera para exhibirnos delante de alguna visita, entonces se limitaba a revolvernos el cabello o a darnos un beso en la frente y nos volvía a mandar al jardín. Visto desde la distancia, me parece increíble que pudiera ser tan déspota. Esteban nunca pedía las cosas de una manera formal, y por supuesto

toda su elegancia y su amabilidad las reservaba para los extraños; en casa no sabía emplear el *por favor* y tampoco solía dar las *gracias*. El decía café, y esperaba que alguien, en principio una criada, le traería un servicio de café completo, hasta con galletitas por si le apetecía picar una. Y actuaba así siempre, en cualquier circunstancia, incluso pretendió que siguiera siendo así en Barcelona, cuando nuestros magros ingresos nos permitían llegar con dificultad a fin de mes y ni siquiera podíamos pagar a una señora de la limpieza para que descargara a Margo de las tareas domésticas más duras.

18-157

La peor tragedia para una víctima es sentirse, además, culpable.

La relación entre Ethel y Margo cambió de manera radical, y en un lapso de tiempo tan breve que Margo no atinó a comprender qué estaba sucediendo. Pasaron de ser una madre y una hija confiadas, que podían compartirlo todo, a mantener una relación fría y distante, como la que se tiene con la taquillera del metro, a la que puedes saludar y sonreír todos los días pero con la que no compartes nada.

En Sevilla, Margo descubrió el gazpacho y El Corte Inglés. Siempre había gazpacho preparado y fresquito. Ethel estaba convencida que Margo le añadía algún narcótico porque, después de comer, solíamos hacer una siesta de un par de horas. La primera vez que Margo entró en El Corte Inglés fue porque hacía un calor terrible y allí el aire acondicionado te devolvía a la vida, y le pareció el lugar más maravilloso del mundo. Casi siempre pasábamos los veranos en casa porque Esteban odiaba viajar por placer, no entendía que las personas pudieran abandonar las comodidades de su hogar para encerrarse en un hotel donde cualquiera podía entrometerse en la vida de los demás y donde iban a ser mal atendidos. Si Margo conseguía convencerle para ir a la playa o a la sierra era siempre con la condición de que teníamos que regresar a casa para dormir.

La actividad predilecta de Margo era salir a pasear con Ethel. Lo hacían después de media tarde, cuando el calor empezaba a ser soportable, se detenían a merendar en el centro y luego solían pasar por El Corte Inglés. No había día en que no volvieran con alguna compra, siempre cosas estupendas que Margo describía con entusiasmo. Y la locura alcanzaba sus mayores cotas en época de rebajas, a Margo le producían un estado de excitación que seguro que era enfermizo. A mí, que me comportaba todavía como un niño, aunque era sólo un año menor que Ethel, intentaron llevarme con

ellas en un par de ocasiones, pero me opuse con tal fiereza que desistieron. En el fondo, las dos estaban mejor sin mí.

Margo estaba siempre delicada, en parte por su sobrepeso, que le jugaba malas pasadas, y en parte porque tenía una tendencia a la automedicación que sólo le acarreaba quebraderos de cabeza. Fue en Sevilla donde empezó el distanciamiento entre ellas. Visto con la perspectiva que da el tiempo, puedo imaginar que a Ethel debía de parecerle mentira que, pasados varios meses, Margo no supiera qué estaba sucediendo en su propia casa. Como si fuera una excusa barata, Margo achacaba a la adolescencia el mal humor y la ansiedad de Ethel. Ya se le pasará, decía Margo, encontrará un chico que le hará gracia y dejará de mirarse el ombligo para contemplar sólo el de él.

19-157

Tú calla, le ordenó Ethel a Esteban en plena discusión.

A todos nos sorprendió el tono amenazador que había utilizado Ethel con nuestro padre y nos miramos sorprendidos; las discusiones entre ellos eran habituales, por desgracia, y Ethel solía tratarlo de manera despectiva, pero nunca le habíamos oído proferir una amenaza tan directa. Ethel no sabía discutir, no sabía cómo enfrentarse a Esteban, se emocionaba y acababa gritando, entonces las palabras le surgían entrecortadas, sin mantener un tono y un ritmo coherentes. Tú calla, Esteban, repitió, sabes que tienes mucho que callar. Mucho que callar, insistió ella.

Durante aquella discusión hubo demasiados silencios que ocultaron lo esencial, qué era lo que Esteban tenía que callar, y los demás sólo pudimos contemplar los fuegos de artificio. Debía de ser sábado o domingo porque estábamos todos en casa, menos Santiago, que todavía seguía felizmente casado. Ethel explicó que, con su grupo de estudio y algunos compañeros más, habían organizado una salida aprovechando el puente de la Constitución; pensaban ir a la sierra de Albarracín porque uno de los compañeros tenía una casa en el pueblo y había planeado realizar varias rutas por la zona. Ethel no estaba pidiendo permiso, era sólo un anuncio, pero nuestros padres se opusieron. Estás muy delicada, le había objetado Margo, si tienes una crisis qué vas a hacer en medio de la montaña, cómo podríamos socorrerte.

No me va a suceder nada, protestó Ethel, me encuentro bien. Lo comenté con el doctor Alonso y me dijo que intentara ser regular con las comidas y que respetara las horas de descanso, que eso bastaría.

Además me dio una tarjeta por si necesitaba llamarle y hacerle alguna consulta.

Lo ves, lo ves, replicó Margo, al doctor tampoco le convence esa salida, te dio su tarjeta para que, si te pasa algo, otro médico pueda consultarle. No creo que te convenga hacer ese viaje. Si quieres salir, podemos organizar una escapada a Andorra los tres, o los cuatro, dijo abarcando con un gesto de su mano a todos los presentes.

Ethel se puso de pie, empezó a recoger la mesa y apiló algunos platos antes de llevarlos a la cocina. Toda la discusión había tenido lugar sentados a la mesa, en un tono algo crispado pero todavía contenido. Parecía que ella daba su brazo a torcer una vez más, que desistiría de ese viaje inconveniente. Pues pienso ir de todos modos, gritó Ethel desde la cocina, y a continuación se produjo un estrépito de platos rotos que acabó de sacarnos del sopor de la sobremesa y que hizo que nos pusiéramos de pie de inmediato. Nos volvimos hacia la cocina y allí estaba Ethel, en jarras, ocupando la puerta, desafiante, rodeada de fragmentos de cerámica y de vidrio y con un reguero de sangre que descendía desde su rodilla. Pues voy a ir, gritó con todas sus fuerzas, voy a ir a esa excursión os guste o no.

Nadie se movió para ver qué había pasado en la cocina. Margo se echó a llorar y nuestro padre terció en la discusión por primera vez. Todos sabíamos que si mamá había dicho que no, era porque antes lo había hablado con él. Esteban hacía todo lo posible por eludir los enfrentamientos con nosotros, y especialmente con Ethel, hasta que había que pronunciar la última palabra. Margo te ha hablado bien claro, sentenció él, no tienes permiso.

No necesito el permiso de nadie, replicó Ethel casi escupiendo cada palabra. No soy una niña, soy mayor de edad y nadie puede retenerme contra mi voluntad. No he oído ninguna razón convincente de vuestra parte y, en cambio, yo tengo muchas: son mis amigos, tengo vacaciones, me lo pago con mi dinero, tengo el permiso del médico. A mí me basta, gritó, me basta.

La discusión continuó subiendo de tono. Ethel cada vez más excitada y Esteban manteniendo la calma pero también el tono inflexible, el discurso de siempre: estás enferma, hija, no puedes valerte por ti misma, hija, si tienes una crisis y te pasa algo, no nos lo perdonaríamos nunca, hija, piensa en tu madre… Y Ethel se defendía diciendo que su egoísmo la tenía a ella prisionera y que ya estaba harta. Estoy harta de tanta protección, estoy harta de ti y de tus mentiras, quiero vivir, quiero luchar y quiero gritar si sangro. No lo entiendes, Esteban, o es que simplemente no te conviene entenderlo, quiero sentir que estoy viva, que soy libre.

Ethel nunca le llamaba padre o papá, siempre por su nombre de pila, Esteban. Margo, más tarde, cuando ya todo había pasado y nos

habíamos quedado solos en el piso, intentó recordar desde cuándo sucedía eso. ¿Cuándo fue, me preguntó a mí por si yo lo recordaba, cuándo fue que Ethel empezó a llamarle Esteban?

20-157

Margo buscaba respuestas claras, negro sobre blanco, como si quisiera hallar restos de un meteorito en el Ártico.

Cuando se instaló en ella, Margo puso patas arriba la habitación de Ethel, registró cada cajón, abrió uno a uno todos sus libros, buscaba fotografías suyas, textos suyos, cualquier cosa que explicara qué había sucedido y que lo hiciera con sus propias palabras. Margo conocía aquella habitación como la palma de su mano, podría haber dicho de memoria qué fotografías había colgadas de la pared, qué objetos decoraban sus estanterías, cuántos libros de teatro tenía en su colección y, por supuesto, qué ropa guardaba en su armario. Pero eso no era lo que ella buscaba, tenía que haber algo más. Cuando Margo dio con los cuadernos donde Ethel había recogido las fotografías y las invitaciones de las obras de teatro que representamos, pareció encontrar algo de consuelo: aquellos cuadernos reflejaban, mejor que cualquier otro objeto, una época en la que habíamos sido felices. Margo despegó algunas de las fotos y las dejó sobre la mesita de noche, como si al contemplarlas al acostarse y recordar aquellas escenas pudiera hallar algún alivio. Entre sus papeles de la facultad, había una especie de diario con un título en alemán, *Tagebuch von ETHEL*. Este hallazgo casi deja sin respiración a Margo, pero faltaban hojas, que habían sido arrancadas, y la mayoría de las páginas estaban en blanco, es decir, no totalmente en blanco, había una primera línea que indicaba la fecha del día, sólo eso, en cada página, como si una vez puesta la fecha no se le hubiera ocurrido qué anotar o, peor aún, como si en su vida no sucediera nada que valiera la pena registrar. *Ein leeres Leben*, 'una vida vacía', habría sido un título más adecuado para ese diario. Margo no tenía nada a lo que agarrarse. No tengo nada, me decía desesperada, Esteban no responde a mis preguntas, Santiago evita encontrarse conmigo y Ethel se ha ido, qué puedo pensar, qué tengo que hacer.

Los desvelos de Margo obtuvieron recompensa. Junto a los diarios de Ethel encontró un pequeño cofre, endeble, de apenas ocho centímetros de lado. Pesaba muy poco pero no estaba vacío; a través de las rendijas, entre los listones de la tapa, podía verse algún objeto blanco. Margo buscó en vano la llavecita que debía abrir ese cofre; de

hecho supe que lo había encontrado cuando me preguntó por esa llave. No debe de ser muy difícil de abrir, le comenté tras sopesarlo, pero Margo no estaba dispuesta a forzarlo. Unos días más tarde, Margo se alteró cuando le pregunté si había conseguido abrirlo, y qué había encontrado en su interior, y su respuesta me pareció confusa. Estaba de pie en la cocina, dejó lo que estaba haciendo y empezó a frotarse las manos con el delantal como si quisiera levantarse la piel. No quiso enseñarme su contenido, se negó en redondo, y debió de esconder el cofre de tal modo que no pude averiguar qué tesoros ocultaba.

Durante meses, Margo llevó en el bolsillo una camiseta de Ethel que había quedado entre la ropa sucia, absolutamente echa un guiñapo. De vez en cuando la sacaba y se la llevaba a la nariz, decía que olía a ella.

21-157

Santiago volvió a casa en enero de 1996.

Carmina y Santiago fueron novios muy poco tiempo, quizá menos de seis meses, fue la primera chica con la que mi hermano salió después de instalarnos en Barcelona. Parecían muy enamorados, sobre todo Carmina, y sin embargo su matrimonio duró poco más de ocho meses. Fue una boda tan precipitada que pensé que quizá Santiago huía de las estrecheces de nuestra nueva residencia.

Una tarde de domingo, mientras tomábamos café en una de esas largas sobremesas y seguíamos por televisión la primera etapa del *rally* París-Dakar que, como el año anterior, se iniciaba en Granada, oímos la puerta de la calle y nos sorprendió ver entrar a Santiago, solo. Me pareció que lo veía por primera vez después de mucho tiempo, pero sólo habían pasado unos pocos meses, estaba gordo, había perdido el porte de atleta, tenía una gran papada y la piel brillante de sudor. Santiago dejó la maleta en el pasillo que daba a las habitaciones, como si todavía no se atreviera a tomar posesión de su cuarto, de nuestro cuarto, y se sentó en el sofá al lado de nuestro padre. Margo se levantó y le sirvió un café largo con dos cucharadas de azúcar y una porción de roscón de nata. No dijo nada en ese momento, la situación parecía evidente, y después nadie creyó necesario formularle ninguna pregunta. Tampoco yo lo hice. Durante la cena, sólo Ethel se atrevió a preguntarle a Santiago qué había sucedido. ¿Dónde está Carmina?, ¿cómo es que no ha venido a cenar? Ethel todavía no sabía que Santiago había vuelto para quedarse. Y antes de que nuestro hermano

tuviera tiempo de responder, Esteban le preguntó por su trabajo y se enzarzaron en una de esas típicas discusiones suyas sobre motores. Ethel estaba incómoda y nerviosa, era evidente que esperaba una explicación, que ya no obtuvo, y después de recoger la mesa se retiró a su habitación.

En los días sucesivos, Carmina llamó por teléfono decenas de veces pero no consiguió que Santiago se pusiera al teléfono. Por la hora, sabíamos que era ella la que llamaba, nos mirábamos unos a otros sin decidirnos a levantarnos, esperando que fuera Santiago quien tomara la iniciativa. Era una situación muy incómoda; mientras Santiago se mostraba imperturbable, nuestro malestar se incrementaba un grado con cada timbrazo, pero éramos nosotros los que teníamos que coger el aparato, excepto Ethel, que no tuvo reparos en llamar cobarde a Santiago. Carmina se desahogaba con cualquiera, sin que al parecer le importara quién fuera su interlocutor.

Las llamadas de Carmina se fueron espaciando, no sabria decir qué resultaba más demoledor, si el silencio y la indiferencia de Santiago, o esos timbrazos que resonaban a cualquier hora sin que nos molestáramos en levantar el auricular. Dos o tres semanas más tarde, sus llamadas se habían convertido en una anécdota y Carmina desapareció de nuestras vidas hasta que, sin saber cómo ni pensarlo demasiado, la llamé yo, iluso de mí, para interesarme por Santiago.

22-157

Éramos ciudadanos del mundo, pero no teníamos raíces.

Ethel y yo nacimos en Buenos Aires, vivimos allí nueve años en una casa de tres plantas en el barrio de Belgrano. Un lugar fantástico para jugar porque era una casona enorme con jardín, varias terrazas y multitud de rincones en los que esconder nuestros tesoros. Nuestra casa estaba rodeada por otras del mismo estilo, y los niños íbamos de una a otra y éramos tan bien recibidos por nuestros vecinos que nunca merendábamos en la misma cocina. Hasta que no llegamos a Sevilla no fuimos conscientes de haber vivido una infancia vigilada. En Buenos Aires y en México salíamos siempre acompañados de un adulto, un conductor o alguna otra persona al servicio de la familia, y siempre íbamos a un lugar concreto, a la escuela, a la casa de un amigo o al club. En Sevilla, y eso era algo que enorgullecía a Esteban, pudimos salir solos a la calle, sin protección, por nuestros propios medios, y relacionarnos con niños y niñas de cualquier pelaje. Ethel y yo tardamos en acostumbrarnos a la vida en la calle; nos sobresaltaba

ser interpelados por desconocidos y no sabíamos qué hacer cuando otros niños nos proponían jugar con ellos.

En Buenos Aires, si nos preguntaban, decíamos que éramos españoles, porque así nos lo repetía Esteban, porque haber nacido allí había sido sólo un accidente. Conforme Esteban iba progresando en la empresa, su destino se iría aproximando a España, y su sueño era llegar más pronto que tarde a su ciudad, Barcelona, pero cuando lo consiguió no fue, ni por asomo, en las condiciones que había imaginado.

Margo no trabajó nunca. El sueldo de Esteban, primero como técnico y luego como directivo desplazado al extranjero, era muy alto y además tenía derecho a casa, coche y otras muchas ventajas. Siempre tuvimos servicio, en Antananarivo, en Buenos Aires, en México, hasta en Sevilla. En las tres primeras ciudades vivimos en casas enormes, con jardines y piscina, que incluso tenían una zona para los criados. En Sevilla tuvimos un dúplex en el centro y una chica venía por la mañana y se quedaba en casa hasta mediodía, y otra chica venía en ese momento y se quedaba hasta después de cenar. En esa época, yo no habría sabido encontrar un cuchillo en la cocina. Tuve mi primer telescopio en Buenos Aires; la óptica era de juguete pero me pareció fascinante. Pasaba horas contemplando el cielo estrellado. El último aparato, un telescopio fantástico de 200 milímetros de diámetro, me lo compraron en Sevilla por mi decimoctavo cumpleaños, lo vendí cuando dejamos el ático, de pura rabia, porque hubiera sido absurdo pretender instalarlo en el balconcito de la calle Leiva.

En Barcelona cambió nuestra suerte para siempre. En menos de dos años pasamos de vivir en el Putget, en una maravilla de ático desde el que podíamos divisar toda la ciudad hasta el mar, a tener que instalarnos en un piso interior de apenas setenta metros cuadrados, de alquiler, con un mísero balcón que no recibía ni un rayo de sol, en un barrio obrero de Barcelona, cerca de la plaza España. Y allí seguimos todavía, solos, Margo y yo.

23-157

Aunque apenas tenía familia ante la que exhibirse, el sueño de Esteban era volver, triunfador, a su ciudad natal.

En 1992, unos meses después de los Juegos Olímpicos, la empresa trasladó a Esteban a Barcelona. Estaba a punto de cumplir sesenta y un años, le había costado pero parecía que al fin iban a reconocerle su

compromiso y su dedicación. Podía volver a casa y además dirigir la delegación de Barcelona. El momento era tan magnífico que Esteban alquiló un ático, nos hizo socios del Barga, movió sus influencias para conseguir un abono en el Liceo, pero esa situación idílica duró poco más de un año; después de los Juegos, la situación económica empeoró rápidamente y arrasó con multitud de empresas. La multinacional en la que trabajaba Esteban decidió poner en marcha una política de prejubilaciones y le tocó la china. Su puesto se lo dieron a una mujer que acababa de cumplir treinta años. No fue ésa la única desgracia, Esteban había invertido todos los ahorros de la familia, y no tuvo reparos en colocar también el dinero que le habían dado como indemnización, en un negocio que iba a reportarnos enormes beneficios y que acabó siendo una tremenda estafa.

Si se hubiera jugado todo nuestro dinero a la ruleta, quizá Esteban hubiera tenido mejor suerte. Resulta paradójico que todo lo que se ha ganado en una vida de trabajo pueda perderse en unos pocos meses, pero así fue; contando sólo con una pensión mermada, tuvimos que dejar el ático y alquilar un pequeño piso en Hostafrancs, en el que incluso Santiago y yo tuvimos que compartir una habitación. La vivienda tenía un solo baño, una cocina minúscula, sin terraza, con un balcón ridículo al que Margo ni siquiera intentó trasladar las plantas que cuidaba con tanto mimo.

24-157

Ninguna de las habitaciones de la casa de Hostafrancs tenía pestillo, ni siquiera el cuarto de baño.

Al poco de mudarnos, Ethel quiso colocar un pestillo en su habitación y le pidió permiso a Margo. Pero, hija, Margo intentó convencerla de los inconvenientes que tenía, si tienes una crisis y no puedes abrirnos, ¿cómo podremos auxiliarte? Ethel dejó pasar unos días y volvió a la carga. Le dijo a Margo que necesitaba un poco de intimidad y que Santiago y yo solíamos entrar en su habitación sin llamar. Margo se rindió. Haz lo que quieras, le dijo, estás avisada. Un par de meses más tarde, Esteban propuso cambiar todas las puertas de la casa por unas de madera de haya, más gruesas, más aislantes, e hizo venir a un carpintero. Las puertas eran, desde luego, más sólidas y más elegantes, y también muy caras, demasiado para nuestra economía, aunque eso no fue un obstáculo para encargarlas. Como si fuéramos niños pequeños, Esteban nos prohibió entonces que colgáramos carteles o perchas, y nos advirtió que tampoco quería que

pusiéramos pestillos.

25-157

Yo adoraba a Ethel.

Era sólo un año mayor que yo y tengo la sensación de que ella siempre tuvo celos de mí; según su opinión, fui un intruso que llegó demasiado pronto. Durante años me sentí culpable de haberle sustraído el protagonismo que merecía, de haberle robado los desvelos y los mimos de Margo. Ethel y yo compartimos la infancia, pero éramos como imanes con la misma carga: cada vez que intentábamos acercarnos salíamos disparados en sentidos opuestos. La única etapa en la que se produjo cierto acercamiento fue en la adolescencia porque llegamos a ella prácticamente de la mano, como en una carrera de relevos, y con un millón de preguntas en la punta de la lengua. Fuimos siempre juntos a la escuela y al instituto, privados, católicos, con unos uniformes espantosos, pero en esa época pudimos ser cómplices y se nos permitió acudir a fiestas y a conciertos; la única condición que se nos imponía era que teníamos que salir juntos y volver juntos a casa. Hubo una temporada en que yo le hice de carabina a Ethel. En Sevilla había un chico del instituto que le gustaba, Manolo Suárez se llamaba; era un par de años mayor que ella. Manolo nos esperaba cerca de casa y ahí nos separábamos y cada uno tiraba por su lado, más tarde, un poco antes de las diez de la noche, volvíamos a encontrarnos y mientras regresábamos a casa nos poníamos de acuerdo sobre lo que íbamos a explicar. A mí Manolo me caía bien, aunque me daba un poco de rabia que besara a mi hermana en los labios al despedirse. Manolo solía venir por casa a menudo, unas veces solo, pero la mayoría de las ocasiones con otros chicos y chicas del instituto. En casa, sólo yo sabía que Ethel y Manolo estaban saliendo; por eso, Margo y Esteban le dejaban entrar y salir, e incluso Ethel podía invitarle a las representaciones de teatro que organizaba. Fue a mí a quien se dirigió Manolo cuando ella decidió cortar con él. Estaba desesperado, el chico no entendía nada, no sabía qué había hecho, en qué le había fallado, y eso le mortificaba. Durante una temporada me encontré con Manolo en todas partes, en el instituto por supuesto, pero también en la esquina de casa y en los billares. Necesito verla a solas, Quique, ayúdame, me suplicaba, habla con ella, dile que hemos de vernos una vez más, aunque sea la última. Pero Ethel se mostró imperturbable. No quiero saber nada de Manolo, me dijo, no volveré a verle, y no conseguí que diera su brazo a torcer. Más

tarde, mi hermana enfermó, empezó a faltar al instituto, dejó de salir con sus amigos, repitió curso y no hizo ningún esfuerzo por conectar con otros jóvenes. Poco a poco, Ethel fue cambiando, se volvió más cerrada, parecía cubierta por una armadura impenetrable, y pude notar que me quedaba al margen, yo y todos.

Por desgracia, mi complicidad con Ethel no duró demasiado, quizá no le dediqué el tiempo y el cariño que requería, o puede que simplemente no fuera consciente de nada, inmerso como debía de estar en mi propio mundo, así que se produjo un nuevo distanciamiento y volvimos a vivir de espaldas el uno del otro. He intentado racionalizarlo, antes y ahora, pero no he llegado a ninguna conclusión. Más tarde, Ethel concentró en mí su odio, es cierto, pero no fue a causa de los celos; simplemente, ante la agresión que sufría, desvió su aversión hacia una persona en la que no encontró resistencia.

26-157

Enrique, me dijo, no me defraudes.

El tono de Esteban parecía de súplica pero en realidad se trataba de una orden. Mi padre era el único miembro de la familia que me llamaba Enrique. Era fácil entenderse con él, bastaba con obedecerle en todo. En caso contrario, era un enemigo insufrible, podía polemizar sobre cualquier asunto hasta agotar al contrario. A mí solía vencerme por cansancio, acababa por darle la razón sólo por dejar de oírle, no importaba cuál fuera el motivo de discusión. Yo quería estudiar Física, y si era posible en alguna universidad alemana, pero mi padre ni siquiera lo tomó en consideración. La época de los juegos se ha acabado, sentenció, tienes que estudiar una profesión que te permita ganarte la vida como un hombre. Así que estudié Económicas y acabé la carrera en Sevilla. Al llegar a Barcelona, mientras buscaba un empleo, pensé en cursar un MBA en una escuela de negocios, visité varias, las más importantes, y me incliné por el IESE. Estábamos en 1993, tenía preparada toda la documentación que me exigían y entonces, en una pendiente de acontecimientos, la empresa prejubiló a Esteban, los socios a los que había confiado sus ahorros se esfumaron y nos quedamos sin un duro. De un día para otro resultó que no teníamos dinero ni para pagar mi matrícula. Me pareció imposible, era un escenario inimaginable cuando llegamos a Barcelona; después de deambular por medio mundo creíamos haber llegado al paraíso. Y ése fue sólo el primer indicio, porque la caída era irrefrenable, tuvimos

que mudarnos a un piso en el que no cabía ni la tercera parte de nuestros muebles. Santiago no se hacía a la idea de que tenía que compartir conmigo la habitación y los primeros días prefirió dormir en el sofá. Y qué puedo decir de Margo, para ella fue terrible, tenía que ocuparse de todo en el nuevo piso: la compra, la limpieza, la comida. Lo más agotador, según ella, era tener que prever los menús de toda la semana antes de acercarse al mercado. Sólo Ethel se mostró imperturbable, como si la situación no fuera con ella, y se adaptó enseguida a las incomodidades de la nueva vivienda.

Durante una temporada, Esteban estuvo insoportable, se sentía ofendido y humillado por el trato que le habían dado en la empresa. Intentó que algunos grandes directivos mediaran en su favor, pero la mayoría estaban ya retirados y los que le escucharon sólo le ofrecieron palabras amables. Entonces Esteban decidió que el cambio de nivel de vida no iba a afectarle y adoptó una actitud despótica. Yo he trabajado todos estos años para vosotros, parecía decir, así que ahora os toca a vosotros trabajar para mí. A pesar de que ya vivíamos en Hostafrancs, y nuestra nueva situación era de momento irreversible, insistí en la necesidad de matricularme en ese MBA; lo había hablado con Margo en la cocina y ella me había animado. En casa, todos sospechábamos que Esteban tenía un rincón de dinero escondido en algún lugar, un colchoncito que le garantizara la vejez; lo sospechábamos porque, a pesar de las penurias, a Esteban no le faltaba nunca su botella de Lagavulin, que no era nada barato, ni su tabla de quesos para después de comer. Si alguien se hubiera dedicado a observar a Esteban, siempre tan atildado, impoluto, impecable, estoy seguro de que no se le habría ocurrido pensar que sufría apuros económicos. Por la mañana, cuando acudía al Ateneo de Barcelona para jugar sus partidas de ajedrez, no salía de casa sin llevar sus trajes impecablemente planchados, con el pañuelo bordado en el bolsillo de la chaqueta y los gemelos de plata o de oro; y cuando salía con Margo a cenar, le revisaba el atuendo de arriba abajo para asegurarse de que también ella tuviera un aspecto distinguido.

Su petición, no me defraudes, Enrique, tenía ese sentido: que yo debía recuperar para la familia la posición que tan injustamente había perdido. Ethel estaba enferma y necesitaba atenciones, así que no cabía exigirle demasiado. Margo tenía más de cincuenta años y también estaba delicada, además debía atender la casa. Con Santiago era difícil contar, no había acabado los estudios y sólo gracias a la mediación de un viejo conocido de Esteban había obtenido un puesto de técnico en una fábrica de coches. Para Esteban, el fracaso de Santiago había supuesto un gran disgusto; para nuestro padre no había paliativos, ni valían las excusas, así que él utilizaba ese término, *fracaso*, para referirse a su hijo primogénito. Todos creíamos que

Santiago triunfaría en el mundo del tenis; en Buenos Aires y en México solía ganar todos los torneos en los que participaba. Era un joven atractivo y muy popular en los clubs de los que éramos socios, las chicas se lo rifaban, lo invitaban a todas las fiestas, y por extensión también al resto de la familia. Para mí, entonces, Santiago era un héroe. Al llegar a Sevilla se estrelló con la dura realidad; pasó de jugar en los clubs a competir en torneos oficiales y empezó a perder, hasta que hubo un momento en que ni siquiera superaba las fases previas. Debió de ser muy duro para Santiago comprobar que chicos más jóvenes que él lo batían sin contemplaciones en cualquier tipo de superficie. Durante una época decidió entrenar más horas y con más intensidad pero no le sirvió de nada; seguía siendo un magnífico jugador pero le faltaba la chispa, o simplemente no tenía ese afán de ganar que diferencia a los campeones del resto de jugadores. Hasta entonces había sido la niña de los ojos de Esteban, que justificaba sus malas notas en los estudios por la necesidad de entrenar y competir, pero después su actitud fue tan paternalista que resultaba humillante, como si Santiago fuera un pobre niño desvalido.

Así que yo era la gran esperanza blanca, no podía estudiar Física y tampoco podía cursar el MBA, pero igualmente se esperaba de mí que consiguiera un gran empleo, con un magnífico sueldo, que nos permitiera recuperar el estatus que merecíamos. De ahí la orden de Esteban de que no le defraudara. Me esforcé todo lo que pude y quizá lo hubiera conseguido, pero no hubo tiempo; sólo tres años más tarde Ethel consiguió reunir las fuerzas necesarias para irse de casa y tras su marcha se desataron todos los demonios familiares, tanto tiempo agazapados, malignos, amenazadores, hasta que Margo se dejó llevar por la santa ira y arrasó con todo.

27-157

Ethel no lloró, me explicó Margo. Le pegué una bofetada y no se quejó ni lloró.

Cuando llegó el cumpleaños de Ethel, el primero después de su marcha, Margo se empeñó en celebrarlo como si todavía viviera en casa, como si en cualquier momento ella fuera a abrir la puerta de la calle y descargar su pesada mochila encima de la mesa. Margo preparó el pastel de arándanos y queso que tanto le gustaba a ella. Margo no lo probó y a mí me forzó para que me sirviera una porción. El resto del pastel acabó en la basura al día siguiente. Mientras lo adornaba, Margo me explicó con todo lujo de detalles que once años antes, en

otro cumpleaños, ante el mismo pastel, Ethel había tenido una durísima discusión con Esteban, y que ese enésimo enfrentamiento lo había zanjado ella con una bofetada. Nunca antes le había puesto la mano encima, me aseguró, ni siquiera le había dado un azote en el culo siendo pequeña. No sé cómo tuve valor para hacer algo así, pero la acusación que Ethel lanzó contra vuestro padre era terrible, yo vi cómo a Esteban le cambiaba el semblante y empalidecía, creí que iba a echarse a llorar, un hombre de su edad, y por eso intervine. No me atreví a creer lo que Ethel decía, era tan terrible que ni siquiera pude tomarlo en consideración.

No lloró, me dijo Margo, Ethel no se quejó, pero me miró con los ojos encendidos por la furia y el odio.

¿Tú también, madre?

Ese es el reproche que me persigue, me confesó Margo. Ethel me lo echó en cara dos veces, ¿tú también te has aliado con mis verdugos, mamá?, me dijo, ¿tú también eres uno de ellos? Esa es la acusación que no me deja dormir.

¿Tú también, madre?

28-157

Gerard Pruna sabe ser muy cáustico.

Si quieres ver a tu hermana, me dijo, tendrás que visitarla en La Graciosa porque Ethel no tiene ninguna intención de volver a Barcelona, estoy convencido de que no se lo ha planteado nunca. Ethel vive como una ermitaña, me contó, sin teléfono, sin televisor, sin Internet; el máximo lujo de que dispone es la luz eléctrica y el agua corriente. Cultiva flores en un simulacro de invernadero que ha construido ella misma con cuatro plásticos y las vende en un mercadillo, y de eso vive. En verano consigue ingresos extra vendiendo refrescos a los turistas. Aunque no sea exactamente vender lo que ella hace. En cuanto empiezan a menudear los turistas, Ethel coloca unos enormes barreños con agua y hielo y refrescos en la puerta de su casa. Al lado del barreño, me explicó Gerard, ha dispuesto también una lata de atún en escabeche, grande, redonda, sin tapa, y ha escrito en ella la palabra caja en media docena de idiomas; al fin y al cabo no deja de ser la caja de un supermercado en una zona turística. Debe de ser la lata de atún más fotografiada del mundo, comentó, divertido. La mayoría de los turistas no sabe cómo actuar, se sonrió Gerard; cuando al fin entienden que nadie los va a atender, se sirven lo que desean y dejan el dinero que consideran adecuado en la

lata.

Tiene suerte, Ethel, porque sus vecinos la aprecian, me dijo Gerard. Se han acostumbrado a su presencia callada y amable, y le regalan ropa y alimentos que elaboran ellos, como queso de cabra o huevos de sus gallinas. No es mucho, pero en La Graciosa es suficiente para vivir. Así, tu hermana tiene tiempo de sobra para llevar a cabo sus actividades favoritas: fumar en silencio, pasear o pintar paisajes de la isla en un formato diminuto, del tamaño de una postal, que también le permiten conseguir algún dinero. Resulta un poco paradójico, porque ella soñaba con eliminar el dinero y ahora es plenamente consciente de que necesita efectivo para poder comprar café y chocolate.

29-157

El tiempo discurría en contra de Esteban.

Cuando Margo entendió que permanecer en la cama, en un silencio doliente, era el único argumento que Esteban podía usar en su defensa, dejó de llevarle comida y agua a la habitación. Ni comida ni agua. Para un diabético, como Esteban, que debía ser muy regular en sus comidas y necesitaba una dieta equilibrada, la actitud de Margo fue una declaración de guerra. Tampoco quiso facilitarle una especie de cuña que utilizaba para hacer sus necesidades. Esteban parecía un preso al que hubieran castigado una temporada en una celda de castigo, sólo que la puerta de su celda era de madera y permanecía abierta de par en par las veinticuatro horas. Durante el día, nunca vi a Esteban abandonar su lecho, ni mucho menos su habitación, aunque en esa época yo todavía salía a trabajar y pasaba la mayor parte de la jornada fuera. Tampoco sé qué hacía durante la noche, cuando Margo y yo dormíamos, aunque no me cuesta imaginarlo, supongo que se levantaba sigiloso y caminaba a oscuras hasta la cocina y que allí abría la nevera, maldiciendo por cada ruido, y engullía cualquier cosa. En el mes que duró su supuesta agonía sólo entré en el dormitorio de Esteban en media docena de ocasiones, su aspecto me pareció cada vez más lastimoso, estaba siempre sudoroso y sufría ligeras convulsiones, como si le dieran calambres. Santiago tampoco lo visitaba, de hecho parecía rehuirnos a todos porque se esforzaba por extremar sus horarios para no tener que coincidir con Margo o conmigo, y los fines de semana simplemente no aparecía por casa. Fue una temporada muy extraña, de mucha tensión, como uno de esos días plomizos en los que amenaza tormenta pero no acaba de estallar.

No es que me preocupe ya mi apariencia física; de hecho apenas salgo de casa.

Tampoco es un drama que se me haya caído el cabello, tengo la cabeza como una bola de billar, pero me cuesta reconocerme en las viejas fotografías. Cuando me pareció que era irreparable, decidí afeitarme la cabeza y comprarme una gorra para salir a la calle porque no pude habituarme a la sensación de la brisa o el viento contra la nuca, o a la de la lluvia golpeando en mi cuero cabelludo. Nunca pensé que me sucedería; Esteban tenía una melena blanca que cuidaba con esmero y Santiago también conservaba su cabello, en cambio a mí empezó a caérseme de un modo extraño tras la marcha de Ethel, quizá por la tensión de esos primeros meses, o por pasar tanto tiempo encerrado en casa, en ese ambiente insalubre.

De pequeños, Ethel y yo no nos parecíamos, sin embargo conforme fuimos entrando en la adolescencia y adoptamos esa moda asexuada de téjanos y camisetas, hubiéramos podido pasar por gemelos, yo incluso tenía una melena rubia lacia como la suya. Más tarde, Ethel se convirtió en una mujer y las diferencias entre nosotros se hicieron más que evidentes. En esa época se produjo una ruptura en nuestra relación, empezamos a distanciarnos, a no contar con el otro para nada.

Los diez últimos años de nuestra vida en común los tengo en una nebulosa. Recuerdo cuando Ethel enfermó y empezó a comportarse de un modo extraño, vivíamos entonces en Sevilla, pasaba la mayor parte del día en su habitación, no se relacionaba con nadie, se encerró en sí misma como un erizo y fue imposible acercarse a ella. He buscado, en las fotos, en escritos, algunos hitos que marcaran nuestra vida en común, pero sólo recuerdo las continuas peleas de Ethel, su obsesión por marcharse de casa, los periodos de ausencia en los que permanecía encerrada en un sanatorio, la pena que yo sentía cuando la veía confundida, inestable, rota. Vivíamos en la misma casa y no sabía qué estaba sucediendo; al menos, eso es lo que necesito creer.

Y, sin embargo, de niña era muy divertida, recuerdo que Ethel y yo jugábamos todo el tiempo. Su obsesión, su juego preferido, era montar un teatro y representar obras que la mayoría de las veces inventaba o improvisaba, pero las obras requerían una puesta en escena a lo grande. Solía montar el escenario en el jardín o en la terraza y construía los decorados, dibujaba el vestuario que íbamos a necesitar, elaboraba las invitaciones para los amigos y los vecinos, y al fin representábamos la obra. Margo, que sólo tenía ojos para ella, solía encargarse de la producción, confeccionaba los vestidos o los

compraba y la maquillaba conforme al personaje que debía interpretar. Excepto para las grandes producciones, normalmente éramos dos actores, Ethel y yo, aunque a veces mi hermana conseguía enrolar a otros niños y niñas en la compañía. A ella le encantaba disfrazarse y simular que era otra persona, un personaje romántico o épico, pero siempre de capa y espada; se esforzaba en representar ese papel y conseguía moverse y hablar como correspondía a su personaje. En cambio, yo no podía seguir ni su ritmo ni su rigor, me despistaba en mitad de una escena, olvidaba mi texto, y a la menor contrariedad volvía a reencarnarme en Quique, y Ethel se enfurecía y me obligaba a volver a empezar. En Ciudad de México, cuando Ethel tenía sólo once años, Margo, sin decirle nada, sustituyó la música que habíamos preparado por un par de mariachis que tocaron en directo. Cuando empezó a sonar la música, Ethel se emocionó tanto que no pudo contener las lágrimas; Margo tuvo que salir al escenario, abrazarla y consolarla para que pudiéramos continuar la representación. En Sevilla, Ethel quiso ser don Juan y representamos el Tenorio a partir del acto tercero, simulando el cementerio por la noche en una de las terrazas de la casa, ante más de veinte amigos y vecinos. Una compañera del colegio hizo de doña Inés, la pobre se pasó toda la función estirada sobre una colchoneta que simulaba una lápida, y a mí me tocó representar dos papeles, don Luis y don Gonzalo, el convidado de piedra. Ethel, con la ayuda de Margo, apareció disfrazada de don Juan, y gracias a la capa pudieron disimular su pecho, que con catorce años ya era más que evidente. Adaptamos la obra, en realidad lo hicieron entre Ethel y Margo, para representarla en ese único escenario y fue un éxito, debió de ser una de las pocas que tuvimos que repetir en otra ocasión. Cómo hubiera deseado que Ethel estuviera realmente representando un papel de víctima en un drama shakespeariano y que, después del clímax, una ovación cerrada y los gritos de bravo de Margo hubieran puesto fin al espectáculo. Niños, dejarlo ya, diría nuestra madre, la cena hace horas que está lista.

31-157

Margo sabía que Esteban la engañaba con otras mujeres, lo había sabido siempre.

La infidelidad de Esteban había empezado en Madagascar; ni siquiera llevaban un año casados cuando Margo lo vio salir de un hotel con otra mujer. A Margo le sorprendió el comportamiento de su

marido, no podía entender que un hombre recién casado, presuntamente enamorado, engañara a su mujer a la primera oportunidad. Margo no dejó pasar la ocasión y esa misma noche le reprochó a Esteban su comportamiento, pero él lo negó todo, lo negó a pesar de que Margo conocía el nombre de esa mujer e incluso sabía dónde vivía y dónde se encontraba con ella. A Margo, después de unos años, dejó de importarle, ni siquiera se sintió ofendida. El sexo y el amor no son la misma cosa, se justificó Margo, pueden ser las dos caras de una moneda, pero también las dos caras de dos monedas distintas.

32-157

¿Por qué nunca llegamos a conocer a nuestros abuelos?

Cuando todavía era capaz de mantener una conversación con cierta coherencia, sin emocionarse demasiado ni desvariar, aproveché para preguntarle a Margo cosas que siempre me habían intrigado, por ejemplo qué había sucedido con su familia, por qué nunca habíamos tenido relación con su padres, por qué no habíamos visitado la ciudad en la que nació, y si todavía tenía algún pariente en Salzburgo.

Fue Esteban quien se peleó con mis padres, me contó Margo, los echó de casa y todos mis intentos de reconciliación fracasaron. Siempre vivimos lejos de Europa y los viajes resultaban caros, así que me conformaba con llamarles por teléfono de vez en cuando y sobre todo les escribía largas cartas. A mis padres les parecía muy interesante la vida que llevábamos porque nos permitía conocer otros países y porque vivíamos con un lujo que en España, y mucho menos en Austria, no nos habríamos podido permitir. Cuando nació Santiago, mis padres quisieron venir a verlo. Yo pensaba tener a mis hijos en Salzburgo, con mi madre al lado, pero mis embarazos siempre fueron difíciles y los médicos me prohibieron viajar. Así pues, mis padres ahorraron un poco de dinero y vinieron a Madagascar a ver a Santiago cuando tenía unos tres meses; yo era hija única y Santiago su primer nieto, puedes figurarte su emoción.

Esteban no permitió que se alojaran en casa, me dijo Margo tras un momento de vacilación, como si estuviera valorando la conveniencia de seguir contándome algo que sucedió treinta años antes, les buscó un hotel confortable en el centro de la ciudad, no muy caro, y los instaló allí, lejos de la zona en la que vivíamos, y luego se las compuso para no tener que verlos demasiado y además invitó a muchos compañeros de trabajo y a gente de la embajada para impedir que

pudiéramos estar a solas con ellos.

Cuando llevaban unos diez días en la isla, me explicó Margo, mis padres, que estaban muy enfadados, le reprocharon a Esteban su actitud. Pero él les dijo que si tanto querían a su nieto, podían haber venido cuando nació y que yo les había necesitado entonces mucho más que en ese momento, cuando sólo eran una carga. Esteban fue profundamente injusto, mis padres se enfadaron mucho y decidieron regresar a casa en el primer vuelo.

Quise mediar para conseguir una reconciliación, pero Esteban no lo consintió. Cuando nació Ethel, y más tarde tú, en Buenos Aires, fue él quien se encargó de llamarles para comunicarles la buena noticia. Pero tuvo la sangre fría de decirles que no se molestaran en venir, que podíamos arreglárnoslas solos. Fue terrible para mí. Cuando nació Ethel, mi madre consiguió el teléfono de la clínica y me llamó, fue capaz de mantener la calma durante un minuto para mostrarse alegre y feliz por el acontecimiento, la niña iba a llamarse como ella, pero enseguida perdió el control, se echó a llorar y se cortó la comunicación. Les envié muchas fotos de vosotros tres y películas de vídeo, pero ni nosotros viajábamos a Europa ni ellos encontraron valor para venir a visitarnos a ninguna de las ciudades en las que residimos después. Murieron con muy poco tiempo de diferencia hace unos quince años. Hubiera querido ir al entierro, se sinceró Margo, pero ni tuve fuerzas ni me atreví a pedírselo a Esteban.

No me extrañó la actitud de Esteban, había dado muestras de ese carácter vanidoso en otras ocasiones. Cuando llegamos a Barcelona y nos instalamos en el ático, Esteban llamó a la escasa familia que tenía en la ciudad, invitó a sus parientes a cenar en casa y los agasajó como si fueran príncipes. Era desmedido el trato que les dispensó, y que obedecía sólo a la necesidad de hacerles notar su poder y su riqueza. Más tarde, cuando nos mudamos a esta barriada obrera, ni siquiera quiso ponerse al teléfono cuando sus familiares le llamaron para ofrecernos su ayuda.

33-157

Pon más atención, mamá, un día tendremos un accidente fatal.

Qué diferencia hay, me responde Margo cuando se deja el gas abierto por un despiste y me enfado con ella.

¿Es que quieres morir?, la increpo con un tono desabrido para ver si reacciona, porque estoy convencido de que un día tendremos un disgusto. Y su fría respuesta me persigue día y noche.

¿Hay alguna diferencia?, me pregunto también yo.

34-157

No fue un día para recordar.

El día que Ethel dio el gran portazo, una tarde de la que nunca pudimos olvidar ni un solo detalle, se abrió un paréntesis en nuestra existencia que ni Margo ni yo hemos sabido cerrar. Y ahí sigue, a la espera de las explicaciones que nos permitan entender por qué nos ha pasado a nosotros. Margo se lamentaba de que en una sola tarde, como si hubiera sido sacudida por un terremoto emocional, su familia se había desmoronado y que ése era un golpe insoportable para ella. La casa se quedó vacía, en poco más de un mes pasamos de ser una familia de cinco miembros a ser sólo dos, y no muy bien avenidos. No es que discutiéramos Margo y yo; en la superficie, las aguas parecían calmadas, pero las corrientes subterráneas nos tenían alterados y no nos permitían mantener un equilibrio estable. Los dos, Margo y yo, nos preguntábamos qué sabía el otro, pero no éramos capaces de expresar en voz alta los reproches que iban surgiendo en nuestro interior: qué sabía, desde cuándo lo sabía, por qué no intervino, por qué no compartió sus sospechas conmigo. Cuando no se han aclarado las cosas como es debido, cuando la cara oculta de la verdad es considerablemente más grande que la zona visible, la sombra de la culpa planea sobre todos, verdugos, cómplices, víctimas y espectadores, sin que esté claro cuál es el papel que ha representado cada uno.

35-157

No insistas, Quique, Ethel no espera ninguna visita.

Gerard Pruna me lo dijo así, a bocajarro, en nuestra tercera y última cita. Había aceptado tomar un café rápido y mi principal objetivo era pedirle que me pusiera en contacto con Laura Morillo. Sé que no soy la persona más indicada para dar consejos, me dijo Gerard, pero Ethel o Gracia no se merece tener que revivir otra vez un pasado que la hizo tan infeliz. No me pidió que volviera por allí, ni que le escribiera siquiera. Tampoco me encargó que le diera recuerdos a los viejos amigos, ni me pidió que os transmitiera un mensaje a vosotros.

Lo siento, se lamentó Gerard, hablamos durante cuatro o cinco horas y ni siquiera mencionó vuestros nombres. Pero si quieres hacer algo por Ethel, me sugirió, puedes enviarle un paquetito con semillas de flores o bulbos, y un par de tabletas del chocolate más negro que encuentres. Si se lo envías sin remitente, ella quizá lo agradezca más.

Me molestaron profundamente las palabras y el tono de Gerard, y quizá por eso decidí comentar con Margo ese encuentro, aunque no le dije que era el tercero, y que me había dado noticias de Ethel. Margo estaba sentada en el sofá viendo un programa de televisión, aunque yo sabía que en realidad lo único que hacía era dejarse arrastrar por las imágenes, que era sólo una distracción que le ayudaba a no pensar, a no volverse loca. Margo se transfiguró. Yo no puedo viajar, estoy demasiado enferma, pero tú sí, me suplicó, quiero que cojas el primer avión y que vayas en su busca. Margo, como si fuera un gesto que hubiera meditado muchas veces, se desabrochó el cuello de su blusa y extrajo un corazón de oro que llevaba colgado siempre. Llévaselo, exclamó, dile a Ethel que fue de su abuela y que ahora es suyo. No pude negarme, Margo estuvo detrás de mí hasta que conseguí el billete de avión.

Recordé las palabras de Gerard y salí a comprar chocolate; en vez de enviárselo, se lo llevaría en persona. ¡Cómo le gustaba el chocolate a Ethel! Cuántos recuerdos de nuestra infancia tengo asociados al chocolate. Cuántas veces nos escondimos con una de aquellas enormes tabletas de chocolate y no salimos de nuestro escondite hasta haberla devorado. Qué dolores de tripa y qué broncas nos ganamos de Margo.

Pasé cuatro días en La Graciosa, tiempo suficiente para recorrer la islita cinco o seis veces. Pero nadie parecía conocer a Ethel ni a Gracia, ni siquiera a un aldeano llamado Ildefonso. ¿Y si Gerard me ha tomado el pelo?, llegué a preguntarme, ¿y si para ocultarme el verdadero lugar en el que Ethel reside mencionó esta isla sólo para despistarme? Hasta que una mañana, casi por casualidad, encontré la que debía de ser la casa de Ethel, una cabaña de pastores en un lugar escarpado con unas magníficas vistas sobre el océano. Allí estaba la pared encalada y la viga de piedra que quizá fue un abrevadero. La casa, por supuesto, estaba cerrada a cal y canto; si Ethel había abandonado la cabaña momentánea o definitivamente no tenía modo de averiguarlo. Y tuve que volver sin noticias, desanimado, tanto que preferí decirle a Margo que lo más probable es que se hubiera tratado de una confusión.

Vuelve, Ethel, querida. Margo y yo necesitamos que vuelvas para recuperar nuestra propia estima. Te lo pido con lágrimas en los ojos. Margo está arrepentida, no tuvo valor para comprobar si sus sospechas eran ciertas, prefirió mirar para otro lado, sin ser consciente del daño que te hacía. Cada mirada tuya en demanda de auxilio, cada palabra que ella refrenó y que no salió de su boca, todos esos silencios cómplices, tanta cobardía, constituyen ahora para Margo una dolorosa tortura. Tus verdugos ya han sido juzgados y condenados por su delito, se han ahorrado la vergüenza y el oprobio que se merecían, pero han pagado el precio más alto. Regresa a casa, Ethel, o llama siquiera por teléfono, aunque sólo sea una vez. Por lo que más quieras, habla con Margo, ella necesita un beso, un abrazo y una palabra de consuelo para poder irse en paz.

37-157

Esteban no murió como consecuencia de una enfermedad.

Nuestro padre fingió el desmayo cuando se fue Ethel, de eso estoy convencido, y Margo acabó también aceptando que era así. La marcha de Ethel, su determinación, el tono de Gerard, su réplica amenazadora a la intervención de Santiago, todo eso delataba la culpabilidad de Esteban, esta vez sin paliativos. Y no era fácil recibir una acusación de esa naturaleza y aspirar a mantener una vida normal con la familia. Así que el repentino desmayo, la extraña dolencia que le obligaba a permanecer en cama, el silencio pertinaz, debían de darle tiempo para que Ethel volviera a casa, para que cuando regresara enferma, con ese típico cuadro de ansiedad, y tuviéramos que llevarla al sanatorio, Esteban pudiera proclamar su inocencia a cuenta de su delirio, pudiera perdonar a su hija para mostrar su gran amor por ella y por todos nosotros. Pero pasó un día y otro, y una semana y otra más, y no tuvimos noticias suyas, y la enfermedad de Esteban, cada día que pasaba, constituía una coraza más débil.

Sé lo que hizo Margo. No me lo dijo ella, ni siquiera lo ha insinuado nunca en esos momentos de exaltación en los que querría arañarse el rostro y rasgar sus vestiduras. Pero yo sé cómo ejecutó su plan, aunque sólo fui consciente después de la muerte de Santiago. Margo era enfermera, sólo había ejercido en Madagascar en una especie de hospital de campaña en el que tenía que hacer de todo; aceptó trabajar allí de manera voluntaria porque se lo pidió un compatriota que ejercía en un hospital de campaña. Margo dejó que la salud de Esteban se fuera deteriorando y, en el último momento, debió

de inyectarle una sobredosis de insulina porque Esteban sufrió un coma hipoglucémico.

Quizá Esteban se dio cuenta, porque uno sabe cuándo está fingiendo encontrarse mal y cuándo lo está de verdad, y quizá entonces Esteban pensó que podía congraciarse con Margo y le rebeló dónde guardaba la libreta de ahorros con el dinero que tenía reservado para su vejez. Fue un intento desesperado para ablandar a Margo, para que ella se apiadara de él, lo sé porque Margo me indicó el escondite y me pidió que le entregara la libreta. Margo no quiso tocar ese dinero. Cuando vuelva Ethel, se justificó Margo, quizá necesite atenciones, lo guardaremos para ella. Esteban se fue consumiendo como una vela durante las siguientes jornadas, el desenlace era tan previsible que el médico de guardia firmó su defunción por muerte natural sin hacer ninguna comprobación.

Durante mucho tiempo me obsesionó no percibir en Margo ningún tipo de remordimiento. Había actuado con una frialdad profesional, como si fuera un verdugo y estuviera ejecutando una pena dictada por un tribunal. Supongo que un verdugo no debe tener pesadillas, que debe accionar el mecanismo que pone en marcha la silla eléctrica o la cámara de gas con la misma naturalidad con la que un conductor arranca el autobús de línea, ¿o no? O quizá los verdugos son funcionarios y tienen un terapeuta de oficio al que están obligados a acudir regularmente y que se ocupa de su salud mental. Margo no necesitó ningún tipo de ayuda, se limitó a ejecutar un plan, su plan. A veces, mientras intentaba dormir, supongo que porque la mente es libre y divaga y hace todo tipo de asociaciones, solía pensar en qué pasaría si Margo decidía eliminarme también a mí, cómo sabría yo qué estaba pasando y, sobre todo, cómo podría evitarlo. Aunque, bien pensado, quizá no valiera la pena resistirse.

38-157

Y de Santiago, ¿qué puedo decir?

Apenas he mencionado en estas páginas al digno hijo de su padre. Siento que mi hermano era un extraño. Hace unos siete años llamaron por teléfono desde un hospital, se puso Margo y le comunicaron que Santiago había tenido un accidente de automóvil y que estaba muy grave. Muy bien, Margo no se inmutó ni quiso formular ninguna pregunta más, vuélvanme a llamar cuando esté muerto. El teléfono figuraba en la agenda del móvil de Santiago en la letra pe, de padres. Le preguntaron si podía personarse en el hospital, Margo respondió

que no y colgó sin dar ni pedir más explicaciones. No volvimos a saber nada de él, hasta que dos semanas más tarde una ambulancia se presentó en casa, unos celadores traían a Santiago en una camilla y una doctora nos dijo que Santiago había perdido la movilidad en las piernas y que debía iniciar los ejercicios de recuperación lo antes posible, pero que sería un proceso lento y que, mientras tanto, no podían mandarlo a su casa porque no podía valerse por sí mismo. Margo argumentó que ella también estaba enferma y que tampoco podría cuidarlo y sugirió que lo llevaran a una residencia. Si lo necesita, dijo la doctora cada vez más agresiva al percatarse de la extrema dureza de la madre del enfermo, puede usted, en su nombre, solicitar una plaza en una residencia, pero hasta que se la concedan, nosotros no lo podemos dejar en la calle. Le enviaremos un asistente social que le ayudará en las tareas más pesadas.

El personal sanitario se marchó y Santiago quedó instalado en la habitación que había sido de nuestros padres; Margo se había negado a volver a usar su dormitorio. Como antes con Esteban, Margo pasaba en la habitación de Santiago el menor tiempo posible, le llevaba algo de comer, le daba sus medicinas y eso era todo. La trabajadora social lo aseaba cada día y le ayudaba a cambiar de posición para evitar que se le hicieran llagas. Lo cierto es que yo tampoco solía hacerle compañía, me sentía incómodo en su presencia. Santiago estaba muy débil y tampoco se esforzaba en hablar, parecía consciente de haber caído en territorio hostil.

Margo empezó a mezclarle diferentes medicamentos en las comidas a Santiago. La pillé en la cocina analizando los prospectos, abriendo las cápsulas de plástico para vaciar su contenido, machacando en el mortero pastillas que traía de la farmacia; lo disolvía todo con un producto que se llamaba tricloroetileno o algo parecido. Margo llevaba siempre encima esa pócima y empezó a administrársela a Santiago, que permanecía dormido la mayor parte del día, en un sueño muy profundo. La trabajadora social comentó que quizá habría que avisar al médico y Margo lo hizo, pero en lugar de llamar a la doctora que le había tratado, llamó a urgencias y consiguió que vinieran a verle a casa, y que acudieran de vez en cuando, un médico distinto en cada ocasión, por si en algún momento podía necesitar testigos de cómo Santiago se había ido apagando. Un médico de urgencias certificó su defunción sin haber detectado ninguna anomalía. Yo sí fui testigo de lo sucedido; Margo actuó esta vez sin ningún disimulo y me hizo su cómplice desde el primer momento porque yo tampoco hice nada para impedírselo. Bueno, en realidad pensé en denunciarla a la policía, lo pensé seriamente e incluso medité en las consecuencias que podría tener, en si yo necesitaría o no una coartada para no verme implicado en un asesinato. No lo hice, desde

luego, y cuando quise darme cuenta, mi hermano Santiago era sólo un pobre cadáver, un compendio de viejos recuerdos que había que empezar a desechar. Fue entonces cuando entendí que Margo había utilizado un procedimiento similar con Esteban. Está loca, Margo, me decía yo, cualquier día caeré enfermo y no sabré qué pensar, si es una estúpida gripe lo que me retiene en la cama o si estoy recibiendo el mismo tratamiento que ellos. Pero pasaron los días y no sucedió nada; ni siquiera los ha vuelto a nombrar.

Margo llamó a la Facultad de Medicina para comunicar que quería donar el cuerpo de su hijo para trasplantes o para lo que hiciera falta. Un doctor se presentó en casa casi inmediatamente. Vestía de forma correcta aunque no llevaba corbata, era un hombre de unos cincuenta años, con unos ojos azules tan claros que parecía desvalido y con el cabello castaño demasiado largo para una profesión tan formal. Margo le invitó a sentarse y escuchó pacientemente todas sus explicaciones sobre la importancia de la donación de órganos. El doctor hablaba pausadamente, meditando bien cada palabra para no herir la susceptibilidad de los familiares del fallecido y los acompañaba con gestos comedidos, sin estridencias de ninguna clase. Pero Margo no se contuvo ni se esforzó por fingir alguna emoción. Santiago ha muerto, le dijo, ese cadáver que hay en esa habitación ya no es mi hijo, no quiero ocuparme de su entierro, no me interesa lo que ustedes puedan hacer con él. Si quieren que firme un documento cediendo su cuerpo a la ciencia, lo haré; sólo dígame cuál es el protocolo. El doctor no supo qué decir, ni adonde mirar, no sabía cómo interpretar la actitud de Margo, si era producto del dolor o de un desprecio que no podía entender, así que se limitó a ponerle delante unos papeles, Margo los firmó sin leerlos, y él separó una copia y se fue. Apenas media hora más tarde, una ambulancia vino a recoger el cuerpo de Santiago.

Margo tampoco quiso hacerse cargo de sus cosas; sabíamos dónde vivía Santiago pero ni siquiera se le pasó por la cabeza acudir allí. Esa tarea me la encomendó a mí: ve a beneficencia o a donde haya que ir y les ofreces quedarse con sus cosas, y si no saben qué hacer con ellas, se las regalas a algún trapero o las tiras a la basura, lo que prefieras o lo que te resulte más cómodo.

39-157

Volver de La Graciosa sin noticias de Ethel fue un mazazo para Margo.

Dedicaba todo el día a buscarla, no me permitía ningún descanso,

así que cuando regresaba al hotel por la noche estaba reventado. Desde allí llamaba a Margo y le daba cuenta de mis pesquisas: adonde había ido, con quién había hablado, qué había averiguado, intentando hallar un difícil equilibrio entre la esperanza que habíamos ido alimentando, aun sin demasiados motivos, y la frustración que poco a poco se había ido adueñando de mi ánimo y del suyo. El primer día, después de hacer el recuento de mis idas y venidas, quise comentar con Margo lo espectaculares que eran las noches en la isla, pero me cortó a la primera de cambio. No estás ahí de vacaciones, me espetó como si la hubiera ofendido, y colgó el teléfono.

Le devolví a Margo el corazón de oro que había pertenecido a la abuela, pero ella no se lo volvió a poner, lo dejó sobre la cómoda y ahí permanece todavía. Margo no quiso que le explicara los pormenores del viaje, para ella sólo había una opción posible: volver a Barcelona con Ethel; ni siquiera se habría conformado con que la hubiera encontrado, tenía además que regresar con ella. Así que, desde cualquier punto de vista, el viaje a La Graciosa había resultado un fracaso más.

Estoy cansada, me confesó Margo, no sé de dónde sacar fuerzas para esperar más tiempo. Por mí, ya basta. Quizá Ethel esté muerta, la vida no es fácil y ella no era una chica tan fuerte como presumía. Estoy tan cansada, Quique, exclamó, y a continuación se arrastró hasta su dormitorio, el que había sido de Ethel, y se acostó. Ni siquiera eran las once de la mañana.

Llamé a Gerard, pero no le expliqué mi aventura, decidí continuar con el recuento de los últimos meses de Ethel en Barcelona; me urgía ahora poder hablar con Laura Morillo y le pedí ayuda de nuevo. Cómo puedo localizar a Laura Morillo, le pregunté a Gerard, ahora que he empezado a reconstruir la historia de Ethel me gustaría hablar con los que la conocisteis mejor, sobre todo en ese último año. Si no te importa, me dijo Gerard, prefiero llamarla yo primero.

¿La ves todavía?

Tenemos un hija, se llama Susana.

¿Una hija?

Estuvimos casados, nos separamos hace unos años. Fue difícil para mí, dramático incluso, se sinceró Gerard, pero ahora conseguimos vernos sin tirarnos la vajilla a la cabeza. Debo advertirte, me dijo Gerard, y sus palabras sólo sirvieron para acrecentar mi interés en hablar con ella, que no sé si Laura querrá verte. Para Laura, que Ethel desapareciera de nuestras vidas constituyó una liberación. Se hicieron amigas íntimas, pero por eso mismo Laura acabó sabiéndolo todo sobre Ethel y sobre tu familia. Era demasiado dolor, y el dolor se puede compartir pero cada fragmento tiene la misma estructura y genera la misma angustia que la pieza original. El dolor es como la

risa, añadió, se contagia y se expande como si fuera un gas.

Laura lo pasó mal en aquella época, me dijo Gerard, no era tan madura como para asomarse al infierno y salir indemne. De todos modos, le diré que la estás buscando y que sea ella quien tome la decisión.

40-157

Sobre todo en Sevilla, Ethel fue mi salvoconducto.

Era sólo un año mayor que yo y enseguida la atrapé en altura, pero mientras que mi hermana era extrovertida y sociable, yo era un adolescente frío y engreído, el típico perdonavidas. Todos los muchachos del instituto estaban locos por ella, en un mes ocho chicos se le declararon y le pidieron que saliera con ellos. Por el contrario, yo no conectaba con nadie, estaba demasiado pagado de mí mismo y todo en mis compañeros me resultaba odioso: su gracejo era un defecto de pronunciación; su alegría, superficialidad; su familiaridad, sólo caradura; y así hasta el hartazgo. Ethel tiró de mí entonces, de algún modo dejó claro que ella no acudiría a ninguna fiesta a la que yo no hubiera sido invitado. A partir de ese momento, el panorama para mí cambió por completo. Ethel siempre se había ocupado de mí de un modo discreto, excepto en un par de situaciones más graves.

En el colegio de México yo era el único niño que, al acabar de orinar, se limpiaba la última gotita con un papel. Cuando me vieron mis compañeros, se burlaron de mí, empezaron a divulgarlo y acabé siendo el blanco de todas las bromas; cuanto más crueles eran, más divertidas les parecían a aquellos sádicos. Me daba miedo ir al colegio, pero no me atrevía a decírselo a Margo, ni mucho menos a Esteban. Pude salir de ese infierno gracias a Ethel. Mi hermana se enteró de que planeaban un ataque en toda regla, su idea era cogerme desprevenido en los lavabos, quitarme la ropa a la fuerza y dejarme allí desnudo. Pero Ethel se presentó en el baño con el director de la escuela, éste les tomó los nombres y les dijo que estaban expulsados, por una semana en principio, y además les entregó allí mismo una nota citando a sus padres en su despacho para el día siguiente.

Le debo eso a Ethel, y si hiciera memoria, seguro que muchas cosas más.

He intentado no mortificarme tratando de ver ahora lo que no observé entonces. No quiero desesperarme como Margo. Hacia dónde miraba yo, se lamenta ella a todas horas, en qué nimiedades estaba pensando, en qué absurdas tareas me ocupaba, mientras le hacían

daño a mi niña.

41-157

Y con Marcos Recaj, me dijo Gerard, ¿por qué no hablas con él?

Ésa fue la primera vez que oí su nombre, el cuarto miembro del grupo, el novio de Ethel, según Gerard, alguien de quien nunca habíamos oído hablar en casa. Incluso lo comenté con Margo, pero tampoco ella lo conocía, ni siquiera había visto su nombre escrito en las carpetas de la facultad. Gerard se extrañó, pero esa sensación le duró sólo un instante. Claro, claro, dijo, divertido, lo había olvidado, nadie puede encontrar lo que no sabe que ha perdido.

A Marcos es muy fácil localizarle, me explicó Gerard, es concejal en un ayuntamiento de El Maresme, nunca recuerdo si es en Alella o en Tiana. En la web no estaba su correo personal pero sí el que le correspondía como concejal. Le escribí un mensaje, dadas las circunstancias me pareció que podría ser más fácil contactar por ese medio que a través del teléfono, y en el asunto puse «Ethel Jurado, confidencial», y en el texto me limité a presentarme y a plantearle mi interés en hablar con él. Quise tranquilizarle, no quería que pensara que podía haber sucedido algo irremediable, y le conté que Gerard se había encontrado con ella por casualidad y que yo andaba reconstruyendo su historia porque era también la mía y la de Margo, y porque necesitábamos pasar página. Cuando acabé el texto, lo releí y me pareció demasiado extenso y confuso. Le escribo porque soy un cobarde, me recriminé, así que lo borré todo, hice de tripas corazón y decidí llamarle por teléfono.

42-157

Creo que deberíamos tomarnos un tiempo para reflexionar, me dijo Martine.

No sé qué me hirió más, que Martine me dejara o que utilizara la frase más tópica de las comedias románticas que tanto le gustaba ver en el cine. Sé que fui injusto con ella. En los tres meses siguientes a la marcha de Ethel, apenas nos vimos tres o cuatro veces, incluida la ceremonia que Margo había encargado para Esteban en el tanatorio. Pasamos de hacer planes para casarnos, de husmear en las páginas de

La Vanguardia algún piso asequible, a convertirnos en casi desconocidos. Tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando, pero no lo lamenté entonces, pensé que era una de esas sorpresas desagradables que te tiene reservada la vida. Martine había sido mi primera novia en serio, y sin duda que me habría casado con ella, pero el drama golpea con todo lo que tiene a mano. He tenido noticias de Martine en varias ocasiones, por terceros. Sé que está casada, que tiene un hijo y una hija que pudieron ser míos, pero por algún motivo extraño tengo la sensación de que es mejor así.

En estos trece años he salido esporádicamente con varias mujeres, e incluso me he acostado con alguna. Pero no he tenido novia, no ha habido continuidad en ninguna relación. También me sorprendo a mí mismo atraído por mujeres maduras, cinco, diez e incluso quince años mayores que yo. Podría argumentar que Margo me necesita, que no puedo abandonarla, pero ni siquiera sería cierto; en los últimos años son incontables las veces que Margo me ha pedido que me independice, que la deje sola, que puede valerse por sí misma. Eso fue cierto durante una temporada; ahora ya no. Margo ha perdido unos veinte quilos pero sigue siendo una mujer gruesa, se mueve con dificultad, se cansa enseguida, quizá no me necesita en este momento, pero tampoco creo que pudiera ocuparse de sí misma durante una larga temporada. Físicamente no está del todo mal, pero no sabría decir cómo tiene la cabeza. No es que haya perdido la memoria, todo lo contrario, ésa es precisamente su penitencia, pero de repente se queda con la mente en blanco, no responde, no sabe dónde está; en ocasiones, las tareas más rutinarias tiene que pensarlas y verbalizar una a una las acciones que debe realizar para poder llevar a cabo esas tareas.

Así que aquí estamos atrapados Margo y yo, las otras víctimas de la tragedia familiar. No me he atrevido a expresarlo con esa contundencia delante de Gerard Pruna, ni tampoco de Laura Morillo o de Marcos Recaj, no es su compasión lo que busco. Margo suele decir, por supuesto sin mencionarlos, que envidia a Esteban y a Santiago, porque aunque la muerte sea el peor castigo, ellos descansan para siempre.

43-157

Gerard me lo había advertido, pero yo no perdí la esperanza.

En efecto, Gerard me llamó para decirme que Laura no quería verme, pero yo no desistí; le dije que era vital para Margo y para mí,

pero él replicó que no podía hacer nada. A partir de ese momento, hablar con Laura Morillo se convirtió en mi principal obsesión. Había sido la confidente de Ethel en una época clave, Laura debía de conocer toda la verdad del sufrimiento de mi hermana, cómo había empezado su calvario, los motivos por los que había huido, lo que pensaba de nosotros. A estas alturas, yo creía estar al corriente de lo que había sucedido, pero quería saber cómo había vivido Ethel ese martirio, qué pensaba de Margo y de mí. Decidí buscar a Laura en Internet y en las guías telefónicas; Morillo no es un apellido demasiado convencional.

Después de tantos años no estaba seguro de poder reconocer a Laura, pero tuve suerte porque, cuando fui a apostarme cerca de su domicilio, pude verla con Gerard: paseaban uno al lado del otro y en medio, cogida de las manos, llevaban a su hija Susana. No me vieron; Laura y Gerard caminaban distraídos, hablando y a la vez pendientes de la niña que cada tres pasos exigía que sus padres levantasen los brazos para que ella pudiera dar un gran salto.

Volví unos días más tarde, tuve la intuición de acercarme por su calle un poco después de las cinco, pensé que podría encontrarme a Laura cuando volviera del colegio con la niña. No fue así, resultó que Susana salía a las cuatro y media, pero en cambio las vi salir de su domicilio y las seguí hasta el parque que había a tres manzanas de aquél. Al llegar, Susana salió disparada hacia los columpios y Laura se sentó en un banco desde el que podía observar los movimientos de la niña. De su bolso extrajo un libro titulado *Singapur*, y antes de que pudiera sumergirse en la lectura, me senté a su lado.

44-157

Marcos Recaj no se presentó a nuestra primera cita.

Habíamos quedado en una cafetería del centro y yo acudí una hora antes de lo previsto. Marcos me llamó cuando llevaba media hora de retraso para decir que llegaría tarde. No importa, le respondí, puedo esperar el tiempo que haga falta. Me volvió a llamar una hora más tarde para comunicarme que la reunión en la que estaba inmerso en el ayuntamiento se alargaría hasta después de la cena, que acababan de pedir algo de comer a un servicio de *catering*. A modo de disculpa, me propuso quedar una semana más tarde, para comer. Todo el mundo tiene que comer, me dijo para suavizar la situación, así que seguro que podremos vernos. No quedamos en ningún lugar en concreto, me propuso un día y una hora y me dijo que me llamaría esa misma mañana para acabar de concretar el lugar.

Antes de que colgara el teléfono por segunda vez, pensé en hacerle alguna pregunta; yo había puesto muchas expectativas en ese encuentro y me resistía a irme de vacío. ¿Cómo fue tu relación con Ethel, le pregunté, fue distinta a las que has mantenido con otras mujeres? Y a continuación, antes de que pudiera articular palabra, le pregunté si estaba casado, si tenía hijos. En menos de un minuto lo atiborré a preguntas; había pensado mantener la calma y ganarme su confianza, pero la ansiedad me hizo perder la compostura. Hablé tanto y tan seguido que pensé incluso que se había cortado la comunicación y que Marcos Recaj ya no estaba al otro lado de la línea.

Sigo soltero, respondió con un tono distante, del tipo qué le vamos a hacer, ése debe de ser mi estado natural. Esa fue la única pregunta sobre su vida actual que Marcos respondió. Ethel fue muy importante en mi vida, me dijo, estaba enamorado de ella y creía que me correspondía; ahora no lo afirmaría con tanta rotundidad. Intentamos ayudarla, es cierto, pero estoy por decir que nunca entendimos el verdadero alcance de su tragedia, quizá pudo percibirlo Laura, que tuvo la oportunidad de compartir ese grado de complicidad que sólo se da entre mujeres, pero desde luego ni Gerard ni yo estuvimos a la altura de lo que exigía la situación. De todos modos, Quique, Marcos cambió el tono antes de cortar, aunque puedo entender tu angustia y tu urgencia, no creo que el teléfono sea el canal más adecuado, nos vemos la semana próxima.

45-157

Ethel, querida: te escribo estas páginas a pesar de que encierran una triple frustración, porque sé que no te las enviaré a La Graciosa, no podría soportar que el sobre cayera en manos de Margo con un texto sobreimpreso que dijera que eres una desconocida en ese domicilio; porque estoy seguro de que, aunque lo hiciera y esta carta llegara a tus manos, tú no la leerías; y porque en el fondo sé que lo único que pretendo es justificarme. Iba a escribir «redimirme», que es un término que parece más cercano al de culpa, pero me ha dado miedo.

Sabes, Ethel, sólo encuentro consuelo en teorías peregrinas y rebuscadas en las que quiero creer con la fe de un converso. Aunque cuando alguna vez me he atrevido a compartirlas con Margo, sólo he conseguido generar cierto estupor, pero lo prefiero al mero desdén. Una de esas teorías, que he leído en un libro de Martin Rees, habla de que no hay un solo universo, sino muchos universos, por eso le llaman

teoría del multiverso o algo así. Por lo que parece, las condiciones que tuvieron que darse para generar este universo nuestro, y nuestra galaxia, y el planeta Tierra y la vida en ella, son tan extremas, casi inverosímiles, que lo más probable es que tuvieran que darse multitud de intentos, y eso, por supuesto, debió de generar multitud de universos, la mayoría fallidos. Y aquí viene mi ocurrencia: ¿por qué sólo pudo darse una vez?; quizá se generaron varios universos como éste, que se desarrollan paralelos aunque incomunicados. Pues bien, Ethel, me consuela pensar que en uno de esos universos paralelos estamos juntos, quiero creer que en él Margo y yo encontramos la fuerza y la valentía necesarias para enfrentarnos a Esteban y a Santiago, y que te libramos de sus garras. Así que en esta vida no, pero hay otros universos en los que se nos concedió otra oportunidad y la aprovechamos.

A Margo no le he contado esta última teoría, ni siquiera la consideraría. Margo, tan religiosa ella, recuerda la lata que nos daba para que confesáramos y comulgáramos al menos una vez al mes, no ha vuelto a pisar una iglesia, la última vez fue para el entierro de Esteban. Tampoco es que salga de casa más que para comprar o ir al banco; Margo lleva una vida de reclusión. ¿Recuerdas cómo era de presumida? Si la vieras, Ethel, da miedo, lleva siempre el cabello recogido en un moño deshilachado y viste unas batas cada vez más gastadas. Cuando nos mudamos a este barrio, para economizar, Margo dejó de ir todas las semanas a la peluquería y se conformó con acudir una vez al mes. En los últimos diez años no ha ido ni en una sola ocasión. Hubo un momento que pensó encargarme a mí la compra y todas las gestiones; según ella, si salía para trabajar, no me costaba nada acercarme al mercado o a las tiendas. Así que me preparó unas listas muy pormenorizadas en las que me indicaba qué debía comprar exactamente, en qué tiendas o en qué puestos del mercado, y qué rango de precio le parecía aceptable. No caí en esa trampa. El primer día no compré nada, el segundo día adquirí algunos productos, pero de marcas equivocadas y en establecimientos inadecuados, y ya no hubo un tercer intento. Pero Margo sólo sale para eso; es inútil que me esfuerce en invitarla a comer o a cenar o a ver una película, incluso me he presentado en casa con las entradas en la mano. Llama a una chica, suele responderme, las aprovecharás mejor que conmigo.

Margo está desesperada, Ethel, no ha vuelto a ser la misma desde que te fuiste. Quizá incluso te costaría reconocer a tu madre. No tiene apetito y sin embargo come todo el tiempo. Es ansiedad, se justifica, cuando la sorprendo en la cocina. Empezó a perder peso enseguida porque estaba muy nerviosa y si se forzaba a comer algo, lo echaba a los pocos minutos. Nada le aprovechaba, pensé que enfermaría y tuve miedo de perderla también a ella. Margo resistió porque tenía un

objetivo: necesitaba saber y, sobre todo, quería compensarte por todo el daño que te hemos causado.

Vuelve, Ethel, los culpables ya han pagado por lo que te hicieron, tú fuiste una víctima inocente. Margo desea abrazarte, eso es lo único que le pide ya a la vida; necesita que regreses y que la perdones.

46-157

Margo está senil.

Desde hace una temporada temo dejarla sola porque se confunde incluso al realizar las tareas más elementales, tengo miedo de que algún día cometa un error que pueda costamos caro, como dejarse abierto un grifo, el gas o alguna cosa de ese tipo. A veces la riño, aunque sólo para llamar su atención. Un día vamos a tener un accidente, le digo, procura poner más cuidado en lo que haces. Pero hace caso omiso, o me contesta que no le importa. Margo está envejeciendo muy mal, por su cuerpo es como si hubieran pasado ya cuarenta años y no trece. Tiene unas ojeras muy marcadas y el rostro surcado de arrugas, viste siempre de gris o de negro, pero su aspecto físico sólo es un síntoma de su estado mental. A veces pienso que evita peinarse porque le deben de venir a la cabeza aquellas tardes en las que Ethel la peinaba, y luego se turnaban, con la toalla sobre los hombros y el cepillo masajeando su densa cabellera. Margo tiene esa mentalidad germánica, necesita pagar sus deudas, estar en paz, y como no puede hacerlo, siente que está en falso. No piensa en otra cosa, aunque ya no hable de ello, esa deuda es lo único que tiene en la cabeza.

Me he sacrificado por ella, para que no estuviera sola, me hizo prometerle que no la abandonaría hasta que Ethel hubiera vuelto y todo se hubiera arreglado. Entonces, Margo todavía pensaba que había una solución, que Ethel nos perdonaría y que la vida volvería a tener un sentido.

No es que yo esté mucho mejor que Margo; es cierto que todavía no he perdido la cabeza, pero vivo en un estado de aislamiento que me ha convertido en un hombre retraído e intolerante. Hay semanas en las que apenas intercambio media docena de frases con otras personas, ahora entiendo por qué la gente entabla esas conversaciones absurdas con la señora que te despacha la carne o con la cajera del supermercado, quizá sean las únicas palabras que van a pronunciar en toda la mañana o en todo el día. Dejé de salir porque Margo se angustiaba, me esperaba despierta como si fuera un adolescente, pero

no sufría por mí, en realidad lo que ella temía era que la hubiera abandonado. Me fui quedando solo, aislado de mi entorno, porque los amigos son como un jardín: si no lo riegas, si no lo visitas y lo cuidas, enseguida se deteriora.

Martine me llamó cinco meses después de nuestra ruptura, creo que intentó darme una segunda oportunidad. Me invitó a cenar en su casa, y me pareció un indicio relevante, le llevé flores, un rosal que da unas flores muy pequeñitas, y una botella de Gramona porque sabía que, como buena francesa, le gustaría cenar con cava directamente. Había conocido a Martine cuando los dos hicimos una suplencia en el Liceo Francés, ella como profesora de literatura y yo para sustituir al profesor de inglés; ella se quedó luego, pero yo no: con un sueldo de docente de secundaria no era posible recuperar el estatus de la familia. Sus alumnos, que también eran los míos, le habían dicho que se divertían conmigo en clase y Martine quiso saber qué método de enseñanza utilizaba. No se trata de un método, le expliqué yo, es algo más sencillo: en vez de utilizar textos de autores clásicos, leemos las letras del grupo Oasis; los hermanos Gallagher son, sin duda, peores poetas que Lord Byron y quizá también peores ejemplos, aunque de eso no estoy muy seguro, pero sus letras conectan mejor con los chicos. Y como si fuera lo más natural del mundo, Martine y yo empezamos a salir. Unos meses más tarde le pedí que me acompañara al Observatorio astronómico de Sabadell. Era una noche en la que estaba abierto al público para poder contemplar el cometa Hyakutake, me declaré allí y le pedí que se casara conmigo. Era como si, desde entonces, hubiera transcurrido una eternidad.

Martine había preparado una cena de película, con una puesta en escena increíble que incluía mantel nuevo, velas, música, y una comida que ponía en alerta todos los sentidos. Hicimos el amor, pero a las tres de la mañana me desperté y me levanté. Me quedé sentado en la cama, con la cabeza entre los brazos y sin saber qué camino debía tomar. Martine se sobresaltó, se incorporó un poco y puso su mano caliente sobre mi hombro. Margo estará levantada, me excusé, y eso era todo lo que podía decirle, esperándome; no descansará hasta que yo vuelva a casa.

¿Sabes lo que eso significa?, me preguntó Martine, ¿lo sabes, verdad?

47-157

Esto no es vivir.

Si tuviera que definir nuestra existencia con otra palabra, no utilizaría *vida*, pero tampoco emplearía *infierno*; es algo peor, es lo más parecido a la nada o al vacío que alguien puede experimentar. Hace años que dejé de acudir al despacho, no me concentraba en mi trabajo, empecé a cometer errores, faltaba a menudo porque Margo me presionaba para que saliera en busca de Ethel, así que cuando la dirección de la empresa perdió la paciencia y consideró que las desgracias familiares no podían justificarlo todo durante tanto tiempo, me llamó al orden a pesar de mi cargo. Decidí coger el toro por los cuernos y llegar a un pacto para abandonar la empresa. Se me ocurrió que podía trabajar en casa, haciendo traducciones, como antes Ethel y para la misma compañía. La mayoría de los días me levanto tarde aunque me despierto temprano, me ducho pero no me afeito, suelo llevar una barba de tres o cuatro días por pura desidia, ni siquiera me visto, y me acuesto con el mismo pijama con el que me he levantado. Aunque Margo está en casa, apenas si nos hablamos, no tenemos ya nada que decirnos, y nos entendemos a la perfección con pequeños gestos y con expresiones mínimas. Es curioso que pueda darse una situación de este tipo entre adultos, en la que el gruñido sea la forma de comunicación más evolucionada, pero así es nuestra relación. Me alimento a las horas previstas, hago mis descansos cuando toca, me siento ante el televisor para seguir las noticias pero ni siquiera tengo ánimo para cambiar de canal. Envío mis trabajos por correo electrónico y la empresa me paga mediante transferencia, hacemos gran parte de las compras por Internet, no recibimos visitas. Hay temporadas en las que paso semanas sin tener que salir a la calle. Si un científico pudiera efectuar un corte temporal en mi existencia, un corte efectuado al azar, por breve que fuera, le bastaría para poder analizar toda mi vida. Al fin y al cabo, la vida, con sus días y con sus miserias, es el fractal por excelencia.

48-157

Querida Ethel: me hubiera gustado contarte que tenemos muchos proyectos, que a pesar de los pesares nos hemos esforzado y hemos luchado para hacer que la vida tuviera sentido, que hemos construido un nido para ti en el que te sentirías acogida y feliz. Pero a quién iba a engañar, Ethel. No hemos sido valientes; en lugar de ponernos en pie hemos ido arrastrando una existencia miserable.

La escasa actividad diaria de Margo finaliza a la una del mediodía, en ese momento se sienta en el sofá, enciende el televisor y come algo.

Después lleva la bandeja a la cocina, la recoge un poco, lava a mano los escasos platos y cubiertos que ha utilizado, porque le da pereza usar el lavavajillas, y algo más tarde de la una treinta vuelve al sofá y se sitúa ante el televisor hasta que hacia las diez de la noche se levanta para acostarse. En todo ese periodo de tiempo sólo se mueve para ir al baño o para comer una pieza de fruta a media tarde.

Durante los tres primeros años, Margo dedicó todas las tardes a llamar de manera regular y sistemática a las asociaciones de familiares de jóvenes desaparecidos, por si alguna hubiera tenido noticias tuyas, también escribía a todos los programas de radio y televisión que tratasen temas de reencuentros familiares y cosas así, incluso fue capaz de asistir a algunas manifestaciones que pretendían llamar la atención de la policía y el gobierno. Al principio, Margo escribía en cada ocasión, de su puño y letra, su versión de lo sucedido porque pensaba que así tenía más valor, porque podía expresar sus sentimientos con más sinceridad, hasta que me pidió que se lo escribiera en el ordenador y le hiciera copias. Estaba enfebrecida con esa actividad, Ethel, manteniendo correspondencia con cualquiera que le dijera que creía, o que le parecía, haber visto a alguien con rasgos semejantes a los tuyos. Luego desistió. Un día cogió todas las carpetas que había acumulado y las tiró a la basura. Para su desgracia, Margo había dejado de creer en tu vuelta; desde entonces, su remota esperanza es que pueda producirse un milagro.

¿Cómo podría llamar a este tipo de existencia? ¿Cuánto tiempo podremos seguir así? Las soluciones que se me ocurren son todas demasiado radicales, y cuanto más radicales, mejor me parecen.

FRACTAL 2

GERARD PRUNA

Hay una edad en la que uno cree que puede con todo: superar cualquier obstáculo, asumir toda la responsabilidad, ponerse el mundo por montera. Pero en lo mejor de la fiesta, la vida hace acto de presencia, factura en mano, y pretende cobrarle a cada uno lo suyo. Bebe y paga. Vive y paga.

49-157

Dos víctimas en una explosión de gas, decía el titular. En la madrugada del martes, se podía leer en la entradilla, el barrio de Hostafrancs quedó convulsionado por una explosión que causó daños en varios edificios y en decenas de vehículos aparcados en los alrededores. Los bomberos tuvieron que desalojar también los edificios colindantes en previsión de que la casa afectada pudiera colapsar. La desgracia pudo haber sido mucho mayor, pero el accidente había tenido lugar en un viejo edificio, de una sola vivienda por planta, encajonado entre dos edificios sólidos que resistieron bien la deflagración.

No reconocí el lugar la primera vez que lo vi. La fotografía, en la primera página de un diario gratuito, sólo mostraba un edificio estrecho con daños visibles en el piso superior; faltaba la pared que daba al balcón, y de éste sólo quedaban cuatro hierros retorcidos, habían saltado los cristales y una parte de la superficie se veía oscurecida por el humo. Parecía uno de esos desgraciados accidentes provocados por una bombona de butano. Fue más tarde cuando caí en la cuenta, leí el nombre de la calle, Leiva, en las páginas interiores, y volví a mirar la foto y me pareció reconocer ese edificio; yo había estado allí en tres ocasiones y, por supuesto, recordaba perfectamente en qué circunstancias. Cuando bajé del autobús, compré *La Vanguardia*, en la sección «Vivir en Barcelona» había información más detallada y un primer plano de la portería del edificio en el que vivió Ethel Jurado con su familia. Tuve el presentimiento de que las víctimas sólo podían ser su madre, Margo, y su hermano Quique.

Después de casi trece años, había visto casualmente a Quique tres veces en el plazo de cuatro o cinco meses; en realidad, sólo el primer encuentro había sido casual, los otros dos se habían producido porque Quique iba camino de convertirse en mi peor pesadilla, me había llamado por teléfono más de veinte veces y, a regañadientes, acepté verlo para poder librarme de él. Al parecer, para Margo y Quique el tiempo se había detenido en junio de 19 9 6, su madre y él vivían obsesionados todavía por lo sucedido con Ethel.

La primera vez que vimos a Ethel, o que fuimos conscientes de su presencia, fue cuando entró en el aula una vez la clase ya había empezado. Vestía unos pantalones anchos de cuadros de colores vivos, azules, verdes y rojos, como los que llevaría un payaso de circo, y un jersey ancho azulón en el que hubieran cabido tres mujeres como ella. Colgada de un hombro, llevaba una mochila negra demasiado voluminosa, como si hubiera previsto salir de excursión al acabar las clases.

Ethel llegó tarde y por eso pudimos contemplar su entrada triunfal. Irrumpió decidida, sin amilanarse, tampoco se entretuvo en buscar un rostro conocido, se echó el cabello hacia atrás en un gesto característico, le hizo un leve movimiento de cabeza al profesor por todo saludo y, aunque había asientos libres de sobra en las dos primeras filas colocadas en semicírculo, caminó hasta una de las sillas más apartadas, como si hubiera optado por contemplar un variado paisaje de nucas. Ethel tenía el cabello muy largo, rubio con mechas oscuras, peinado hacia atrás como una melena de león, lo recuerdo perfectamente, que dejaba al descubierto un rostro amplio, atractivo, de rasgos bien definidos. Era muy guapa, aunque había algo en su mirada que imponía respeto, que te cortaba. Sólo al verla sonreír te parecía cercana. Sin molestarnos en disimular, los colegas intercambiamos unas miraditas significativas y, con un leve movimiento de barbilla, nos interrogamos sobre quién era esa chica tan atractiva, pero no hubo suerte, nadie la conocía.

Una mujer como Ethel, a pesar de que su atuendo era poco glamuroso, estaba destinada a acaparar todas nuestras miradas y atenciones, y por supuesto también nuestras conversaciones más calentitas. Durante una de las primeras clases que nos saltamos, a los volldameros se nos ocurrió que podíamos organizar una competición en toda regla, un verdadero triatlón, con una sola campeona, Ethel Jurado. La primera prueba sería de resistencia; consistiría en superar la frialdad de las chicas del curso, porque Ethel era ese modelo nórdico que resultaba imbatible en el imaginario de los varones, y el desdén femenino iba a ser un obstáculo difícil de vencer. La segunda prueba tendría que ver con su agilidad para sortear nuestros propios ataques; no nos atrevimos a hacer apuestas porque se suponía que éramos gente civilizada y una cerveza es poco combustible, pero estaba claro que los candidatos a machos alfa de la clase íbamos a intentar su acoso y derribo. Y la tercera, pondría a prueba la capacidad de Ethel para hacer oídos sordos a los cantos de sirena de al menos dos o tres profesores que no podrían evitar la tentación de

ofrecerle una beca para intentar hincarle el diente a esa fruta madura.

Esa primera tarde estábamos en un aula seminario de quinto C de Psicología, eran las siete de la tarde pasadas, apenas hacía una semana que había empezado el curso pero ya nos aburríamos soberanamente. El grupo había permanecido estable en los últimos años, salvo por el goteo inevitable de deserciones, y no se había producido ninguna nueva incorporación. Así que nos conocíamos todos, para bien y para mal, una treintena larga de estudiantes, cuando Ethel Jurado hizo su espectacular entrada, aunque más tarde nos confesó la vergüenza que había pasado. Era obvio que se trataba de una novedad remarcable, sería la principal novedad de nuestro último año de carrera, aunque la deriva que tomó no tuviera nada que ver con nuestras lastimosas ensoñaciones.

51-157

Ethel era una mujer extraña, con un comportamiento errático que nos tenía desconcertados, pero ¿quién está libre de manías y de rarezas? Yo desde luego que no. Tardamos varios meses, no sé decir si eso es poco o mucho tiempo para futuros psicólogos como nosotros, en darnos cuenta de que a Ethel le sucedía algo más, que los suyos no eran problemas como los nuestros, económicos en unos casos, o de relación más o menos difícil con nuestras familias, en otros; ella debía de tener otro tipo de problemas, que además debían estar enquistados, porque de vez en cuando la veíamos angustiada y todo en ella, la manera como contraía su cuerpo, su mirada huidiza, la rigidez de sus manos, denotaba que lo estaba pasando fatal.

Debe de ser propio de la edad, o quizá es que alargamos la adolescencia hasta límites insospechados, pero éramos jóvenes y nos creíamos el ombligo del mundo, así que de manera consciente, o quizá no tan consciente, decidimos inmiscuirnos en su vida y en la relación con su familia. Y Ethel no tuvo reparo en abrirnos las puertas, acaso porque para ella significábamos una remota esperanza. Conocer a Ethel, volcarnos en intentar sacarla del pozo en el que se debatía, nos dio otra perspectiva de la vida. Es más, para bien o para mal, estoy convencido de que la relación con Ethel acabó trastocando también nuestras propias vidas, me refiero a la mía y también a las de Marcos Recaj y Laura Morillo. Ethel actuó en nosotros como uno de esos cristales que permiten que la luz los atraviese pero que desvían su trayectoria. Lástima que ella tuviera que pagar un precio tan alto.

Me costó mucho aceptar la dinámica que se creó con la presencia

de Ethel en nuestro grupo, porque todo empezó a girar alrededor de ella, y no me refiero a que fuera así por su atractivo físico, sino porque enseguida se mostró como una personalidad voluble y sus problemas, estuviera ella presente o no, fueron continuamente motivo de atención y de debate. Aunque nunca dije nada, al principio me molestó, porque si alguien tenía problemas graves en su casa, ése era yo, pero eran sólo de mi incumbencia.

52-157

Ethel vive en La Graciosa, en una casita de veinte metros, le expliqué a Quique Jurado y más tarde a Marcos Recaj y luego a Laura Morillo, que había sido refugio de pastores hasta hacía diez años. El lugar era impresionante, un verdadero páramo, estaba en lo alto de una loma y sólo se podía acceder allí por un sendero pedregoso. Los muros de la casa eran de adobe, blancos y rugosos como la piel de algunas cabras, tenía agua corriente y electricidad porque estaba en la ruta hacia varias calas en la zona y allí sí que había unos minúsculos núcleos urbanos. El propietario se la alquiló, junto a una pequeña parcela limitada por cuatro rocas, que parecían monumentos funerarios, porque pensó que Ethel la arreglaría y acabaría teniendo más valor y se la podría vender más tarde a algún turista, y también porque consideró que esa mujer no soportaría la soledad y acabaría marchándose antes de que concluyera el primer invierno. Es un anciano de ochenta y siete años, les expliqué a todos, se llama Ildefonso, también vive solo, toda su familia está instalada entre Lanzarote y Tenerife, y es quizá la única persona con la que Ethel intercambia más de media docena de palabras seguidas. Ildefonso, seguido por tres perros con nombres de vientos de la zona, pasa a saludarla por la cabaña con cierta frecuencia, se sientan el uno al lado del otro en un abrevadero desgastado que hace la función de banco y fuman mirando al mar. A veces, Ethel tiene preparado un café para ese momento. Desde allí, la vista sobre el océano es sobrecogedora; durante el día hay una luminosidad azulada que te hipnotiza y durante la noche, la oscuridad es absoluta y si sopla el viento sientes que podrías enloquecer. Quise hacerles una foto, allí sentados tomando café, porque componían una estampa muy curiosa, pero los dos me lo prohibieron de manera terminante.

No has cambiado nada, me dijo Ethel, y como yo protesté asegurando que eso no era cierto, que tenía un par de entradas que podían ser pistas de aterrizaje para el Concorde y que además estaba

tan fondón que ya había sobrepasado el umbral de la barriguita cervecera, ella insistió con una sonrisa en los labios; me refiero a esa mezcla de fuerza y de calma que proyectas, me dijo, a tu lado la gente debe de sentirse segura. Ya sabes, bromeé yo, hasta que me conocen bien.

Ethel no me ofreció café, pero yo me senté a su lado. El señor Ildefonso aprovechó para silbar a sus perros y despedirse. A más ver, dijo. ¿Qué es de tu vida? ¿A qué te dedicas aquí? ¿Cómo llegaste a esta isla? ¿Cuándo? ¿Te has puesto en contacto con tu familia en alguna ocasión? Se me ocurrieron decenas de preguntas, pero Ethel sólo contestó de forma muy lacónica. Me ha alegrado verte, me dijo incorporándose, aunque quizá creas que no he sido muy afectuosa, pero tu presencia remueve historias que es mejor que permanezcan dormidas. Iba a retirarse y si no lo hizo fue porque Susana llegó corriendo y se sentó en mis rodillas. Papá, me pidió, cómprame una Coca-Cola, tengo sed. Ethel se la quedó mirando, le sonrió y alargó la mano para acariciarle el cabello. Ethel le regaló un refresco y Susana volvió con otros niños que había en el grupo. Es igual que Laura, me dijo, emocionada, tiene sus mismos ojos de gato y su boca, y entonces volvió a sentarse a mi lado. Vivo al día, me explicó, procuro no recordar, estoy bien cuando pierdo la conciencia del tiempo, ahora mismo no sabría decirte en qué día de la semana estamos, ni en qué mes, ni en qué año, pero estoy segura de que son las siete de la tarde, hora solar, la única hora que cuenta para mí.

53-157

Había dos Ethel. Al principio nos tenía descolocados, porque un día podíamos encontrarnos en la facultad a una Ethel estupenda, con unas ganas de reír y de hacernos reír increíbles, que imitaba a la perfección varios acentos: el inglés, el argentino y el sevillano los bordaba; o bien podía ser una Ethel taciturna, que ni siquiera pasaba por la cafetería de la facultad y a la que descubríamos sentada en la última fila del aula, con unas gafas oscuras que nos impedían ver sus bonitos ojos verdes. No sabíamos qué pensar de ella, Marcos, Laura y yo lo habíamos comentado alguna vez; vaya compañera extraña hemos ido a incorporar al grupo, solíamos decir, sobre todo cuando al mes de haber iniciado las clases, a mediados de noviembre, faltó toda una semana y ni se le ocurrió llamarnos por teléfono.

Cuando tuvimos confianza con ella nos atrevimos a preguntarle qué le había sucedido, si había estado enferma. En quinto curso

estábamos tan quemados que nadie se extrañaba si un compañero faltaba uno o dos días, ni aunque fuera una pauta de conducta que se repitiera regularmente, pero una semana parecía mucho tiempo. He estado internada en un sanatorio, nos respondió sin darle más importancia. Un par de meses más tarde faltó casi diez días y la respuesta fue la misma. Entonces estábamos en un bar cerca de la facultad y no había extraños, sólo el grupo que habíamos formado Ethel Jurado, Laura Morillo, Marcos Recaj y yo. Mi familia opina que tengo un trastorno bipolar y que me dan brotes psicóticos, nos contó con la misma calma que si estuviera hablando de una gripe, así que cuando tengo una crisis me ingresan en un sanatorio. Es una mierda, continuó ella, porque yo estoy bien, lo que sucede es que quiero irme de casa, no pienso en otra cosa desde que cumplí los dieciocho, pero mis padres se oponen, creen que no podré valerme por mí misma. Y para justificarse utilizan todo tipo de argumentos: que tengo un comportamiento con puntas de humor peligrosas, que desvarío, que no sabré cuidarme; así que si me porto bien, se contentan con ponerme una inyección de vez en cuando que me deja para el arrastre, y si consideran que me he pasado de rosca, me encierran. El tratamiento completo dura siempre tres o cuatro días, pero esta vez debieron de aplicarme una dosis un poco más fuerte, Ethel hizo algunos movimientos rígidos y abrió los ojos de par en par como si se hubiera convertido en un mutante, sus muecas consiguieron forzar nuestras sonrisas porque nos habíamos quedado helados mientras escuchábamos su confesión, sin saber qué decir, y cuando eso sucede, cuando se pasan con la dosis, concluyó ella, necesito un par de días extra para recuperarme.

Pero tendrás un diagnóstico, se atrevió a opinar Laura, quiero decir que los médicos habrán seguido un protocolo, considerado los síntomas, los antecedentes familiares, si es que los hay, te habrán recetado una medicación y hecho un seguimiento… Yo qué sé, no es eso lo que estudiamos aquí, vamos, digo yo.

Mientras los demás asentíamos a las palabras de Laura, orgullosos de que al menos un miembro del grupo hubiera sabido reaccionar, Ethel parecía meditar una respuesta. Sabéis lo que sucede con los presos, ¿verdad?, cuando intentan reinsertarse después de cumplir su condena, cómo los prejuicios de la sociedad hacen que pierdan en buena parte su credibilidad, sigan siendo sospechosos de cualquier cosa que suceda e incluso sean vistos como una amenaza; pues con los enfermos que visitamos las clínicas psiquiátricas sucede algo parecido. Es muy frustrante porque además, cuando a una la encierran en uno de esos sanatorios, nada de lo que dice parece verdad, también pierde su credibilidad. ¿Os habíais fijado en ese detalle? Me he pasado los últimos diez años entrando y saliendo de ese tipo de instituciones, en

Sevilla y aquí en Barcelona, haciendo pequeños paréntesis en mi vida que me han ido descolgando de diferentes grupos en el instituto y en la universidad. Me siento indefensa, no sé cómo se puede luchar contra prejuicios no declarados. Algo debe de tener si la han encerrado, dijo con una voz en falsete, como si estuviera recordando a alguien. No habla ella, insistió Ethel, suele decir o pensar la gente, es su enfermedad, su locura. Y en mi caso, por si eso fuera poco, concluyó ella, reitero que mi enfermedad es un invento de mi familia para conseguir la paz del hogar, me creáis o no.

Ahora estoy bien, normal, reiteró Ethel ante nuestro estupor, como vosotros. Nos quedamos mudos, nos miramos unos a otros sin saber qué decir, porque era obvio que nosotros no tomábamos ninguna medicación ni teníamos ningún tipo de episodio psicótico, pero no nos atrevimos a llevarlo la contraria en ese momento, estábamos demasiado sorprendidos por la sinceridad y la crudeza con que se había expresado nuestra compañera. Si al principio creímos que estaba bromeando, ya no; había algo en su tono que nos hacía pensar que era verdad, que no estaba haciéndose la interesante. Podéis hablar, chicos, protestó Ethel con energía, dicen que tengo brotes psicóticos pero os puedo asegurar que no soy una psicópata, no voy a sacar una sierra eléctrica del bolso ni os voy a perseguir por las aulas. De hecho soy inofensiva, bueno, a decir verdad, según el doctor, sólo yo debo de tener miedo de mí misma.

54-157

Aunque a mí me apreciaba (estaba claro que se fiaba de mí y que buscaba mi compañía), de quien Ethel parecía enamorada era de Marcos Recaj. Eso era algo que me sucedía desde la adolescencia, y que me sacaba de quicio; las chicas me querían más como hermano mayor, o como guardaespaldas, que como novio. No me comí una rosca hasta que Lázaro me presentó a su prima Milagros. Mila era un pendón, parecía un personaje de cómic, delgada como un alambre pero con unas tetas descomunales; a esa edad bastaba con ese par de argumentos para parecer irresistible. Por lo que fuera, le caí en gracia y Mila me sacaba de paseo después de los entrenamientos para adiestrarme en una versión del placaje que no dejaba ninguna parte del cuerpo por explorar y en cómo obtener el máximo placer en los choques como el *ruck* o la melé.

Conocíamos a Marcos desde primer curso, a mí no me caía bien, cultivaba un aire distante, intelectualoide, un poco perdonavidas, no

me hubiera extrañado que llevara los bolsillos llenos de poemas absurdos. Marcos tenía un cierto parecido con David Carradine, era alto, delgado, tenía una melena lacia, los ojos achinados y sobre todo desprendía la misma calma exasperante que el protagonista de Kung Fu. Empezamos incluso a llamarle Pequeño Saltamontes, en broma, porque éramos bastante aficionados a poner motes, pero no cuajó; nos imponía respeto su seriedad y la distancia que había sabido fijar respecto de la clase. Marcos se acercaba al grupo en la cafetería, le gustaba sentarse a nuestra mesa aunque se mantuviera al margen de las discusiones, y no le importaba hacer los trabajos con alguno de nosotros a pesar de que el grado de informalidad lo alteraba un poco. Pero no le veíamos nunca fuera de la facultad. De hecho, Marcos se integró en nuestro grupo de trabajo sólo cuando supo que Ethel también se había incorporado, e incluso empezó a salir con nosotros, cosa que nunca antes había sucedido. A toro pasado, está claro que no fue una casualidad.

Más tarde, Ethel y Marcos empezaron a salir. Marcos no tuvo que hacer nada, sólo estar ahí, porque aunque a Ethel le llovieron los pretendientes, como ya habíamos anticipado, ella le eligió a él. Enseguida pudimos verles llegar e irse juntos, caminar cogiditos de la mano y todo ese rollito tan tierno. Son tal para cual, pensé yo, rarito él y rarita ella, aunque puede que mi juicio estuviera condicionado por la rabia que me dio no ser yo el elegido. Creo que fue en Venecia, aunque no estoy seguro del todo, ha pasado demasiado tiempo, pero estábamos comentando algún aspecto de las crisis de Ethel y Marcos me refirió un episodio que había tenido lugar al poco de empezar a salir. Me contó que una noche en que él la había acompañado a casa, Ethel había tenido un ataque de ansiedad o de pánico, aunque no acertaba a describir lo sucedido, ni tampoco llegó a conocer los motivos de esa reacción.

Nos habíamos saltado la última clase y estábamos en el bar London tomando una cerveza. No podría decir si había más ruido que humo o más humo que ruido, pero las conversaciones sólo eran posibles si volcabas las palabras en el oído de tu interlocutor. Ethel estuvo todo el tiempo dándole palique a Marcos y viceversa, estaba claro que estaban colgados el uno por el otro, y Laura y yo procurábamos dejarles espacio porque en esa época también estábamos intentando conocernos mejor, que es un eufemismo para decir que tonteábamos pero que las manos debían seguir entretenidas en los bolsillos. Ellos fueron los primeros en abandonar el local, a la vista de todos los compinches; lo único que faltó fue que Ethel hubiera levantado el brazo de Marcos en medio del cuadrilátero. Ganador por kao técnico, Marcos Recaj, estuve a punto de gritar, pero me limité a levantar la Voll-Damm y brindar por el suertudo. Al día siguiente le pregunté a

Marcos cómo le había ido, era un interés que oscilaba entre el morbo y la envidia más insana, pero la respuesta de Marcos me pilló desprevenido. No sé cómo expresarlo, me dijo, Ethel sufre mucho, vive encerrada en una pesadilla, pero no sé qué hay detrás, si la cruda realidad o su propio delirio.

55-157

La segunda vez que reparé en Ethel Jurado fue en la cafetería de la facultad. Como todos nos conocíamos más que de sobras, habíamos organizado un sistema de turnos para tomar apuntes en las clases más soporíferas, por lo que teníamos cuarenta y cinco minutos para tomar una cerveza y estirar las piernas. Desde la barra vi que había mesas libres de sobra, porque un grupo numeroso de chicos y chicas estaban congregados, escuchando a alguien con suficiente expectación, y de repente estallaron en risas y aplausos. Se me acercó una compañera de clase, Yolanda, en realidad se acercó a la barra para repostar. Yolanda pidió una cerveza y mientras esperaba que se la sirvieran se apoyó en mí; mi compañera tenía una facilidad asombrosa para arrimarse, no le costaba nada romper esa distancia íntima con la que nos protegemos, pero si lo intentabas tú, se retraía como un escarabajo. Probé suerte una vez más, coloqué mi mano abierta en su espalda como si me preocupara su estabilidad y con la punta de los dedos recorrí ese espacio en el que debería aparecer el cierre de su sujetador, pero bajo ese jersey de color crema, tan ajustado, sólo había piel. Yolanda levantó un poco la cabeza, sin despegarse, me dedicó una mirada calentita y sentí una corriente que me recorrió de arriba abajo. En sus ojos aparecieron algunos interrogantes: ¿quieres algo?, ¿estás preparado para obtener lo que deseas?

Es Ethel, me dijo, asombrada, tras apurar mi silencio, la chica de los pantalones de payaso, es increíble cómo imita cualquier tipo de acento, andaluz, catalán de Girona, cubano… Es estupenda, lo estamos pasando de miedo, y a cambio de su actuación sólo pide un trago de cerveza, dijo levantando la botella que llevaba en la mano. Esa chica se podría ganar la vida haciendo imitaciones.

Yolanda y yo nos acercamos hasta el grupo y nos incorporamos al corro de espectadores. Marcos y Laura estaban en primera fila, no les había visto porque eran de los pocos que habían conseguido sentarse. Ethel estaba apoyada en una mesa, parecía concentrada en el vaso de plástico con cerveza que le acababan de pasar. Tenía el cabello recogido en una cola, pero se lo había echado hacia delante, dejándolo

descansar sobre un hombro. Le brillaban los ojos, se la veía satisfecha de su actuación y de su éxito, y tenía las mejillas encendidas. Ethel levantó el vaso de cerveza; lástima que no me convenga, dijo, y echó un trago, luego pareció reparar en mí y me dedicó una reverencia de bienvenida, a la que correspondí. Bajó la vista para concentrarse y siguió recitando una canción de Jorge Cafrune.

No bien los catorce años
te encarozan los pechos
y la naciente redondez del anca
te enyena el vestidito de percal viejo,
ya el algareao patrón, o el mayordomo,
andan buscando ande tumbar tu cuerpo.

Y en cuanto te hincha el vientre el primer hijo,
ya se creen con derecho
a un lugar en tu catre y en tu carne
hasta los pobres piones galponeros,
porque vos, infeliz, sos en el campo
la única cosa que no tiene dueño.

Casi no hay año que no eches al mundo
un gurí rubio, amulatao o negro,
porque en las noches emparejadoras
se confunden los pelos,
y más si son dos almas solitarias
las que entreveran sangre y sufrimiento.

Uno aquí, otro allá, por las estancias
—pelusas, cardos que esparrama el viento—,
esos hijos sin padre se te quedan,
mientras vos ves gastarse tu deseo
de ajuntarlos un día
en un rancho con sol, alegre y nuevo.

Y así vas, de hombre en hombre,
de cocina en cocina envejeciendo,
hasta que inútil ya, descangayada,
sin servir pa el fregón ni pa los besos,
terminas casi siempre tu existencia
cebando mate en una casa de pueblo.

Ethel recitó el poema con mucho sentimiento, con una gesticulación precisa, ensayada, y con una voz baja y arrabalera que consiguió estremecernos. Al finalizar me agarré al brazo de Laura Morillo, para no pensar en Yolanda, y nos unimos a Marcos Recaj y a Ethel Jurado. El poema se llama «Peona» o «Piona» pero no es de Cafrune, en realidad, nos confesó Ethel, es de Serafín García, un poeta uruguayo. Quizá fue esa misma tarde cuando, de un modo improvisado, le pregunté a Ethel si ya tenía grupo y le comenté que en el nuestro faltaba gente.

56-157

Quizá no todos en clase, pero algunos sabíamos que Luis Puente, el compañero canario, y Laura Morillo estaban liados o por lo menos que se acostaban. Yo estaba colado por Laura pero, por más que intentaba acercarme a ella, había algo entre nosotros que no acababa de funcionar. A mitad del curso anterior, Luis me comentó que estaba cansado de la vida que llevaba en Barcelona y que pensaba volver a Tenerife. Le pregunté por su relación con Laura y ni siquiera se extrañó de que estuviera enterado. Se ha acabado, me confesó Luis, tuve un momento de debilidad, ya sabes, estás tierno y quieres ser sincero y honesto, y un poco gilipuertas, pensé yo, así que le conté a Laura que tenía una novia en Tenerife, que ella me esperaba, y Laura se enfadó y me plantó. No había previsto una reacción tan radical, pero ya sabes el mal genio que tiene, me dijo Luis, para Laura no valen medias tintas y ni siquiera me planteó el dilema de, o tu novia, o yo. No sé qué os pasa a los tíos, pero si algún día te aclaras, se limitó a decirme, llámame, aunque no te prometo que vaya a coger el teléfono.

Yo tenía novia entonces, se llamaba Montse Fratelli, su abuelo era un italiano de Génova que había venido a Barcelona para trabajar en las atarazanas. Montse y yo hacía casi dos años que salíamos y no estábamos en nuestro mejor momento. Alguna vez había venido a la facultad a buscarme, así que todos mis compañeros estaban enterados, también Laura, y después de la conversación con Luis achaqué a ese detalle que respondiera con tanta frialdad a mis movimientos de aproximación.

Conocí a Montse Fratelli en el metro, por casualidad. En esa época trabajaba en la Barceloneta y para ir hasta allí cogía el metro en la parada de Guinardó un poco antes de las ocho de la mañana. A esa hora el metro iba a tope, algunas mañanas sólo era posible entrar en el

vagón a empujones. No sé cómo, pero me pareció observar que en la cola del convoy se acumulaba menos gente y me acostumbré a desplazarme hasta allí para viajar menos apretujado. Montse, entonces no sabía cómo se llamaba, estaba ya en el vagón, sentada y leyendo un libro. Me fijé en ella no sólo porque era guapa, con su naricita recta que parecía arrugarse ante el olor a humanidad que se expandía por el vagón, también me llamó la atención su melena negra salpicada de cabellos blancos, debían de ser canas prematuras pero parecían hilos de seda trenzados en su cabello.

Durante semanas nos encontramos en ese vagón todas las mañanas. Montse se acostumbró a verme y, pasado un tiempo, había un gesto de reconocimiento en su mirada, pero no cruzábamos ni una palabra, aunque tampoco habría sido fácil. Si alguna mañana perdía ese metro, o ella no estaba, me pasaba el día haciendo cábalas sobre lo que le habría sucedido. Me gustaba mirarla, tenía una expresión dulce y serena que me apaciguaba, sólo he vuelto a tener esa sensación cuando miraba a mi hija en su cuna, y me gustaba sentir que me reconocía. Montse sólo me dedicaba un par de miradas en todo el trayecto, cuando el metro llegaba a mi parada, para cerciorarse de que yo estaba allí, a mitad de camino y cuando se levantaba para bajar, porque Montse leía todo el tiempo y cuando cerraba el libro era para descender en la estación de Sant Jaume, mientras que yo seguía un par de paradas más hasta la de Barceloneta. Un día subí al último vagón y ella no estaba, y tampoco al día siguiente, ni al otro. Me sentí frustrado porque no había previsto que eso pudiera suceder, había imaginado que más pronto que tarde la abordaría y empezaríamos a salir pero no había anticipado cómo iba a suceder, como si fuera un hecho que pudiera surgir de un modo natural. Me sentí muy mal, por algún motivo creí que tenía que haber dado el primer paso y, aunque me excusaba por la presencia de esa multitud entrometida que nos rodeaba, pensé que no lo había hecho porque era un cobarde.

Un par de semanas más tarde, cuando había perdido toda esperanza de volver a ver a Montse, salí a desayunar con algunos compañeros de trabajo, uno de ellos tenía que hacer un recado y nos desplazamos hasta la Vía Laietana. Entramos en una cafetería y allí estaba ella, tomando un café con una amiga. Me acerqué a su mesa sin pensarlo ni un segundo. Y Montse, al descubrirme, se levantó como si fuera un viejo amigo y quisiera abrazarme. Era la primera vez que estábamos el uno frente al otro, Montse apenas me llegaba a la barbilla y yo era tan corpulento que ella quedaba a resguardo de las miradas de mis amigos; la miré fijamente y Montse se retrajo un instante, pero enseguida sonrió, aliviada. No te he visto, le reproché muy serio, sin pensar que no tenía ningún derecho. En verano hago jornada intensiva, se justificó ella; su voz sonó grave y dulce justo

como la había imaginado. ¿Puedo llamarte?, le dije al ver que me sonreía, ¿me das tu teléfono? Ella me lo dio y yo lo memoricé, pero también podría haberlo devorado si me lo hubiera escrito en un papel o podría habérmelo tatuado en la frente. Su amiga había pagado la cuenta y estaba en la puerta esperándola, me dijo adiós con la mano y se fue. Un minuto más tarde, dejé caer la taza del cortado y salí de la cafetería corriendo tras ella, la alcancé a la altura de la calle Argentería porque no habían dejado la acera de Vía Laietana. ¿Cómo te llamas?, le pregunté, mientras recuperaba el aliento. Montse Fratelli, me dijo riendo. Gerard, Gerard Pruna, me presenté yo, y cometí la ridiculez de estrecharle la mano. Te llamaré, le dije mientras me volvía, te llamaré esta misma tarde.

Al acabar cuarto curso hacía dos años que Montse y yo éramos novios, quiero decir novios formales, de esos que tienen acceso a la casa del otro y son bien recibidos, y sin embargo decidimos cortar. No fue difícil, los dos éramos conscientes de que no teníamos demasiado en común y a menudo se producían desencuentros que resultaban incómodos.

57-157

Algunas tardes veíamos a Ethel deambular como alma en pena por los pasillos de la facultad, sin decidirse a entrar en clase o a sentarse a una mesa de la cafetería. No parecía la misma persona, ni siquiera físicamente, caminaba de otra manera, como si arrastrara los pies, y su cabeza basculaba como si se estuviera meciendo en una barca, sin ser capaz de fijar su atención en nada ni en nadie. Nos sorprendía, incluso, que la hubieran dejado salir de casa o que, sola, hubiera sido capaz de llegar hasta la facultad. Era imposible, entonces, acercarse a Ethel, porque daba la sensación de que no te reconocía. No reaccionaba a ningún estímulo, ni a las palabras, ni a la compañía, ni al contacto físico. Si podíamos, nos limitábamos a acompañarla, sobre todo Marcos y Laura, que sabían poner en juego altas dosis de paciencia, pero ni siquiera ellos conseguían franquear las barreras que Ethel, o su enfermedad, habían levantado. Su mente y sus sensaciones parecían extraviadas en algún lugar inaccesible. En ese estado de latencia, Ethel no podía permanecer demasiado tiempo, un día, dos como máximo, luego dejaba de venir por clase y no había modo de contactar con ella. Ethel está indispuesta, nos decía su madre cuando llamábamos a su casa, y tiene que hacer reposo, pero dame tu nombre y Ethel te llamará en cuanto se recupere. Gracias por tu interés, solía

despedirse la madre; sonaba a falso, a coletilla, pero ésa era la frase que invariablemente utilizaba antes de colgar. La devolución de la llamada no se producía en ningún caso, por supuesto, pero unos días más tarde, Ethel, como si no hubiera pasado nada, reaparecía renovada.

58-157

Quizá sí, quizá yo parecía más maduro y más responsable que el resto de mis compañeros de clase o de trabajo, pero no era sólo una cuestión de personalidad; cuando uno puede husmear en los entresijos de cada historia personal encuentra razones que explican muchos comportamientos. Físicamente, pertenezco a la subcategoría de los *Atleticus robustus*, la rama corpulenta de los neandertales, aunque no por mérito propio, simplemente nací con cuatro quilos y medio y en casa decidieron rebautizarme como Cachas. Más tarde, yo mismo me encargué de reprimir ese tipo de manifestaciones, con notable éxito, y ahora sólo mi hermana Raquel se atreve a llamarme así en contadas ocasiones. A los catorce años medía ya un metro ochenta y pesaba noventa quilos; entonces, un compañero de instituto, Lázaro, me enroló en su equipo de rugby, La Santboiana, y jugué allí hasta que a los veinte me rompí el menisco. Lázaro es todavía mi mejor amigo, él me enseñó a no arriesgar si no era necesario, en el deporte y en la vida. Mi compañero se negaba por sistema a participar en las pistas americanas que el profesor chiflado de gimnasia organizaba en el patio del instituto. Soy jugador de rugby, federado, le decía al profesor cuando le llegaba el turno, si me lesiono aquí, saltando sin ningún tipo de preparación, sin calentamiento, cómo lo justifico en mi club, mi entrenador me va a tratar de imbécil, pero si ni siquiera hay un botiquín en condiciones. Y Lázaro no saltaba, y yo tampoco, y no pasábamos del cinco a final de curso.

Además, si eres miembro de familia numerosa, como es mi caso, y si entre esos miembros hay dos niños que necesitan cuidados especiales, aprendes que tu aportación es necesaria y valiosa, aprendes enseguida a hacerte cargo de los más pequeños, a atenderlos y a cuidar de su seguridad, su higiene, su alimentación, pero no un día, a causa de una circunstancia excepcional, sino un día, una semana, un mes, un año tras otro hasta que pueden valerse por sí mismos. Y si tienes que ponerte a trabajar en cuanto tienes la edad legal, pues adquieres otros aprendizajes, como el de la verdadera jerarquía, a valorar el esfuerzo necesario para obtener un sueldo magro, a ser

consciente de que el tiempo puede ser un bien escaso, a que las prioridades no las marcas tú y tantas otras lecciones inolvidables. Para mí, resultaba natural ser o parecer responsable, y lo más curioso de todo era que los otros podían percibir en mí ese rasgo de carácter, no puedo afirmar si era en mi tono de voz o en la mirada, pero en cualquier caso podría explicar cientos de situaciones al respecto.

Tienes que venir a casa, me pidió Marisa Reig, la novia de Lázaro, mis padres sólo me dejarán viajar a Ámsterdam si hablas con ellos. Marisa era un chica menuda, físicamente insignificante, no alcanzaba el metro sesenta ni de puntillas, muy delgada, con gafas de montura de pasta, parecía que se esforzara por estar fea, y Lázaro medía casi dos metros, desplazaba un volumen que equivalía a tres o cuatro veces el de ella, pero hasta el último centímetro estaba colado por Marisa, y hoy en día siguen casados y tienen dos hijos. Habíamos organizado un viaje de fin de curso al acabar el bachillerato, pero al margen del instituto, por nuestra cuenta.

¿Yo?, ¿que yo vaya a hablar con tus padres?, me extrañé, pero si sólo me han visto un par de veces, saben que sales con Lázaro, ¿verdad? Por supuesto, respondió Marisa, y no empieces a fantasear. Mis padres no se fían de Lázaro justo porque es mi novio y no les cae bien, en cambio a ti te tienen muy bien considerado. No me preguntes por qué, se adelantó Marisa a mis posibles objeciones, sólo sé que es así. ¿Vas a venir o no? Fui a verles, por supuesto, Marisa y Lázaro me sometieron a una presión emocional tan fuerte que no pude negarme. Lo que no acepté fueron sus consignas, porque sonaban a excusas baratas, y me negué también a vestirme para la ocasión, porque pretendían que me pusiera una camisa y una chaqueta y hasta me insinuaron que me cortara el pelo. Me presenté en su casa, tal cual, con los téjanos raídos, el macuto y mi camiseta favorita, la que llevaba estampado a Corto Maltés. Tomé café con los padres de Marisa y les expliqué el plan de viaje y cómo habíamos previsto todos los detalles. Les hablé de la ciudad mediatizado por lo poco que había leído en la guía, del Museo Van Gogh y de nuestro interés por ese pintor para darle un barniz cultural al viaje, y también de los canales, de su tranvía amarillo y de la gente en bicicleta, y tuve especial cuidado de no mencionar que pretendíamos realizar reiteradas incursiones en alguno de sus cafés, como The Bulldog Palace. No conocía Ámsterdam, no había estado nunca, pero la imaginaba como un lugar civilizado donde podríamos pasar unos días fantásticos. Los padres de Marisa no dijeron nada en ese momento, pero a la mañana siguiente Marisa nos llamó eufórica a Lázaro y a mí; en honor de la verdad he de decir que a mí me llamó primero. Lo ves, Gerard, lo ves, te lo dije, exclamó ella, mis padres me han dado permiso gracias a ti.

Mi casa era pequeña para nueve personas, tenía cuatro dormitorios exiguos y un solo baño. Una habitación la ocupaban mis padres, otra era para mis dos hermanos enfermos, así pues no hace falta ser un as en aritmética para deducir que sufríamos una densidad demográfica sólo comparable a la de la ciudad de Bombay. No era fácil la vida en esas condiciones, trabajaba mañana y tarde y asistía a la facultad por la noche. Si quería estudiar, debía esperar a que toda la familia se hubiera ido a dormir, entonces el comedor quedaba para mí. Si quería estar solo, tenía que irme a la calle y sentarme en un banco del parque, si es que las parejitas besuconas no los tenían copados. Podría referir miles de anécdotas, como levantarme por la mañana y no encontrar la ropa que había previsto ponerme porque un hermano o una hermana había madrugado más que yo. En esas condiciones, mi anhelo no declarado era el mismo que el de Ethel, independizarme, tener un espacio para mí solo, pero no me atrevía a planteárselo a mis padres.

Ethel parecía convencida de que el resto de la gente vivíamos en una especie de paraíso terrenal, sin problemas ni apuros de ningún tipo. Más que limitarse a escuchar nuestras cuitas con paciencia, parecía que disfrutaba al oírnos referir las situaciones cotidianas que explicábamos en los momentos de calma, convencidos de que eran en todo semejantes a las de nuestros compañeros.

Mis padres no se hubieran extrañado si Ethel se hubiera presentado en casa, conmigo o incluso sin mí. Con tantos hermanos intentando hacer una vida normal, era habitual ver gente por casa, para un trabajo puntual o para jugar a las maquinitas, y no era extraño que acabara habiendo un plato más en la mesa. Otra cosa muy distinta era que llegaran a percibir el drama que nos envolvía, que pudieran intimar con mi familia, porque en aquella época para sobrevivir nos envolvíamos todos en una capa de invulnerabilidad. Cuando en una familia conviven nueve personas, significa que los problemas habituales se multiplican por tres o por cuatro, como mínimo. Nuestro drama particular eran los gemelos, Julián y Jaime. Jaime nació el primero, sin problemas, y Julián doce minutos más tarde. Al parecer, en los últimos minutos le faltó oxígeno y eso le causó un déficit que nadie pudo detectar en el momento del parto. Julián era más lento, más torpe, que los niños de su edad en todos los órdenes, en el físico y en el psíquico. Y lo era aún más en comparación con Jaime, que era superágil, superinteligente, simpático, y que empezó a hablar antes de cumplir los dos años.

Pero, poco a poco, Jaime fue dándose cuenta de la diferencia y, sin

que pudiéramos ser conscientes de lo que sucedía, empezó a pasar más tiempo con su gemelo y a parecerse más a él. No sólo Jaime imitaba los comportamientos de Julián, sino que hubo un momento en que parecía que él sufría los mismos trastornos. Como si pudiera controlar su desarrollo, como si hubiera decidido esperar a su hermano para seguir la misma evolución. Mi madre intentó reprimir esa actitud de Jaime, hablando con él, haciéndole ver que así no ayudaba para nada a su hermano, pero no consiguió frenar la caída en picado de Jaime. Ni los médicos, ni los psicólogos, ni los psiquiatras, supieron decirnos qué podíamos hacer. Mis padres estaban desesperados. Tener un hijo con una incapacidad es muy duro, tener dos es terrible, y que además uno de los dos lo sea por voluntad propia genera una angustia de la que es difícil sobreponerse. Así estábamos en esa época en mi casa, haciendo todo lo posible para recuperar a Jaime y para conectar con Julián, que acababan de cumplir once años.

Ethel lloró cuando le expliqué el drama con el que debíamos convivir en mi casa. Me emocionó, la verdad, fue como si de repente cayera en la cuenta de que los demás también sufríamos. Y entonces Ethel llevó la confidencia al extremo, se sintió culpable y egoísta por no haberse preocupado por mí, por pensar que sólo ella tenía problemas, y para acabarlo de arreglar quiso llamar por teléfono a mi madre para consolarla en ese preciso momento. Por suerte, antes de encontrar una cabina que funcionase, pude convencerla de que era mejor que no lo hiciera por teléfono, que sólo serviría para confundir a mi madre, y entonces la invité a venir a mi casa, en cuanto fuera posible, para que pudiera conocerla personalmente e incluso abrazarla. No sé por qué hice ese último comentario, porque a partir de ese momento no hubo día en el que Ethel no me preguntara si podía acompañarme a casa.

60-157

Hay una cosa que me sorprendió en Ethel, cuando la vi en La Graciosa, le dije a Quique Jurado; me refiero a que cada vez se parece más a vuestra madre. Me costó reconocerla porque vestía como una campesina, llevaba una falda negra que le llegaba hasta los tobillos y una especie de blusón de un color indefinido, quizá crema o gris, abotonado hasta el cuello. Siempre surge el mismo contraste, los turistas nos despelotamos en cuanto vemos un hilo de agua y sube un grado la temperatura, y los lugareños se esconden del sol como si fuera un apestado.

En Ethel llamaba la atención el cabello rubio emblanquecido, pero lo llevaba recogido en un moño que reducía su vistosidad. Estaba a la puerta de su cabaña, sentada en un taburete que quedaba oculto por su enorme falda y escrutaba el horizonte como si esperase una visita que acumulara ya un gran retraso. Tenía apoyada la espalda en el dintel de la puerta, buscando la protección de la escasa sombra que proporcionaba el tejado. Se ha engordado mucho, pensé, o quizá es que esas ropas la hacen parecer más voluminosa, y entonces recordé que tenía por norma usar ropas amplias, en parte para disimular su pecho. De todos modos, por una razón u otra me recordó mucho a Margo; aunque sólo había visto a su madre tres veces, y siempre durante pocos minutos, conservaba de ella una imagen muy nítida.

No la hubiera reconocido, a Ethel, si no me hubieran llamado por mi nombre. Gerard, gritó una amiga, y entonces ella se volvió bruscamente hacia mí. A veces, es una suerte tener un nombre poco habitual porque crucé mi mirada con la suya y supe que la conocía. Ethel no hizo ningún gesto de reconocimiento, enseguida volvió la cabeza en otra dirección como si sólo el grito hubiera atraído su atención. Cerré los ojos y me concentré en ese rostro que había contemplado, sabía que me era familiar pero necesitaba un nombre para esas facciones, hasta que di con él. Ethel, exclamé en voz alta, y entonces sí, nuestra compañera se levantó con la calma propia de una anciana y se acercó hasta mí para abrazarme.

61-157

Marcos Recaj resultó un tipo especial. Durante los primeros años de la carrera había pasado casi desapercibido, éramos conscientes de su presencia cuando algún profe le obligaba a intervenir, porque Marcos no hablaba si no le preguntaban, y entonces nos sorprendía con sus intervenciones y sus trabajos porque siempre tenían un punto de rigor y de creatividad que nos dejaban boquiabiertos. A continuación volvía a su sitio y desaparecía como si llevara ropa de camuflaje y pudiera confundirse con el entorno. Cuando le conocí mejor, dejando al margen una timidez patológica que lo convertía casi en asocial, resultó que era un dibujante más que aceptable y un magnífico cocinero. Resultó tan pluscuamperfecto que pensé en casarme con él, incluso por la iglesia, aunque hubiera tenido que ponerme yo el vestido de novia, pero Laura y Ethel también se lo propusieron, las dos a la vez, y ya no tuve ninguna opción. En clase fue una sorpresa mayúscula, nadie contaba con él, yo tampoco, y sin

embargo no me extrañó que Ethel hubiera escogido a Marcos, quiero decir que se hubiera enamorado de él.

Marcos nos invitó a comer en su casa, un fin de semana de otoño, para acabar de preparar la presentación de un trabajo sobre el duelo que teníamos que exponer en un seminario. No recuerdo que hiciéramos gran cosa, al margen de un gran despliegue de papeles, pero puedo asegurar que la comida fue excelente, y lo más entrañable fue que la había preparado él solito, e incluso había ido en persona a comprar al mercado. Ethel no se separó ni un momento de Marcos, le dijo que sería su pinche y se instaló con él en la cocina; seguía sus instrucciones al pie de la letra: corta el calabacín con la mandolina, lava esa bandeja, cuela bien este tomate, que no queden semillas, y Ethel no replicaba, permanecía pegadita a Marcos, rozándolo todo el tiempo, parándose en mitad de la cocina para impedirle el paso y para que él tuviera que mirarla y sonreírle y tocarla para apartarla un poco. Marcos y Ethel ya habían empezado a coincidir porque sí, a esperarse a la entrada y a la salida de clase, y, además, Marcos la acompañaba a casa casi todas las noches. Por eso me sorprendió tanto que Quique Jurado no hubiera oído hablar de Marcos Recaj; al parecer, Ethel no lo había mencionado nunca en su casa. Quique no contaba con la existencia de un compañero fantasma, alguien con quien Ethel había vivido durante un mes antes de alejarse para siempre.

En casa de Marcos, Laura Morillo y yo nos quedamos un poco al margen, y desde el principio nos asignaron la sublime tarea de poner y retirar la mesa y la mucho más encomiable de lavar los platos concienzudamente. A mí Laura me gustaba, pero no me atrevía a decirle nada, tenía una habilidad innata para sacar las púas y ponerse a la defensiva. En la mesa, nos sentamos frente a frente y eso me permitió mirarla sin ningún disimulo y sin necesidad de pegar la hebra. Laura era muy atractiva, solía llevar el cabello corto, le resultaba más cómodo para nadar, decía, tenía los ojos de color avellana y una mirada intensa, si cabe más pronunciada por unas ojeras perennes. Bebimos un poco de vino y se nos soltó la lengua y empezamos a saltar de un tema a otro diciendo cualquier burrada sólo por el gusto de sorprender y de reír. Fue entonces cuando descubrí una sonrisa que Laura trataba de ocultar, aparecía en la manera de entrecerrar los ojos, en las comisuras de sus labios, en la manera como se llevaba la mano izquierda al mentón. Me mira de otro modo, me dije, y me sorprendí también yo riendo a carcajadas; le gusto, a Laura le gusto.

Laura Morillo fue su gran confidente. A pesar de su proverbial mal genio, era la única persona que se podía acercar a Ethel cuando estaba de mala luna, incluido el bueno de Marcos. A Laura se lo contó todo, fue incluso demasiado duro para ella. Si quieres hablar con Laura, le dije a Quique, puedo comentárselo pero no te aseguro que quiera verte. Después del viaje a Venecia, la relación con Ethel se hizo más estrecha y marcó a Laura para siempre; formaban una especie de vasos comunicantes, como si Ethel, al confesarse a Laura, pudiera traspasarle una parte de la angustia que la atenazaba. El bienestar de una, aunque fuera momentáneo, conllevaba la pesadumbre y el horror de la otra.

Tardamos muchos meses en conocer la verdad de lo que sucedía, y si llegamos a saberlo fue por la indiscreción de Laura. Ethel sólo nos dijo que tenía problemas en casa, como todos, pero en su caso más agudizados porque tenía veintiocho años, una edad para estar casada o vivir independiente, y no se entendía ni con sus padres ni con sus hermanos. De Esteban, su padre decía que era un cínico, que tras esa expresión bondadosa y elegante que cultivaba, se ocultaba un tipo egoísta y repugnante. Y que su madre era tonta, o que se hacía la tonta, porque Esteban tenía un dominio tal sobre ella que hacía lo que le daba la gana. Nos extrañó que utilizara un lenguaje tan agrio y despectivo con sus padres; todos teníamos conflictos familiares, algunos como Laura con muy mal pronóstico, otros, como era mi caso, a causa de una de esas enfermedades que nadie sabe cómo tratar, pero nunca habíamos oído a nadie emplear esos términos para hablar de su familia.

Para Ethel, su enfermedad se había agravado porque no conseguía independizarse y su familia, más que una ayuda, era parte esencial de su problema. Hubo un momento en que sabíamos que estaba incubando una crisis por los temas de conversación que Ethel planteaba, porque eran recurrentes y giraban siempre alrededor del odio que sentía hacia su familia y a su necesidad de irse de casa. En alguna de las muchas discusiones que solían tener, según nuestra amiga, su padre la había amenazado incluso con llevarla al juez y declararla incapaz y conseguir así su tutela judicial. Ethel nos contó que se había escapado de casa varias veces pero que su familia averiguaba siempre su paradero y conseguía hacerla volver; para eso, los certificados médicos eran un instrumento sumamente eficaz, y el regreso forzado comportaba como castigo que la internaran en un sanatorio.

Sequedad en la boca y en la garganta, ése es el principal síntoma de mi nerviosismo. Caí en la cuenta durante la primera entrevista seria que tuve con el señor Valero, en su despacho, cuando ya era mi jefe. Yo no sabía que pretendía promocionarme, pensé que me iba a abroncar, pero, a pesar de las miradas de conmiseración de las personas de su departamento, me mantuve tranquilo hasta que me hizo sentar frente a él. No es que tuviera motivos, porque yo estaba etiquetado como ese joven optimista que siempre está dispuesto a echar una mano, pero en las últimas semanas había abandonado el edificio tres veces para socorrer a Ethel, aunque luego fueran falsas alarmas y Marcos y yo hubiéramos tenido que volver a nuestras ocupaciones con la lengua fuera. Ethel había abandonado a su familia, por fin, y tenía la sensación de que la seguían, de que la vigilaban; era un modo de paranoia porque en ningún caso detectamos a nadie que nos pareciera sospechoso. Convencimos a Ethel para que cambiara sus hábitos y le pedimos que fuera a la empresa a horas poco habituales en ella, y utilizando medios de transporte distintos y bajándose en otras paradas, pero aun así tenía miedo de salir a la calle y nos llamaba a Marcos y a mí, a los dos, para que la acompañáramos de vuelta a casa. Por si acaso, Marcos y yo actuábamos como policías, quiero decir como los policías de las películas. Si Ethel no estaba ya en la entrada del edificio, sólo subía uno hasta su empresa y el otro se quedaba vigilando, intentando observar algo extraño, pero si no tienes entrenamiento, no sabes qué mirar ni adonde, y todo te puede parecer sospechoso o absolutamente normal. No sucedió nada, nadie la acechaba, y yo me quedé con las ganas de romperle la cara a su padre o a su hermano mayor.

El señor Valero era un tipo delgado y fibroso, seguro que practicaba algún deporte o que se machacaba en el gimnasio, porque además estaba siempre bronceado, tenía moreno hasta ese trocito de carne que tenemos entre los agujeritos de la nariz; además llevaba el cabello cortado a navaja, siempre a la misma altura, como si cada día le dieran un repaso. Influyó mucho en mí el señor Valero, demasiado, hasta en cosas nimias, como que nunca haya usado camisas de manga corta porque él decía que le recordaban a los tullidos. Conocí al señor Valero cuando entré a trabajar en la empresa, él era ya el director de recursos humanos y le gustaba hacer la última entrevista a todos los seleccionados. Entonces no me impresionó, me pareció que era una prueba más en la larga carrera de obstáculos que había iniciado dos meses antes, así que me sentía más o menos tranquilo. ¿Te gusta trabajar?, me preguntó el señor Valero después de una introducción convencional. Me pareció una pregunta absurda en la situación en la

que nos encontrábamos y a punto estuve de soltar una carcajada, pero me contuve y como tenía que responder algo, le dije que no, así, sin paliativos. El director se extrañó, era obvio que no se esperaba una respuesta tan contundente. Entonces, replicó él, qué haces aquí. No recuerdo qué le dije exactamente, aunque sé que estuve suelto; ya puestos, me lancé de cabeza al río. Cuando se lo conté a mi madre casi le da un soponcio. Menuda bronca me pegó, se lo explicó a todo el mundo, que tenía un hijo medio tonto. Y, sin embargo, su sorpresa, y la mía, fue mayúscula cuando unos días más tarde el señor Valero llamó a casa, en persona, para decir que el puesto era mío.

No tardé en averiguar quién era el señor Valero y el poder que tenía en la organización, pero, por suerte para mí, yo era un simple currante y prácticamente no volví a verle. Así que no tenía ni idea de por qué me llamaba a su despacho. Estuve tranquilo hasta que me hizo una pregunta y tuve que hablar, entonces fue cuando noté que tenía la boca y la garganta como el papel de lija. Fue muy desagradable, me pasé toda la entrevista, que duró quince o veinte eternos minutos, humedeciendo mi boca con la lengua y tragando saliva de manera compulsiva, y me parecía imposible que mi superjefe no notara esos movimientos convulsos en el interior de mi boca.

Esa sequedad estropajosa aparecía cada vez, siempre, en presencia del señor Valero, o cuando Laura me cogía en falta o yo sabía que iba a mentirle, o cuando fuimos a rescatar a Ethel de las garras de sus depredadores.

64-157

En mi casa, la vida giraba alrededor de los gemelos. No me refiero sólo a que hubiera una cierta preocupación por su estado, no; quiero decir que la organización familiar, las rutinas, los horarios, todo estaba orientado a atenderlos, y nuestra madre tenía una dedicación casi exclusiva. Yo tenía doce años más que ellos, era el mayor de los varones, mi hermana Raquel, dos años mayor que yo, era la primogénita. Durante cinco años, entre mis obligaciones estuvo la de acompañar a mis otros hermanos a la escuela, mientras mi madre llevaba a Julián y a Jaime a una escuela especial. Me ocupaba también de prepararles la merienda y de vigilar que hicieran los deberes. Todo eso cambió cuando cumplí los dieciséis años; como mi hermana Raquel antes, tuve que ponerme a trabajar porque se esperaba, sobre todo, que aportara el sueldo que la familia necesitaba para cubrir sus muchas necesidades. El trabajo era una obligación, si

además podía y quería estudiar era cosa mía. Estuve un año en el dique seco regodeándome en la frustración de un empleo rutinario, y luego volví a los estudios y los compaginé con el trabajo y con el rugby. Era duro pero aprendí algo muy valioso: si estás reventado, en la cama no piensas, sólo duermes.

Una tarde que no había clase me llamó Ethel a casa y me propuso quedar para tomar un café. Acepté el ofrecimiento y le pregunté que dónde estaba; entonces me sorprendió diciéndome que estaba en mi barrio, de hecho en una cabina a dos calles de mi casa. No me dio ninguna explicación más y yo no se la pedí. ¿Quieres subir?, la invité. Me gustaría, contestó Ethel sin dudarlo, estoy ahí en dos minutos. Yo no solía invitar a mis compañeros, ni siquiera para estudiar un rato, en mi casa no había ni el espacio ni la tranquilidad necesarias, por eso me extrañó la insistencia de Ethel. A mí, los problemas de mi compañera no me parecían tan graves, quizá fuera cierto que sus padres la sobreprotegían, pero tampoco debía de ser fácil tratar con una hija que sufre un trastorno bipolar. ¿Qué haríais vosotros?, les había planteado yo en alguna ocasión a Marcos y a Laura, ¿la dejaríais irse de casa en esas condiciones?, ¿acaso no la internaríais en un centro si pensarais que es lo mejor para ella?

No recordaba en qué piso vivías, me dijo Ethel como saludo, pero lo he adivinado porque es el timbre que está más gastado de toda la finca. Mi madre se acercó a saludar a Ethel y, cuando fue a darle dos besos, mi compañera la abrazó y la retuvo durante unos segundos; mi madre me buscó con la mirada, extrañada, pero antes de que pudiera reaccionar ya la había soltado. A pesar del afectuoso e inesperado saludo, mi madre se retiró a sus quehaceres, enseguida sería la hora de preparar la cena y antes tenía que ayudar a los gemelos a bañarse. Mi madre continuó con sus rutinas como si no hubiera un extraño en casa. Ethel se sentó en una silla y permaneció allí quieta, atenta a todo lo que sucedía; mientras tanto, yo preparé café y se lo serví. Apenas hablamos, Ethel observaba lo que sucedía en mi casa y parecía registrarlo en su mente, nada excepcional, por otra parte, niños que corretean y gritan, uno que hace los deberes mientras el otro ve la televisión, conatos de pelea, un par de gritos para recuperar el orden y la cordura. Alicia, la pequeña, le preguntó si era mi novia. Ethel le respondió que no y Alicia se llevó la mano al corazón y respiró aliviada. Menos mal, exclamó, yo quiero mucho a Montse. Tú también eres guapa, le dijo Alicia como si quisiera consolarla, pero Montse es más guapa. Yo ya no salía con Montse Fratelli pero quizá mi hermanita no se había enterado. Alicia era un caso emblemático de la capacidad de supervivencia que tenemos las personas. Nació la última, después de los gemelos, y nunca le prestamos demasiada atención. Esta niña me preocupa, decía mi madre, se está criando sola. Sin

embargo, luego todo seguía igual. Alicia tenía un perro, ella le llamaba *Chavo*, lo había encontrado en la calle y se lo había traído a casa. Mi madre se enteró al día siguiente porque al ir a despertarla vio que el perro estaba en la cama con ella, y ya no hubo modo de deshacerse de él. *Chavo* hacía todo lo que la niña le pedía, se dejaba vestir como una muñeca e incluso, un día que le dijeron a Alicia que su perro estaba muy sucio, metió a *Chavo* en la bañera con ella, Alicia vestida e incluso con zapatos, y después de enjabonarlo empezó a cortarle el pelo con unas tijeras de cocina. Lo sacó Raquel, in extremis, antes de que Alicia pudiera cometer un estropicio irreparable. Ethel encontró muy graciosas las historietas de Alicia, todos nos reíamos con ellas, pero en realidad daba un poco de pena. Ethel no quiso quedarse a cenar, aunque mi madre ya daba por descontado que seríamos uno más a la mesa. Más tarde, esa misma noche, Ethel volvió a llamarme por teléfono; estaba llorando, según me dijo, por la emoción que le había causado observar lo compenetrados que estábamos todos. No supe qué pensar.

65-157

A pesar del esfuerzo, me levantaba a las siete de mañana y la mayoría de los días no regresaba a casa hasta después de la diez y media de la noche, viví el trabajo como una liberación, me convirtió en adulto y me sentí bien en ese papel. Mi primer empleo fue en las oficinas de una pequeña empresa que fabricaba jabones industriales. Éramos pocos empleados, en Barcelona ocho o nueve, depende de si contábamos al único vendedor que teníamos en plantilla, además del director, que era el dueño, y un grupo de unos quince operarios que trabajaban en una fábrica cerca de Viladecans. Durante una temporada fui el último mono de la empresa, aunque tuve muchos cargos: chico de los recados, meritorio, aprendiz de chupatintas, auxiliar del ayudante del asistente y otros por el estilo. Me bastó con observar durante pocos meses a mis compañeros para saber qué era lo que no quería ser en la vida. El penúltimo mono de la empresa se llamaba Diego y era un par de años mayor que yo; cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho varios de los compañeros empezaron a decirle que se lo llevarían de putas, y lo peor fue que cumplieron su palabra. El lunes siguiente lo contaron varias veces, con grandes risotadas, y me consolaron diciendo que, cuando tuviera la edad, también me llevarían a mí. Me largué de esa empresa en cuanto pude y volví a matricularme para continuar con mi bachillerato por las

noches. Más tarde encontré trabajo en una empresa de servicios públicos, ahora las llaman *Utilities*; durante un tiempo había sido un monopolio y sus trabajadores parecían funcionarios, y allí sigo después de diecisiete años.

Quería irme de la empresa al acabar la carrera, quería ejercer de psicólogo. Pero me llamaron del departamento de recursos humanos, el señor Valero quiere verte, me dijeron con cara de circunstancias. Pensaba que iba a tener problemas porque, aunque yo era un tipo cumplidor, cultivaba una imagen bastante rebelde, no militaba en ningún sindicato, pero hacía oír mis opiniones en las asambleas y por lo general eran algo radicales; la suerte quiso que, cuando alguna vez se votaron mis propuestas, sólo llegué a obtener cuatro o cinco de los trescientos votos posibles. Sin embargo, el jefe del departamento fue muy claro, me dijo que había pedido informes sobre mí, y señaló un dossier que tenía sobre la mesa, y que le gustaba mi implicación; además sabía que estaba a un solo curso de acabar los estudios y me ofreció subirme de categoría e integrarme en su equipo. Cuando supe lo que podía ganar me quedé blanco, incluso me explicó que la empresa estaba en una fase de expansión, que había planes muy avanzados para comprar otras empresas y abrir sedes en toda España y en el extranjero, y que esperaba que en dos o tres años, con mi formación, si me esforzaba y progresaba como él imaginaba, podría tener un cargo intermedio y más adelante, un puesto directivo, un despacho y una secretaria. Pasé, en un par de minutos, de asustado a sorprendido y más tarde a alelado, me pareció que me estaban echando las cartas y que un pitoniso más interesado en la propina que en la verdad me estaba leyendo mi futuro. Y, sin embargo, era real: aquél era el despacho del todopoderoso director de recursos humanos. A cambio, aunque el señor Valero no utilizó esa expresión tan directa, me sugirió que debía revisar mi imagen, mi estilo, y adecuarlos a mis nuevas expectativas. No tuvo que decir más, me corté el pelo, me compré un traje barato y me puse corbata. Ese día, mientras me enseñaba a hacer el nudo Windsor, hice feliz a mi madre. El dinero tiene ese poder, que compra voluntades.

Se lo conté a todos mis amigos y conocidos para reforzar mi decisión, pero no todo el mundo estuvo de acuerdo en que fuera una elección acertada. Laura y Marcos opinaron que era una trampa, que si al acabar la carrera no me decidía a cambiar, más tarde me sería mucho más difícil. Yo argumenté que iba a trabajar como psicólogo, que me iba a ocupar de seleccionar las nuevas contrataciones. ¿Y para eso has estudiado Psicología clínica?, repusieron. Mi familia me apoyó en todo. Ya tendrás tiempo de cambiar de aires cuando te convenga, me dijeron, ahora aprovecha esa oportunidad. Fue Ethel quien me sorprendió completamente, me dijo que no me veía como psicólogo,

que creía que no había elegido bien mi carrera, que habría tenido que orientarme hacia la comunicación y las relaciones interpersonales. Para eso sí que estás dotado, Gerard, sentenció Ethel, pero no para la psicología.

66-157

Hacía varios días que Ethel no venía por la facultad. Por desgracia para ella ya no nos extrañaba, sabíamos que aparecería cualquier día por clase, que durante un breve periodo tendría un aire ausente y que luego se recuperaría y volvería a integrarse en el grupo. La crisis anterior, la tercera, se había producido a finales de febrero, justo antes de las elecciones generales que ganó Aznar, e incluso bromeamos con Ethel sobre si había estado apoyando su campaña electoral.

Nos sorprendió que sólo un par de semanas más tarde volviera a faltar; hasta ese momento las crisis de Ethel habían tenido lugar cada dos meses aproximadamente, más tarde supimos que su ausencia se debía a un nuevo intento de huida. Sucedió a mediados de marzo. Una noche, al llegar a casa, me encontré a mis padres especialmente malhumorados, estaban en el comedor, mi cena a punto en la mesa, el televisor mudo y ciego porque ninguno de mis hermanos menores había conseguido permiso para ver la tele y estaban ya en la cama. Raquel, la mayor, fingía leer una revista en el sofá y sólo levantó los ojos para contestar a mi saludo. Algo debía de haber pasado, porque mi padre había abandonado su uniforme casero, pantalón de pijama y camiseta imperio, algo que sólo hacía cuando esperábamos alguna visita relacionada con la enfermedad de los gemelos. Mi madre, en cambio, tenía las mismas ojeras y el rostro cansado y triste habitual. Mis padres se sentaron enfrente de mí, como si fuera un tribunal, la sopa todavía humeaba y no me decidía a meter la cuchara; en otras circunstancias, mi madre me habría dicho que dejara lo que fuera que me tuviera entretenido y que me tomara la sopa caliente. Si no está caliente, no aprovecha, aseguraba ella. La escena no pintaba bien; busqué los ojos de Raquel para ver si conseguía alguna pista, pero ella negó con la cabeza. Hice entonces recuento de mis muchos pecados, para intentar preparar una buena defensa ante la bronca inminente, pero no hallaba nada que mereciera tal despliegue de medios.

Esta tarde ha estado en casa el padre de tu compañera Ethel, empezó mi madre, es la chica que estuvo aquí, ¿verdad?

¿En casa?, ¿su padre?, exclamé yo, entre sorprendido y extrañado, y a la vez asintiendo con la cabeza a la pregunta de mi madre, porque

ésa sí que no me la esperaba. Ethel había estado en casa un par de veces, ella hacía broma a menudo con eso; de repente daba la barrila diciendo que quería irse a vivir con alguno de nosotros, pero no solos, no en plan pareja, sino a nuestra casa, con nuestra familia. Pero su padre, el señor Esteban Jurado, ése sí que era un gran acontecimiento. ¿Y qué quería el buen hombre?

No te hagas el listo, terció mi padre, esa familia está muy preocupada. El preocupado era yo porque mi padre rara vez me pedía explicaciones, todo lo más me amenazaba con alguna represalia que él sabía perfectamente que no llevaría a cabo, no debe de resultar fácil castigar a un hijo con más de veinte años. Así que me adelanté: no he visto por clase a Ethel en lo que va de semana, pensábamos que estaba enferma. Pues tampoco acude a su casa, repuso mi madre. Debí de poner cara de estupor y debió de salirme bien, porque noté que ellos se miraban y dudaban al ver mi reacción. El padre de Ethel ha venido porque su hija lleva casi una semana desaparecida, me explicó mi madre, puedes imaginar que han avisado a la policía y que han llamado a todos los hospitales tratando de localizarla. Nadie les ha dado razón todavía. Su pobre madre, puedes figurarte, está destrozada. Ese señor no te ha acusado de nada, se ha mostrado muy correcto y amable en todo momento, pero dice que Ethel habla mucho de ti, también de otros compañeros, pero sobre todo de ti, y él tenía la certeza o la sospecha de que debía de estar contigo o por lo menos pensaba que tú debías de saber dónde se escondía su hija. De eso estaba convencido. Quizá esté realmente enferma, Ethel, pensé para mí, pero no cabe ninguna duda de que es muy lista. Les habla de mí a su familia, no porque yo le interese especialmente, sino porque de ese modo oculta a Marcos, que es con quien realmente sale, y además se protege a sí misma, porque ¿cómo va a localizar su familia a alguien de quien ni siquiera han oído hablar?

Cachas, mi hermana mayor insiste en llamarme así a pesar de las collejas que se lleva, ¿en qué lío te has metido? Raquel había estado escuchando la conversación, pero ya tenía bastante, dejó el diario en el sofá y se puso de pie. Mi padre la miró con disgusto por la interrupción, pero ella levantó las manos como si dijera yo no me meto. Me voy a dormir, se despidió, si encuentro una chica rubia debajo de mi cama os doy una voz.

No sé nada, respondí en cuanto recuperamos las posiciones, aunque la intervención de Raquel había tenido la virtud de rebajar la tensión, lo siento pero no sé qué puede haberle sucedido. En ese momento dije la verdad. Ethel tiene problemas en casa, añadí, además sufre algunas crisis de vez en cuando y su familia suele internarla en un sanatorio. En lo que llevamos de curso, ha estado ingresada ya tres veces por lo menos, pensábamos que ésta era la cuarta y que por eso

no asistía a clase. *¿Y* no sabes dónde puede estar? ¿Ni con quién? Piensa en esa pobre gente. Estuve tentado de explicarles a mis padres lo que Ethel pensaba de esa pobre gente, pero no me atreví, les vi cansados y a pesar de todo estaban ahí porque consideraban su deber ayudar a gente que no conocían. Pensé también en el daño que una historia como la de Ethel le haría a mi madre; ella creía que la familia era el primero y el último refugio, el lugar donde uno podía considerarse a salvo en cualquier circunstancia. La sopa se había enfriado, pensaba tomármela igual porque si hacía alguna alusión, por leve que fuera, mi madre insistiría en calentarla de nuevo y ya no eran horas de enredar por la cocina.

En la única pobre gente en la que yo podía pensar era en Ethel. En ese momento tuve la impresión de que había algo más, y recuerdo que incluso lo comenté con Laura. Ethel nos oculta algo, le dije, estoy convencido. Por supuesto, aunque no se lo dije a mis padres, ellos no habrían dudado ni un segundo en llamar al señor Esteban Jurado, yo adiviné dónde podía estar Ethel: con Marcos, porque nuestro compañero llevaba unos días muy hermético y salía pitando de clase, eso si no se saltaba la última asignatura. Pero como no podía fiarme del señor Jurado, lo negué todo, y lo hubiera negado tres veces si mis padres hubieran insistido. Pero no lo hicieron, les alivió pensar que no estaba conmigo, que no era yo el motivo de su desaparición.

67-157

La enfermedad de Alexander, ése era el diagnóstico de Julián, pero podría haber sido otro síndrome de características similares; de hecho, los médicos nos confesaron que sólo era una hipótesis y que no podrían estar seguros sin hacer determinadas pruebas, pero resultaban demasiado invasivas y sólo era posible hacerlas post mórtem, es decir, tras la muerte de mi hermano Julián.

En esa época, mi madre era el prototipo de doña Atareada, pero no era algo que se le pudiera mencionar, no lo hubiera tolerado. En su vida no había espacio para las bromas, no es que no pudiera entenderlas, es que ni siquiera las podía procesar, como si fueran algo inconcebible. Mi madre vivía una pelea constante contra todo: peleaba contra el tiempo, porque las veinticuatro horas del día eran insuficientes; peleaba contra el dinero, porque no alcanzaba; contra el espacio, porque no facilitaba la convivencia de nueve personas y un perro. Pero no se daba por vencida, ella estaba continuamente urdiendo planes que convertía en listas interminables de tareas: cosas

que había que comprar, cosas que había que arreglar, cambios que nos permitirían ahorrar, muebles que había que mover para ganar algunos centímetros. En el capítulo espacio, y en la variedad desplazar el mobiliario, todo el peso, en el sentido más literal, caía sobre mí, para eso era el Cachas de la familia.

68-157

Una mirada extraña, superficial, habría llegado a la conclusión de que Jaime presentaba los mismos síntomas que su hermano Julián, pero en cambio nunca le diagnosticaron la enfermedad de Alexander; en realidad nunca fue diagnosticado.

¿Cómo puede suceder algo así?

¿Cómo puede morir alguien de una enfermedad que no sufre?

69-157

Aquel curso estuvo marcado por las puntas de enfermedad de Ethel. De la segunda crisis, a mediados de enero, volvió muy tocada, tardó varios días en quitarse las gafas de sol y acercarse al grupo. Durante los primeros meses de curso nos había sorprendido la persistencia de sus obsesiones, por otro lado bastante ingenuas; se trataba de temas recurrentes sobre los que volvía una y otra vez. Uno de ellos era que quería mudarse a casa de uno de nosotros. De hecho, Ethel se las ingenió para visitar en varias ocasiones los pisos de Laura, de Marcos, de Ferran y seguro que el de algún otro compañero; normalmente conseguía que la invitaran y, cuando no era así, no le importaba forzar la situación. A mi madre no le extrañó su presencia, el único problema que podía acontecer era que mi madre soñara con alguno de nuestros amigos y que en ese sueño pasara algo malo, que ella los sorprendiera en un mal comportamiento; entonces les cogía manía y, aunque a ellos no les dijera nada, se notaba en la frialdad de su trato. No había manera de que aceptara que había sido un sueño y que seguían siendo personas magníficas. Si en el sueño se habían pasado de la raya, estaban condenadas.

Le enseñé a Ethel el piso, le mostré cómo en un par de habitaciones habíamos instalado literas; quería que viera las dificultades prácticas de sus pretensiones. Lo cierto es que para evitar

tensiones, aunque fueran momentáneas, yo sólo acepté la visita porque Ethel me había asegurado que sería muy breve. Mientras estaba allí, el fisioterapeuta que atendía a mis hermanos gemelos salió de la habitación de mis padres y se despidió hasta la semana siguiente. Ethel me miró en busca de una explicación, pero a mí me pareció que no era el momento más apropiado. En cualquier caso, mi madre la invitó a cenar y Ethel aceptó a pesar de su promesa. No abrió la boca en toda la cena, estaba sorprendida porque podía haber quince conversaciones en paralelo, risas, discusiones y peleas por rencillas incomprensibles para un extraño. Tus hermanos y tú os queréis mucho, ¿verdad?, me dijo mientras la acompañaba a la parada de metro, y tus padres son tan amables, cómo te envidio, Gerard. Eran comentarios tan ingenuos que no supe qué responder; no es fácil resumir una vida en un trayecto de dos minutos.

Otra de las obsesiones de Ethel estaba relacionada con la necesidad de cambiar el mundo, para esa batalla era fácil conseguir adeptos. Pero a Ethel se le había ocurrido que había que eliminar el dinero, destruirlo, que el dinero era la causa de todos nuestros males. Algún compañero quiso rebatirle esa teoría con el argumento de que la vida era demasiado complicada para poder eliminar el dinero. Ethel replicó con dureza; según ella, el dinero era el becerro de oro de este siglo y había que destruirlo. Su propuesta era volver al trueque, a cambiar mercancías por mercancías, ropa por trabajo, productos por tiempo.

Una tarde lluviosa y densa estábamos en la cafetería buscando una buena excusa para no entrar en clase. Necesito una aspirina, dijo Ethel, pero en la cafetería se han agotado. Así que Laura y yo nos ofrecimos a acompañarla a la farmacia. Recuerdo perfectamente que era lunes, 6 de noviembre, porque los noticiarios todavía no habían digerido el asesinato de Isaac Rabin. En la farmacia había varios clientes y entraron un par de personas más antes de que fuera nuestro turno. Pero cuando le tocó a Ethel, ella fingió que todavía no había decidido qué iba a comprar, mientras parecía que se interesaba también por las cremas de belleza. Cuando nos quedamos solos se dirigió a la farmacéutica. Era una mujer de unos cuarenta años, delgada, con el pelo recogido en una especie de moño, unos labios gruesos muy sensuales y perfectamente dibujados. Vestía una bata azul que le venía grande, con dos bolsillos enormes en la falda y otro más pequeño a la altura del pecho, en éste llevaba tres lápices y un cúter.

No tengo dinero, le dijo a la farmacéutica cuando ésta puso la caja de aspirinas sobre el mostrador, pero puedo pagarte con algo mío que tú necesites. La farmacéutica no se inmutó, no afirmó ni negó, simplemente dejó hacer a Ethel. Nuestra compañera volcó su mochila en el mostrador, la mitad de sus enseres rodaron por el suelo. Laura y

yo recogimos algunas cosas, entre ellas una bolsa de tela en la que guardaba una muda de ropa interior. Nos extrañó, pero no hicimos ningún comentario.

¿Te gustan estas gafas?, le preguntó Ethel a la farmacéutica. Tengo dos, las normales y las de sol, de éstas podría prescindir. La farmacéutica abrió el estuche, las miró, son muy bonitas y de una buena marca, dijo con un tono cordial pero serio, y se las puso. Pero están graduadas, se lamentó, y yo por suerte tengo muy buena vista. Pueden ser para otro cliente, le propuso Ethel. Ya, pero si me las quedo se me ocurren dos pequeños inconvenientes, dijo la farmacéutica en un tono muy formal, como si le hicieran proposiciones semejantes todas las tardes lluviosas. En primer lugar, no sé cómo devolverte el cambio, porque tus gafas son mucho más caras que mis aspirinas; además necesitamos a una tercera persona que quiera entrar en este juego del intercambio, y tenga la misma graduación que tú. No sé cómo resolverlo, ¿te imaginas?, puedo acabar con miles de gafas distintas aquí y sin dinero para comprar comida o para pagar la escuela de mis hijos; tengo dos.

Me gustó la farmacéutica, no me refiero sólo a que me pareciera una mujer atractiva, que también, sino que me sorprendió la calma con la que había aceptado el debate, su análisis lógico que evitaba enfrentarse con el fondo de la cuestión planteando sólo los aspectos más prácticos, y además con una sonrisa amable y comprensiva.

Puedo trabajar para ti, le propuso Ethel después de pensárselo un poco, puedo cambiarte las aspirinas por mi trabajo. ¿Qué sabes hacer?, le preguntó la farmacéutica, por suerte éramos los únicos clientes en ese momento, ¿conoces el sector, sabes de medicamentos? No, pero puedo limpiarte el local. ¡Vaya! ¡No me digáis que lo veis sucio!, exclamó para hacernos reír. Eso podría funcionar, reflexionó la farmacéutica, pero quizá tenga que despedir a la señora que viene todas las mañanas a darle un repaso al local, porque estoy segura de que, en cuanto circule la noticia de que cambio medicinas por trabajo, vendrán más personas con tu misma proposición.

Se hizo un silencio en ese momento. Ethel empezó a recoger sus cosas y a guardarlas en su bolso. Hizo un gesto mitad de comprensión y mitad de abatimiento con los hombros, como si se diera cuenta de que en realidad sí que era muy complicado, de que la vida se había vuelto demasiado compleja. Laura cogió las aspirinas y yo hice el gesto de pagarlas, pero la farmacéutica me frenó en seco. Te regalo la caja, le dijo a Ethel. Y cuídate mucho, por favor, le aconsejó.

70-157

Sólo llevo encima dos fotografías, una es de Susana, por supuesto. En la otra fotografía aparecen Julián y Jaime, los dos solos; cada uno tiene un brazo por encima del hombro del otro, y las cabezas están muy juntas. Cuando les hicieron esa foto debían de tener cinco o seis años, Julián todavía caminaba; llevan el cabello demasiado largo, con el flequillo tapándoles parte de la frente y los ojos. Estábamos todos en el zoológico, nos habíamos llevado la comida y pasamos el día allí. La imagen muestra cierto parecido físico entre ellos, en la manera de enfurruñarse, porque no les habían dejado dar de comer a los elefantes, los labios apretados y la mirada furiosa fija en algún lugar invisible, aunque Jaime parecía ya mucho mayor que su gemelo.

Durante un tiempo temí perder esa fotografía, así que fui a una tienda y pedí que me hicieran un negativo y encargué nuevas copias, una para cada uno de mis hermanos. Si tengo que recordarlos de algún modo, prefiero que sea así, todavía parecidos y con ganas de pelea.

71-157

Ethel evitaba los ascensores por norma, decía que tenía claustrofobia; de hecho acumulaba tantas prevenciones ante tantas cosas que a menudo no sabíamos cómo tomarnos sus manías, y lo que es peor, no les prestábamos demasiada atención.

Una tarde que teníamos seminario en la cuarta planta decidimos acercarnos a nuestra torre por los sótanos, desde la cafetería, y al llegar subimos al ascensor porque parecía que nos estuviera esperando. No era un hecho habitual, en los ascensores solían organizarse colas y salía más a cuenta subir por la escalera, pero surgió así y subimos todos al ascensor, todos menos Ethel, que frenó el paso y se dirigió a la escalera. Cuando llegábamos al aula, oímos gritar a una compañera: Ethel estaba sufriendo una crisis de nervios y no sabían qué hacer. Laura y yo bajamos a la carrera. Ethel estaba tirada en el suelo, apoyada en una esquina de un rellano de la escalera; al parecer había encontrado una puerta cerrada y vete a saber qué le había pasado por la cabeza. Era la primera vez que la veíamos así, en plena crisis, no teníamos ni idea de lo que nos esperaba en los meses siguientes.

¿Qué te sucede?, le preguntó Laura mientras se arrodillaba a su

lado, ¿cómo podemos ayudarte?, ¿necesitas alguna medicación?, insistió ella, y, mientras la atendía, me ordenó que registrara su bolso, mira a ver si encuentras algo que le podamos dar.

No es nada, no es nada, Ethel se esforzaba en sonreír y volvía la cabeza hacia Laura y hacia mí sin poder fijar la mirada, estoy sensible, debe de ser por el cometa Hyakutake, que quizá viene en mi búsqueda. No entendimos la respuesta y tampoco insistimos más. Entre los dos llevamos a Ethel hasta la cafetería y le pedimos una tila, pensamos que si se tranquilizaba podríamos enviarla a su casa en un taxi. Pero no encontramos el modo de apaciguarla, cuando la sentamos en la silla apoyó la cabeza sobre los brazos y nos ocultó su rostro. No nos escuchaba, de vez en cuando sacudía la cabeza para negar algo y gritaba que la dejáramos en paz.

Laura tomó una decisión, le cogió el bolso, buscó en su agenda y encontró su dirección. Hay que llevarla a casa, exclamó, ¿me acompañas? Sí, llevadme a casa, Ethel se incorporó un momento, llevadme a casa, no quiero que Marcos me vea así, sobre todo no le digáis nada a Marcos, por favor. Nos extrañó su petición, a Laura y a mí, su insistencia en evitar que el cuarto miembro del grupo pudiera verla en ese estado, nos constaba que habían empezado a salir pero todavía estaban en los prolegómenos; sin embargo nos limitamos a sonreír, como si fuéramos cómplices en un asunto trascendente. No llevábamos encima más que calderilla, pero entre los dos juntamos lo suficiente para un taxi.

La madre de Ethel, Margo, se sobresaltó cuando nos vio ascender el último tramo de la escalera con su hija medio a rastras. Margo era una mujer enorme, medía al menos un metro setenta y debía de pesar más de cien quilos. Era muy rubia y tenía la piel estirada y tersa de las mujeres gruesas. Margo cogió a Ethel, la levantó como si fuera una muñeca y se la llevó a una habitación. Nosotros la seguimos hasta el interior de la casa. El edificio estaba muy deteriorado y no tenía ascensor, olía a col hervida; subir a Ethel hasta el cuarto piso no fue fácil por la estrechez de la escalera y por la resistencia que oponía. El piso de la familia Jurado tampoco era gran cosa; el recibidor apenas tenía un metro cuadrado y el comedor era también muy pequeño. En una butaca, arrinconada cerca de una ventana, estaba el padre de Ethel. Esteban ofrecía una imagen completamente opuesta a la de su mujer. Era un hombre alto, con un bigotito recortado que pertenecía a otra época; demasiado bien vestido para estar en casa, daba la impresión de que acabara de regresar de alguna gestión. Debía de ser bastante presumido porque tenía el cabello muy cuidado, como recién peinado, y lucía una melenita sedosa por detrás de las orejas.

¿Qué ha sucedido?, preguntó, y a continuación se corrigió, perdón, exclamó, en primer lugar quiero daros las gracias por acompañar a

nuestra hija a casa, está claro que ha tenido una crisis. En realidad lo que me interesa saber es cómo ha sucedido. Ethel está enferma, siguió él sin esperar una respuesta, tiene un trastorno bipolar y de vez en cuando sufre crisis de ansiedad, sobre todo porque es muy laxa a la hora de tomar su medicación. Pero, bueno, gracias a vosotros ahora está en casa, continuó, aunque no hizo ningún gesto encaminado a interesarse por el estado de su hija, y aquí nos ocuparemos de ella. Y volvió a reiterarnos su agradecimiento, lo hizo al menos una docena de veces en los veinte minutos que estuvimos en su casa.

Esteban nos hizo sentar y cuando apareció Margo le pidió que sacara algún refresco o cerveza o lo que prefiriéramos. Rechazamos el ofrecimiento, explicamos lo sucedido esperando que ellos concretaran un poco más en qué consistía la enfermedad de Ethel, desde cuándo estaba enferma, qué tratamiento seguía, qué perspectivas de curación había, y otros mil detalles que nos tenían en ascuas. Pero, al margen de su agradecimiento y de un ramillete de las mejores sonrisas, no obtuvimos nada relevante, sólo el diagnóstico y cuatro orientaciones vagas.

En el trayecto de vuelta a casa, en metro, porque no nos veíamos con ánimo de volver a la facultad, Laura y yo coincidimos en nuestras apreciaciones sobre la familia Jurado y, sobre todo, en las malas vibraciones que nos había transmitido el padre. Qué raros son, cojones, dijo Laura, parecía que les faltara sangre en las venas, si yo tuviera una hija enferma la angustia no me dejaría vivir. Laura debió de acordarse de repente de mis hermanos porque puso una mano cálida sobre la mía. Pensé en mi propia madre, en mi familia, pero no quise hacer comentarios; nunca pude encontrar el tono adecuado para hablar de Julián y de Jaime con otras personas y, por supuesto, no era mi tema de conversación favorito.

72-157

En La Graciosa, Ethel y yo apenas hablamos de aquella época, me limité a sentarme con ella en el banco, al calor del sol. Y entonces, mientras fumábamos un cigarrillo, Ethel me preguntó por Julián y Jaime. Recordaba los nombres y estoy seguro de que sabía a quién correspondía cada uno. Me sorprendió esa pregunta más que cualquier otra que me hubiera podido hacer. Tuve que mirar hacia el océano y buscar un poco de serenidad en aquellas aguas de un azul intenso. Julián murió poco después de cumplir los trece años, le respondí. Cuando nació, los médicos le dieron como esperanza de vida una

década como máximo, así que todo ese tiempo extra fue un regalo que él nos hizo. ¿Y Jaime?, insistió Ethel.

No pudimos hacer nada, le dije a Ethel, y pensé que era preferible explicarle sólo una parte de la tragedia. Cuando murió su gemelo, Jaime se retrajo aún más, respondió justo en sentido contrario al que los doctores habían pronosticado y sólo le sobrevivió un mes. Los médicos que habían tratado a mis hermanos les pidieron a mis padres si podían hacerle la autopsia a Jaime, no entendían qué había sucedido, no podían concebir que una simbiosis así fuera posible, pero mi madre se negó, de un modo tan rotundo que nadie se atrevió a insistir.

¿Cómo está ella?, quiso saber Ethel.

Fue una conmoción tremenda para todos nosotros, pero en especial para mi madre. Ella ha tenido siempre la sensación de que fue una especie de castigo por alguna culpa de la que no guardaba memoria, quizá por algo que hizo en una reencarnación anterior. Dentro de lo que cabe, está bien, ahora, aunque le ha costado superarlo, quiero decir que tiene buena salud, que hace una vida más o menos normal, pero no es la mujer luchadora de otros tiempos, siempre teme lo peor, se sobresalta ante cualquier infortunio por insignificante que sea. Supongo que ninguno de nosotros podrá recuperar eso que llaman la normalidad, no es fácil convivir con un drama así, ni tampoco con su permanente recuerdo.

73-157

Laura y yo tuvimos una hija, Susana, y una hipoteca; no sabría decir qué une más en los tiempos que corren. Hacía más de cuatro años que vivíamos juntos cuando nació la niña. Nuestra relación era correcta, es decir, ni muy buena ni muy mala. Si nos hubiéramos separado, tampoco habría sido un drama. Pero Laura se quedó embarazada de un modo inesperado, quiero decir sin haberlo programado. En la segunda falta, Laura me dijo que si yo no quería tener el hijo, ella abortaría, que era cosa de dos. Dije que sí, porque la idea de ser padre me llenó de una euforia momentánea, incluso nos casamos entonces por lo civil sin ceremonias ni banquete ni lista de bodas; la familia y los amigos se enteraron a la vez de que estábamos casados y de que íbamos a tener una niña. Todo se desarrolló conforme a lo previsto por la naturaleza y lo cierto es que recuerdo esos momentos como los más emocionantes de mi vida. Más tarde, cuando Susana tenía dos o tres años, me sentí agobiado por la

responsabilidad, pensé que esa niña dependía de mí para lo más básico, la comida, la casa, la salud, la felicidad. También estaba Laura para cuidar de ella, por descontado, pero no se trataba de un pensamiento racional sino de una especie de angustia vital por lo que significaba ser padre para siempre y en toda circunstancia. Y por si fuera poco, esa dedicación no caducaba nunca, o por lo menos iba a ser muy intensa durante los primeros veinte o treinta años. Todavía no sabía qué iba a ser de mi vida y me veía ya ocupándome de la vida de otra persona. Sentí un peso tremendo, tuve incluso dolor de cuello y hombros durante semanas y acudí al fisioterapeuta porque temía tener dañadas las cervicales. Mi salud era buena, según los especialistas era sólo el paso del tiempo, lo terrible de cargarse de responsabilidades.

Una noche salí de fiesta con los compañeros de trabajo. No solía acudir a esas celebraciones que se organizan entre falsos amigos que se ven todos los días pero que no comparten nada. Sin embargo, acudí porque Miguel Sánchez, un tipo que me caía bastante bien, se iba de la empresa y aprovechaba para despedirse. El programa de la fiesta contenía los tres ingredientes básicos del éxito: primero fuimos a cenar, la comida era indigesta pero no había opción porque nos habían obligado a decidir qué nos apetecía casi diez días antes; luego había que tomar unas copas, insípidas, carísimas, pero fuertemente alcohólicas; y acabamos en una discoteca en la que reinaba un ruido infernal. En el grupo estaba Lucía Esteve, nunca nos habíamos caído bien, y yo pensé eludir su presencia ya en el restaurante, pero en el último momento se produjo un baile de sillas y de mesas y nos encontramos cara a cara. Evité hablar del trabajo y procuré mostrarme lo más correcto posible. Lucía, al parecer, pensó que debía de realizar el mismo esfuerzo. No había motivos objetivos para esa antipatía que nos profesábamos. Yo tengo un carácter expansivo, normalmente le caigo bien a la gente, a la primera, heredé de mi madre, que trabajó casi veinte años en el mercado de la Concepción, un lenguaje dulce, una sonrisa fácil, una manera de abordar a los conocidos y a los desconocidos que me era muy útil para crear un clima de proximidad. Siempre hay excepciones, claro, en todos los ambientes solía encontrarme con alguna persona a la que por lo visto ese comportamiento mío le provocaba un rechazo visceral. Lucía era una de esas personas. Yo podía notar, a los pocos segundos, si a una persona le caía bien o si le caía como un tiro.

Lucía Esteve era una mujer guapa, más o menos de mi edad. Aquella noche llevaba un vestido ajustado de color verde pistacho, aunque en un tono muy suave. Lucía tenía debilidad por el color verde y siempre llevaba encima algo de ese color, y si no era la ropa, podía ser un bolígrafo o una libreta o cualquier otra cosa. Al poco de empezar la cena se levantó y fue al baño; cuando regresó yo noté

algún cambio en ella pero tardé en ser consciente del mismo. El vestido de Lucía era escotado y cuando se inclinaba mostraba una porción de piel más blanca y el sujetador, también en algún tono de verde suave. Cuando volvió del baño no llevaba sujetador, no supe cómo interpretarlo, si era sólo por comodidad o si era un anzuelo, y tampoco sabía si era yo la pieza que quería capturar. El grupo se fue desmembrando al pasar de un local al siguiente, pero Lucía y yo caminamos uno al lado del otro sin que la intervención de los compañeros pudiera deshacer el lazo invisible que nos mantenía unidos. Seguimos juntos también en la coctelería y fue ella la que me arrastró a la discoteca, porque mi intención era poner punto final a la salida a una hora prudente. La verdad es que no tuvo que insistir demasiado, me atraía como suele atraer el fuego, te acercas hasta que el calor es insoportable, justo hasta antes de empezar a quemarte. Quizá, si no hubiera bebido, habría percibido ese calor excesivo y me habría apartado a tiempo. En la disco perdimos el contacto con los demás; de vez en cuando aparecía un rostro conocido en nuestra mesa o veíamos pasar a algún colega dando tumbos, pero lo cierto es que nos quedamos solos, sin interferencias. Bailamos sin tocarnos, era uno de esos ritmos discotequeros en los que en realidad es como si bailaras solo o con la multitud. Pero, en la mesa, para poder conversar debíamos hablar directamente al oído del otro, muy cerca, tanto que me era fácil percibir el aroma de su piel, tanto que yo podía sentir sus labios soplando en mi oído o acariciando mi cuello. Lucía se levantó, me cogió de la mano y me arrastró al baño, me vinieron a la cabeza cientos de imágenes extraídas de las peores películas eróticas, pero la cosa no iba por ahí, al menos no en la primera ocasión. Entramos juntos en una cabina, ella se sentó en la taza, sacó del bolso un sobrecito y sobre su agenda trazó dos rayas blancas, de entre sus dedos surgió un cilindro de plástico, Lucía esnifó una y dejó la otra para mí. No lo dudé. Salimos a la pista y bailamos como condenados. Al cabo de una hora o dos, Lucía volvió a cogerme de la mano y a tirar de mí en dirección al baño. Repitió la operación con una liturgia muy parecida, pero en esta ocasión, antes de salir, me hizo sentar a mí en la taza. Desabróchate, me ordenó mientras ella se quitaba las bragas, y se sentó encima, nos besamos y echamos un polvo allí mismo.

No recuerdo nada más, al menos no de un modo coherente. Sé que salí a trompicones de la discoteca acompañado de Lucía y que vomité en un taxi, lo sé porque recuerdo perfectamente la sarta de maldiciones del conductor. Cuando me desperté era de día, estaba sentado en la taza de un váter con los pantalones y los calzoncillos bajados. No sabía dónde me encontraba, ni qué hora podía ser, salí del baño y me asomé a la habitación más cercana, era el dormitorio de

Lucía, estaba estirada boca abajo sobre la cama, tenía el vestido pistacho arremangado por encima de la cintura y desnudo el resto del cuerpo. Le tapé su bonito culo utilizando el trozo de colcha que quedaba libre. Eché un vistazo a su despertador, eran las diez y doce de la mañana. Salí corriendo, a pesar de la tremenda jaqueca y del dolor de vientre que me martilleaba las entrañas.

En casa no había nadie, encontré sólo una nota de Laura, lacónica, que decía: «No vives solo, *¿o* sí?». Era sábado, me tocaba a mí llevar a la niña a la escuela de música. Mientras me duchaba, empecé a preparar una batería de excusas que resultara convincente y fue entonces cuando me asaltó una idea que me llenó de pánico: no habíamos utilizado preservativo, *¿y* si Lucía, que parecía llevar una vida bastante disipada, era portadora del sida, aun sin saberlo, y me había contagiado? Salí de casa, llamé a Laura sólo para decirle que me había sentido mal y que un compañero me había acogido en su casa. Laura no hizo ninguna pregunta. Estás mejor, entonces, se limitó a afirmar, y colgó enseguida, antes de que yo pudiera añadir nada más. Luego fui a una farmacia y pedí que me hicieran un análisis que incluyera el sida, me dijeron que tardaría un mes y que si lo quería urgente, era más caro, pero sobre todo me advirtieron que hasta conocer el resultado me abstuviera de tener comportamientos de riesgo. Opté por decirle a Laura la verdad y, tal y como había anticipado, unos días más tarde me pidió que me fuera de casa. No fue por esa infidelidad; aquella última metedura de pata, aunque grave, fue sólo el detonante que hizo estallar una relación que estaba vacía. Al menos una temporada, me dijo para suavizarlo, pero yo sabía que sería una separación definitiva.

74-157

Me senté al lado de Ethel, aparté el periódico que nos alertaba sobre la enfermedad de las vacas locas, y le formulé la pregunta antes de que pudiera surgir ningún otro tema. El otro día me sorprendió mucho tu descalificación, si no te molesta que utilice un término tan directo, le dije a modo de saludo, ¿de verdad lo crees, o se te ocurrió de repente para mortificarme?

De todas las opiniones que había recabado, sólo la de Ethel se había salido del guión previsto. La psicología no es lo tuyo, me dijo, y se quedó tan ancha. En cambio, Marcos, Laura, Ferran y otros compañeros me habían advertido sobre el peligro que encerraba la propuesta de la empresa, el regalo envenenado, porque me llegaba

justo en el momento de alcanzar la encrucijada, la empresa o la carrera, continuar por la senda segura y confortable o plantearme un salto al vacío. La familia y los compañeros de empresa se situaron en el extremo opuesto, aprovecha la oportunidad, me animaron, sería tonto hacer otra cosa, además, si lo pruebas y no te convence, siempre estarás a tiempo de rectificar. En cambio, Ethel había disparado contra mi línea de flotación, porque ésa era la cuestión clave, ¿me interesaba a mí la psicología?

Ethel no me preguntó a qué me refería, lo sabía perfectamente, pero demoró la respuesta como si tuviera que meditarla. Estaba sola en un banco del largo pasillo que conducía a la torre en la que teníamos clase, supuse que esperaba a Marcos. Había adoptado una posición extraña, como vigilante, parecía encogida, llevaba uno de esos jerséis anchos que tan habituales eran en ella y unos téjanos negros, y tenía las piernas echadas hacia atrás como si quisiera meterse debajo del banco. Había colocado su enorme mochila sobre las piernas y parecía que pretendiera protegerse u ocultarse para poder observar a los estudiantes que deambulaban por aquellos pasillos inclementes. ¿Por qué crees que no puedo ser un buen psicólogo?, le pregunté.

Eres un buen tipo, Gerard, me respondió, generas confianza en la gente a pesar de tu aspecto de oso, estoy segura de que podrías hacer bien cualquier cosa que te propusieras. No me malinterpretes. Me pediste mi opinión y creí que debía ser sincera contigo. Son dos, los motivos, respondió Ethel sin apenas mirarme, el primero es que casi siempre hablas tú, como si te incomodara el silencio y quisieras llenar ese vacío con palabras, y aún así de un modo u otro siempre consigues evitar hablar de ti mismo. Gerard Pruna, dijo Ethel, enfática, dibujando con la mano un arco en el aire, ese desconocido. Y el segundo motivo, insistió Ethel, es que nunca haces las preguntas adecuadas. Un psicólogo puede expresarse mal o con alguna dificultad, matizó ella, pero tiene que saber formular la pregunta precisa, como si se tratara de la palabra mágica que mueve la roca y deja al descubierto el lugar donde el paciente oculta su dolor.

75-157

Lo más duro de nuestra ruptura ha sido ver crecer a Susana como a ráfagas; hubo temporadas en que pensé que debía volver con Laura sólo por pasar más tiempo con mi hija. Cuando era un bebé, aprovechaba cualquier excusa para sacarla de la cuna y cogerla en

brazos. Me sentaba con ella en la mecedora y la colocaba encima de mí, la mecía mientras le explicaba cualquier cosa, como si pudiera entenderme. Si era de noche, solía colocar la mecedora frente a la ventana, para vernos reflejados en ella, nunca me había sentido tan en paz como en esas ocasiones. Susana se dormía inmediatamente, pero yo seguía allí, con ella, hablándole, sin decidirme a devolverla a su cuna. Laura se quejaba, decía que así la malcriaba, pero lo cierto es que me reñía con una sonrisa en los labios.

A veces, pensando en Susana, me venían a la cabeza Ethel y su familia y me costaba entender que pudiera existir esa clase de monstruos, capaces de destrozarle la vida a su propia hija.

76-157

No podía volver a casa de mis padres, no sólo porque no había demasiado espacio allí, sino porque me daba pereza tener que explicar lo que había sucedido, la verdad de lo que había sucedido. Además, mi madre estaba loquita por su nieta Susana, su primera nieta, y la única en mucho tiempo porque Raquel iba retrasando la decisión sobre su maternidad un año tras otro. Cómo iba a sonar que el hijo responsable de la familia se había acostado con otra, sin tomar precauciones, y que además se drogaba. Mi hermana Raquel se apiadó de mí, me ofreció una habitación en su casa y me mudé allí; igualmente acabaría llegando la noticia a casa de mis padres, pero necesitaba tiempo para recuperar mi autoestima.

No pensaba decir nada en el trabajo. A pesar de los años que llevaba empleado allí no tenía ningún amigo lo suficientemente íntimo, aunque de todos modos la noticia circuló como la pólvora cuando comuniqué el cambio de domicilio; tanta tecnología sólo sirve para que todo el mundo pueda meter la nariz en las vidas ajenas. Durante un par de semanas procuré no encontrarme a solas con Lucía Esteve, hasta que un día coincidimos en el ascensor, los dos solos, cuando salíamos. Era muy tarde, me había quedado en la oficina porque tenía mucho trabajo y porque tampoco tenía nada mejor que hacer. Quizá a Lucía le había pasado lo mismo, pero no hablamos de eso, no era el momento ni el lugar más adecuados.

Nunca he llegado a ejercer de psicólogo, quiero decir en la especialidad que estudié. Tenía un buen trabajo en una gran empresa, me promocionaron justo al finalizar la carrera y me pagaban tan bien que no supe salir de la noria; además, como tenía estudios y don de gentes, acabé escalando puestos directivos, tuve despacho y secretaria

sólo tres años después de acabar Psicología. Para entonces, ganaba el doble o más que cualquier compañero que estuviera ejerciendo. Me conformé, encontré cientos de excusas para justificar mi decisión, o mi no decisión, todas ellas tenían que ver con el confort, con la seguridad, con los beneficios, muy lejos del riesgo de la consulta privada o de las estribaciones y las alcantarillas de la sociedad, pero también en las antípodas de los sueños de juventud, de la búsqueda del sentido de la vida. Cada vez que entraba en crisis, como si la empresa pudiera leer mis pensamientos, me subían el sueldo, o me daban una paga, o me ofrecían un crédito muy ventajoso, o me ascendían. La última vez me ofrecieron la dirección de comunicación corporativa de una de las empresas participadas, por fin lejos de las trincheras de la negociación colectiva, y también acepté. Me acordé entonces de Ethel y me sorprendió que ella hubiera visto en mí algo en lo que, hasta ese momento, nadie había reparado.

Lucía se quedó parada en la acera, frente a la puerta del edificio, esperándome. Hacía una noche estupenda, era uno de esos días del veranillo de San Martín que abren un paréntesis en un otoño desapacible. Lucía estaba muy atractiva, llevaba la melena suelta y las puntas del cabello se las ingeniaban para alcanzar las comisuras de sus labios, vestía un traje chaqueta beige sobre una blusa verde hoja y zapatos de chúpame la punta con un tacón de aguja de más de diez centímetros. Se la veía inquieta; mientras me esperaba golpeaba con las rodillas una cartera de piel negra con los remates y los adornos de un verde brillante. Me pareció que le costaba despedirse, que en su mirada se escondía el recuerdo de la otra noche, y le pregunté si quería tomar un café, que en realidad se convirtió en un par de cervezas, a continuación cenamos juntos y más tarde, en su casa, antes de acostarnos, me ofreció una raya, porque según ella no había mejor afrodisiaco. Después de hacer el amor, se extrañó de que no tuviera prisa por volver a mi casa, aproveché ese momento para decirle que estaba en trámite de separación, aunque no le dije el motivo. Estuve tentado de llorar un poquito, hay muchos tíos que ligan así, con la tontería de la lagrimita pretenden ser merecedores de compasión y comprensión, pero no quise ofender a Laura, le dije a Lucía que quizá nos habíamos precipitado entonces y que ahora lo pagábamos. Estuve saliendo una temporada con Lucía, me ayudó a instalarme en un piso de alquiler y me presentó a su proveedor de coca.

Laura fue tajante. Nunca, ni antes ni después, he conocido a una mujer con peor genio y tampoco a ninguna a la que le sentaran tan bien unos téjanos. Me llamó por teléfono, el lunes por la mañana al despacho, y me dijo que Susana me había visto esnifar coca. Le he dicho, añadió, que tenías que inhalar un producto porque estabas muy tapado y no respirabas bien, como ese compañero suyo que tiene asma, y parece que se lo ha tragado. No me importa lo que hagas con tu vida, Gerard, bueno, sí que me importa, no quiero pasarme de borde, pero no vas a poder pasar ningún fin de semana con Susana si no inicias un tratamiento de desintoxicación.

En esa misma época, mi mentor, el señor Valero, me llamó a su despacho. Me esperaba en la puerta, le pidió a su secretaria que no le pasara llamadas y cerró la puerta con mucho pulso, como si el ruido más insignificante pudiera activar una bomba. Estaba muy disgustado, tenía informes que cuestionaban mi trabajo en los últimos meses y esperaba alguna explicación por mi parte. No me cogía de improviso, había vislumbrado algunos indicios, comentarios oídos al azar junto a la máquina de café, silencios repentinos ante mi llegada, y había ido atando cabos, así que tenía preparada una batería de argumentos que, a la hora de la verdad, no me atreví a utilizar. Tampoco podía decirle que era un adicto, así que me excusé con la separación y con lo mucho que me había afectado. Mi jefe me dio tres meses para recuperar su confianza.

No bromeo, Gerard, insistió Laura cuando intenté llevarme a Susana un fin de semana, estoy dispuesta a ir a un juez. No quiero que te lleves a nuestra hija y que un día vayas colocado y tengas un accidente, no me da la gana, no pienso consentirlo. Así que tú mismo; desde luego, este fin de semana la niña también se quedará en casa. Tardé más de seis meses en reaccionar a esos avisos. Al principio pensé que a Laura se le pasaría el cabreo y que podría volver a tener a Susana conmigo los fines de semana que me tocaban, pero enseguida pude comprobar que no me había amenazado en vano. Echaba de menos a la niña, la llamaba y Susana me preguntaba cuándo iría a buscarla, o me apremiaba para que me curase, Laura sólo le había dicho que estaba enfermo, porque quería que la llevara al acuario o al Tibidabo.

Sabe que le tengo aprecio, Pruna, el señor Valero fue directo al grano, como siempre, pero no me explique nada, no puedo interesarme por la vida privada de cuatro mil seiscientas treinta y dos personas, tampoco por la suya. Si yo le pidiera que se llevara las preocupaciones del trabajo a casa, usted podría protestar por esa intromisión en su vida personal. Pues tampoco debe suceder en sentido contrario. Pruna, enfatizó mi jefe, usted sabe perfectamente qué tiene que hacer.

No sé si soy un caso excepcional, pero lo cierto es que fui a ver a un terapeuta y empecé un tratamiento. Cuando llevaba varias semanas viéndole, le pasé el teléfono a Laura para que pudiera comprobar que no mentía. Laura también cumplió su palabra y me permitió recoger a la niña. De una adicción, uno no se cura nunca. La tentación de una rayita más, una sola, la última, me asalta de vez en cuando, en el momento más inesperado, todos los días.

78-157

Julián nació con fecha de caducidad, ¿se puede vivir con eso? Sí, porque no quieres creértelo, porque cada día que pasa la esperanza aumenta un centímetro y llegas a pensar que el milagro es posible, que el futuro no está escrito. Los doctores insistieron en que no había que crearse falsas expectativas, la de Julián era una enfermedad degenerativa, irreversible, contra la que no sabían cómo luchar. Cuando parecía que llegaba su momento, que Julián entraba en una fase crítica, los doctores nos alertaron para que fuéramos preparándonos, pero sobre todo para velar por Jaime, porque iba a ser necesario hacer un seguimiento diario de sus reacciones. Cuando el final de Julián estuviera cerca, ésa era la esperanza de los médicos y la de mis padres y la de toda la familia, Jaime debía reaccionar, no se concebía que se viera abocado al precipicio y se dejara arrastrar, y debía entonces iniciar un proceso de recuperación. No era lógico que, por más que Jaime se empeñase, los dos hermanos tuvieran el mismo fin.

Fueron semanas de muchos nervios, en casa pasábamos de la discusión feroz por nada a la risa tonta y de la calma a la desesperación sin que nadie supiera qué hacer para remediarlo. Nuestra madre le pidió al doctor Guillén que le avisara antes de que tuviera que ingresar a Julián en el hospital. Ella había previsto llevarse a Jaime al pueblo. No teníamos nada allí, nuestros padres habían vendido la casa y todo lo que tenían en Tortosa, porque les había hecho falta el dinero para atender a los gemelos, para llevarlos a los mejores especialistas del país, así que lo único que nos quedaba eran algunos parientes. Durante muchos años, nuestro padre había trabajado como un animal para tirar adelante a la familia, para él no existían los fines de semana. En casa le veíamos sólo por las noches, cuando llegaba agotado, se duchaba y se ponía el pijama antes de cenar, y los domingos por la tarde, cuando aún encontraba fuerzas para sacar a los pequeños al parque. Tenía tres trabajos: mañanas y

tardes iba al taller mecánico, desde que salía hasta las nueve de la noche hacía chapuzas y los fines de semana cogía el taxi de un amigo, pero no bastaba, y por eso habían acabado vendiendo los pocos bienes que tenían en el pueblo.

Nuestra madre no iba a rendirse, esa posibilidad simplemente no existía, así que había planeado que se iría al pueblo con Jaime, sola, que lo mantendría aislado para que no pudiera saber qué estaba pasando con Julián. Ella tenía la vaga esperanza de que un cerco de afecto, la vida al aire libre, la distancia de los problemas de casa, le podría ayudar en ese salto hacia la vida que su hijo debía dar. Quizá fuera su última batalla por Jaime y la había planteado de manera concienzuda, dispuesta a asumir el sacrificio que podía significar para ella, así que, un par de días antes de que ingresaran a Julián, se marchó con Jaime y se instalaron en casa de la tía Elvira.

Para nuestra madre fueron unos días muy difíciles. En Tortosa tenía que estar animada y ocuparse de Jaime, sacarlo a la calle, distraerlo con cualquier cosa que se moviera; mientras tanto, en Barcelona, Julián se moría sin que ella pudiera estar con él, sin darle su consuelo y sin poder tenerlo ella. Nuestra madre llamaba a las diez en punto, después de acostar a Jaime, y sometía a Raquel y a padre a un interrogatorio exhaustivo, quería saber qué había sucedido, qué había dicho el doctor palabra por palabra. Fueron diez días agónicos que no le deseo a nadie en el mundo. Julián murió el 18 de mayo, temprano, a las cinco de la mañana. Nuestro padre la llamó al pueblo, fue una noticia que no requirió más palabras que las justas; más tarde le dijo que los doctores habían pedido permiso para hacerle la autopsia a Julián. Pero quedaba el espinoso asunto del entierro, nuestro padre pensaba que ella debía volver ala ciudad para despedirse de su hijo, que si no lo hacía, no encontraría descanso después. Pero nuestra madre se negó radicalmente. Eso no es lo que acordamos, replicó ella, me quedaré aquí, con Jaime, mientras quede un atisbo de esperanza.

No sirvió de nada. Ese mismo día, como si hubiera podido adivinarlo, aunque quizá lo que sucedió fue que escuchó la conversación entre nuestros padres, Jaime no se levantó de la cama y se negó a comer. Su actitud fue tan radical que en pocos días su salud se deterioró gravemente; estaba tan débil que el médico del pueblo no sabía qué hacer y antes de acabar la semana, agobiado por la responsabilidad, llamó a una ambulancia para que llevaran a Jaime al hospital. Cuando llegó a Barcelona, donde tenían su historial clínico y el de Julián, Jaime estaba muy mal, lo ingresaron en la u vi y lo alimentaron con una sonda. No sirvió de nada. Jaime murió en casa un mes después que Julián.

Esas muertes, las dos, la de Julián, por esperada, y la de Jaime,

porque no supimos evitarla, significaron un punto y aparte en la vida de la familia, una ruptura en toda regla. Raquel hacía ya medio año que vivía con su novio y yo le propuse a Laura Morillo buscar un piso de alquiler e irnos a vivir juntos. Mis padres se quedaron en casa con los tres pequeños. Tanto Raquel como yo solemos acercarnos de vez en cuando, a tomar café, a comer algunos domingos, pero la vida se paralizó allí. Mi madre estuvo deprimida y en tratamiento durante cinco años y mi padre procuraba tirar adelante con los pequeños, a duras penas.

Me extrañó que Ethel recordara los nombres de mis hermanos. ¿Cómo están Jaime y Julián?, fue su primera pregunta de la segunda tarde. No tuve ánimo para explicarle los pormenores de lo sucedido. Murieron, los dos, le dije, con un mes de diferencia. Jaime se salió con la suya. Ethel lloró sentada en aquella viga, apoyada sobre la pared blanca, mientras me tenía cogido de una mano, con los dedos entrelazados, y conseguía que, después de tantos años, también yo derramara esas lágrimas amargas.

79-157

Continúo instalado en la comodidad de mi *utility* y sigo solo. He salido con varias mujeres y alguna ha permanecido en mi casa más tiempo del que hubiera deseado, pero nada más, sin que esa proximidad implicara tener que hacer planes a largo plazo.

Tenía razón Montse Fratelli, ella solía acusarme de que me hacía demasiadas preguntas. A mí, la vida me parecía compleja y me dedicaba a darle vueltas, necesitaba creer que todo aquel sufrimiento tenía algún sentido. Montse, en cambio, reaccionaba justo al revés. Entiendo todo lo que dices, me respondía cuando yo la machacaba con mi búsqueda de respuestas trascendentes, pero me parece que te equivocas, no sé por qué suceden cosas como la de tus hermanos, no entiendo qué sentido tiene algo así. Mi abuelo decía que la vida era sencilla y simple, que veníamos al mundo para ser felices, que era el mejor regalo que nos podían hacer, un regalo que había que disfrutar. Yo sólo aspiro a tener una familia, y Montse lo decía sinceramente, tres hijos mejor que dos, una casita en la montaña donde pueda cultivar algunas flores y salud para disfrutar de las pequeñas cosas. A mí me enervaba su falta de ambición, su conformismo, quizá por eso tuvimos que cortar. Sin embargo, ahora entiendo sus razones; su sencillez no era simplicidad sino algo más profundo, sabiduría. ¿Eso que ella quería no es acaso lo que todos deseamos cuando, por fin,

hemos madurado lo suficiente para dejar de soñar despiertos?

Estudié Psicología, como si estuviera predestinado para ello, porque crecer con dos hermanos enfermos no es fácil y seguramente debió de condicionar mi decisión. Pasé muchas horas con Jaime y Julián, observándolos, intentando interpretar el más mínimo gesto, haciendo cábalas sobre por qué Jaime seguía la senda de su gemelo. Pero también puede que fuera por otro motivo; vivimos mucho tiempo inmersos en la enfermedad y ninguno de mis hermanos ha estudiado Psicología ni nada por el estilo.

Tampoco recuerdo haber deseado estudiar otra cosa, quizá en un entorno diferente también hubiera escogido esa disciplina. Pero lo cierto es que Ethel tenía razón, no me interesaba la psicología, no hubiera empezado cuarto curso; de hecho, si no abandoné fue para evitar tener que dar explicaciones en casa y por la sentencia de una compañera más lúcida que yo: si hemos sido capaces de llegar hasta aquí, podemos acabar, y si conseguimos el título, quizá le podamos sacar algún rendimiento a tanto esfuerzo.

Por eso me quedé en la empresa, porque no tenía que enfrentarme a los rigores de una profesión que se mueve en la frontera de la salud y la enfermedad, de la marginalidad crónica, de la violencia. Y como nací con una flor en el culo, que diría Raquel, al final tuve otro golpe de suerte y acabé dirigiendo un departamento de comunicación.

80-157

Sentí como una traición que Raquel se marchara de casa. Raquel era mi confidente, compartimos habitación hasta que tuvo doce años, entonces nos separaron. Yo protesté y mi madre no me quiso dar ninguna razón, fue Raquel quien me dijo que le había venido la regla y que por eso nuestros padres habían pensado que era mejor que estuviéramos separados. Me pareció una tontería pero no encontramos la manera de revertir esa decisión. De todos modos, durante el día, mientras estábamos en casa pasábamos todo el tiempo juntos hasta que Raquel empezó a salir con chicos. De traición en traición, pensé yo, hasta que finalmente decidió irse a vivir con su novio.

Me dolió porque yo creía que teníamos un acuerdo tácito y que mientras Julián y Jaime estuvieran enfermos y nos necesitaran, ellos serían la primera prioridad y los demás estaríamos ahí, al pie del cañón con nuestros padres. Cuando se lo eché en cara, porque estaba muy jodido, Raquel se rio de mí. Pobre Cachas, me dijo, y esa expresión aún me hirió más, siempre echándose a la espalda más peso

del que puede cargar. Voy a vivir, continuó ella, a cinco paradas de metro de aquí, a menos de diez minutos con la motocicleta, y vendré por casa todas las semanas y cada vez que sea necesario. Ya veo que no te convencen mis argumentos, protestó Raquel, si es que con la cara pagas. Cuando abras la consulta, cómo vas a poder ayudar a los demás, me advirtió, si no estás bien tú, qué vas a poder contagiar sino tristeza y pesadumbre. Valiente psicólogo estás tú hecho, sentenció.

Mi hermana tenía razón, pero yo no estaba dispuesto a reconocerlo y menos aún en ese momento. Seguramente era envidia lo que yo sentía viéndola empacar sus cosas, mirando cada libro y valorando si era suyo y podía llevárselo, o si lo necesitaría otro miembro de la familia. Raquel ponía la palma de la mano en la cubierta como si pudiera recordar qué había sentido al leerlo, qué experiencias le había transmitido. De vez en cuando me miraba y optaba por dejar alguno en el estante. Me hubiera ido con Raquel en ese instante, estaba cansado o harto o abrumado por el exceso de responsabilidad que me había tocado arrastrar desde que tenía once o doce años. Quería irme de casa también yo, y pasar de visita todos los días si fuera preciso, pero quería acostarme sin pensar que quizá tuviera que levantarme a medianoche porque uno de los gemelos, Julián las más de las veces, tenía una crisis. Quería echarme en el sofá y malgastar el tiempo sin tener que ver a mi madre afanarse de un lado a otro, sin contemplar en su rostro esa mirada de reproche porque no estoy haciendo nada y ella no puede con todo. Quería poder olvidarme de lo caro que es todo. Quería poder olvidar, hacer un *reset*, y que la enfermedad no fuera omnipresente en mi vida.

Y, sin embargo, no tuve valor. Laura se mostró comprensiva; no era un panorama tranquilizador el que se había instalado en mi casa. Toda la energía que mi madre había generado en todos esos años se esfumó de repente, como si un prestidigitador hubiera pasado la mano por encima y al levantar el pañuelo morado toda la fuerza y todo el optimismo hubieran desaparecido. A regañadientes, porque mi padre la amenazó con irse de casa, mi madre empezó a hacer terapia y estuvo casi cinco años viendo a un psicoanalista con cierta regularidad. En casa se instaló un ambiente opresivo, quizá como consecuencia de la disolución de la tensión. Mis otros hermanos, Pol y Laia, pudieron dar rienda suelta a todos los reproches que habían acumulado. Estamos aquí, parecían querer decir, y estamos hartos de ser ignorados. Daba la impresión de que la muerte de los gemelos los había liberado, por fin, e iniciaron una época de descontrol en la que cada uno tiró por su lado.

Mi padre tuvo que dedicarse a la pequeña, a Alicia, porque ella se negó a entender lo que había pasado y cada día preguntaba por Julián y por Jaime, al levantarse por las mañanas, al volver de la escuela,

cuando quería que alguien se quedara con *Chavo* mientras ella se bañaba. Ante la apatía de nuestra madre, Raquel pasaba por casa casi todos los días para estar con ella y durante el fin de semana se pasaba horas en la cocina preparando comidas que luego distribuía en raciones y las congelaba para que fuéramos más holgados durante la semana. A pesar de todo, Raquel tenía razón, como siempre; acabé convenciéndome y también yo me marché.

81-157

No puedo decir que me resultara del todo sorprendente, quizá tampoco lo habría adivinado con exactitud, pero las palabras de Laura describiendo el sufrimiento y la vejación de Ethel sólo conseguían ratificarme en mis intuiciones. Para mí en la familia Jurado había alguna cosa que olía a podrido y estaba claro que Ethel era el vertedero. El individuo más inquietante era el padre, Esteban. Parecía sacado de algún libro de época, siempre tan atildado, daba la impresión de que estaba vestido como si esperase visita, no cualquier visita, sino una que requería en él sus mejores galas, una esmerada compostura, una elegancia que era más propia de un decorado, donde todos los elementos tenían sólo una cara visible, amable, y las otras eran bastas, como de cartón de embalar.

La madre, en cambio, me entristeció. Margo era lenta y pesada, quizá fue muy guapa de joven, pero de esa belleza sólo conservaba una piel muy blanca, translúcida casi, y el cabello rubio que llevaba recogido. Margo me pareció un autómata que se movía porque sus sensores estaban programados para actuar a las órdenes de su marido.

Ofréceles un refresco a estos chicos, pero tráeselo, mujer, no les preguntes si quieren. ¿Quieres?, se le pregunta sólo a los muertos, exclamaba Esteban obsequiándonos con su sonrisa más convincente. ¿Has comprobado que Ethel esté bien?, anda, ve y compruébalo, le pedía o exigía a su mujer sin moverse de la butaca. ¿Se ha tomado la medicación? ¿Seguro? ¿Está más tranquila ya, la niña? Cierra la puerta para que nuestras voces no puedan molestarla. Y acércame las pastillas que toma nuestra hija, quiero que estos jóvenes las conozcan por si algún día, que Dios no lo quiera, tuvieran que verse obligados a dárselas.

Todo era artificio y falsedad en ese hombre, el tono de su voz, esa sonrisa meliflua, los gestos grandilocuentes, las palabras vanas, y lo más sorprendente era que, actuando de ese modo, pudiera ser capaz de engañar a alguien.

82-157

Era el último domingo de mayo y nos habíamos citado en la Barceloneta, primero para pasear por la playa y más tarde en el restaurante Cheriff, para comer la primera paella de ese verano que ya se anunciaba. Llegamos ya de dos en dos, cada oveja con su pareja, Laura y yo puntuales, y Ethel y Marcos con retraso. El día se había levantado espléndido y la playa estaba llena de gente tomando baños de sol y de mar. Durante el paseo, pasamos revista a las últimas novedades familiares. Laura nos dijo que, por fin, su madre se había decidido a poner de patitas en la calle a su padre y nos explicó la sobresaliente intervención de su abuelo con gran lujo de detalles, digno de una escena de película. Marcos tenía un semblante muy serio, estaba rígido, con el cuello y los hombros muy tensos, se le notaba hasta en la forma de caminar, llevaba a Ethel cogida de la mano y sólo la soltó para que pudiera saludarnos. También él tenía novedades, como si no quisiera ser menos, nos dijo que sus padres habían decidido volver al pueblo definitivamente y que le habían dejado el piso. Así que, mirándonos a Laura y a mí con una elocuente sonrisa, nos anunció que su casa estaba a nuestra disposición para lo que tuviéramos menester. Ethel no dijo nada y no nos atrevimos a preguntarle; Laura nos había desvelado el secreto que la atormentaba pero nos había hecho prometer que fingiríamos no saber nada. No era fácil, desde luego, porque lo que nos pedía el cuerpo era bramar contra esos malnacidos.

Para los cuatro, ese domingo era una especie de tregua, un momento de calma antes de que se iniciara la tormenta, ya que teníamos programados los últimos exámenes del curso y de la carrera. En un alarde de virtuosismo, como era habitual en mí, yo estaba dispuesto a dar una nueva vuelta de tuerca y seguir estudiando y matricularme en el curso de doctorado, pero sólo para poder continuar pidiendo prórrogas y evitar el servicio militar. Marcos, en cambio, se había declarado objetor de conciencia y pensaba iniciar el servicio que le encomendaran. De todos modos, eran decisiones que podían esperar hasta después del verano.

Necesitaré vuestra ayuda, nos suplicó Ethel, cuando estábamos ya en los postres. Durante toda la mañana había permanecido un poco al margen de las conversaciones, un poco nerviosa, algo triste, mirándonos como si tratara de adivinar cuánto sabíamos, hasta dónde podía haber llegado la indiscreción de Laura, a la espera de su momento, que llegó con las cremas catalanas y los cafés. Cuando me presionen, cuando mi madre llore de un modo inconsolable, cuando a mi augusto padre le dé una lipotimia y trastabille y finja que se

desploma, cuando mi hermano Santiago se levante de la silla y apriete el puño amenazador, cuando el pequeño me mire con cara de lástima y dé a entender que no sabe qué está sucediendo, entonces necesitaré vuestra ayuda, me bastará con una mirada cómplice, un roce en el hombro, que alguien me diga vamos, Ethel, vamos. Con vuestro apoyo lo conseguiré, nos aseguró Ethel. Lo he intentado muchas veces, ya lo sabéis, pero ésta será la definitiva, tengo los medios, con el dinero que he reunido podría instalarme en otra ciudad y empezar de nuevo.

Perdonadme, continuó Ethel mientras buscaba un pañuelo con el que limpiar sus lágrimas, y creo que Marcos y yo pensamos que por fin iba a confesarnos su tragedia pero nos equivocamos, cuando llegue el momento ni siquiera a vosotros podré deciros adonde voy a ir, estoy segura de que saldrán a buscarme y no sé si podré quedarme en Barcelona. Pero os llamaré en cuanto pueda, añadió Ethel, cuando haya empezado una nueva vida. Entonces se levantó y nos besó a los tres, uno a uno, con un beso que parecía de agradecimiento pero que era una despedida anticipada.

Los planes de Ethel se cumplieron sólo a medias. Es cierto que un par de semanas más tarde encontró la fuerza necesaria para enfrentarse a su familia y abandonar su casa, pero no cambió de ciudad, al menos no en primera instancia, porque antes recaló en casa de Marcos Recaj. Quizá hubiera sido mejor para todos, y desde luego para Marcos, que Ethel se hubiera ido directamente, pero los hechos no sucedieron así.

FRACTAL 3

MARCOS RECAJ

Por mis propios medios habría acabado en un coma emocional. Y, sin embargo, no puedo quejarme. Como en una carrera de relevos, unas pocas personas me tomaron de la mano y me pusieron en la órbita de la vida. Si tuviera que mencionar sólo a una, sería a Ethel Jurado, porque le debo, y me debe, un beso de despedida.

83-157

Fue un suicidio, no un accidente, tengo el convencimiento más absoluto de que fue planeado y ejecutado por Quique Jurado. Me atrevería a decir, incluso, que Quique actuó contando con el beneplácito de Margo. Llevaban, Quique y Margo, demasiado tiempo pendientes del regreso de Ethel; de hecho necesitaban que volviera para ponerle fin al drama que habían vivido, y para acabar con ese sucedáneo de vida en el que habían estado inmersos desde que ella abandonara su casa y su familia. Han pasado trece años los dos solos, madre e hijo, sin apenas salir de casa más que para lo imprescindible, sin relacionarse con nadie, consumiéndose en el fuego lento de su sentimiento de culpa. Si no les hubieran llegado señales de Ethel, aunque fuera de un modo indirecto, quizá habrían podido seguir así década tras década, pero el encuentro fortuito entre Quique Jurado y Gerard Pruna lo trastocó todo. Era una oportunidad que les llegaba ya en la prórroga, así que no albergo la menor duda de que fueron ellos mismos los que decidieron acabar con sus vidas. Es cierto que la policía no encontró ninguna nota, y ésa es una pauta de conducta habitual entre los suicidas, pero eso no quiere decir que no la escribieran, quizá las llamas borraron todas sus huellas.

Nueve días antes del supuesto accidente hablé por cuarta o por tercera vez con Quique. Durante una semana me estuvo llamando todos los días al ayuntamiento y si me puse al aparato fue porque mi secretaria empezó a angustiarse y me propuso alertar a los municipales. Como si fuéramos viejos amigos, como si nuestro primer encuentro no hubiera sido un fracaso, Quique me confesó que había viajado a La Graciosa, que Margo le había ordenado que fuera allí en busca de Ethel, pero él había vuelto sin poder localizarla, como si se la hubiera tragado la tierra, como si nunca hubiera vivido allí. Me explicó que había preguntado por Ethel y por Gracia en cada establecimiento, casi casa por casa, pero nadie le supo dar ni una mala pista, o quizá es que no consiguió ganarse su confianza. No supe qué decirle a Margo, me contó Quique, y el tono quebrado de su voz y sus silencios, que me permitían oír su pesada respiración, constituían una declaración de impotencia. No tenía demasiadas opciones: podía decirle que había sido una confusión y que quizá se trataba de otra persona, o simplemente que Ethel había vuelto a huir de nosotros.

Era nuestra última esperanza, me dijo con un hilo de voz. Hubiera sido mejor no tener noticias de ella, aceptar que hubiera muerto por ahí, pero ahora que sabemos que está viva, nuestra existencia no tiene sentido. Si no quiere vernos, se lamentó Quique, es porque no nos ha perdonado.

No pude ni quise consolarle, tampoco acepté un segundo encuentro. Lo siento, Quique, pero no tengo nada que decirte, argumenté yo como respuesta a su insistencia, para nosotros ha pasado demasiado tiempo ya, pero quizá a Ethel le sangran todavía las heridas. Lo único que podemos hacer, le dije antes de colgar y sin esperar su previsible respuesta, es respetar su silencio.

84-157

¡Uf! Cuántas emociones contenidas. Fue oír ese nombre, tienes una llamada de Enrique Jurado, me dijo mi secretaria, y me vi viajando al pasado como si hubiera dispuesto de una máquina del tiempo; hacía tanto que no notaba que se me aceleraba el pulso de esa manera que estuve a punto de excusarme. Que deje su teléfono y ya le llamaré yo, estuve a punto de responder. Pero pensé que quizá tenías noticias de Ethel y la verdad es que imaginé que eran malas noticias, quizá una invitación para acudir a su funeral o algo así. Es increíble cómo una cabeza desbocada puede elaborar las teorías más peregrinas, sin duda era más sencillo atender la llamada. Cogí el teléfono con esa inquietud y me alivió saber que no era así, que Quique Jurado había visto ya un par de veces a Gerard Pruna y que estaba intentando reconstruir la última época de la vida de Ethel para escribirle una carta o algo parecido. Me sorprendió. Después de tantos años no estaba seguro de cuál debía ser mi respuesta. La cabeza me pedía que evitara ese contacto o que, cuando menos, procurara darle largas, y que a continuación podía intentar localizar a Gerard y pedirle detalles de su encuentro con Ethel, pero el corazón, o las emociones, me decían que quizá era el momento de levantar acta de aquellos sucesos y archivarlos definitivamente. Un solo encuentro bastará, me suplicó Quique, un par de horas, donde tú quieras.

Ethel se había acercado al grupo para implorar ayuda y nosotros le brindamos nuestro apoyo incondicional sin contar que quizá no estábamos preparados para ello. Su necesidad de ayuda era tanta, su situación era tan precaria que, sin tener un plan, quizá de manera inconsciente, Ethel se introdujo en nuestras vidas y las colonizó, hasta el extremo que durante una época todo lo que hicimos y lo que

vivimos giró alrededor de su tragedia personal, y sin que fuéramos conscientes cambió nuestras vidas, al menos la mía, para siempre. En las postrimerías del curso, Ethel consiguió su propósito y pudo, por fin, abandonar a su familia y sólo un poco más tarde nos abandonó también a nosotros, a mí en primer lugar, y Gerard, Laura y yo nos quedamos aquí, confusos y convulsos, sin acertar a salir a escena para interpretar el siguiente cuadro del drama. El grupo se deshizo como un azucarillo en el café, y a pesar de tanta camaradería cada uno siguió su camino.

No es el momento de hacer juicios de valor, me basta con aprovechar el momento para hacer balance. Si hubiéramos sido de verdad valientes nos habríamos limitado a llamar a la policía, como propuso Laura, pero no lo hicimos; desempeñamos un absurdo papel de amigos, terapeutas, salvadores, sin tener ninguna experiencia, sin saber cómo actuar ni qué repercusiones podía tener en nuestras vidas, y así nos fue.

85-157

Ethel siempre elegía volver a casa caminando. Nunca he andado tanto como en esa época, porque Ethel quería que la acompañara a su casa y a mí me gustaba acompañarla. La ruta habitual, desde la facultad, nos llevaba prácticamente una hora y media. Cruzábamos Barcelona desde la Diagonal hasta Hostafrancs siguiendo siempre la misma ruta, por la Diagonal hasta El Corte Inglés, después por Galileo hasta la calle Sants, llamada luego Creu Coberta, y enseguida por Sant Roe hasta Leiva, sin prisa, pero sin aminorar el paso. De vez en cuando, cuando ya nos habíamos dicho lo que significábamos el uno para el otro, Ethel se detenía en cualquier lugar y me abrazaba. Me besaba y me abrazaba y parecía abandonarse en mis brazos, ése era su límite, ciñendo su cuerpo al mío todo lo que podía para que notara su calor.

Al llegar a su casa, tampoco tenía prisa por subir, Ethel se demoraba porque sí; alguna vez llamaba desde el portero electrónico y se limitaba a decir que estaba en la calle charlando con un amigo. Luego nos alejábamos de su portal porque Ethel había comprobado que si dejaban el portero electrónico abierto podían oír lo que se hablaba en la calle. No se conformaba con que nos alejáramos un poco; necesito sentirme segura, me decía. Ethel temía que nos espiaran con cualquier excusa, bajar la basura, salir a hacer algún recado, así que caminábamos todavía diez minutos más, primero por

la calle Gayarre y luego por Gavá hasta la parroquia de San Medir, allí nos sentábamos en la segunda escalinata, la pequeña, la que daba acceso al teatro, a salvo de las miradas indiscretas de los escasos paseantes, y hacíamos planes y nos besábamos. Me costaba mucho entender ese comportamiento, entonces me parecía una paranoia sin sentido; por más posesivos que fueran sus padres, Ethel no dejaba de tener veintiocho años, era cinco años mayor que yo.

En la mayoría de las ocasiones se hacía tarde y perdía el último metro, pero yo no le decía nada, no me quejaba; cuando nos despedíamos en la puerta de su casa caminaba por la calle Béjar hasta la parada de una línea de autobuses nocturnos, y si la noche era agradable seguía su ruta para intentar darle caza en cualquier parada. Las más de las veces tenía que subir por la calle Tarragona hasta la de Valencia y desde allí caminaba diez manzanas hasta la altura del parque de bomberos y llegaba a casa exhausto, con la cabeza como un enjambre de avispas. Era agotador, normalmente salíamos de la facultad a las diez de la noche y yo llegaba a casa entre la una y las dos de la madrugada. En algunas ocasiones conseguía que mis pasos y mi mente siguieran el mismo ritmo e intentaba hacer planes para los próximos años; todos ellos giraban alrededor de Ethel. Pero a menudo, quizá a causa del cansancio, me iba de una idea descabellada a otra todavía peor, o me venían a la cabeza recuerdos de otras épocas. Recordé una anécdota que me había explicado mi padre decenas de veces. Le sucedió al poco de llegar a Barcelona; su primer empleo lo obtuvo cerca de El Prat. El primer día de trabajo hizo mal los cálculos y, al finalizar la jornada, se dio cuenta de que no tenía dinero para volver a casa. No se atrevió a pedírselo a ningún compañero, quizá por esos prejuicios de pobre, el orgullo de los humildes, hubiera dicho él, y mi padre caminó más de tres horas, desde El Prat hasta el Ensanche de Barcelona. Llegó agotado y se encontró a mi madre angustiada, pensando que le había sucedido algo malo porque mi padre ni siquiera tenía una mala moneda para llamar por teléfono.

Durante el curso, en casa no me esperaban para cenar porque sabían que llegaría tarde por un motivo u otro, además mi madre solía acostarse temprano, en cuanto acababa el telediario, y mi padre se quedaba viendo la televisión. Si me lo encontraba despierto y con el televisor apagado quería decir que estaba viendo algunas de sus películas, esas que sólo podía ver a solas, y que la había interrumpido al oírme llegar. Aunque lo más habitual era encontrármelo dormido ante el televisor encendido. Según él, la tele era el mejor somnífero que se había inventado. Mi cena estaba en la cocina, algunas noches la recalentaba y cenaba sentado en el sofá al lado de mi padre, en silencio los dos; otras noches no me veía con ánimo; me entristecían las obsesiones de Ethel y me decía que quizá me convenía más

acostarme e intentar dormir, aunque sabía que, antes de quedarme dormido, no podría evitar repasar las palabras de Ethel, analizarlas, diseccionarlas casi, porque no conseguía entenderla. A la mañana siguiente estaba destrozado, mi madre me despertaba a las ocho sin tener en cuenta a qué hora me había acostado. El que es hombre para trasnochar, era su consigna, tiene que serlo también para madrugar. Por suerte no tenía que acudir a una oficina, trabajaba en casa.

De esa época me ha quedado la costumbre de caminar. Siempre que puedo calculo cuánto tiempo me tomará una gestión si hago el trayecto a pie, y procuro salir con tiempo para poder hacerlo. El ritmo de los pasos me ayuda a ordenar las ideas, me sirve para preparar mis intervenciones en los plenos, para redactar cartas o notas en mi cabeza y, además, nadie conoce los rincones de la ciudad como yo. Mi médico cree que lo hago siguiendo sus consejos y me recomienda que también suba escaleras o que monte en bicicleta para ejercitar los cuadríceps; el pobre no sabrá nunca lo equivocado que está.

86-157

Estábamos en la puerta de su casa, en el juego ese tonto de la despedida, con lo de si toca o no toca beso. Lo expresé en voz alta. Cómo debe de ser el beso de la primera cita, me interrogué, y me llevé el dorso de la mano a la boca y fingí un largo beso retorciendo la cabeza como si fuera una serpiente. Ethel se rio y siguió la broma imitando mi gesto. Porque en realidad era nuestra primera cita, habíamos salido con un grupo de compañeros de la facultad y, en mitad de la noche, Ethel quiso que nos retiráramos juntos, para que quedase claro el vínculo, para que todos supieran que ella había elegido, y deambulamos por la ciudad hasta que la acompañé a su casa. Y allí estábamos, sin saber hasta dónde había que llegar. Para mí, aunque no era mi primera relación amorosa, sí que era la primera novia convencional, en el sentido más tradicional de aproximación, cortejo y seducción. Para Ethel quizá también, aunque era mayor que yo, aunque su vida emocional estaba hecha estragos, pero eso entonces yo sólo lo sospechaba. Nos pusimos algo más serios y nos miramos como si pretendiéramos anticipar cuál sería el próximo movimiento del contrincante sobre la lona del cuadrilátero. Yo me acercaba hasta ella para besarla y Ethel me tapaba la boca, o merodeaba a su alrededor y fingía tropezar y caía sobre ella buscando sus labios. Supongo que hay una edad para esos juegos, aunque ya no fuera la nuestra. Y al fin, fue Ethel quien me cogió de la mano y me

llevó hasta la esquina, se pegó a mí como una lapa y me besó de un modo casi desesperado. Encontré la suficiente sangre fría para deshacer el abrazo y pedirle que me dejara respirar o, en caso contrario, tendría que pedir que me trajeran oxígeno. Se rio de nuevo, aunque no evitó mostrar un mohín de disgusto. Y la besé entonces yo, con suavidad, con calma, marcando las pausas con caricias. Aquí estamos a salvo, susurró, enigmática, ni nos ven ni nos oyen. No fue un solo beso, sino una buena macedonia de besos.

87-157

Antes de que Cori se cruzara en mi camino, como un vendaval de optimismo, yo sólo era un alma en pena que rondaba los veinte años. Si hubiera vivido en un castillo, habrían dicho de mí que era un pobre de espíritu que vagaba por las estancias vacías buscándole un sentido a la existencia. Aunque no me decían nada, mis pobres padres estaban muy preocupados. De lunes a viernes, entre el tiempo que dedicaba a dibujar y a los estudios, podía fingir una vida como tantas, aunque un observador externo habría echado en falta llamadas telefónicas, la ausencia de cierta diversidad de nombres en mis conversaciones; en fin, habría podido detectar indicios claros de aislamiento más o menos voluntario. En cualquier caso, me esforzaba en disfrazar mi cruda soledad con una pátina de sensibilidad. Pero los fines de semana, con tantas horas ociosas, me dejaban en evidencia. Para que mis padres no se preocuparan, ser hijo único tiene la desventaja de que sólo pueden mirarte a ti, salía a la calle, casi siempre al cine o al teatro, pero solo. Si la película era de estreno, y sólo proyectaban una (yo entonces era adicto a la Filmoteca), iba y volvía caminando para estar más tiempo en la calle, y si de vuelta mis padres me preguntaban, les decía que había estado con algún otro dibujante o con compañeros de la facultad, sin precisar demasiado, porque las mentiras se alimentan de mentiras y es fácil incurrir en contradicciones.

Cultivaba una pose de raro, me gustaba deambular por las calles vacías en invierno. Si me cansaba o si tenía frío, entraba en una cafetería, sacaba mi bloc y mi lápiz y me pasaba la tarde dibujando, o emborronando hojas, porque a menudo el resultado de aquellas divagaciones acababa en la papelera, hasta que miraba el reloj y me parecía que ya era hora de volver a casa.

Cori me abrió los ojos. A veces aún me sorprendo al recordar sus reacciones, me parece mentira que una chica tan joven, educada en una escuela de monjas, pudiera ser tan sabia y tan madura, que

pudiera exhibir un comportamiento propio de una mujer con experiencia. Te falta el gen egoísta, me decía Cori, naciste sin él, Marquitos, y por eso tienes ese aire de inadaptado. Piensas demasiado en todo, me decía ella, la vida es más sencilla, no estamos aquí para alcanzar grandes metas, se trata sólo de llenar esta existencia que nos han regalado. Tendrías que hablar con mi padre, me aconsejaba Cori, él dice que el cielo, el infierno y el purgatorio comparten la misma calle. Me sentía pequeño a su lado, me gustaba sentarme con ella en un banco del parque, pasar el brazo por encima de sus hombros y permanecer así, en silencio. Aunque no solía durar demasiado porque Cori se hartaba, ella necesitaba movimiento, calor, palabras. La relación con mi vecinita me abrió las puertas al mundo. Gracias a ella aprendí a escuchar, a tener paciencia, a mostrarme simpático e interesado por los demás, quizá abusando un poco del sarcasmo, pero en cualquier caso me socializó. La mayoría de tus cinco sentidos, me decía ella, se alimentan del contacto con otras personas, no puedes desperdiciarlos. Nadie que esté en sus cabales elige la soledad.

El gen egoísta. He vivido todos estos años esperando que algún científico loco encontrara la forma de trasplantarme el que a mí me falta.

88-157

La primera vez que Ethel puso los pies en mi casa fue un sábado de noviembre, la excusa no podía ser otra que la realización de un trabajo en grupo y, por tanto, también acudieron Laura y Gerard. El encuentro fue bien, era el primero fuera de la facultad, pero tener en el grupo a Gerard Pruna lo hacía todo más fácil, su incontinencia verbal era como una música de fondo que llenaba los espacios en blanco. Mis padres habían salido, estaban invitados a la boda de un sobrino y no les había quedado más remedio que pasar el fin de semana en el pueblo. Invité a mis compañeros a comer, había ido a comprar al mercado del Ninot y había preparado un menú en el que las setas eran omnipresentes, incluso había confeccionado un tarjetón con los nombres de mis compañeros y con los nombres de los platos, todos ellos adornados con variedad de artículos, adjetivos encadenados y mayúsculas inapropiadas. Ya no es ningún secreto que entre una ensalada y La Ensalada puede haber un par de euros de diferencia.

Les costó creer que supiera cocinar todos aquellos platos, para nada podían imaginar que tenía dotes culinarias. Me defendí diciendo

que con una chef como mi madre todo resultaba sencillo. Les mostré también los artilugios que mi padre, el manitas, había creado para aprovechar hasta el rincón más apartado del minúsculo piso en el que vivíamos, y sobre todo la mesa de dibujo que mi padre había instalado en el comedor, frente a la ventana, y que quedaba perfectamente camuflada en la pared. Sin embargo, no fue eso lo que más llamó su atención, ni tampoco que en la galería interior se acumularan montones de trastos que mi padre había recogido de los contenedores de las obras, de la basura, de los descampados. Mi padre hacía años que estaba jubilado y ése era su principal entretenimiento, recogía todo aquello que él creía que podía ser reparado y durante las semanas siguientes visitaba el Servicio Estación, la tienda perfecta, según él, los encantes viejos, los mercadillos, hasta que encontraba todo lo necesario para efectuar la reparación. Cuando tenía la pieza completa y en funcionamiento, la regalaba o la vendía y se sacaba un buen dinero. Pero no fue eso lo que llamó la atención de mis amigos; lo que más les interesó fue una fotografía de 50 × 60 centímetros de una casona. Qué casa tan bonita, exclamó Ethel, y los demás la secundaron. ¿Dónde está hecha la fotografía?, quiso saber Laura. En la sierra de Albarracín, respondí yo. Esta es la casa de mis padres y antes lo fue de mis abuelos y de mis bisabuelos. Al poco tiempo de venir a Barcelona, la casa sufrió un grave deterioro, no afectó a los muros exteriores, que están levantados con bloques de piedra, pero una parte del tejado se cayó y aparecieron agujeros en el piso de la primera planta, que tenía vigas de madera; en definitiva, estaba en tan mal estado que mis padres dudaron entre venderla o arreglarla. Al final pudo más el valor sentimental y mi padre decidió entrar a saco y modernizarla por dentro, pero manteniendo el aspecto exterior. Tardó tres años, incluso instaló un rudimentario taller de carpintería en la planta baja, pero es la casa más bonita y más confortable del pueblo, con calefacción, dos baños, una terraza cubierta, es una maravilla de casa. Lástima que esté tan lejos, me lamenté. Cuando mi padre acabó el trabajo, tomé esta foto, la hice ampliar y enmarcar y se la regalé. Me gustaría ver la casa, dijo Ethel. Por qué no, exclamé yo, quizá podamos organizar una salida.

89-157

La segunda vez que Ethel vino a mi casa lo hizo con la intención de que yo la dibujara. Debió de ser un mes más tarde, más o menos, después de la frustración que le supuso no poder venir a mi pueblo. En

esa época, yo dibujaba toda clase de zapatos para una marca muy conocida, la campaña de publicidad iba de eso, de mostrar zapatos de todo tipo que tuvieran cierta gracia, y me pidieron al menos un centenar de dibujos. Soñaba con zapatos, zapatillas, botas, sandalias, zuecos, chanclas; era tal mi obsesión que llevaba el bloc y la carpeta a todas partes, también a la facultad, y allí fue donde Ethel los vio. Le gustaron y me pidió que la dibujara a ella. Si no te importa, me dijo. Sonreí, pero no me atreví a decirle que ya lo había intentado, que había probado docenas de veces a dibujarla de memoria y que los esbozos habían acabado en la papelera. Vino una tarde de domingo a casa, me las apañé para librarme de mis padres, les saqué entradas para ver *Rubianes solamente* en el Capítol y se largaron encantados. Cuando llegó Ethel, ya había preparado mi bloc, un par de láminas, los lápices y toda la parafernalia; me había preocupado también de esconder todos los libros que había comprado sobre el trastorno afectivo bipolar, TAB, había estado estudiando todo lo referente a los ciclos de comportamiento, había seguido casos concretos bien documentados que presentaban paralelismos muy marcados con la conducta que había podido observar en Ethel desde la primera crisis que había presenciado en el portal de su casa, y me había interesado por las posibilidades de un tratamiento farmacológico personalizado. Lo más preocupante, desde el punto de vista de la terapia, era que Ethel no aceptaba que estuviera realmente enferma y lo predecible era que su propia conducta agudizara su enfermedad.

Ethel se quitó el abrigo, lo dejó sobre una silla, y se acercó hasta donde le indiqué, al lado de la ventana. ¿Tengo que desnudarme?, me preguntó, y yo me puse como una amapola, sentí que enrojecía hasta las uñas de los dedos de los pies. Iba a responder que no era necesario cuando percibí que se estaba riendo de mí. Es una lástima, añadió, porque llevo puesta una ropa interior que podría hacerte perder el aliento. Si tenía alguna duda, se disolvió como las acuarelas en el agua; era obvio que Ethel lo sabía, sabía que yo estaba enamorado de ella. Trabajé durante cuatro horas sin parar, hice varios esbozos hasta que al final encontré el equilibrio entre esa frente suya, despejada, luminosa, y sus labios rosados, con esa sonrisa triste que a veces sobrecogía. Cuando acabé y se lo ofrecí me pidió que se lo firmara, pero no quiso llevárselo. Me gusta mucho, me dijo, es fantástico. Guárdamelo, me rogó, te lo pediré cuando tenga mi propia casa y lo pueda colgar en un lugar preferente, a salvo de miradas indiscretas. De acuerdo, acepté yo, pero entonces, si no te importa, aprovecharé para hacer algunos retoques y pasarlo a tinta.

La tercera vez que Ethel volvió a mi casa fue para quedarse; yo hubiera deseado que fuera para toda la vida, pero sólo permaneció conmigo un mes. Desde la marcha de mis padres, mi casa había

sufrido una transformación, la había pintado de colores claros y había eliminado la mitad de los muebles, unos los había enviado al pueblo y otros los había amontonado en la que había sido mi habitación. Estábamos a las puertas del verano y aunque eran las nueve de la noche, todavía había luz. Me las apañé para que Ethel entrara en la casa y no se detuviera en ningún lugar, como si fuera primordial que pudiera dejar sus maletas en nuestra habitación. Ni agua le habría dado aunque me lo hubiera pedido con la lengua fuera. Al entrar en nuestro dormitorio se quedó boquiabierta al ver su dibujo enmarcado y colgado en una pared, enfrente de la cama. Se acercó hasta el cuadro para observarlo de cerca, le había dado un poco de color a su cabello, a sus ojos y a sus labios, pero muy tenue para que sólo evocara su color natural, y sobre los hombros había dibujado, en un azul marinero, los tirantes de una blusa hipotética y le había añadido un botón que más parecía una margarita. Ethel se emocionó, se volvió hacía mí, se acercó para abrazarme y me besó con largueza. Este es el beso que no te di aquel día, cuando me dibujaste, me confesó, siempre me he sentido en deuda.

90-157

Ethel falló para el puente de la Constitución. Habíamos preparado la salida con poco tiempo de margen, pero ella estaba tan segura de que vendría que no se nos ocurrió que podíamos pasar a buscarla por su casa. Éramos un grupo de nueve y habíamos quedado en casa de Ferran, que ponía uno de los dos coches. Para mí era inconcebible que Ethel no viniera; en realidad, yo lo había organizado para estar con ella, íbamos a la sierra de Albarracín y pensábamos alojarnos todos en la casa de mis padres. Fue un golpe de suerte, mis padres habían decidido pasar allí la Navidad y les daba pereza hacer otro viaje con tan poco tiempo de diferencia; desde hacía unos años mi padre evitaba conducir. Cuando nos cansamos de esperar, llamamos a Ethel. Lo hizo Ferran, desde su móvil, era uno de los pocos miembros del grupo que ya tenía móvil, y la madre de Ethel le dijo que estaba enferma y que el doctor le había recomendado reposo. No nos lo creímos, habíamos estado con Ethel sólo veinticuatro horas antes y estaba fantástica, animada, segura, ilusionada con esa escapada a la montaña.

No supimos qué hacer, no nos atrevimos a volver a llamar y tampoco podíamos presentarnos en su casa en plan operación rescate. ¿Y si fuera cierto?, se interrogó Laura, ¿y si de verdad está enferma?, en ese tipo de trastornos no es extraño pasar de la euforia a la

depresión de un día para otro e incluso en menos tiempo. La duda sembrada por Laura nos minó la moral a todos; menudo papelón íbamos a hacer si nos presentábamos allí. Con más de una hora de retraso decidimos coger la carretera, llegamos a la sierra de Albarracín después de las seis de la tarde, reventados pero satisfechos. A pesar del frío, el lugar les pareció fantástico a todos.

El viernes me decidí a llamar desde el teléfono público del casino del pueblo; cogió el teléfono su madre y colgué automáticamente. Llamé también el sábado y fue Ethel quien descolgó el auricular. Le pregunté cómo estaba y empezó a llorar, no pudimos hablar, no encontré la manera de consolarla.

Unos meses más tarde, para Semana Santa, fue Ethel quien organizó el viaje a Venecia y entonces no falló. Cuando le preguntamos cómo se lo había montado, nos dijo que simplemente se lo había ocultado. Durante la semana anterior, Ethel había ido sacando poco a poco las cosas que podía necesitar y se las había ido pasando a Laura, que también debía prestarle una bolsa de viaje, y a la hora prevista salió de su casa, recogió a Laura con un taxi y se fueron para el aeropuerto. Gerard y yo nos enteramos en ese momento, mientras tomábamos café cerca de la puerta de embarque, y fue también entonces cuando Ethel llamó a su familia, era una condición que Laura le había puesto para ayudarla, y les dijo que estaría fuera toda la semana. Yo permanecí a su lado mientras hablaba con su madre, ella me tenía cogido de la mano, estaba tan tensa que noté cómo me clavaba las uñas. Ethel no le contó a Margo ni adonde iba ni con quién, a pesar de que el movimiento de su cabeza y la expresión de su rostro indicaban que le estaba haciendo una pregunta tras otra, pero Ethel se mantuvo firme y, cuando no pudo más, colgó sin despedirse.

91-157

Mis compañeros supieron que era mi cumpleaños porque Ethel se presentó en clase con un regalo para mí, así que entre clase y clase fuimos a celebrarlo a la cafetería. Ethel les rogó a los camareros que clavaran una cerilla de madera en una magdalena y me obligó a soplar esa especie de vela mientras me cantaban cumpleaños feliz a grito pelado; era la condición que ponía para darme mi regalo. Se trataba de una caja de madera, como un maletín, de colores de la marca Faber-Castell, carísimos, buenísimos, me emocionó el detalle, creo que no me habían hecho un regalo tan caro desde que mis padres me

compraron la bicicleta. Al salir de clase le propuse a Ethel que me acompañara al piso de estudiantes en el que estaba viviendo; hacía casi un mes que me había independizado con el único propósito de tener la ocasión de hacerle esa propuesta a Ethel. No puedo, me dijo, hay demasiada gente, y no me gusta cómo me miran tus compañeros de piso. ¿Y si te rapto?, bromeé yo. Hazlo, respondió Ethel, no sabes cuánto lo deseo. Estuvimos así, con ese quiero y no puedo, hasta llegar a su casa, pero ese mismo fin de semana volví a pedírselo y se quedó conmigo.

92-157

Estaba en la cocina con mi padre, él lavaba los platos, muy concentrado, y yo los secaba y los guardaba. Esto no es vida para nosotros, me dijo de repente, lo de tu madre ha sido un aviso. Mi madre estaba en cama con varias contusiones, le había faltado menos de un metro para que un motorista se la llevara por delante. Yo estaba acabando de reparar un secador del pelo, me contó él, y tu madre no quiso esperarme; sólo he de comprar cuatro cosas, me dijo ella. Bajó con el carro, porque ya sabes que no le conviene cargar pesos, y a la vuelta, en el semáforo de la esquina con Provenza, un motorista salió zumbando de detrás de una furgoneta y casi la embiste; por suerte se llevó por delante sólo el carro de la compra y tu madre salió disparada por la sacudida, y menos mal que el semáforo estaba en rojo y los coches parados. La asistieron unos peatones y la encargada de la tienda de bolsos la reconoció y corrió a avisarme. Nunca me he alegrado tanto de vivir al lado del Clínico.

Mi padre me había llamado para explicarme el accidente y yo había decidido instalarme de nuevo en casa para echar una mano hasta que mí madre se recuperara. El hombre se sentía culpable por haberla dejado salir sola; desde que estaba jubilado prácticamente lo hacían todo juntos. Aunque había una singular excepción, ya que en los últimos años mi padre había desarrollado un desaforado interés por la pornografía que mi madre no compartía. Lo supe cuando uno de esos días de limpieza general que lo trastocan todo, mi madre quiso reñirme porque había encontrado una caja de zapatos llena de revistas guarras, según su inequívoco juicio, que acabaron en la basura. Cuando salí de mi estupor, quise negar que fuera el propietario, pero no lo hice, porque si no eran mías, sólo podían ser de mi padre. Hasta ese momento, él se había limitado a comprar el *Interviú* cada semana, por los artículos y reportajes decía él, aunque a mi madre las portadas

de esa revista la mosqueaban. Así pues, mi padre compraba también otras revistas que debía de examinar clandestinamente. Unos meses más tarde se me ocurrió una idea un poco bestia. Para su cumpleaños le regalé a mi padre una gran caja llena de revistas y vídeos pornos; me atreví a hacerlo porque Cori me animó y me acompañó a los puestos de venta del mercado de San Antonio. El paquete estaba envuelto con papel rojo, llevaba una cinta negra como si se tratara de un liguero y Cori lo adornó con un enorme lazo también rojo. Mi madre se quedó lívida cuando vio el contenido, pero mi padre lo celebró como si le hubiera tocado la lotería. Desde entonces, al menos una vez al año, he ido engrosando la colección de mi padre con nuevo material. De todos modos, aunque dejó de ser una actividad clandestina, mi padre se las apañaba para disfrutar a solas de su renacido interés por el sexo.

Cuando mi madre sufrió el accidente hacía ya varios meses que yo vivía en un piso con otros estudiantes, aunque un observador neutral ni siquiera se hubiera dado cuenta. Durante las primeras semanas intenté acostumbrarme a mi nuevo espacio, pero me faltaba de todo: la mesa de trabajo, la luz adecuada, mis enseres, así que enseguida decidí que volvería a casa de mis padres sólo para poder dibujar, pero una vez allí pensé que era lógico comer con ellos, para que no estén solos, me consolaba yo, aunque la realidad era otra; mis recursos habían menguado con el pago del alquiler y de otros gastos corrientes que antes no tenía que afrontar, y además nadie en aquel piso de estudiantes asilvestrados sabía hacer una tortilla sin quemar algo. En definitiva, mi primer intento de vida independiente se había limitado a dormir fuera y a disponer de un espacio propio para los fines de semana, a excepción de los pocos días que Ethel pasó conmigo allí.

Nos vamos al pueblo, me dijo mi padre, y como no le di demasiada importancia, era un viaje que solían hacer dos o tres veces al año y por supuesto en verano, que para ellos solía comenzar a finales de mayo, él insistió. Tu madre y yo lo hemos hablado y hemos tomado una decisión, me dijo cogiéndome del hombro, nos vamos al pueblo para siempre. Esto no es vida, sólo salimos de casa para hacer recados, ni siquiera tenemos un nieto que llevar a la escuela y tú ya no nos necesitas. Además, así podrás volver a vivir aquí, ésta es tu casa, añadió. Ya he llamado a Juanito el de la posada, continuó antes de que yo pudiera decir nada, aunque no sabía si debía protestar o animarlos a hacerlo, vendrá con la furgona dentro de quince días y se llevará nuestras cosas. Y en cuanto tu madre pueda viajar, nos iremos.

No sabía cómo tomármelo, así que quise asegurarme de que estaban convencidos, de que no lo hacían por dejarme solo pero confortablemente instalado. Desde la jubilación de mi padre lo venían pensando y posponiendo, les atraía la idea de volver a su pueblo natal

donde todavía tenían amigos y parientes, donde la naturaleza aún marcaba los ritmos de la vida. Yo pensaba que se resistían a tomar esa decisión por las condiciones adversas; el frío en la sierra de Albarracín era extremo en unos inviernos demasiado largos, y sin embargo resultó que no se decidían por estar conmigo, por cuidarme, como si yo todavía fuera un niño.

Tendría una casa propia, me dije, y, dada la situación, tuve que contener la alegría que me desbordaba. Pensé que era el cebo que necesitaba para volver a atrapar a Ethel. Un lugar donde ella podrá estar a salvo, un refugio para los dos.

93-157

Ethel estaba sentada enfrente de mí, acabábamos de pedir un café y una Coca-Cola, y tenía su mano blanda encima de la mía. Tengo que hacerte una pregunta muy importante, me anunció Ethel con toda la gravedad de la que era capaz mientras se cambiaba de silla para sentarse a mi lado. Venga, la animé yo, dispara, pero intuyendo que entraríamos en uno de esos diálogos circulares a los que era tan aficionada.

Era domingo, la mañana de Nochebuena, y habíamos quedado en el bar de la plaza del Pino. En el altillo había un fragor de conversaciones sobre el que planeaba, de vez en cuando, el pitido de la cafetera, que imponía un paréntesis en los diálogos y que a algunos quizá les dio una magnífica oportunidad para callar. Hacía un calor excesivo en el local y si a eso le añadimos el ajetreo de grupos demasiado numerosos que trajinaban enormes bolsas de regalos, resultaba incómodo. Estaba a punto de proponerle a Ethel buscar otro bar, pero me contuve cuando ella me anticipó que quería hacerme una pregunta.

No, se retrajo Ethel después de pensárselo, no, no puedo, no tengo derecho. Lo siento, Marcos, olvídalo. ¿Qué estás dibujando ahora?, me preguntó para forzarme a hablar y para evitar que yo me interesara por sus neuras. Me hacía eso demasiado a menudo, quizá de un modo inconsciente, pero funcionaba así, se interrumpía en mitad de una frase y me dejaba a medias. A veces ni siquiera empezaba la frase, yo podía leer que quería decirme algo en un gesto de sus labios, en las arrugas que se formaban en su frente o en su manera de enfrentar su mirada a la mía, pero en el último momento Ethel se echaba hacia atrás y conseguía reprimir esos pensamientos. Al principio, ese tipo de comportamiento me ponía en tensión, porque no sabía si era un

síntoma de la crisis que se avecinaba o sólo cierta timidez.

Vamos, mujer, no será tan grave, insistí yo; nunca estaba seguro de si tenía que quitarle hierro a sus propuestas o si debía tomármelas muy en serio. A ti puedo contártelo todo, le dije, ya sabes que estoy en tus manos, eres la única persona a la que he podido confesarle que todavía devoro los tebeos de Tintín.

Ethel no se rio y pensé que ésa era muy mala señal. Me callé, estaba convencido de que si tenía un poco de paciencia, la gran pregunta acabaría brotando. Estuve a punto de contar hasta diez pero no quise tomármelo a broma. Nos vamos, me propuso para romper la dinámica que ella misma había creado, y echó mano de su abrigo y empezó a recoger sus cosas. Todavía no, conseguí retenerla, espera un momento, me gustaría acabarme el café. Estaba claro que si quería oír eso que le ardía entre los labios, mi única oportunidad consistía en no moverme de allí.

¿Quieres tener hijos, Marcos?, me preguntó Ethel de repente, después de un largo silencio en el que nos habíamos refugiado, amparados por el ruido ambiental, y lo hizo mirándome fijamente a los ojos como para evitar que pudiera ofrecerle una respuesta que tuviera trampa, porque yo no, continuó ella, no quiero tener hijos.

Respondí la verdad, que no me lo había planteado todavía, pero como no me gustaba mentirle, añadí: tengo la sensación de que los hombres y las mujeres se hacen esa pregunta de una manera recurrente y me temo que la respuesta va variando a lo largo de los años, seguro que esa pregunta no suena igual a los veinte que a los treinta o a los cuarenta.

No me vale, replicó Ethel, sabía que me responderías algo así, eres demasiado inteligente y demasiado racional. Yo quiero una respuesta desde el corazón, me dijo llevándose la mano al pecho, no desde la mente, y no puedo creer que nunca te lo hayas planteado, y más siendo el hijo único de unos padres mayores, seguro que siempre has deseado tener un montón de hermanos.

Dime la verdad, Marcos, volvió a preguntarme después de hacer una pausa, ¿quieres tener hijos?

Esperé un poco antes de responder de nuevo, apuré la taza de café y me limpié los labios con una servilleta de papel, no lo hice para mantenerla intrigada, sólo quería que se serenase un poco. No sé qué tipo de respuesta buscas, Ethel, me incorporé hacia ella para poder hablar sin tener que elevar la voz, no me lo he planteado todavía de una manera terminante, así que no sé cuál es la verdad, lo siento. Lo único que puedo hacer es responder con sinceridad; supongo que sí que he pensado que quizá algún día tendría hijos, pero también lo he pensado respecto de un coche o de unas vacaciones en la India. En cualquier caso, Ethel, le dije, no era un pensamiento vital, no era una

decisión, no encerraba un proyecto inmediato. Pero tú esperas una respuesta sólo para poder reafirmar un prejuicio, tú ya has anticipado cuál debía de ser mi respuesta, y hay algo que te ronda en la cabeza pero que no quieres expresar abiertamente.

Y tú, Ethel, contraataqué, ¿por qué no quieres tener hijos? Porque no eres feliz en casa, o mejor, porque has sido tan desgraciada que temes que puedas ser para tus hijos lo que tus padres han sido para ti. Claro, es eso, dime: ¿temes ser una mala madre y hacer infelices a tus hijos? ¿Y no me vas a dar a mí la oportunidad, continué sin darle tiempo a la réplica, de mostrar que podemos ser distintos? No debí apretar tanto, pero estaba embalado, no podía imaginar el daño que mis palabras le estaban haciendo. Ethel se levantó y salió corriendo sin su abrigo, la seguí, pero antes tuve que pagar la cuenta y no pude alcanzarla hasta llegar a la librería Documenta. Ethel estaba apoyada en el escaparate, temblaba como si estuviera aterida de frío y lloraba como si no tuviera consuelo.

94-157

Un viernes de mediados de mayo, todos los hados se mostraron favorables. Al llegar a la facultad supimos que sólo tendríamos la primera clase, el resto se había anulado, además resultó que era el cumpleaños de Ferran y que había venido dispuesto a invitarnos a una cerveza, siempre que no fuera en la cafetería. Decidimos salir pitando; si los profes podían saltarse las dos últimas clases, nosotros podíamos hacer campana la primera. Parecía justo. Nos agrupamos como pudimos y nos citamos en La oveja negra; mi única preocupación era que Ethel se animara a venir, pero no hubo que convencerla, tenía una tarde fantástica. Después de tomar la cerveza, alguien sugirió ir a comer algo por ahí y acabamos cenando en el restaurante España; allí hicimos recuento de fuerzas, éramos trece.

Alba, la novia de Ferran, sugirió que fuéramos a Can Jofresa, la segunda residencia de los padres de su novio. Tiene una piscina en forma de cacahuete que es una pasada, dijo Alba para animarnos, y se puede iluminar por la noche. El único pequeño inconveniente era que estaba en Argentona. Al principio, Ferran protestó y propuso otras alternativas, no quería problemas con sus padres, pero Alba le susurró algo al oído y sólo cinco minutos más tarde, amontonados en dos utilitarios, salíamos disparados hacia Argentona. Por la razón que fuera, Ferran llevaba encima las llaves de esa casa. Había sido un día caluroso y húmedo, un anticipo del verano en Barcelona, y la noche

era muy agradable.

La casa era de fábula, al menos yo no había visto nunca nada parecido; también entendí por qué Ferran manejaba siempre tanta pasta. Can Jofresa tenía tres niveles, el más bajo disponía de un garaje para dejar tres coches y además había un cuarto trastero donde su madre guardaba las herramientas de jardinería. El segundo nivel era el dedicado a la piscina con un cuidado jardín alrededor, en el que destacaban un par de esos horribles enanos de escayola camuflados entre los setos, y en el tercero estaba la casa, de una sola planta, con unas magníficas vistas. La tomamos al asalto en cuanto Ferran desconectó la alarma.

Ferran sólo nos hizo una recomendación. Respetad los rosales, por favor, son lo más sagrado para mi madre. Ya puestos, añadió, lo único que lamento es no poder ofreceros nada de beber, mi padre es completamente abstemio. Tu padre será abstemio, repuso una de las chicas, Carmen creo que fue, pero seguro que es un buen anfitrión que sabe mimar a sus invitados. Y se puso a abrir todos los cajones y los armarios hasta que dio con tres botellas: whisky, coñac y ginebra. Salvados, chicos, gritó, que alguien traiga hielo.

La piscina era pequeña y el agua estaba muy fría, pero en aquellos momentos se nos antojó magnífica, un lujo asiático. Por supuesto que nadie llevaba bañador, así que todo el mundo se tiró al agua en pelotas. También yo, aunque antes tuve que beberme de un trago un vasito de coñac. El que vivió la situación más cómica fue nuestro anfitrión, Ferran, porque llevaba unas gafas con unos cristales como el culo de una botella y normalmente se las metía en el bañador, se zambullía y cuando emergía lo primero que hacía era ponérselas para poder orientarse. No veía nada sin ellas. Así que fue el único que dio el espectáculo al sumergirse bajando con el culo al aire por una de las escaleritas.

Cuando salí del agua tuve una intuición, porque era obvio que Ethel no iba a desnudarse delante de nadie. Me puse el pantalón y la camiseta y salí en su busca, descalzo. Acerté, porque fui directamente al primer nivel y la encontré allí, sentada en la parte posterior de uno de los coches. Lo más probable es que no se hubiera movido de allí desde que llegamos. Me senté a su lado, en silencio, sin rozarla siquiera. Entonces, Ethel sacó sus cigarrillos y me ofreció uno. Yo no fumaba, pero pensé que ella no encendería el suyo si yo no tomaba el que me ofrecía. Fumamos un cigarrillo tras otro, con las puertas abiertas, oyendo los gritos que provenían de la piscina, dejando ir de vez en cuando alguna frase sin importancia.

Fue en ese automóvil, en casa de los padres de Ferran, en Argentona, donde le propuse a Ethel que se viniera a vivir conmigo por segunda vez. No a una habitación en una vivienda compartida con

otros chalados como yo, puntualicé, sino conmigo, juntos tú y yo, donde sea, en una casa que será la nuestra para siempre. Y Ethel aceptó.

95-157

Estuvimos juntos en dos ocasiones, quiero decir viviendo como pareja. La primera vez surgió de un modo repentino, a mediados de marzo, y la experiencia duró sólo ocho días. Desde que empezamos a salir juntos, Ethel no había hablado de otro asunto, a toda costa tenía que salir de su casa y su marcha se hizo aún más acuciante cuando su hermano Santiago se reintegró a la vida familiar. Durante las fiestas de Navidad había hablado con mis padres de la idea de independizarme, para entonces ya habían oído hablar de Ethel demasiado a menudo para creer que fuera una compañera más. Encontré un piso de estudiantes que tenía una habitación libre y la alquilé, y allí se instaló también Ethel a la primera oportunidad. No fue premeditado. Cuando quedábamos el viernes o el sábado venía a buscarme a mi piso, solía estar solo porque mis tres compañeros tenían que volver con sus familias durante los fines de semana a buscar la aprobación de sus padres y a recoger provisiones, y a veces ni siquiera salíamos. Ethel demoraba al máximo volver a su casa, y en una de esas ocasiones le dije que la quería y le propuse que se quedara conmigo. Y Ethel aceptó y se quedó a dormir esa noche, pero al día siguiente, aunque me ofrecí a acompañarla, no se atrevió a acudir a su casa para recoger sus cosas. Ellos no lo aceptarán, me dijo, es mejor así, y se limitó a hacer una llamada porque yo insistí. Se les pasará, le dije para tranquilizarla porque la llamada había sido breve pero muy dura, aunque no fui capaz de entender el trasfondo de la situación.

Cuando se enteraron, mis padres mostraron un gran disgusto; creyeron que mi precipitación obedecía a que Ethel estaba embarazada y no podían entender que no hubiera sido sincero con ellos. Les expliqué como pude que no había nada de eso, que Ethel tenía problemas con su familia, pero tampoco quise ser más explícito.

Dormimos juntos esas siete noches sin que llegáramos a hacer el amor; había barreras físicas y psicológicas que yo no podía superar sin generar en Ethel una angustia enfermiza. Cuando intenté hablar del asunto con ella, para dejarle bien claro que no me importaba, que podía esperar hasta que ella se sintiera segura, Ethel se mostró esquiva, rehuyó una y otra vez hablar de ese asunto. Fue una semana muy extraña, todo sucedió al revés de lo que yo había previsto, se

produjeron muchos desencuentros entre nosotros, seguramente porque mi comportamiento era demasiado egoísta y porque ignoraba el drama que Ethel no era capaz de desvelar. Así pues, me hirió pero no me sorprendió que un día me llamara y me dijera que sus padres habían ido a buscarla al trabajo y que se había ido con ellos a casa. Le pregunté si sus padres estaban escuchando, si se debía a eso el tono frío de su voz. Me pidió perdón y me dijo que en realidad no estaba preparada. Era obvio que algo sucedía. Había abandonado su casa pero no se había atrevido a recoger ningún equipaje, y no me refiero a ropa, libros o esas cosas; hablo de esos pequeños objetos que todos atesoramos y que nos evocan momentos especiales. Ethel se había ido con lo puesto, me sorprendió que en la mochila llevara una muda de ropa interior, pero eso era todo, y el primer día tuvimos que ir a comprar un ajuar de circunstancias: un pijama, ropa interior, un tejano, una camisa y un jersey grueso, un par de camisetas, un cepillo de dientes, un cepillo para el cabello, y qué sé yo cuántas cosas más.

En la segunda ocasión, cuando el curso estaba prácticamente finalizado, Ethel vivió conmigo casi un mes. Entretanto, yo había decidido no volver a casa de mis padres, estaba a punto de mudarme a un minúsculo apartamento cuando mi padre me anunció que se volvían al pueblo y me dejaban el piso. No me lo podía creer, era la situación ideal, emancipado pero en mi propia casa. Todos estos movimientos, de los que iba informando puntualmente a Laura, y sobre todo a Gerard, de quien esperaba que mantuviera el grado de indiscreción habitual, formaban parte de una puesta en escena para atraer de nuevo a Ethel, porque a falta de explicaciones sobre lo que había sucedido, nuestra relación se había enfriado. Soy un gran tímido y no sé improvisar, ni puedo; por eso procuro anticipar las situaciones y me muevo para que se desarrollen como las he imaginado.

Más tarde, Ethel volvió por donde solía, a planear la ruptura con su familia y la salida definitiva del temible hogar. Para ella, este segundo intento tampoco fue fácil. Tuvo que encontrar la fuerza necesaria en su interior para enfrentarse a los suyos, para eso creo que fue un estímulo el viaje a Venecia, pero antes aún tuvo que pasar una vez más por la tortura del sanatorio y de los antipsicóticos. Tras cada crisis, Ethel tardaba más tiempo en rehacerse, perdía brillo en la mirada y sus silencios se hacían más densos y herméticos.

Lo planeó ella sola, pero en la representación de su enfrentamiento nos embarcó a Gerard, a Laura y a mí. Ethel me prohibió que subiera a su casa, mi misión consistió en quedarme en el coche de Ferran, con el motor en marcha, como si fuéramos atracadores de bancos de una película de serie B, y ella subiría con Gerard y con Laura, recogería sus cosas y se marcharía para siempre. Pero tiene que ser así, me insistió, a la luz del día, tengo que mirarles a la cara y debo ser capaz de

dejarlos para siempre.

En teoría, su plan debía funcionar, pero le daba vueltas continuamente y nos aleccionaba para que no olvidáramos ningún detalle. Sin embargo, no se puede vivir instalada en el sobresalto. Si Ethel pensaba que sus padres o su hermano podían estar en la puerta de su empresa, se hacía acompañar por colegas del trabajo o nos llamaba a Gerard y a mí para que acudiéramos a protegerla. Después de un par de semanas de convivencia, Ethel y yo pudimos hacer el amor. Fue ella la que me dijo que estaba preparada, pero no era cierto, lo hizo porque creía que estaba en deuda conmigo. Ella sufría, Ethel sufría tras cada roce, por más que se mostrase animada y cariñosa se iba tensando poco a poco hasta que se quedaba paralizada.

96-157

Siempre he sido muy tímido, uno de esos niños que se esconde tras las faldas de su madre cuando alguien trata de llamar su atención, y durante la adolescencia mi timidez alcanzó niveles casi patológicos. Lo más angustioso es que yo era plenamente consciente y me esforzaba por cambiar, por abrirme a los demás, así que a menudo pasaba de un comportamiento que podría definir como asocial, sin paliativos, a un tipo de conducta, de niño graciosillo y sabelotodo, que rayaba lo patético. No es que me llevara mal con la gente, es que simplemente no me llevaba. No sé si la explicación he de buscarla en los genes o en el entorno; cuando nací mis padres eran ya muy mayores, mi padre rondaba los cincuenta y mi madre tenía cuarenta y cuatro. Crecí con abuelos a mi alrededor. Me querían, por supuesto, pero no jugaban conmigo. Así que me hice mayor solo; en vez de salir al parque para estar con otros niños, tenía que jugar en casa, o ver la televisión, o leer. Parece un tópico, ¿verdad?, pero es así, los libros se convirtieron en mi mejor escondite.

Cuando empecé a ir al colegio, mejoró algo mi relación con el resto de la humanidad pero sólo un poco, porque a mis padres les costaba relacionarse con los otros padres, no se quedaban a las cenas del colegio, no acudían a las excursiones, no pude jugar en el equipo de fútbol porque mis padres no me podían acompañar a los partidos. Era el tipo rarito de todos los grupos y, cuando tomé conciencia de ese rol, decidí que era preferible quedarse en casa.

¿Te parece que exagero? Ethel no podía creer que yo fuera el mayor tímido de todos los tiempos. Pero si eres un descarado, me decía ella, porque es cierto que me pasaba el tiempo tratando de

hacerla reír. Te confesaré algo que debe quedar entre nosotros, le dije con toda seriedad, cuando salía de excursión mis padres me ataban a la mochila una especie de taburete de lona plegable porque ya se sabe que a menudo los trenes van llenos y estar muchas horas de pie es agotador. ¿Te imaginas la situación? Ethel abrió los ojos como platos y se tapó la boca para reprimir una carcajada. Decenas de personas de pie en un tren abarrotado de los que iban a la playa y yo sentado en mi taburete en mitad del pasillo o en el descansillo. ¿Qué crees que pensaban los otros niños de la clase? Resultaba irrisorio.

Me instalé en esa forma de ser y de estar en el mundo, construí un espacio cerrado y fui tirando. Pasé por el instituto sin pena ni gloria en cuanto a los amigos, pero, eso sí, obtuve el consuelo de unas notas magníficas. Empecé a trabajar como dibujante durante el bachillerato porque una profesora vio mis dibujos y me introdujo en una editorial; luego resultó fácil porque un dibujante puede trabajar en casa y no necesita relacionarse con nadie. Los dos primeros años de universidad transcurrieron también en la misma tónica: asistía a clase, estudiaba en la biblioteca, sacaba buenas notas, ganaba algo de dinero e iba al cine o al teatro, normalmente solo.

Y de todos modos tuve suerte. En mi escalera había una chica, guapa y cariñosa, a la que llamaban Cori, aunque en realidad se llamaba Misericordia, por culpa de una abuela a la que odió sin llegar a conocer. Al parecer, iba mal en los estudios y, como yo tenía fama de estudioso en la escalera, nuestros vecinos hablaron con mi madre para pedirle que le diera clases particulares; Cori era tres años menor que yo. Mi madre aceptó, me obligó a hacerlo, y además les dijo que por supuesto no pensaba aceptar su dinero.

Cori iba a una escuela de monjas; en realidad la conocía desde que era una niña aunque nunca había reparado en ella. Solía encontrármela en la calle yendo o viniendo de la escuela, siempre con su uniforme, una blusa blanca holgada y una falda de cuadros plisada, como si el uniforme fuera una segunda piel y creciera con ella. Mi vecina era como uno de esos paisajes con los que has convivido siempre y que no has aprendido a valorar, por eso uno se sorprende cuando aparecen extraños y se maravillan ante su belleza.

97-157

Estudiamos en su habitación. Cori era hija única y sus padres habían tirado un tabique y le habían hecho un dormitorio estudio que me pareció enorme. Nunca imaginé que en mi propia finca hubiera

pisos tan distintos; en el entresuelo y en el primero sólo había dos pisos por planta y las viviendas eran enormes. Lo primero que me dijo Cori, en el primer minuto de la primera clase en su habitación, era que se llamaba Corazón y yo me lo creí hasta que mi madre se burló de mí a causa de mi inocencia. En la tercera clase, Cori me preguntó si había visto alguna vez el pecho de una mujer. Y me clavó sus ojos redondos en los míos para que quedara claro que no pensaba cejar hasta que le hubiera respondido. Me sorprendí pensando que Cori era una chica guapa, tenía el cabello rizado, el rostro amplio y alegre, unos labios carnosos. Estaba algo llenita, pero justo esa característica era la clave de su atractivo. Aunque yo era mayor que ella, me sentía cohibido, quise cambiar de tema, como si no hubiera oído su pregunta, pero ella volvió a formularla. Le respondí que sí, que alguna vez, en revistas y así. Cori se rio de mi timidez. No, así no vale, repuso, quiero saber si le has visto el pecho de verdad, las tetas, vamos, me aclaró por si no lo había cogido. Le dije que no; pensé que era mejor no mentir, aunque también temí que su siguiente propuesta fuera enseñarme las suyas. No acerté. Cori se desabrochó un bar de botones de la blusa. Te dejo meter la mano por aquí, me dijo, si luego tú me dejas a mí hacerlo por ahí, y señaló hacia mi entrepierna. No habíamos empezado todavía a estudiar, si de repente salía de su habitación seguro que sus padres se extrañarían y me preguntarían qué había pasado. No sabía qué hacer, ni siquiera sabía si estaba bromeando y si se burlaría cuando intentara meter la mano a través de su blusa. Hice de tripas corazón y dije que sí, pensando que sería ella quien se volvería atrás. Entonces Cori me cogió la mano, yo me eché hacia atrás, como si me estuviera quemando, pero ella me sonrió y sin dejar de mirarme introdujo mi mano bajo su blusa mientras cerraba los ojos, luego fue como si mi mano tuviera autonomía porque se deslizó hacia su pecho y lo acarició. Primero uno y después el otro. La piel suave y caliente, el pezón endurecido bajo mis dedos, es una sensación que más tarde me perseguiría como ese aroma o ese sabor que de repente te arrastra a otros momentos de tu vida. Y luego Cori, sin mostrar ni un asomo de vergüenza, se acercó a mí, me desabrochó el pantalón, bajó la cremallera y metió la mano.

A Cori no le preocupaban sus estudios, de hecho ella no quería estudiar. Solía expresarlo de una manera rotunda. Yo sólo voy a hacer lo que yo quiera hacer, sentenció, es así desde que era una niña, mis padres lo saben y ya están acostumbrados. No me gusta estudiar, añadió, no es que me parezca difícil esto, dijo señalando los apuntes que yacían sobre la mesa, está al alcance de cualquiera con dos dedos de frente, pero yo necesito actividad, relacionarme con la gente, ir de un lado para otro. Pero a sus padres les dijo que estudiar conmigo era más fácil, que yo tenía mucha paciencia y que le explicaba las

lecciones muy bien. Aprobó a final de curso, aunque no fue gracias a mí, y luego abandonó los estudios. Cori se había encaprichado de mí, de su vecino universitario, y como apenas tenía ocasión de coincidir conmigo se le había ocurrido esa estratagema. Estoy colada por ti, me lo dijo así, sin ambages, en la tercera clase, porque ella era directa, inocente a su manera, vital.

No duró demasiado, tuvimos un noviazgo de poco más de un año. Cori empezó a trabajar y conoció a un tipo que encajaba mejor con ella. Pero para mí representó la salvación porque me descubrió un mundo de emociones y de sensaciones que había despreciado de una manera insensata. Aprendimos juntos a besar y a ofrecer caricias, y perdimos juntos la virginidad de la manera más dulce y sencilla.

Por eso, cuando Gerard Pruna me preguntó si quería incorporarme a su grupo de estudio, yo estaba preparado para decir que sí. Quería ser como los demás, tener amigos, saltarme las clases, tomar una cerveza aunque me pareciera amarga y reír por cualquier cosa. Además, en ese grupo estaba Ethel, distinta, única, cuando se encontraba bien era un terremoto que nos sacudía a todos y nos llevaba de un lado a otro como si fuéramos peleles. La lástima es que no siempre estaba bien, que alternaba esos momentos mágicos con otros en los que cualquiera podía percibir que estaba viviendo enajenada, sometida, inmersa en alguna pesadilla que la torturaba.

Ethel nos otorgó un papel en su drama a cada uno de nosotros. Eligió a Laura Morillo como confidente, como la compañera a la que podía explicarle las tribulaciones de su corazón. Pensó en Gerard Pruna, el hombre fuerte, como su protector; él debía poner a raya a sus demonios. Y yo, el bueno de Marcos, el tipo sensible y delicado, tuve la fortuna de ser el elegido de su corazón. Ethel quería amar a un hombre pero tenía que ser un hombre distinto, que no le supusiera una amenaza.

98-157

Durante una temporada, en la facultad brindamos por el gen egoísta. Les había explicado la teoría de Cori, estoy seguro de que en ese momento venía a cuento, aunque quizá lo hice por el placer que me procuraba pensar en ella y hablar de ella, y la encontraron genial, la teoría, quiero decir, tanto que pensaron que era una ocurrencia mía y que me había inventado a esa Cori como coartada. Podían ser muy sádicos algunos de mis compañeros, a veces me sacaban de mis casillas. Descríbela, Marcos, me decían, ¿cómo tiene Cori el gen

egoísta?

Años más tarde, cuando ya nadie se acordaba de cómo ni cuándo ni quién había contado esa anécdota, la frase se había convertido en un código más, y cuando hablábamos de profesores o de compañeros o de personas que todos conocíamos, una de las preguntas que nos hacíamos siempre era: ¿tiene el gen?

Para Ethel estaba claro, en su familia todos tenían el gen, Esteban y Santiago sobre todo, pero también Quique y Margo, todos menos ella. Debieron de extirpármelo con las amígdalas, comentaba ella, no hay de qué extrañarse, yo era tan pequeña que no pude evitarlo, y a ellos la situación les venía que ni pintada. Sin el gen, solía decir Ethel, podrían abusar más fácilmente de mí. Tardamos en saber que ese reproche era algo más que un lugar común.

99-157

No tuve la precaución de programar el despertador y aquella noche dormí a pierna suelta, me dormí abrazado a Ethel después de consumir varias horas haciendo planes para un futuro hipotético. Era la primera noche que pasaba conmigo en su segundo intento, esta vez en la casa que íbamos a compartir, en la habitación que había sido de mis padres.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Ethel no estaba en la cama. Me sobresalté. Me puse el pantalón del pijama y salí de la habitación un poco agitado. Ethel estaba en la cocina, sentada en una silla y con los codos apoyados en la mesa. Llevaba puesta una camiseta que más parecía camisón, el pelo absolutamente revuelto le tapaba los ojos y parte del rostro, pero estaba despierta, muy despierta. Al principio pensé que estaría desayunando o tomando café, pero enseguida me percaté de que no tenía nada en la mesa ni entre las manos. Le puse la mano en el hombro y empecé a preparar el desayuno. Zumo de naranja, café con leche y tostadas con mermelada de arándanos, pregoné en voz alta para intentar animarla.

¿Y ahora qué?, exclamó volviéndose hacia mí. Dejé lo que estaba haciendo y fui a abrazarla. Era el primer día de su nueva vida, o de su vida verdadera, y Ethel no sabía qué hacer. No estaba preparada para el día después. Había soñado y anticipado cientos de veces esa situación, pero había llegado ese momento anhelado y tenía que llenar cada minuto con acciones que tuvieran sentido. ¿Y ahora qué va a ser de mí?

No contesté. No sé cómo había adquirido ese hábito de esperar, de

no precipitarme a dar una respuesta, pero en cualquier caso me era muy útil. Pensé en Ethel, había dado el paso más decisivo de su vida, pero sus rutinas debían de ser las mismas, acudir a su trabajo, medicarse para no recaer. El gran cambio visible era que se había trasladado de domicilio, que mientras estuviera aquí podía sentirse a salvo, pero qué pasaría cuando tuviera que salir a la calle. Ethel seguía teniendo miedo, le preocupaba que sus padres no aceptaran su marcha, que acudieran al juez para inhabilitarla y hacerla volver a casa o para ingresarla en un sanatorio. Había podido dormir apenas tres o cuatro horas; en el duermevela, su mente se poblaba de fantasmas: que estaba soñando y se despertaría en casa de sus padres, que Santiago la esperaba a la puerta del trabajo y la obligaba a irse con él, que la policía acudía a detenerla y me arrestaban también a mí, acusado de secuestro y violación.

Te acompañaré a tu trabajo e iré a buscarte al mediodía, le dije, y comeremos una pizza, ¿te apetece? Podemos ir a la pizzería de la avenida Gaudí, queda cerca. Champiñones envueltos en beicon y una *Tú y yo* con poca cebolla, ¿no se te hace la boca agua? Pensé que si pasaba un día y luego otro, y la primera semana, y no se cumplía ninguno de sus temores, Ethel podría refugiarse en nuevas rutinas.

Tanto Ethel como yo teníamos que aprender del fracaso de esa primera semana que habíamos pasado juntos tres meses antes. Las condiciones no eran las mismas, desde luego; en aquel piso de estudiantes no teníamos ninguna intimidad, había demasiadas y constantes interferencias. Por otro lado, en aquella ocasión Ethel no había tenido tiempo para asimilarlo. Quiero vivir contigo, Marcos, yo también te quiero. Ella había respondido a mi propuesta de un modo mecánico, sin valorar qué iba a suceder el día siguiente, cómo iba a ser su vida en adelante. Recuerdo que le dije que mi habitación era pequeña, pero suficiente para dos personas, y que estaba dispuesto a compartirla con ella. Esa misma noche, Ethel se quedó conmigo y tampoco durmió, aunque entonces la excusa fue que no se había tomado su medicación. En realidad, había sucedido todo demasiado rápido y aunque ella había librado la batalla en su mente, necesitaba ganarla también en casa de sus padres.

100-157

Acuéstate, Ethel, le dije, ven aquí, abrázame y procura dormir, te has levantado cuatro veces ya a comprobar si la puerta está cerrada con llave. Estamos juntos, aunque estuviera la puerta abierta de par en

par no va a pasarte nada.

Esa desconfianza era una constante en Ethel; se sobresaltaba por cualquier ruido, no soportaba permanecer con un extraño en un espacio cerrado, no cogía nunca el teléfono y aguantaba la respiración si sonaba a deshora hasta que el interlocutor se identificaba, se daba la vuelta por la calle pensando que quizá alguien la estaba siguiendo, nunca entraba en casa la primera, siempre esperaba que lo hiciera yo y que encendiera todas las luces.

Si le proponía ir a algún lugar o asistir a una fiesta, necesitaba saber dónde era exactamente, quién asistiría, qué haríamos allí, hasta qué hora nos quedaríamos, cómo volveríamos. La angustia no la dejaba descansar, sólo conseguía dormir algunas horas si se tomaba una pastillita.

No se puede vivir así, pensaba yo, pero confiaba que Ethel lo superaría si era capaz de levantar la mirada y empezaba a hacer planes. Aunque lo temía, lo último que creí que podría suceder es que me dejara a mí también, que fuera en busca de ese paraíso imposible donde el tiempo parece detenerse porque nunca pasa nada.

101-157

Cuando se sintió un poco más fuerte, Ethel me abandonó también a mí. Me extrañó y no me extrañó, es difícil de explicar. Intuía que algo así podía pasar, lo estuve esperando desde el primer día, pero sobre todo me hirió su frialdad, su premeditación, que recogiera sólo cuatro cosas, preparara su bolsa y abandonara nuestra casa mientras yo estaba fuera, sin darme la oportunidad de pedirle que me dejara ir con ella, sin poder despedirme siquiera.

No sé si resistiré esta tensión, pasan los días y sigo sintiéndome amenazada, si llegas más tarde de lo que había previsto empiezo a pensar que quizá hayas tenido algún accidente y que ya nadie cuidará de mí, me dijo en una ocasión, emocionada, a punto de llorar. Consulté mi reloj, era cierto, pero apenas había llegado treinta y cinco minutos más tarde de la hora habitual; un par de señoras maría me habían entretenido comentándome sus dificultades con los volúmenes, a otra se le resistía el óleo y no quería trabajar con lienzo, o se quejaban de algo tan absurdo como del gasto en pintura. Les expliqué algunos trucos para economizar pintura y me dejaron marchar. Ethel me abrió la puerta en cuanto llegué, estaba muy nerviosa y debía de haber estado pendiente de todos los ruidos de la escalera hasta que acertó a oír el ruido del ascensor y pensó que por fin era yo. Me

abrazó en medio del recibidor y permanecimos allí unos minutos hasta que noté que su respiración se acompasaba. Si supiera que no te hago daño, continuó ella, te pediría que me acompañaras, pero no estoy segura, temo que por mi culpa tu vida sea un desastre. Pero eso es estupendo, bromeé yo, de desastre en desastre hasta la victoria final, así que cuenta conmigo, nos iremos cuando tú quieras, ¿has pensado en algún lugar en concreto?

Alguna vez habíamos hablado de irnos juntos, instalarnos en una ciudad más pequeña, donde no conociéramos a nadie, buscar trabajo, hacer una vida normal. Ethel quería alejarse de Barcelona pero no de mí, al menos eso era lo que me decía en esos momentos. Una noche, a mediados de julio, cuando volví del centro cívico donde daba algunos talleres de dibujo, Ethel no estaba en casa. Me extrañó porque era tarde para salir pero no percibí nada anormal. No sabía cómo debía comportarme, porque nunca me ha gustado ser un mal pensado, pero al fin decidí abrir sus cajones. Casi todas sus cosas estaban allí, se había llevado cuatro prendas en una bolsa de viaje pequeña. En la cocina encontré una nota para mí, aunque su intención había sido pegarla a la nevera, estaba tirada en el suelo, del revés, junto al imán que debía sostenerla. En media cuartilla, Ethel me decía que su marcha era provisional, que me amaba, que me llamaría o me escribiría más pronto que tarde para que me reuniera con ella.

No la creí. Recuerdo que pasé prácticamente la noche en vela por si se decidía a volver. Me preparé una cafetera hasta los topes, calenté leche y lo puse todo en un termo. Encendí también el televisor, abrí todas las luces, y me acomodé pensando que sería una noche muy larga, pero si volvía Ethel, o si me llamaba, debía de estar preparado para salir en su busca. Quise entretenerme dibujando cualquier cosa, pero es difícil concentrarse cuando tienes la cabeza en otro sitio. Mientras esperaba, entre esbozos e intentos fallidos, intentando poner la mente en blanco, llamé a Gerard y después a Laura con cualquier excusa, sólo para asegurarme de que Ethel no estaba con ellos. No se lo pregunté, por supuesto, pero pensé que lo adivinarían en el tono de su voz. Cuando uno está desesperado se pone muy melodramático. Esa noche no sucedió nada; me quedé dormido en el sofá, ya de madrugada. A partir del día siguiente, intenté hacer vida normal porque Ethel conocía a la perfección mis rutinas, y si quería ponerse en contacto conmigo, sabía cómo hacerlo, pero a pesar de eso pasé la mayor parte del tiempo en casa, durante un verano sofocante, esperando, desesperando.

Aunque me niegue a aceptarlo, siempre he anhelado su llamada, una llamada que debía salvarme. Y, sin embargo, hasta que su hermano Quique se puso en contacto conmigo no tuve ninguna noticia de Ethel. ¿En La Graciosa, dices que está?

¿Qué decía en su nota?, me preguntó Quique Jurado más tarde, ¿la conservas?

102-157

No recuerdo ahora cuántas semanas habían pasado desde que Ethel me abandonara también a mí; sé que hacía mucho ya, o eso me pareció entonces. Deambulaba una tarde como alma en pena por las calles de mi barrio, eludiendo los locales conocidos para no encontrarme con nadie pero pensando que Ethel surgiría al doblar cualquier esquina, hasta que me encontré cerca del mercado del Ninot, en la calle Provenza, y más concretamente ante la tienda de ropa que Cori había montado. Me quedé en la acera de enfrente, inmóvil como una estatua, y no reaccioné hasta que vi que Cori salía e intentaba bajar la persiana metálica; entonces crucé la calle a la carrera y llegué a tiempo para ayudarle a ajustar la puerta mientras ella cerraba el establecimiento. Pensé que sólo habían pasado dos años, pero ella los había aprovechado a conciencia, estaba más madura, más segura de sí misma, muy atractiva.

Cori se alegró de verme y me arrastró hasta el café más cercano. Estás muy bronceada, le dije, estás guapísima. Cori siempre sonreía, tenía los pómulos altos y le bastaba empezar a hablar para que se le dibujara una sonrisa dulce y se le marcaran unos hoyuelos traviesos. Y tú, replicó ella, ¿dónde has pasado el verano, en la cárcel? Antes de que tuviéramos ocasión de pedir un par de claras, Cori ya me había puesto al corriente de su vida. La tienda le iba fenomenal, estaba encantada, normalmente los sábados la tenía abierta hasta las nueve de la noche, pero como estaba de rebajas, y ya casi no le quedaba género, había pensado aprovechar la tarde, así que le pareció fantástico que se hubiera dado esa coincidencia. No sabes, me dijo cogiéndome la mano, cuánto me apetecía verte, Marquitos. Le pregunté por sus padres y después por sus estudios y más tarde por su novio, y le hubiera preguntado cualquier cosa que me permitiera llenar el tiempo, sobre todo para evitar que fuera Cori quien me interrogara a mí. Ella respondió aplicada, sin prisa; más que mirarme parecía que estudiara mis expresiones, extrañada quizá por la ansiedad que se detectaba en mi voz. Mis padres, bien, como siempre, pendientes de mí, me ayudaron a montar la tienda y tengo a mi madre como dependienta, está encantada. No la has visto porque le he dado fiesta, ¿te imaginas, Marcos?, le he dado fiesta a mi madre, se rio, y se han ido los dos a Tossa. Los estudios, abandonados definitivamente,

pero estoy aprendiendo inglés en serio. Y libre como un pájaro, porque he mandado a paseo a mi último novio, e hizo un énfasis claro en el término último, por demasiado celoso, el imbécil pretendía decirme cómo debía vestirme. Hasta ahí podíamos llegar, ¿no te parece? Y entonces, de repente, ella leyó algo en mi rostro.

No ha sido casualidad, ¿verdad, Marcos? No has pasado por delante de mi tienda por azar, has venido a verme porque te pasa algo. Cori adelantó de nuevo su mano y volvió a coger la mía, se la llevó a los labios y la besó, y entonces las lágrimas empezaron a aflorar a mis ojos y tuve que hacer un sobreesfuerzo por contenerme. Cori se levantó y me sacó de allí a rastras.

No sé explicar la secuencia exacta de los hechos, caminamos durante horas, nos detuvimos un par de veces para sentarnos en un banco y para tomar un helado, y yo hablé sin contención alguna, como cuando abren las compuertas de un embalse y el agua brota enfurecida, y cuando fui consciente estaba en la cama con Cori, desnudos y en paz, abrazados como viejos amantes. En un momento de calma, se puso de pie encima de la cama, desnuda, y caminó sobre ella hasta la pared de enfrente. Es Ethel, ¿verdad?, dijo mientras descolgaba el cuadro, es realmente muy guapa, no me extraña que te volvieras tarumba. Cori volvió a mi lado con el cuadro en las manos. Por fin lo has conseguido, afirmó con una sonrisa picara de oreja a oreja, en la cama con dos mujeres estupendas, y entonces introdujo el cuadro entre las sábanas y lo colocó entre ella y yo. Todos los hombres sois iguales, añadió antes de besarme. El dibujo de Ethel ya no volvió a la pared, lo envolví con papel de diario, lo metí en una bolsa que precinté con cinta adhesiva americana y desde entonces duerme en un cajón del armario. Si vuelve Ethel, pensé, el cuadro también volverá al lugar que le corresponde.

Cuéntamelo todo, cariño, cuéntamelo otra vez, me dijo en un susurro mientras me abrazaba y me acariciaba como si fuera un niño perdido, ya sabes que todo lo tuyo me interesa. Y sonaba a verdad. Cori me pidió que la dibujara también a ella, y me lo dijo como si se sintiera celosa, sólo por hacerme sentir bien, y con esa excusa pasó en mi casa el resto del fin de semana, mientras liberaba esa pena honda que me atenazaba la garganta y podía volver a respirar.

Cori no me abandonó. Durante el resto del verano me fue llamando y sacándome a pasear o a cenar, me trataba como si yo fuera su paciente y ella, a la vez, mi terapeuta y mi terapia. No le gustaba el cine porque no soportaba estar tanto tiempo quieta, en cambio le encantaban los conciertos y fuimos a oír a varios de sus grupos favoritos. Acabábamos siempre en la cama, hasta que a principios de octubre se encaprichó de otro hombre y me lo confesó. Sólo puedo tener un hombre cada vez, me dijo, amar es agotador.

103-157

Fui feliz en esa época, aunque ahora sienta rabia y vergüenza por haber sido tan ingenuo. Estaba preocupado por Ethel, faltaría más, pero me sentía colmado. Vivía enamorado de Ethel y ella me correspondía, y nuestra intimidad iba subiendo peldaños, poco a poco quizá, pero de manera constante. Aunque incompleta, era una sensación de plenitud de la que he gozado muy pocas veces en mi vida y que después siempre he encontrado a faltar. Laura, Gerard y yo compartimos su historia, pero no participamos de su dolor. Nos sabía mal por Ethel, reconocíamos que su situación en casa era horrible, pero durante los primeros meses no habríamos dicho que fuera peor que la de tanta gente que conocíamos. Tardamos en saber la verdad; hasta que Ethel se sinceró a Laura y ella nos lo contó, vivimos en la inopia. Y cuando por fin conocimos la crudeza de los hechos tampoco supimos qué hacer, nos conformamos con ejecutar el plan que la propia Ethel había trazado sin cuestionar si era lo mejor para ella. Supongo que ejecutar con éxito la operación rescate, ayudar a Ethel a poner fin a su sufrimiento, nos dejó obnubilados. Listo, misión cumplida, debimos de pensar, ya tenemos una historia que explicarles a nuestros nietos, como si su liberación pudiera tener un efecto balsámico sobre su vida anterior, como si pudiera borrar su pasado. ¡Qué equivocados estábamos!

¿Cómo podíamos separarnos de ella, irnos a nuestras casas, dormir, sin pensar que Ethel era una prisionera en su propio hogar, que sus seres más queridos, los que debían protegerla, estarían al acecho para asaltar su habitación? Porque desde que Laura nos explicó la tragedia en la que Ethel vivía hasta que le pusimos fin, pasaron treinta y dos días; no los conté entonces, pero me obsesioné con esas noches después, ¿cómo podíamos dormir una noche tras otra?, ¿cómo podíamos mirarla a la cara al día siguiente? Nunca nos atrevimos a preguntarle qué había sucedido la noche anterior. ¿O es que quizá no llegamos a creer que la situación fuera tan grave? Y yo, que amaba a Ethel con locura, ¿qué hice realmente por ella?

104-157

Querido Marcos:

Perdóname, tengo miedo de que si espero que vuelvas a casa, intentes convencerme y lo consigas, tú eres demasiado racional y ya

sabes que yo soy demasiado dependiente. Me marcho y no puedo pedirte que vengas conmigo, no sería justo. Tú tienes una vida, una esperanza, y mereces ser feliz. Cuando esté preparada, te escribiré o te llamaré para que, si todavía me quieres, puedas reunirte conmigo.

Nunca podré hacer una vida normal. Tengo miedo. Ya sé qué estás pensando: que todo el mundo tiene miedo, miedo a perder sus posesiones o su estatus, y algunos incluso miedo a perder su vida, pero la gente no es consciente de eso, no vive pendiente de ese miedo. Sin embargo, yo tengo miedo todo el tiempo, las veinticuatro horas del día. No puedo sacudirme esas pesadillas que se encarnizan conmigo noche tras noche. Sueño que estoy soñando y que, cuando despierte, estaré en mi habitación y que se abrirá la puerta y serán ellos. Por eso me levanto por las mañanas agotada. Quizá debería hacer terapia, tienes razón, pero no puede ser en esta ciudad, necesito un entorno seguro, un lugar en el que nunca pase nada. Debe de existir un lugar así, donde nada malo suceda nunca. Si tengo suerte y lo encuentro, sé que durante un tiempo, toda la vida quizá, seré una extraña, pero ya sabes qué capacidad tengo para imitar los acentos, así que me esforzaré y me mimetizaré hasta confundirme con mis nuevos vecinos.

No te mereces esto, Marcos, pero cuanto más tiempo estemos juntos, más daño te haré. Esta es la única solución por ahora. Lo sé, en este mes que he pasado contigo he aprendido muchas cosas, algunas buenas, todas éstas tienen que ver con tu cariño, y otras malas, como ser consciente de todo el mal que me han hecho, de que es un daño perdurable, que tendré que arrastrar toda mi vida.

Cuídate, Marcos, soy sincera cuando te digo que te amo, recuérdame entre risas y abrazos,

ETHEL

105-157

Qué hace el esclavo el primer día de su libertad.

Qué hace el condenado a muerte cuando es indultado en el último minuto, y suma un primer día más a una larga existencia.

Qué hace el paciente que, después de ser anestesiado, ha sido intervenido a vida o muerte, y abre los ojos a un nuevo primer día.

Qué podía hacer Ethel el primer día que se sintió libre, qué podía hacer si el miedo se enseñoreaba de su mente y su corazón.

Recuerdo que ese primer día era jueves, quizá ahí nos equivocamos y debimos planearlo para que el día siguiente fuera sábado y para que

así Ethel tuviera un fin de semana para mentalizarse. Sin embargo, era jueves y Ethel tenía que ir a trabajar, por ese motivo se despertó de madrugada y se desveló, qué podía hacer, podía llamar y decir que se encontraba mal, estaban acostumbrados a sus ausencias, pero esta vez sería mentira, no era una diferencia pequeña.

Ethel se vino a vivir conmigo dos veces, entre la primera y la segunda hubo una gran diferencia en la puesta en escena. La primera había sido improvisada, sin equipaje, y ella ya había vivido otras experiencias similares que habían acabado en fracaso. La segunda, en cambio, había tenido su propia casa como escenario para la confrontación y Ethel había salido de allí con su equipaje, dejando atrás, vencidos, a sus verdugos.

También hubo un día después para mí, después de que Ethel me dejara por segunda vez; en esa ocasión se marchó a algún lugar que no quiso desvelar. Me dolió mucho que no confiara en mí, pero tampoco podía actuar yo como lo había hecho su familia en el pasado. Temí por Ethel, temí que no se medicara, que surgiera una crisis y no supiera qué hacer, que no hubiera nadie a su lado para prestarle auxilio, pero no hice nada para averiguar dónde podía estar, me mordí la lengua varias veces para no hacerle esa pregunta a Laura, aunque más tarde supe que tampoco ella lo sabía. Fue martes, mi día siguiente fue martes, e hice lo que tenía programado como si nada hubiera sucedido, me esforcé para que nadie pudiera detectar en mi aspecto o en mi comportamiento que la mujer que amaba me había abandonado, y resistí bien hasta la noche, hasta que volví a casa y se hizo patente que su ausencia sería definitiva.

106-157

Gerard Pruna no sólo me indicó la dirección de Ethel Jurado en La Graciosa, sino que me dibujó un plano y me dijo cómo llegar hasta su casa. Conste que, en mi opinión, es un error, comentó levantando los hombros. Según él, parecía otra persona, había perdido el atractivo de su juventud, aunque todavía era posible reconocer en ella aquella sonrisa triste y una chispa agridulce en su mirada. Según Gerard, Ethel estaba bien instalada en la isla y no pensaba que fuera a mudarse porque la hubiéramos localizado, aunque por supuesto no esperaba ni deseaba visitas. Eso se lo había dejado meridianamente claro. Pero yo albergaba alguna duda sobre lo que se esperaba de mí. Qué debo hacer, me preguntaba, qué espera Ethel de mí si es que en realidad abriga aún algún vago recuerdo. Algunos días me levantaba

diciéndome que era absurdo revisitar el pasado; estaba bien para una sobremesa nostálgica ligeramente alcohólica, pero poco más. Y algunas noches, mientras intentaba conciliar el sueño, pensaba que no podría descansar hasta que Ethel me hubiera respondido algunas preguntas que me reconcomían. Necesitaba saber si de verdad me había querido o si sólo me había utilizado, si en estos años se había acordado de mí y por qué no me había escrito, o si simplemente me había desterrado al purgatorio de sus recuerdos.

Desde luego no hay lugar para un final feliz, no puede haber finales felices que sean tan potentes como para ocultar tantos años de sinsabores. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que mi verdadero error fue perder a Cori, que tenía que haber hecho todo lo humanamente posible para conquistarla y casarme con ella. Ahora tendría tres hijos, Cori tiene dos niñas y un niño de dos maridos distintos, y dormiría abrazado a ella, seguro, a salvo de cualquier peligro que pudiera acecharme.

Por otro lado tengo a Leonor, aunque bien mirado quizá sea al revés. Leonor tiene dos hijos y sólo me quiere para conversar alrededor de una taza de café, para ir a ver cine francés que ya sólo interesa a los franceses, para cenar de vez en cuando en algún restaurante exótico y para echar un polvo o dos los fines de semana que toca. Pero sinceramente, yo siento que la echo de menos, que cuando el cretino de su marido le cambia el fin de semana con cualquier excusa me cuesta esperar esa semana extra y busco cualquier motivo para ver a Leonor a deshora, para poder estar con ella.

Aconséjame, le pedí a Leonor después de explicarle de manera sucinta la historia de Ethel, ¿debería ir a La Graciosa? Leonor me había escuchado con atención, sin hacer caras, porque seguramente había percibido mi confusión. ¿Sigues enamorado de ella?, me preguntó. Puedes hablar claro, continuó Leonor, no me voy a poner celosa por una historia de hace trece años. Todo el mundo sabe que las historias de amor platónico, me dijo ella con una sonrisa, caducan a los diez años. Si hubieran pasado algunos menos ten por seguro que haría que mis hermanos te rompieran las tres piernas.

No creo, respondí yo después de tomarme un minuto para reflexionar. No me vale, replicó Leonor, no creo no es una respuesta, debes decir sí o no, sin matices, sólo sí o no, si no quieres decirlo en voz alta, hazlo en voz baja, o piénsalo y cállatelo. Por una de esas paradojas de la vida, o del idioma, el *no* encierra muchas veces un *sí*, y los *no creo* suelen ocultar un *quizá sí*. En todos estos años no has recibido una sola carta, no te ha llamado nunca, y sin embargo Ethel sabía dónde encontrarte. Si durante todo este tiempo, casi una eternidad, ella no ha venido a ti, concluyó Leonor, ¿qué carajo

pretendes conseguir yendo tú a ella?

La reflexión de Leonor me pareció demoledora. Pese a todo, pensé para mí más tarde, quizá deba viajar a La Graciosa, enfrentarme a la mirada perdida de Ethel, enfrentarme a mí mismo, y pasar página para siempre.

107-157

La rutina puede ser estupenda; si no tienes un carácter intrépido, la rutina te puede proporcionar seguridad. Yo esperaba que pasaran algunos días para que Ethel pudiera comprobar por sí misma que no sucedía nada, que su plan había funcionado y que había sido el intento definitivo, y que podía empezar a hacer planes para una vida independiente. Esta idea procuraba no expresarla exactamente con estas palabras, por supuesto, porque mi interés era que ella estableciera una nueva dependencia, aunque voluntaria, respecto de mí.

Cuando la veía ensimismada y notaba que su ánimo y su humor se apagaban, yo le pedía que se creara rutinas, que se fijara una serie de tareas y procurara llevarlas a cabo. Incluso la forcé a utilizar una nueva agenda donde le pedí que anotara qué haría cada día al llegar a casa, y qué actividades realizaría un poco después, y más tarde, hasta que yo regresara de mi trabajo. Durante los primeros días que estuvimos juntos, yo todavía tenía exámenes y debía ir a la facultad. En cambio Ethel la había dejado, después de Semana Santa entró en una dinámica muy pasiva respecto de los estudios y decidió retomarlos en mejor ocasión, sólo acudía a la facultad por estar con el grupo, hasta que nos fuimos a vivir juntos.

Yo sigo fiel a mis rutinas; cuando un par de veces a la semana llamo a mi madre para saber cómo se encuentra (mi padre murió hace unos años), me reconforta oír expresiones del tipo: como siempre, hijo, qué quieres; por aquí no hay ninguna novedad, Marcos; ya ves, esperando que llueva o que haga sol…

Cuando Ethel y yo todavía estábamos juntos y llamaba a mis padres al pueblo, Ethel abandonaba el comedor y me dejaba solo, no volvía hasta que colgaba el teléfono. Decidí entonces cambiar la hora en la que solía llamar, supuse que a Ethel le habría gustado poder hacer lo mismo, llamar a su madre y tener con Margo una conversación absolutamente banal: qué has cocinado hoy, mamá; qué rico el *Sauerkraut*, guárdame un poco para cuando vaya a verte, y *Berliner* de postre, rellenos de mermelada de arándanos, qué bien,

mamá, son mis favoritos. De su familia, Ethel sólo mencionaba a Margo y aunque siempre eran anécdotas de su infancia, su tono tenía un regusto ácido.

108-157

Mantengo una relación más o menos formal con una mujer que es siete años mayor que yo. Se llama Leonor Martínez, está separada y tiene dos hijos de trece y once años. La conocí cuando trabajaba en la ONG. Establecimos entonces una relación cordial que no pasaba de compartir un café de vez en cuando y de contarnos cosas cotidianas, aunque no comprometidas. Leonor me llamó unos años más tarde; yo estaba ya metido en política y ella me había visto en las listas electorales. Conservaba mi número de móvil y me localizó fácilmente.

¿Es la fundación de ayuda a la mujer descarriada?, me preguntó cuando respondí sin prestar atención. Lo siento, señora, caí como un pardillo, creo que se equivoca de número. Es broma, Marcos, porque eres Marcos Recaj, ¿verdad? Disculpa, estaba intentando comprobar si es verdad que la gente pierde el sentido del humor cuando ejecuta un triple salto mortal y decide dedicarse a la política. Soy Leonor Martínez, *do you remember*?

La recordaba, porque tengo buena memoria y siempre he sido buen fisonomista y no me ha costado nunca fijar nombres y rostros. De buenas a primeras, Leonor me contó que se había separado y que trataba de rehacer su vida y su agenda, y acto seguido me propuso quedar una tarde de la semana siguiente, para merendar.

Y contra todo pronóstico así fue, nos vimos unos días más tarde, a la hora de la merienda, en una granja de la calle Petritxol. Me llamó la atención su extravagante propuesta, es una hora del día que no resulta muy comprometida, y acepté sin meditarlo ni un instante, pensando que seguramente tenía intención de pedirme algún favor vinculado con mi cargo en el ayuntamiento. Me sucedía con cierta frecuencia; los viejos amigos, compañeros de fatigas, incluso antiguos vecinos, tendían a pensar que un amigo político es el camino más corto entre dos puntos, una especie de atajo. Qué podía querer de mí, Leonor, pensé, pero como no podía adivinarlo, dejé de especular. Hacía siglos que no me acercaba por una de esas granjas y me lo reproché; la última vez había estado con Ethel cuando vivíamos juntos. Leonor fue bastante puntual y yo me esforcé por no llegar demasiado tarde, pedí un triste café y ella pidió un suizo y una ensaimada rellena de cabello de ángel. Leonor seguía igual de locuaz y de voraz, y en cambio me di

cuenta de que yo no sabía qué decir, podía recuperar los temas del pasado o mencionar lo agradable que estaba siendo el otoño, pero al final opté por preguntarle qué había pasado con su separación. ¿Otra mujer?, anticipé, y a continuación metí la pata, ¿una más joven?

Faltaría más, respondió Leonor, aunque no es más joven y sobre si es más guapa, no sé decirte, aunque eso sí, sin hijos. Ese jodido cabrón sólo es un hombre al fin y al cabo, y ya se sabe que vosotros sólo podéis abandonar una florecita si tenéis a la vista la florecilla siguiente. Pero no te vayas a pensar, no ha sido el rollo típico con la compañera de trabajo más joven y asequible, qué va, lo suyo ha sido de película americana. Resulta, me contó antes de que pudiera sugerirle un nuevo tema, que le llamaron unos compañeros del instituto, hacía veinte años que habían acabado y querían volver a encontrarse. A mí esos reencuentros siempre me han parecido una chorrada, muy de adolescentes trasnochados, con globos y banderitas y todo eso, sólo falta que elijan a la mejor parejita de la velada. De cualquier modo, mi ex aceptó y se encontró allí nada más y nada menos que con el primer amor de su vida. No te jode, se rio Leonor, pero *¿a* quién esperaba encontrarse, al profe de religión liado con el profe de gimnasia? No había pasado un mes cuando una noche se sinceró, con un nudo en la garganta, o quizá eran los cojones, no sé bien, me dijo que estaba perdidamente enamorado de fulana de tal y que quería vivir con ella. Vale, le dije, prepara la maleta y esfúmate ahora mismo. Les diré a los niños que estás de viaje hasta que se me pase el cabreo y pueda decirles la verdad, que su padre es un pichafloja. Qué iba a hacer, se me encaró Leonor, qué podía hacer, ponerme a lloriquear en plan no me abandones, cariño, no me dejes, amor, qué va a ser de tus hijos, piensa en el fracaso escolar. Que le den por saco. Hace un año de esto, no sé cómo le va ni me interesa, me pasa la pensión regularmente, sin necesidad de amenazarlo, se hace cargo de sus hijos un fin de semana alterno, y santas pascuas, así es la vida. Y yo, y aquí acabo que no te quiero machacar, me dijo con una sonrisa de oreja a oreja, llevo como aquel que dice un año en blanco, sin echar un polvo como Dios manda. Puesta en esta tesitura, me he dicho, Leonor, sólo tienes dos opciones, o sales a la calle en busca de guerra, o te compras un vibrador con lacitos rosa en una de esas revistas que te lo envían a casa en una caja de galletas para que no se entere tu portero.

Casi me atraganto con el segundo café que había pedido. En cuanto Leonor empezó a hablar me acordé de la lengua viperina que tenía, nunca había oído a nadie decir tantos tacos en una sola frase. Sin embargo, tenía un deje, utilizaba un tono y un repertorio de gestos tan elocuentes, que más que ofenderte lo que conseguía era hacerte reír.

Me invitó a cenar el fin de semana siguiente, el que los niños

tenían que pasar con su querido padre. En un restaurante abierto al público, puntualizó Leonor, supongo que para que no me sintiera atrapado. Y así seguimos, viéndonos habitualmente en fines de semana alternos, aunque con sobresaltos.

Crees que no soy tu tipo, ¿verdad?, me preguntó a bocajarro mientras cenábamos cerca de su casa la primera noche. La miré sin saber qué decir, confuso más que otra cosa, y me limité a encogerme de hombros. No tiene importancia, añadió Leonor, todos los hombres lo creen. Leonor estaba en lo cierto, no sólo lo había pensado, sino que incluso me costaba creer que hubiera aceptado acudir a esa nueva cita. Qué hago yo aquí, me reprendí, y lo que es peor, cómo voy a salir de aquí. Leonor no tenía nada que ver ni con Cori, tan dulce, tan envolvente, ni con Ethel, tan bella, tan insegura y necesitada de afecto. Leonor era otro tipo de pólvora. Además, parecía que me podía leer el pensamiento; por un lado era terrible porque era tan directa que me hacía sonrojar y, por otro, lo hacía todo muy fácil porque sus apreciaciones eran casi siempre acertadas.

Ya sé, no te preocupes, soy una mujer bajita, estoy justito en el metro cincuenta y tres, pero muchas *sex symbols* americanas y españolas tienen una altura parecida a la mía, te podría poner un montón de ejemplos, pero no lo voy a hacer porque de todos modos saldría malparada de la comparación. Por otra parte soy graciosilla, tengo un rostro con cierta gracia, quiero decir, los ojos vivos, los labios bien dibujados, aunque nada espectacular, mi presupuesto no da para siliconas. Y, sin embargo, los hombres os sentís atraídos por mí, en parte por mi manera directa de miraros, siempre he sido un poco descarada, para qué voy a negarlo, lo aprendí de mis hermanos, que eran tan poca cosa como yo pero que a chulos no había quien les ganara; seis hermanos varones tengo, y yo la única niña, aprendí latín antes de cumplir los doce. Mi segunda arma es mi pecho, otra cosa no, pero tengo un par de tetas fenomenales, juguetonas, grandes, pero no demasiado, sólo lo justo para atraer las miradas de los tipos que fuisteis destetados demasiado pronto. ¿Hasta qué edad te dieron el pecho a ti, Marcos?

Soy de biberón, respondí, y a pesar de que sabía que tenía las de perder continué: mi madre era algo mayor y, aunque intentó darme el pecho, no generaba alimento suficiente, así que tuvo que darme el biberón y por lo visto me acostumbré tan rápido que no pudo alternar una cosa y la otra, parece ser que era muy glotón.

Lo ves, Marcos, la capacidad de réplica de Leonor era endiablada, pues no te preocupes, hombre, yo tengo lo que necesitas, pero si no quieres que organice un escándalo aquí, volvió la cabeza a un lado y a otro del salón e hizo un gesto de desabotonarse la blusa, tendrás que esperar a los postres.

Hubo una época en que cuando salía a caminar por la ciudad acababa, como al descuido, en el barrio de Ethel. Al principio me quedaba en los alrededores, por la calle Gavá o por la calle Constitución, normalmente mi periplo me llevaba hasta la iglesia de San Medir, donde deseaba que ella estuviera esperándome. Más tarde no me importó repetir el itinerario exacto. Pasaba por la calle Leiva y me detenía a contemplar la puerta de entrada de su viejo edificio; nunca coincidí con ningún vecino ni, por supuesto, con ningún miembro de su familia. Y, sin embargo, sólo una o dos veces pudimos quedarnos en aquella esquina porque Ethel presentía que la vigilaban y miraba constantemente a derecha e izquierda, como si, en el instante siguiente, fueran a sorprendernos.

Una de las primeras noches, en la puerta de su casa, como una caricia inocente fui siguiendo con el dedo índice un mechón de su cabello que le caía sobre el hombro y en parte por encima del pecho, pero mucho antes de que pudiera rozar esa zona, Ethel se echó para atrás, alterada, roja, como si toda la sangre se le hubiera subido a la cara, y empezó a gritar y a llorar. No supe cómo reaccionar, yo también me asusté, me disculpé una y otra vez, pero al comprobar que cuando me acercaba a ella, Ethel se alteraba más, opté por alejarme un poco para que pudiera recuperar cierta calma. Sin mediar una palabra más, sin siquiera mirarme a la cara, sacó la llave de su bolso, abrió la puerta y desapareció.

Me quedé todavía un buen rato allí como si esperara un epílogo después de los títulos de crédito, pero no se produjo. Caminé hasta mi casa y visualicé al menos cien veces esa escena intentando percibir cada mínimo detalle para averiguar dónde, exactamente, había cometido yo ese error imperdonable.

De todos los momentos que viví con Ethel, ése es precisamente el que no puedo quitarme de la cabeza. Su reacción debía de estar relacionada con ese trastorno bipolar del que nos había hablado, pero cometí el error de no preguntarle qué había pasado, qué la había asustado, cómo se había sentido y por qué. Entonces preferí convencerme de que era una exageración, que quizá yo había ido demasiado deprisa y la había asustado, porque en nuestra siguiente cita Ethel se comportó como si nada hubiera sucedido.

Cori, Ethel, Leonor, las tres mujeres de mi vida siguieron la misma pauta, me escogieron ellas, vinieron a buscarme, movieron un dedo y las seguí como si fuera una sombra dócil. He flirteado con algunas otras mujeres aunque sin entusiasmo, más por obligación, porque seguramente era lo que ellas esperaban, que por verdadero interés. Cori, Ethel y Leonor son las únicas mujeres con las que me he acostado. Bueno, en realidad hay una cuarta, pero la situación fue tan extraordinaria que resulta poco verosímil; parece una de esas aventuras que se cuentan para presumir ante los amigos acodados en la barra del bar. De todos modos, hasta ahora no se lo había contado a nadie, nunca.

Yo había ido a entregar unos dibujos, fue uno de los últimos encargos que acepté como ilustrador. En esa época, Cori ya me había dejado por segunda vez y Ethel era un recuerdo que sólo me escocía algunas noches. Debían de ser las cuatro de la tarde o así, porque había trabajado en casa toda la mañana para ultimar los dibujos y salí después de comer. Bajaba por Pau Claris, caminaba por la acera del instituto Balmes y me detuve enfrente del hotel Diplomátic. Me quedé en esa esquina con el propósito de cruzar la calle, el semáforo estaba en rojo, al otro lado esperaba también para cruzar una señora que me pareció muy atractiva, debía de tener poco más de cuarenta años. Llevaba un vestido gris perla ajustado en la cintura y que descansaba sobre sus rodillas. Y por encima de los hombros una chaqueta corta de piel, una torera negra. Del hombro le colgaba un bolso metálico tan pequeño que resultaba chocante que ahí pudiera caber algo. Era alta, guapa, muy sensual, llevaba el cabello suelto y la melena negra le caía sobre los hombros. El semáforo debe de tener un tiempo programado para cambiar de color y abrirle paso a los peatones, pues esos escasos minutos me bastaron para observarla sin parecer indiscreto, o por lo menos tuve esa impresión.

Mi primera sorpresa fue que aquella mujer no cruzó la calle, se quedó clavada en la esquina como si esperase a alguien. La segunda sorpresa, que cuando pasé a su lado me detuvo y me pidió fuego, sin palabras, sólo mostrándome un cigarrillo que sostenía entre los dedos. Yo no fumaba, pero solía llevar una caja de cerillas porque de vez en cuando necesitaba afilar la punta de los lápices y resultaba más estético que cargar con un trozo de papel de lija. Me costó encender una cerilla, sólo acerté al cuarto o quinto intento porque el rascador estaba muy gastado y porque la señora me miraba y esperaba con el cigarrillo en los labios y una media sonrisa benévola. De repente me puse nervioso y sentí que la enorme carpeta con los dibujos me molestaba, así que la atrapé entre las piernas, presionando con las rodillas, en una de esas poses especialmente ridículas. Hacía algo de viento, así que la señora me apartó buscando el resguardo de la pared

del hotel, se acercó a mí y puso sus manos alrededor de las mías para proteger la llama. Sentí el perfume que se desprendía de su cabello y de su cuerpo, y la suavidad de sus dedos en el dorso de mi mano.

Después de dar un par de caladas y dejar escapar el humo hacia un lado, me miró a los ojos y me preguntó cómo podía ir hasta la Sagrada Familia. Es curioso porque no supe qué responder, pensé en decirle que podía coger un taxi, pero para eso no necesitaba preguntarle a un capullo como yo, así que le dije que justo en la calle de al lado paraba el autobús 45 y también el 47 y que cualquiera de los dos la dejarían muy cerca. Iba a empezar a orientarla también respecto del metro, incluso pensé en dibujarle un plano, cuando observé que me sonreía y entendí lo que esa sonrisa significaba. Ella era la araña del hilo de oro y yo, su pobre presa. Ven, me ordenó, acompáñame. La seguí de un modo automático, como si me hubiera hipnotizado; ella entró en el hotel y se dirigió al ascensor y yo fui tras ella. Entramos juntos, yo estaba sudando, cómo te llamas, me preguntó mientras pulsaba el número cuatro. Marcos, respondí. ¿Y tú? Patricia. Tres horas más tarde salí del hotel todavía aturdido, con la carpeta bajo el brazo, sin saber adonde tenía que ir, ni qué me había traído a aquel barrio. Cuando recuperé el aliento entré en un bar, abrí la carpeta e intenté dibujar a Patricia. Fue inútil, no conseguía fijar su rostro, sin embargo conseguí captar algunos detalles: el nacimiento de su cuello hasta la clavícula, la línea curva de su hombro y la sombra de su cabello envolviéndolo todo.

Leonor me pidió que le hablara de las mujeres de mi vida, y yo sólo le hablé de Cori, de lo mucho que Cori había significado para mí, de cómo, a pesar de su juventud, me había enseñado lo importante que era disfrutar de la vida y que eso pasaba, también, por disfrutar de la compañía de los otros. De Ethel le hablé sólo mucho más tarde, cuando estaba a punto de reaparecer en escena para el último acto. De Patricia no le dije nada, sentí cierto pudor, temí que Leonor pudiera malinterpretar esa breve relación, porque no me importa reconocer que me enamoré de esa señora en aquellos breves minutos, que la amé durante tres horas y que la he querido siempre.

111-157

Con el tiempo, los recuerdos se van haciendo poco a poco más borrosos, como esas fotografías que están expuestas a la luz del sol y van perdiendo la nitidez y el contraste que tenían cuando las contemplamos por primera vez. Durante el primer año, y también el

segundo, tuve la sensación de que podía encontrarme con Ethel a la vuelta de cualquier esquina; es más, salía a la calle sólo porque me parecía que esa posibilidad existía, e incluso creía verla o detectaba a primera vista, y entre la multitud, a otras mujeres que podían ser ella, por su altura, por el corte de cabello, por la manera de caminar. Estaba en todas partes, aunque yo no pudiera dar con la verdadera Ethel.

Después, no es que la haya olvidado, pero empecé a levantarme por la mañana, a salir al trabajo sabiendo que nunca más la tendría a mi lado, que tenía que asumir esa realidad y comenzar de nuevo. Hubo un momento en que ni siquiera fui capaz de dibujar su rostro de memoria y tuve que echar mano de fotografías o de otros dibujos. No fue fácil; me pasaba el tiempo comparándola con las mujeres que iba conociendo y ninguna podía estar a su altura. Entonces, ni siquiera Cori habría colmado mis expectativas, aunque ahora reconozco que fui poco generoso con ella, que nunca podré compensarle lo mucho que hizo por mí. Me quedaban los recuerdos, algunas fotos de Ethel, los regalos que me hizo, las notas que me escribió, la indignación por el sufrimiento que le infligieron sus seres más cercanos, sus cosas, porque apenas se llevó nada, como si me estuviera diciendo me voy pero sólo por unos días, y porque tardé mucho tiempo en decidirme a llevar toda esa ropa a Cáritas.

Antes de que me llamara Quique Jurado, antes de volver a hablar con Gerard Pruna y de que me contara que efectivamente la había visto, Ethel era ya sólo un vago recuerdo que aparecía de tarde en tarde y que podía sobrellevar con una sonrisa de circunstancias, con un comentario del tipo: lástima que fueran así las cosas. Alguna vez he pensado que mi deriva profesional ha estado marcada por mi relación con Ethel. Abandoné mi profesión de dibujante porque no me veía como el ilustrador de las historias de otro y porque mis dibujos sólo merecían un «no está mal» de los editores que debían contratarme y que atendían más al precio que a la calidad. Como psicólogo empecé a trabajar en asociaciones de apoyo a la infancia y a la familia, tuve que estudiar tres años más para poder ser terapeuta, y después de mucho batallar contra la falta de recursos pensé que quería estar en el bando de los que tomaban las decisiones.

Con los años, no pensé, nunca lo hubiera creído, que volver a ver a Ethel, e incluso que la mera posibilidad de verla de nuevo, pudiera alterarme tanto.

Cuántas veces habremos cambiado de piel en estos trece años, exclamó Leonor, no quiero ni pensarlo. Tenemos la vaga ilusión de ser los mismos, pero sólo es un espejismo, hemos cambiado de apariencia hasta el extremo de que podemos cruzarnos con compañeros de otras épocas y no reconocernos, nos vemos en fotos de la infancia y apenas si podemos distinguirnos de nuestros propios hermanos, ni siquiera pensamos del mismo modo, lo que nos emociona y nos hace vibrar son otras cosas, siempre nuevas, distintas. No te engañes, Marcos, si mantenemos nuestra identidad es porque nuestros padres nos dieron un nombre y el Estado nos ha proporcionado un número. Eso es todo. Así que, qué quieres que te diga, esa Ethel con la que te vas a encontrar no es la Ethel que te excitaba, lo digo en sentido figurado, sonrió Leonor, es otra persona que se hace llamar igual.

Leonor se había empeñado en cenar en El Caliu, necesitaba, me dijo como si fuera una niña pequeña, un buen asado de tira con alioli y caracoles, y pensaba que ese restaurante era el que mejor cubriría su ansia de carne. Habíamos quedado en el cine Renoir para ver una de esas películas de las que luego no recuerdo quién es el director, ni cómo se llaman los actores, y mucho menos el argumento. No me dormí porque fuimos a la sesión de las ocho y Leonor, que era previsora, había reservado mesa en el restaurante para las diez. Llegamos, más que puntuales, apurados; el restaurante estaba a rebosar y olía a estufa de leña.

Leonor me estuvo contando la película que habíamos visto, como si hubiera ido al cine sola, seguramente porque había reconocido mi cara de estupor; yo la dejaba hablar y esperaba mi momento, pero no le conté nada hasta que trajeron las cañas de cerveza. Me bebí la mía de dos tragos. Es posible que mañana vea a Ethel, le dije, tengo la sensación de que asistirá al funeral de su madre y de su hermano. ¿Y? Leonor me miró y, al comprobar que no seguía hablando, insistió: ¿y? A Leonor le hablé de Ethel cuando me llamó Enrique Jurado y me dijo que Gerard Pruna la había visto en La Graciosa. De repente, tuve la necesidad de hablar de ella, de Ethel, y a quien tenía más a mano era a Leonor. Dudé un poco porque temía que se sintiera celosa, o amenazada, o algo así, pero Leonor no se inmutó. Fuimos novios, le confesé, incluso vivimos juntos todo un mes antes de que desapareciera. ¿La has echado de menos todo este tiempo?, me preguntó Leonor. Al principio sí, le confesé, después la vida va arrojando las semanas, los meses y los años a paladas y lo acaba cubriendo todo, los recuerdos, las emociones, todo.

¿Por qué no me acompañas al funeral?, le pedí. Lo haría por ti, me dijo Leonor con una sonrisa de circunstancias, pero, primero, no creo que sea una buena idea, si tienes que reencontrarte con tu pasado remoto debo recordarte que yo no estaba, y segundo, a las nueve de la

mañana he de dejar a Marta en casa de una amiga para que sus padres las acompañen a las dos a patinar y luego he de llevar a Tomás a Horta porque tiene partido a las diez. Después tengo que recogerlos a los dos, aunque, si puedo, antes me tomaré un café con periódico, y más tarde se los plantaré a su padre para que coman con él. Este fin de semana le tocaba a mi ex hacer el circuito por la ciudad pero se hizo daño en un pie, en un partido de veteranos, y no puede conducir. Hasta para eso tiene suerte el cabronazo. Ese es mi plan de vida para el sábado por la mañana, si quieres te espero en casa a media tarde y salimos a dar una vuelta, ¿qué te parece? No te lo puedo asegurar, respondí, y evité comprometerme, estarán también Gerard y Laura, hace una eternidad que no nos vemos, y quizá sugieran que comamos juntos y cabe la posibilidad de que la sobremesa se alargue más de la cuenta.

¿Te inquieta volver a verles?, me preguntó Leonor, tu tono es un poco pesaroso, como si te diera pereza. Deberías estar contento de encontrarte con tus buenos amigos y con el amor de tu vida, ¿no te parece?

¿Ese tono? A ti tampoco parece gustarte mucho, repliqué yo. No te equivoques, contraatacó Leonor, era sólo una fina ironía que ha sido mal expresada o mal interpretada. Verás, tengo una ventaja tremenda sobre Ethel, yo soy una mujer de carne y hueso, y ella sólo un fantasma del pasado. Quizá mañana te sorprenda o te asuste o te emocione, pero luego se desvanecerá y volverá a ese paraíso de los espíritus.

Leonor sólo sabía que Ethel y yo habíamos estado liados, pues cuando le hablé de ella no le conté nada sobre el drama que había vivido ni cómo, de un modo inesperado, había cambiado el mapa de nuestras prioridades.

Hay una tercera razón por la cual no voy a acompañarte, Marcos, me dijo Leonor al cabo de un rato. Me causa cierto rubor y por eso no quería decírtelo. ¿Por qué?, me extrañé yo. Porque estoy más colgada por ti de lo que quisiera reconocer y me siento insegura. Es una de esas apuestas, continuó Leonor, en las que el jugador sólo puede perder. Si voy y aparece una Ethel espléndida, tal y como tú la recuerdas, qué va a ser de mí, si soy un tapón que ni siquiera le voy a llegar a la teta a esa Claudia Schiffer. Puede ser patético, ¿te imaginas?, el punto y la i, yo, el puntito invisible. Lo ves, pierdo. Si por el contrario, como te ha dicho tu amigo Gerard, Ethel está muy desmejorada, cuando la veas te sentirás culpable por no haberte largado con ella. Entonces pensarás, qué hago perdiendo el tiempo con esta mujer cuando mi obligación era cuidar de ella. Pierdo también. Siempre pierdo. El tono de Leonor se había ido haciendo más opaco, estaba emocionada.

¿Qué harías si Ethel, me preguntó un poco más tarde, te dijera ven conmigo, a La Graciosa o al fin del mundo? ¿Qué harías, Marcos?, ¿no te lo has planteado? No sabía qué responder, no había imaginado que Leonor pudiera estar tan afectada. Pensé decirle que no se preocupara, que tenía razón, que en trece años todos cambiamos por fuera y por dentro. No me contestes, se adelantó ella, y puso su mano delicada sobre la mía, no es necesario, estoy sensible, creo que me va a venir la regla.

Al día siguiente, después del funeral, después de esperar en vano en la cafetería la llegada de Ethel, hartos de vernos allí otra vez pendientes de ella, Gerard, Laura y yo decidimos disolver el grupo, seguir con nuestras vidas, aunque nos comprometimos a vernos más a menudo o al menos a intentarlo. Salí del Zurich y caminé Ramblas abajo, sin rumbo fijo, intentando enhebrar los recuerdos de esa época para ver si podía recuperar también las emociones.

Llegué a la estación de Atarazanas y entré en el metro. Cuando me quise dar cuenta estaba saliendo en la estación de Fontana y me dirigía, a pasos cada vez más rápidos, a casa de Leonor. Al llegar al portal caí en la cuenta de que no la había llamado, de que, sin los niños en casa, quizá hubiera salido; Leonor era tan adicta a los cines Verdi que acudía sin mirar la cartelera. Tenía llaves, pero pensé en llamar por el interfono porque temía que no estuviera y no quería entrar en su casa y encontrármela a oscuras y vacía. Sube, Marcos, me dijo, te estaba esperando. Leonor era un mujer de carne y hueso, como Cori, y caí en la cuenta de que significaba para mí mucho más de lo que había estado dispuesto a reconocer.

113-157

Llamé a Quique Jurado y le propuse cambiar el lugar de encuentro. Había tenido que viajar a Tarragona acompañando a un diputado del partido y volvía en tren, solo, así que le cité en Sants, relativamente cerca de su casa, en una de las cafeterías de la estación. Quique estaba sentado de modo que podía controlar las dos puertas de entrada. Le reconocí porque me recordó a Ethel; a pesar de que la falta de cabello le daba un aire inquietante a su rostro, tenía la piel muy blanca y una barba rubia de tres o cuatro días. Marcos Recaj, me presenté, y él se levantó para darme la mano. No sólo no podía reconocerme, ya que nunca llegamos a vernos, sino que había oído hablar de mí, por primera vez, hacía sólo un par de semanas.

Quique me asaeteó a preguntas, todas ellas apuntaban en la misma

dirección: ¿qué pensaba o qué decía Ethel de ellos, de Margo y de él?, ¿qué me había contado a mí sobre lo sucedido en su casa? No supe qué responder y me tomé un poco de tiempo mientras pedía una tónica con mucho limón. Quique evitaba mirarme de frente y yo me pregunté qué hago aquí, sentado ante un perfecto desconocido, por qué no he aprendido todavía a decir que no. El hermano menor de Ethel me repitió las preguntas, con el mismo énfasis y siguiendo la misma secuencia, como si fueran balas colocadas en la recámara de una pistola y tuvieran que ser disparadas en el orden previsto. Cuánto tiempo, me dije, habrá dedicado a pensar en este momento, cuántas veces se habrá repetido las preguntas hasta encontrar las palabras precisas y el tono apremiante que debía darles. Trece años es demasiado tiempo. Entonces tuve un momento de inspiración, comprendí que, simplemente, debía ignorar sus preguntas. Quique no estaba interesado por lo que sentía su hermana, ni por su sufrimiento, sólo quería saber si Ethel los consideraba culpables también a ellos.

Me zafé, le dije que Ethel evitaba hablar de su familia y que eludía hacerlo de un modo deliberado y sistemático. Le hicisteis mucho daño, no quise ahorrarle ninguna tribulación, ni concederle coartada alguna, mucho daño, tanto que ni siquiera podía soportar vivir en la misma ciudad que vosotros. No duró mucho la entrevista, mi animadversión iba en aumento a cada minuto que pasaba y Quique fue consciente de ello. Nos separamos sin decirnos adiós, sin estrecharnos de nuevo la mano. Cuando me alejaba, Quique levantó la mano y abrió la boca como si quisiera decir una última frase, pero no me llegó, sus palabras se estrellaron contra la puerta de vidrio de la cafetería.

114-157

Deseé su muerte con todas mis fuerzas. Los maldije y deseé que los Jurado estuvieran ya todos muertos. A primeros de mayo, Ethel volvió a sufrir una nueva crisis y Laura aprovechó su ausencia para citarnos en la cafetería de la facultad y contarnos todo lo que sabía. Laura fue directa y cruda, nos refirió que en las últimas semanas Ethel había pasado a buscarla a mediodía por la piscina y que a lo largo de esos encuentros le había explicado la verdadera naturaleza de su conflicto en casa. Desde los quince años ha sido violada sistemáticamente, nos dijo Laura sin más preámbulo, en su propia casa.

Gerard y yo nos quedamos blancos. Tuve que agarrarme a la mesa y apreté con tanta fuerza que las palmas de las manos me quedaron marcadas. Laura se anticipó a todas nuestras preguntas, era obvio que

había dedicado muchas horas a pensar qué debía explicarnos y cómo debía hacerlo, y también a todas nuestras propuestas. Tiene miedo, nos dijo Laura, miedo a ser considerada incapaz por un juez, miedo a ser internada durante años en algún sanatorio, miedo a lo que pueda sucederle a su madre, miedo a todo. Le dije que podía hablar con mi padre, que él podía protegerla, pero fue inútil, no está dispuesta a acercarse a una comisaría de ningún modo. Ethel sólo ve una salida, nos dijo Laura, huir, irse de casa y, si es necesario, abandonar también la ciudad y el país. Para eso, ella necesita nuestra ayuda.

Ethel me ha hecho jurar que no os diría nada, nos confesó Laura, pero a mí me arde el pecho, no duermo bien desde hace semanas, así que os tengo que pedir que os esforcéis en disimular, todo debe seguir igual, si cree que lo sabéis, lo más probable es que no volvamos a verla. Sobre todo tú, Marcos, ella te necesita sobre todo a ti, pero debes tener paciencia y esperar que sea Ethel quien te lo cuente.

115-157

Estaba inquieto pude ver que Laura y él salían de la cafetería, solos, tampoco ellos habían venido acompañados. Como en los viejos tiempos, pensé, aunque yo sabía que Gerard y Laura se habían separado. No sé cómo me llegó la noticia, pero no me extrañó, lo raro es que duraran tanto como pareja, quizá la niña había servido de argamasa. Durante una temporada pensé en llamarles para ofrecerles compañía o consuelo o lo que hiciera falta, pero lo fui dejando hasta que me pareció que ya era demasiado tarde.

Nos abrazamos los tres. Me alegré de verlos y lamenté que la vida que llevábamos no nos permitiera mantener un contacto más asiduo con personas que habían significado tanto en otra época.

Ethel no había dado señales de vida. Fuimos hasta la sala del velatorio y no había nadie más. Qué increíble, comentamos, aunque quizá nadie se había tomado la molestia de avisar a compañeros, amigos o parientes. Más tarde, una azafata vino a buscarnos para ir a la capilla y nos sentamos en primera fila porque no podía ser de otro modo. El sacerdote entró y nos miró sin saber si debía comenzar o no. Le animaron a hacerlo y entonces entró Ethel, envejecida, con la mirada ausente, se volvió hacia nosotros pero se sentó en el banco de al lado, sola. Leonor tiene razón, pensé, hemos tenido tiempo de mudar de piel un par de veces, nos empeñamos en decir que somos las mismas personas sólo porque es más cómodo, porque el sistema no está preparado para darnos una nueva identidad cada cinco o diez

años.

FRACTAL 4

LAURA MORILLO

—¿Volverás?
—No lo sé, quizá, sólo si puedo vencer mis miedos.
—¡Vaya!, no es muy esperanzador.

116-157

No sé por qué asistí al funeral de Margo y Quique. Gerard me telefoneó y me alertó sobre la noticia que publicaban los diarios y que yo había oído en la radio sin prestar demasiada atención. Un par de días más tarde volvió a llamar para decirme cuándo iba a ser el funeral y que pensaba ir al tanatorio de Sancho de Avila y, sin detenerme a pensar si me apetecía o no, le dije que me acercaría también. Me citó en la cafetería que hay en la esquina, puesto que había quedado allí con Marcos Recaj. Me resistía a revisitar el pasado; quiero decir que, aunque hay nombres y lugares que te traen a la memoria otros momentos y otras situaciones, me he negado siempre a vivir pendiente del pasado, de lo que pudo ser y no fue. Sin embargo, cuando Quique Jurado se presentó delante de mí y me rogó, me imploró que le hablara de Ethel porque estaba intentando reconstruir aquel pasado en busca de paz o de perdón, o de castigo, pensé yo, no supe negarme, o quizá fue la excusa que necesitaba para poder hacer lo que en realidad yo más deseaba, echar la última mirada atrás.

No había nadie más en el funeral, como si los Jurado no tuvieran más familia. Supongo que nadie pensó en localizar a la familia de Margo en Salzburgo; tampoco asistieron sus vecinos, sólo nosotros, el trío calavera, porque aunque tarde, como siempre, también llegó el pobre Marcos. Marcos se había hecho cargo del entierro, cómo no, y la funeraria se había limitado a aplicar el programa correspondiente a las ceremonias de bajo presupuesto. Cuando empezaba el responso, se presentó Ethel. Los tres la estábamos esperando; por alguna extraña conexión estábamos de acuerdo en que, a pesar de todo, Ethel vendría, aunque sólo fuera para certificar que ya no le quedaba familia, que ya no tenía a quién odiar ni de quién esconderse. Ethel vestía de negro, con ropa inapropiada para el invierno de Barcelona, aunque se cubría con una chaqueta de lana tan grande que le permitía envolverse con ella. Tenía el cabello largo, suelto, muy canoso, que le daba un aíre fantasmal. Pensé que quizá fuera eso, un fantasma del pasado que había envejecido a ritmo acelerado, aunque a mí no me importaba abusar del tinte. Ethel pasó por entre las filas de bancos vacías, acariciando la madera clara de los respaldos con las puntas de los dedos. Se sentó sola en primera fila, en silencio, contemplando fijamente los dos féretros, sin seguir el sermón del sacerdote que se esforzaba en arrancarnos alguna reflexión. Ethel no se acercó a los

ataúdes, que permanecieron cerrados todo el tiempo, ni quiso pronunciar un postrer adiós. Allí yacía el resto de su familia, Margo y Quique, que habían esperado en vano una reconciliación que no se produjo ni después de muertos. Pero tampoco había de qué preocuparse, el sacerdote ya había decidido que aquel accidente había sido un infortunio que había quebrado la vida de dos seres que todavía tenían mucho que aprender y mucho que enseñarnos; por supuesto, el cura no sabía quiénes eran, nadie había acudido a explicarle qué tipo de personas habían sido en vida, y él tampoco se había molestado en comprobar si se trataba de las víctimas de un accidente o de suicidas. De todos modos, *¿a* quién le importaba eso? A nosotros, seguro que no.

Ethel pasó a nuestro lado sin mirarnos, sin vernos, aunque sabía que estábamos allí. Marcos había utilizado sus contactos políticos, le había rogado al alcalde de Teguíse que localizara a una vieja amiga en La Graciosa y le entregara un sobre con un billete de avión de ida y vuelta, una reserva de hotel para dos noches y un poco de dinero para que pudiera desenvolverse en la ciudad.

Allí estaba ella, al alcance de mi mano y de mis lágrimas y de mis reproches, Ethel Jurado, la mujer que más había influido en mí vida. Intenté escucharme, interpretar los latidos de mi corazón y de mi pulso, los nervios en el estómago que me produjo verla, pero una vez más no supe leer en ninguno de esos indicios, como tampoco supe hacerlo trece años atrás. Sólo sé que, en su presencia, no podía comportarme con naturalidad, que intentaba, sobre todo, agradar, conseguir su aprobación.

A la salida se acercó a nosotros. Llevaba unas gafas oscuras y no pudimos ver sus ojos claros, no supimos si ocultaba unos ojos enrojecidos por el llanto o unos ojos limpios e indiferentes; no pude ver si nos miraba a todos del mismo modo o si tenía una mirada especial para mí. Mi argumento favorito, el que me justificaba de un modo más completo, era que las inyecciones de antipsicóticos le habían afectado la memoria y la conciencia y que por eso le costaba fijar sus emociones, relacionarse conmigo, o con Marcos, de un modo más acorde con lo que habíamos significado para ella. Ethel nos cogió de la mano, uno a uno, y la retuvo entre sus manos frías, pronunció entonces nuestros nombres, como si hubiera necesitado todo ese tiempo para recordarlos. Laura, dijo, y lo repitió dos veces más, Laura, Laura. Ethel nos pidió que no la acompañáramos al crematorio, nos dijo que necesitaba estar sola y nos citamos para dos horas más tarde en el café Zurich. Nuestra vieja amiga no se presentó, por descontado; tampoco ocupó la habitación que tenía reservada en el hotel. Marcos no quiso averiguar más; si había vuelto o no a La Graciosa era cosa suya.

—Punto final—sentenció Marcos mientras se levantaba de la silla y recogía su abrigo, su cartera y su paraguas.

—¿Estás seguro? —tercié yo—, se trata de Ethel, la inasible.

—Punto final—dijo Marcos de un modo demasiado solemne cuando nos despedimos en la cafetería después de esperar más de tres horas; pero sé que él, como yo, como Gerard, hubiera querido decir muchas más cosas.

117-157

Sólo sé lo que Ethel quiso contarme, y en última instancia no puedo saber si lo que me contó era del todo cierto o no, o si lo era sin ningún tipo de cortapisas, o si sus confidencias estaban repletas de medias verdades. Ethel podría haber sido una gran actriz y yo la espectadora más crédula. Eso fue lo que le dije a su hermano Quique cuando, trece años más tarde, me rogó que le hablara de ella, que le explicara todo lo que pudiera recordar. Me sentí incómoda delante de Quique; no es que tuviera una imagen clara de él, sólo le había visto dos o tres veces, pero le recordaba como un hombre muy guapo, como aquel actor de las películas de Visconti, Helmut Bergen Había pasado poco más de una década y su rostro estaba surcado de arrugas, como si se tratara de maquillaje agrietado, y aunque su expresión parecía la misma, en realidad era sólo como una mueca. Tampoco le favorecía esa gorra con la que intentaba esconder su calvicie. No creo que sea una buena idea, Quique, le dije, pero no voy a evitarte más, si quieres puedo contarte lo que ella me explicó, o lo que pueda recordar, y luego saca tú tus propias conclusiones.

No la creí al principio, a Ethel, su historia era demasiado dolorosa, era más fácil de digerir cuando se limitaba a un choque generacional con unos padres demasiado posesivos. Era obvio que estaba enferma o que padecía algún trastorno, aunque ante nuestros ojos los síntomas fueron apareciendo de manera gradual: cuadros de ansiedad que no respondían a una situación concreta que hubiéramos podido observar; poca o nula capacidad de concentración, que hacía muy poco productivos los encuentros del grupo de estudio; incluso delirios, con la dificultad añadida de que para nosotros era muy difícil discernir entre sus ensoñaciones y una realidad a la que no teníamos acceso. Cuando parecía que iba a llegar al clímax, se ausentaba y una semana más tarde volvía por la facultad, renovada, aparentemente en perfecto estado. Por supuesto que le pregunté qué le pasaba. No éramos amigas entonces, no me caía bien: demasiado guapa, muy lista, dominaba

varios idiomas, manejaba pasta, para mí era como de otra galaxia. Pero después de verla enferma y presenciar varias de sus crisis, pensé que esa magnífica armadura era el envoltorio de un ser humano que sufría, que en realidad Ethel era una mujer muy frágil. Por eso me interesé por su estado de salud y por su vida.

De todos modos, me resistí a creer su historia. Cuando en abril empezó a explicarme lo de los abusos, a pesar de su expresión de dolor y del llanto que rebosaba sus ojos, no pude creerla, pensé que interpretaba un papel. Pero Ethel era tan convincente que no me atreví a contradecirla ni a dudar de su palabra, tampoco tenía modo de averiguar qué había de verdad en todo el terror que me describió. De todos modos, ¿por qué no podía ser cierto? Casos así aparecían a menudo en los periódicos y, en definitiva, si no podía tener acceso a las causas, al menos podía dar fe de las consecuencias: en diez meses había visto a Ethel demasiado a menudo con el corazón y el alma rotos.

—¿Desde cuándo?

—Desde los quince años, casi media vida.

—Qué putada.

118-157

Mi relación con Ethel no empezó bien. El grupo en el que habíamos trabajado Gerard y yo en cursos anteriores se había deshecho. Invitamos al locuaz Alfonso Castrillo a que se buscara la vida por ahí porque, a pesar de ser buen tío, le echaba demasiado morro y los demás acabábamos trabajando para él. Y mi querido Luis Puente trasladó su expediente a Tenerife; su novia de toda la vida estaba embarazada y habían decidido casarse. Luis tenía tanto desparpajo que me contó sus planes en la cama, después de echar un polvo. He tocado suelo, me dije, esto ya es demasiado, y me alegré de que se largara porque Luis era muy meloso y me volvía loca; cuando salíamos de fiesta y me susurraba al oído con ese acento canario es que me derretía. Luis y yo no llegamos a salir juntos, pero cuando en la facultad organizábamos escapadas de fin de semana a la playa o a la montaña, yo solía visitarle por la noche, en teoría en el más estricto secreto.

Me molestó mucho que, antes de que hubiéramos podido hablar del tema, Gerard les hubiera ofrecido, primero a Ethel, y después a Marcos, formar parte de nuestro grupo. Ese era el tipo de comportamiento que no soportaba en Gerard y por eso mi relación con

él nunca había pasado de una fría cordialidad. Desde luego, Marcos era una buena elección, demasiado introvertido, pero no tenía nada que objetar en el plano académico; le conocíamos bien, era un alumno muy brillante. De Ethel no sabíamos nada. Más tarde ella nos explicó que había seguido la carrera de una manera muy irregular, pero que al fin había pensado que era absurdo dejar tirados los estudios en el último curso y que estaba decidida a finalizarlos antes de cumplir los treinta. No os asustéis, nos aclaró, acabo de cumplir los veintiocho.

Los acepté a los dos a regañadientes y, a decir verdad, si me hubieran invitado a participar en algún otro grupo interesante, quizá los habría dejado. Pero quien me resultó insufrible fue Ethel, porque durante las primeras semanas me pareció la perfección hecha carne. Era cuatro o cinco años mayor que nosotros, medía un metro setenta y cinco, por suerte casi siempre iba con calzado plano, era rubia, con una melena espectacular y un rostro de rasgos fuertes y bien definidos. Era realmente guapa. Y también lucía un buen palmito, sobre todo tenía un pecho espectacular, no era extraño que los tíos babeasen. Su pecho era lo que más le envidiaba, porque yo soy ese tipo de mujer delgada, de labios besucones y con una mirada algo golfa, pero modelo tabla de planchar. La única época en que he tenido unas tetas que valieran la pena fue cuando me quedé embarazada de Susana.

—¿Vas a ejercer de psicóloga?

—No creo, si acabo la carrera es porque quiero sacarle provecho al esfuerzo de todos estos años. ¿Y tú?

—Tampoco, me va muy bien como traductora.

119-157

No quiero parecer injusta con Ethel, ni me apetece tampoco calificarla de egoísta o de desagradecida, pero siempre tuve la convicción de que nuestra compañera no estaba enamorada de Marcos. Creo que se dejó arrastrar por el cariño de Marcos y que, desde luego, vio en él su salvavidas.

Ethel estaba desesperada. Después de la magnífica Semana Santa que pasamos juntos en Venecia, no se veía con fuerzas para volver a su casa y enfrentarse de nuevo a su propia familia. Se pasó todo el trayecto haciendo planes, planes que pasaban en todas sus variaciones por abandonar su casa, y parecía muy animada y segura hasta que llegamos al aeropuerto de El Prat y tuvimos que hablar de separarnos.

La idea era tomar un taxi hasta plaza España y allí, excepto Ethel, el metro. Entonces, Ethel se transformó de nuevo, le cambió el rostro y

la expresión, la postura corporal, como si de repente hubiera cumplido sesenta años más o como si en la bolsa cargara doscientos quilos. No nos atrevimos a dejarla sola, decidimos acompañarla en el taxi hasta su casa aunque tuviéramos que dar una vuelta completa a la ciudad. Primero cruzamos media ciudad para llevar a Gerard al Guinardó, luego, para sorpresa del taxista, retrocedimos y dejamos a Marcos junto al Ninot, después fuimos hacia la plaza España e insistí para que el taxista dejara a Ethel en el portal de su casa y, sólo entonces, continué yo hasta el Paralelo.

Ethel era consciente de que había encontrado en Gerard, en Marcos y en mí unos aliados inquebrantables; nosotros no la dejaríamos sola y estábamos dispuestos a llegar hasta donde ella quisiera, o hasta donde ella nos pidiera. Así pues, ella tenía la certeza de que debía actuar rápido; al curso le quedaban poco más de dos meses y después sería más complicado vernos con tanta frecuencia.

Ethel escogió a Marcos, quizá porque Marcos estaba enamorado de ella y siempre es más fácil querer a quien te quiere bien. Luego, tramó su huida de casa, la definitiva, la que según ella tenía que ser con luz y taquígrafos. Ethel lo planeó todo, con una minuciosidad sorprendente, el día, la hora, incluso nos dijo qué esperaba de cada uno de nosotros y cuánto tiempo debíamos emplear. Lo único que nos faltó fue realizar un ensayo general. Y la triste verdad fue que toda la escena se desarrolló tal y como ella había anticipado.

Por otra parte, una vez conseguido su propósito teníamos la sospecha de que Ethel acabaría desapareciendo de nuestras vidas, más pronto que tarde. Gerard y yo no éramos obstáculo, para entonces ya estábamos liados y en plena euforia carnal. Sería más doloroso para el pobre Marcos, desde luego, y cuando sucedió nosotros no pudimos hacer nada para consolarlo.

—Mi padre y mi abuelo son policías, pueden librarte de ellos en un santiamén.

—No podría, mataría a Margo.

—Perdona, Ethel, pero no puedo creer que tu madre no sepa nada, me parece que es cómplice de la situación.

120-157

Empezaron a llevarme al sanatorio, me contó Ethel, cuando en una discusión acalorada acusé a Esteban de abusar de mí, de su propia hija. Fue el día de mi cumpleaños, dieciocho años, por fin alcanzaba la mayoría de edad. Llevaba tres años esperando ese momento porque,

ilusa de mí, había fijado esa fecha para comunicar a mi familia que quería independizarme y pensé que no podrían oponerse. He pasado los años, me dijo Ethel, posponiéndolo todo, marcándome objetivos que podría alcanzar en un futuro más o menos próximo y que debían cambiar mi vida para siempre: cuando trabaje y gane mi propio dinero…; cuando acabe los estudios…; cuando sea mayor de edad… Y, sin embargo, nada sucedía como yo había imaginado, era tan frustrante…

Esteban sabía que, tarde o temprano, algo así podía suceder, me explicó Ethel, y tenía una estrategia muy clara: no enfrentarse, no discutir, apelar a lo increíble de esas acusaciones, hacer insinuaciones veladas sobre mi equilibrio mental. Es mentira, toda la defensa de Esteban cabía en esa declaración, así de simple. Ethel miente, decía, pero no debemos castigarla, añadía dolido, hemos de ponerla en manos de los médicos para que la ayuden a recuperar la cordura y la salud cuanto antes. Por más que imploré, me dijo Ethel, lo único que conseguí fue que Margo gritara como una loca, que intentara taparse los oídos, que empezara a llorar de un modo histérico. Entonces, mi hermano Santiago arremetió contra mí con tanta furia que tuve miedo físico y lo único que se me ocurrió fue refugiarme en mi habitación. Ni siquiera tuve el consuelo de poder echar el pestillo y encerrarme, así que arrastré la cama hasta la puerta para que nadie pudiera forzarla.

Al día siguiente, continuó Ethel, le abrí a Margo; no había podido dormir en toda la noche y necesitaba hablar con mi madre y conseguir que ella sí me creyera. Mientras daba vueltas en la cama, había pensado en todo lo que le diría a Margo, había preparado mi discurso de manera concienzuda e incluso había previsto las respuestas a sus posibles objeciones, había sido un ejercicio mental extenuante, pero me sentía segura. Sin embargo, cuando entró Margo me abracé a ella y me eché a llorar. No sé qué me dijo, no lo recuerdo, como no recuerdo tantas cosas, ni tampoco sé cómo me convenció, pero me llevó a un psiquiatra que dictaminó que yo tenía una crisis de personalidad, trastorno afectivo bipolar fue el diagnóstico definitivo, y me recetó una medicación que era como subir en la montaña rusa, ascendía a trompicones y descendía de manera acelerada. A partir de ese momento fui de mal en peor, porque la combinación de tranquilizantes y estimulantes constituyó un cóctel demencial y acabé con los nervios destrozados. Cuando entraba en una fase crítica, que era como ellos llamaban a mis momentos de lucidez, me contó Ethel, me arrastraban hasta la consulta del psiquiatra y allí me inyectaban un antipsicótico, o si era ya demasiado tarde, me ingresaban en un sanatorio. Al principio intentaba incorporarme, bajar de la camilla y caminar para escapar de allí, porque después de cada inyección me dejaban sola en una habitación para que pudiera recuperarme, pero

las piernas no me respondían, y si conseguía incorporarme me sentía mareada y me daban arcadas. Dicen que el *electroshock* es peor, pero yo no estoy segura. —Afecta a algunas funciones cerebrales, ¿sabes?

—Pensaba que el *electroshock* era una terapia que estaba prácticamente obsoleta.

—Puedo asegurarte que sigue vigente, pero de todos modos las inyecciones son mucho más incapacitantes.

121-157

El odio es un sentimiento legítimo, me dijo Ethel con convencimiento, mirándome directamente a los ojos, tan legítimo como pueda ser el amor, sólo que es producto de estímulos muy distintos. El odio, como la violencia, como la huida, es una respuesta instintiva, son mecanismos que nos permiten sobrevivir en un medio hostil. No me avergüenza reconocer, ni decir en voz alta, que siento un odio profundo por mi familia. Odio a Esteban. Odio a Santiago. Odio a Quique. Y también odio a Margo, aunque me duela a mí más que a ella. Por eso necesito huir a un lugar donde nadie, y ellos menos que nadie, pueda encontrarme nunca.

—Una no puede huir de sí misma.

—¿Lo sabes por experiencia?, ¿puedes asegurármelo?

—No, me lo dice el sentido común, pero no tengo la certeza absoluta.

122-157

Una tarde, a la vuelta del colegio, yo tenía sólo doce años, entré en casa y mi madre no salió al pasillo a recibirme como hacía casi todos los días. La busqué por la casa sin dejar la mochila y la encontré en la cocina. Estaba sentada en un taburete pequeño, encogida, con la cabeza protegida por los brazos y llorando desconsoladamente. Cuando me vio, echó un vistazo al reloj de la cocina, intentó frenar las lágrimas y forzar una sonrisa, pero no lo consiguió porque yo empecé a llorar también sin saber qué le pasaba. Me abrazó allí mismo. Laura, cariño, me dijo sin levantarse del taburete, y lloró todavía un rato, lloramos juntas, hasta que las lágrimas cesaron de puro cansancio. En cuanto se repuso, mi madre me envió a la habitación a dejar la

mochila y se fue al baño para lavarse la cara. No he podido olvidar nunca esa escena, todavía hoy la recuerdo con una gran nitidez. Por supuesto que no quiso explicarme qué le había pasado, por qué lloraba, se limitó a decirme que no me preocupara, me preparó la merienda y puso la radio.

No sé cómo sucedió, supongo que fue producto de detalles que fui captando poco a poco, cuando mis padres discutían sin percatarse de que yo andaba cerca. Sobre todo recuerdo cómo mi padre insultaba a mi madre, a veces de forma muy grosera, e incluso la amenazaba con darle una bofetada. Empecé así a perder el respeto a mi padre, a rehuir sus besos cuando nos encontrábamos, aprendí también a despreciarle por el trato que le daba a mi madre.

No era difícil, para mí, entender a Ethel, aunque su situación fuera extremadamente más grave que la que yo había vivido en casa, pero en cualquier caso no me sorprendía que mi compañera se sintiera tan lejos de su padre y de su familia, que pudiera incluso odiarlos con todas sus fuerzas. Mi madre parecía prisionera de ese maltrato como si sufriera el síndrome de Estocolmo. Cuando yo se lo reprochaba, ella justificaba a mi padre, y parecía hacerlo sinceramente, y todo lo achacaba a su carácter fuerte, a su profesión de policía, e incluso lo defendía y decía que ella sabía cómo manejarlo.

—¿Cuánto tiempo hace que no lloras con tu madre? —le pregunté a Ethel.

—No me acuerdo, pero estábamos muy unidas. En doce años no hemos compartido ni un momento de intimidad.

—Y ella ¿no va en tu busca?

123-157

Es como esos episodios de terror nocturno propios de la infancia, me contó Ethel, cuando despiertas en mitad de la noche y todo está en silencio y a oscuras, y de repente te parece oír sonidos extraños o ves sombras que se desplazan, y entonces cierras los ojos y te tapas la cabeza con la sábana, pero sigues siendo consciente de que ahí fuera hay algo que te amenaza, una amenaza difusa pero que sabes que puede ser peor que la muerte. Así es como me siento yo noche tras noche, me dijo Ethel temblando.

Por desgracia, sabía de lo que Ethel me hablaba porque muy a menudo yo me despertaba de madrugada a causa de las broncas de mis padres. Mi madre y yo solíamos cenar solas, después yo me iba a mi dormitorio y ella se quedaba a esperar a mi padre hasta que

llegaba de madrugada. No se acostumbraba a sus desplantes y aguardaba despierta para recriminarle que llegara tan tarde y bebido o incluso borracho. Pero mi padre no temía la pelea, estaba hecho a tratar con delincuentes y para él mi madre era sólo un ama de casa cabreada. Así que utilizaba un tipo de respuesta u otro según el tono que empleara mi madre; podía limitarse a escuchar su bronca y responder en voz baja con una sola frase que repetía una y otra vez: Araceli, por favor, no grites, le decía, o Araceli, siéntate y hablaremos con calma; o por el contrario mi padre respondía con gritos a sus reproches, con portazos y golpes en los muebles a su llanto, y si mi madre persistía y él se cansaba de oírla, cogía su chaqueta y se volvía a marchar. Desde la cama, yo oía toda la discusión, me cubría la cabeza con la almohada para ahogar sus voces, pero era imposible, sus gritos penetraban por todos los poros de mi piel. Después, cuando se producía ese silencio que se quebraba con el sordo gimoteo de mi madre, me quedaba desvelada en la cama durante horas, sin atreverme a salir. Tampoco me atrevía a decir nada al día siguiente, como si por el mero hecho de no hablar de lo sucedido no hubiera tenido lugar.

¿Sabes?, me explicó Ethel, tengo un plan que procuro ejecutar cada noche. Llego a casa lo más tarde posible, para poder cenar sola en la cocina, luego espero en mi habitación a que se vayan a la cama y entonces finjo que tengo que estudiar y salgo al comedor. Cuando ya es muy tarde, a veces de madrugada, me voy a mi dormitorio, pero aunque esté reventada, basta que me meta en la cama para sentirme desvelada, la angustia no me deja dormir. Oigo entonces todos los ruidos de la casa, veo mudarse los números naranjas en el reloj y me digo las dos, las tres, ya no vendrá, ya no vendrá, y al fin estoy tan rendida que me quedo dormida. Pero es un sueño falso porque, de repente, oigo sus pasos blandos avanzar por el pasillo, o puedo oír el chasquido del pomo de la puerta al girar, o si no el quejido de la puerta al abrirse, o siento el aire frío cuando levanta la ropa de la cama, o siento su terrible peso sobre mí.

—¿Y no gritas?

—No puedo, quiero gritar pero no puedo, el grito se ahoga en mi garganta de puro miedo.

—Pobres de nosotras.

124-157

Ethel fue una niña feliz, sentí envidia cuando me lo contó porque

mi infancia estuvo siempre llena de sobresaltos, y también era muy madura, sus vecinas de Belgrano, en Buenos Aires, solían extrañarse al oírla razonar y utilizar un lenguaje propio de una persona adulta. Margo y ella tenían conversaciones inusuales no sólo entre una madre y una hija, sino también entre personas con esa diferencia de edad. Pero se entendían y había cosas que Margo sólo le explicaba a Ethel, a menudo antes incluso de que fuera capaz de comprenderlas.

Margo tuvo un aborto en Sevilla, con cuarenta y tres años se quedó embarazada. Ella no quería tener el niño, pero para Esteban, que hacía gala de unas fuertes convicciones religiosas, era impensable plantearse la interrupción del embarazo. Pasaron una temporada muy tensa porque él estaba acostumbrado a que le obedecieran, a que en su casa se hiciera su santa voluntad. De todos modos, la situación se resolvió de un modo natural porque Margo empezó a tener pérdidas, a encontrarse mal y al final tuvo que ingresar en el hospital, donde los doctores le provocaron un aborto. Sin embargo, no fue un mero trámite, pasar por el quirófano siempre tiene sus riesgos. La intervención se complicó, Margo perdió mucha sangre, tuvieron que extirparle los ovarios y pasó una temporada muy crítica. Esteban fue a verla al hospital pero no pasó ni una sola noche con ella. Por más que los doctores fueron terminantes en cuanto a que se había tratado de un hecho accidental, Esteban no dejó de manifestar sus sospechas; él siempre pensó que Margo se había salido con la suya.

—Esteban tiene dominada a Margo—solía decirme Ethel—, pero no sé cómo lo consigue. Margo es más lista, más sensible, más atractiva.

—Nos han educado para vivir sometidas.

—Quizá sea eso.

125-157

Una noche, hacia final de curso, cuando volví de clase me encontré a mi madre sentada en el sofá, parecía muy triste y desconsolada. Hacía un par de meses que no la veía en ese estado de postración; pensé que el borde de mi padre se habría podido colar en casa y le busqué para pedirle alguna explicación, pero no había nadie más.

Mi padre era policía, aunque yo no le había visto nunca de uniforme, ni recordaba que de niña me hubiera enseñado su placa, pero no tenía duda de que era un cabronazo. Según él, trabajaba en temas de inteligencia y su obligación era viajar de un lado para otro, infiltrarse en grupúsculos extremistas que pudieran atentar contra la

seguridad del Estado. Cuando se ausentaba, a veces durante varias semanas, llamaba muy de tarde en tarde pero casi nunca explicaba nada ni decía dónde había estado. Mi madre pensaba que era una excusa y que lo que hacía era desaparecer para irse de juerga; desde luego prefería no saber dónde se metía. Mi madre se casó muy joven, con diecinueve años, estaba embarazada de mí. Cuando lo supe, porque me lo contó mi abuela un día en que mi padre estaba ausente como era habitual, mi madre se azoró mucho, me dijo que sí, que era cierto, que estaba embarazada, pero que ella se hubiera casado igualmente porque entonces lo quería, estaba enamorada de él. La culpa es mía, soltó mi abuela, quizá le faltó una bofetada a tiempo. ¡Mamá!, protestó Araceli, pero qué dices. Además, aunque se hubieran casado, continuó la abuela, él tendría que haberla obligado a continuar los estudios, tu madre sacaba muy buenas notas en el bachillerato y podría haber seguido una carrera. Era un hacha en matemáticas, me contó la abuela, tendrías que haberla visto resolver cualquier problema. Cuando alcancé cierta madurez y me atreví a hablarle como a otra mujer, le aconsejé a mi madre que se separase, pero ella se lo tomó como un reproche y le sentó fatal, y nunca más me atreví a hacer comentarios si no era ella la que sacaba el tema.

Cuando se rehízo, mi madre me siguió a la habitación; me molestó que llevara puesta una bata gastada y que no se hubiera tomado la molestia de peinarse y arreglarse un poco. Entonces me contó que la había llamado Ethel, que de hecho en las últimas semanas habían hablado por teléfono en varias ocasiones, y que mi amiga le había explicado todo lo que yo decía sobre ella y sobre su matrimonio. Me quedé estupefacta. No me podía creer lo que me estaba diciendo y se lo hice repetir un par de veces. Ethel a menudo insistía en que debía ser más comprensiva con mi madre, pero yo no le hacía caso porque entendía que lo que estaba haciendo era proyectarse en mí, que en realidad ella me estaba hablando de su relación con Margo. ¿Cómo se atrevía Ethel a darme lecciones si, según me había confesado, hacía años que no cruzaba dos frases seguidas con su madre? Si la hubiera tenido delante, no sé qué le habría dicho.

Yo te quiero hija, me dijo mi madre reprimiendo las lágrimas, hubiera hecho cualquier cosa por ti, antes y ahora. Me abrazó y permanecimos calladas un buen rato porque las dos teníamos un nudo en la garganta. Cuando me recuperé, tuve que repetirle lo que para mí era evidente, que yo también la quería, pero que me hacía sufrir verla en casa, postrada, esperando que llegara su salvador, cuando ella era mil veces mejor que cualquier príncipe valiente, y que además todavía era joven y guapa. ¿De qué ha servido que pusieras a tu marido, le pregunté, de patitas en la calle si no eres capaz de demostrarle que puedes valerte por ti misma? Mi madre decidió por fin tramitar los

papeles de la separación, que llevaban casi un mes encima de su mesita de noche. Más tarde, con la ayuda de mi abuela, que le prestó algo de dinero, montó una empresa de servicios personales y le va de maravilla.

Me enfadé con Ethel, aunque entendí que ella sufría por todos nosotros, porque nuestros conflictos le parecían chiquilladas que podían resolverse con una palabra, un beso y un abrazo.

—No quiero que vuelvas a llamar a mi madre.

—Me parece una gran mujer, con mucha sensibilidad.

—Es igual, no quiero que la llames.

126-157

No fue una pesadilla, por desgracia no lo fue. Durante años, Ethel se sintió sucia por lo que otros le obligaban a hacer. Sucia y culpable, porque acabó interiorizando que había algo en ella que lo provocaba. De todos los daños que el verdugo puede causarte, quizá ése sea el más terrible, cuando te hace sentir culpable de tu propia desgracia, cuando te pide que elijas entre lo malo y lo peor, cuando te exige que anudes la soga que ha de servir para colgarte.

Ethel sentía una gran repugnancia hacia el sexo. Era una persona muy cariñosa, le gustaba el contacto físico y a menudo te rozaba el brazo o te cogía de la mano mientras hablabas con ella; pero, sin embargo, sabíamos por Marcos que sufría un bloqueo que la hacía enrojecer y sudar cuando era ella la destinataria de esas caricias.

En los últimos años, cuando Esteban empezó a estar delicado de salud, y después de la boda de Santiago, Ethel se sintió a salvo. Empezaron a menudear los asaltos y ella, por primera vez, se sintió con fuerza para rechazarlos. Esa nueva situación, junto a una medicación más suave, la espoleó para volver a matricularse en la universidad y seguir unos estudios que había abandonado varios años atrás. Nunca acabó Psicología, y cuando decidió regresar a los estudios ya no le interesaba como profesión, aunque quería completar la carrera para demostrarse a sí misma, y a su familia, que podía hacerlo.

Su relación con Marcos era especial. Yo no sé decir si era amor, porque no sabía cómo interpretar las reservas de Ethel, pero entre ellos había una química evidente. Ethel eligió a Marcos, y tenía dónde elegir, ya lo creo, porque la mayoría de los chicos de nuestro curso, y de otros cursos, se lanzó sobre ella como una jauría de lobos. Marcos se limitó a estar allí, desprendía paz, sosiego, sentido común, y

además en la distancia corta resultaba atractivo. Si abría las compuertas y te dejaba pasar, Marcos resultaba también divertido, la ironía era su mejor arma, eso y llevar hasta el absurdo las salidas de tono de los demás. Ethel y Marcos se entendían, no necesitaban hablar, se leían el pensamiento. Estaban tan bien juntos que llegué a pensar que en él Ethel encontraría esa media naranja con la que complementarse, incluso pensé que, a la larga, le sería posible mantener relaciones íntimas con él. En eso también me equivoqué. Lo sé, lo supe por Marcos, que se desesperaba porque no podía entender qué sucedía, le parecía vivir una de esas películas españolas de la época del destape, del calienta pero no quema.

—¿Estás saliendo con Marcos?

—Define saliendo.

—Escoge entre estas tres situaciones: compañero; amigo con derecho a roce; novio con derecho a cama.

127-157

¿Conoces a alguna mujer que haya sido violada?

La pregunta de Ethel me sorprendió tanto que me costó responder; pensé en algunas situaciones difíciles que yo misma había vivido en alguna concentración de atletas pero que se habían resuelto bien, aunque con mucha tensión, y me acordé también de una compañera que abandonó la competición y que sólo mucho más tarde supimos que había sido violada por un miembro de la expedición. Rosamaría Soler, se llamaba, su especialidad era mariposa. No era de mi club, y la conocía sólo de vista, por lo que nunca llegué a saber los detalles de lo sucedido. Personalmente, no, respondí al fin, e inmediatamente pensé en mi madre, en las agresiones verbales y físicas que sufría por parte de mi padre, y ya no estuve segura. Pero no añadí nada más, preferí morderme la lengua.

Estábamos en mi casa, sentadas en la cama, era sábado y Ethel había venido a traer algo de ropa y otros objetos personales que quería llevarse a Venecia, porque no pensaba darle a su familia la oportunidad de prohibirle o impedirle que fuera de vacaciones. Así que me había ido trayendo su equipaje poco a poco y, de paso, había ido interrogándome sobre mi relación con Gerard. Si ella no hubiera estado saliendo con Marcos, habría pensado mal de Ethel, porque encontraba fantástico a Gerard: guapo, a pesar de esos rasgos de brutote, fuerte, optimista.

Yo no había oído el timbre, así que mi madre fue a abrir la puerta

y acompañó a Ethel hasta mi habitación; era la segunda o tercera vez que se veían. Mi madre estaba encantada, leí en su rostro que le había sorprendido que fuera tan guapa, a pesar de que se vistiera para disimularlo. Ethel vestía unos pantalones de franela grises, por lo menos dos tallas más grandes de la cuenta, una camisa de leñador, de enormes cuadros rojos y negros, y un chaquetón cruzado algo raído. La melena rubia, Ethel la llevaba como siempre, echada hacia atrás más que peinada, y por supuesto sin rastro de maquillaje en su rostro. Hasta que mi madre no nos dejó solas, Ethel no formuló esa curiosa pregunta.

La peor situación es cuando el violador es alguien de tu propia familia, un pariente cercano o un amigo íntimo, continuó Ethel, y eso te obliga a denunciarlo y provocar un escándalo en casa o, por el contrario, supone callar y soportar la agresión. Me quedé expectante, sin saber qué debía hacer. Pensé preguntarle si ella conocía algún caso, pero la pregunta siguiente podría ser demasiado directa. Opté por callar, me limité a acercarme a ella y a cogerle la mano, esperando que siguiera y me aclarara la situación, pero Ethel cambió de tema.

—Es una pregunta muy extraña, ¿no crees? ¿Conoces tú a alguien que haya sufrido una agresión así? ¿Te ha sucedido a ti?

—¿Por qué supones eso?

—No hagas caso—le dije, y pensé que había algo en mí que se ponía en tensión y reaccionaba a la primera señal, por leve que fuera.

128-157

Le pedí a Aurora que me acompañara al tanatorio para el entierro de la madre y el hermano de Ethel; le había hablado bastante de ella al principio de nuestra relación. A Aurora Bordón creo habérselo contado todo, cosa que por ejemplo no hice con Gerard. Me asustaba volver a encontrarme con el viejo grupo y, además, en presencia de Ethel, no tenía claro cómo iba a reaccionar, me pareció extraña esa inseguridad después de tanto tiempo, como si mi vida sentimental no estuviera bien sedimentada. Pero Aurora no podía acompañarme, tenía que visitar a un par de pacientes que la tenían preocupada, su evolución estaba siendo errática y eso la desconcertaba; en el caso del niño estaba dispuesta a ingresarlo en urgencias de inmediato, aunque el director de la Mutua se cabrease. Aurora es médico, nos conocimos precisamente gracias a su prurito profesional. Ella había estado visitando a uno de los hijos de una pareja a la que yo estaba dando

apoyo familiar. Se trataba de dos jóvenes, él de dieciocho años y ella de diecisiete, y ya tenían dos hijos, el mayor de tres años. Habían llegado a Barcelona huyendo de sus familias y no conocían a nadie en la ciudad. Estaban colgados, como se dice coloquialmente, pero además no tenían ni idea de cómo criar a sus hijos. Una de mis tareas semanales era ayudarles a organizar una dieta para que estuviera compensada, porque sólo se les ocurría darle hamburguesas al mayor y potitos al pequeño. También tenía que proporcionarles pautas de higiene, organización económica y cosas así de elementales. Por suerte, él tenía trabajo en la construcción y podían mantenerse sin apuros. Aurora me llamó al trabajo porque no se aclaraba con los padres y quería que yo le explicara cómo veía al niño, si tenía un comportamiento normal, cómo iba en la escuela; ella tenía la impresión de que el niño tenía algún déficit y no paró hasta descubrir que en realidad tenía una pérdida de audición de más del cincuenta por ciento en los dos oídos. Aurora y yo nos vimos en varias ocasiones, primero por trabajo y más tarde por placer, y acabamos liadas.

Hacía poco más de un año que me había separado de Gerard y no salía con nadie. No sé por qué, pero me pareció lógico salir con Aurora, enamorarme de sus ojos responsables y sus manos serenas; le expliqué entonces el episodio que había vivido con Ethel y todo el drama en que nos vimos envueltos.

Gerard tuvo un pronto de machito ibérico. Cuando supo que me había liado con Aurora temió que su hija pudiera ser conducida por la senda del mal, o del lesbianismo, e insinuó que debía ocuparse de ella, tener la patria potestad. Me reí tanto, le pegué tal bronca, le recordé de manera tan precisa cuáles eran sus pecados y sus debilidades que nunca más se ha atrevido a sacar el tema. En realidad, lo que le pasó a Gerard es que, al saber que su ex mujercita se había liado con otra señora, se sintió herido en su orgullo de hombre y heterosexual.

Le he propuesto a Aurora vivir juntas más de una vez, pero ella se resiste, dice que tiene que pensarlo. Me sorprendió que me diera largas y esperé el momento oportuno para preguntarle qué sucedía, si no estaba enamorada de mí. Sabes qué pasa, Laura, se sinceró una noche, a la salida del Teatro Nacional, mientras esperábamos un maldito taxi en la Gran Vía, no quiero encariñarme con Susana. Si lo nuestro no funciona, me dolerá, pero seguramente podré rehacer mi vida e incluso encontrar a otra mujer, pero a Susana no la podré sustituir. Tienes una hija estupenda, tan dulce y tan loca, me divierte tanto…

Nunca han sabido, ni Gerard ni Marcos, que estuve enamorada de Ethel, ni que nos habíamos enrollado en Venecia.

—No se lo dirás a Marcos, ¿verdad? —me pidió Ethel—, no me

gusta verle sufrir.

—No sabría cómo hacerlo, ni siquiera yo puedo entender qué nos ha sucedido.

—Mejor así.

129-157

Ethel lo sabía todo sobre Salzburgo, aunque nunca había estado allí. Cuando hablaba de esa ciudad se le iluminaban los ojos. Un día de éstos me iré a vivir a Salzburgo, nos anunciaba, tengo familia allí. Sólo tengo que decidir qué hago con Margo. ¿Qué me aconsejáis?, ¿me llevo a mi madre, sí o no? A fin de cuentas es su familia, aunque Margo se portó muy mal con ellos.

Margo es capaz de imitar cualquier acento, me decía Ethel, yo heredé esa habilidad de ella, pero tendrías que haberla visto en la caseta de la empresa en la Feria de Abril de Sevilla. Una rubia despampanante, de ojos azul cielo, vestida con un traje de faralaes y hablando en andaluz con acento alemán o cantando un corrido como una mexicana; los otros invitados se partían de risa y se la rifaban. Margo no es feliz, ¿sabes?, me confesó Ethel, creo que jamás lo ha sido, ha vivido siempre a la sombra de Esteban y nunca ha podido mostrarse como realmente es. Después de México, a Esteban le ofrecieron volver a Europa, nada menos que un puesto de dirección en Alemania para ocuparse de algunas infraestructuras que iban a realizarse en el Este, y él no lo aceptó; ni siquiera se molestó en consultarlo con Margo, si volvía a Europa tenía que ser a España. Margo se llevó una gran decepción, ella ansiaba volver a su país, y Alemania le parecía como vivir en la calle de al lado; además, en esa época sus padres todavía vivían y ella hubiera estado a sólo unas horas en coche.

—Creo que hace más de veinte años que Margo no ve a sus padres.

—¿Están peleados?

—No sé, en alguna ocasión he oído que fue Esteban quien se peleó con ellos, hubo una época en que estuvo celoso hasta de la familia de Margo.

130-157

Ethel se presentó en la facultad con cuatro billetes de avión para Venecia. Era un regalo que nos hacía y no hubo forma humana de que aceptara nuestro dinero. Pensamos en compensarla de alguna manera pagando nosotros el hotel o asumiendo cualquier otro gasto, pero al final sólo quedó en un buen propósito. Habíamos estado hablando de ir juntos de vacaciones por Semana Santa, los cuatro, y fuimos porque Ethel nos sorprendió con los billetes y ya no hubo modo de echarse atrás. Gerard y yo todavía no estábamos emparejados, pero ya flirteábamos, sólo era necesario que surgiera la oportunidad. Me gustaba Gerard. Al principio me molestó un poco que pretendiera ir de líder, me pareció arrogante. Luego quise creer que era una cuestión de personalidad, intenté convencerme de que no era el típico macho que tiene que estar sacando pecho todo el día y compitiendo con los otros machitos por las hembras de la especie. Me gustaba, sobre todo, el aire saludable que tenía: era alto, estaba bastante cuadrado, llevaba el pelo largo pero muy cuidado, y tenía una mirada sincera. El día que me encontré a mí misma pensando así de Gerard, y justificando en él hasta ese puntito de arrogancia, me dije: Laura, has caído, estás coladita. Pero no me importó, porque para entonces yo ya sabía que el sentimiento era recíproco.

Ethel trabajaba como traductora externa para una empresa, traducía del alemán y del inglés, y ganaba mucho dinero, y si hubiera querido llevarse trabajo a casa, aún hubiera podido ganar más. Pero ella no podía traducir en su casa, allí no conseguía concentrarse, así que acudía a la empresa y permanecía allí toda la mañana trabajando. Era demasiado perfeccionista, a menudo sus compañeros o su jefe tenían que quitarle el trabajo de las manos porque si no lo hacían, ella no lo hubiera dado nunca por finalizado. Alguna vez le habían pedido si quería ser intérprete, pero Ethel no servía, lo había probado y no conseguía concentrarse sólo en traducir, enseguida se veía forzada a corregir al conferenciante y a matizar o a discutir sus palabras. En cualquier caso, Ethel ganaba una fortuna, al menos en comparación con lo que me pagaban a mí como monitora de natación y como camarera los fines de semana. Por su parte, Gerard tenía un buen sueldo, aunque tenía que trabajar cuarenta horas a la semana, y sólo le quedaba una asignación semanal, como si fuera un adolescente. Lo de Marcos era distinto, no sé si se le podía llamar trabajo a lo suyo, porque Marcos era dibujante y vivía de eso; en caso de apuro, y si su carácter se lo hubiera permitido, le habría bastado con acudir el sábado o el domingo por la mañana a la Rambla, a la calle Monteada o a cualquier esquina del centro donde pasara gente, mejor si eran turistas, y hacer caricaturas. En cuatro o cinco mañanas hubiera podido ganar más que yo en todo el mes. En Venecia, Marcos nos invitó a comer en Lido en un restaurante magnífico, tenía una terraza

soleada prácticamente cubierta por unas glicinias blancas que eran una delicia. Fue la mejor comida de las vacaciones, la más primaveral, y Marcos la pagó con lo que ganó una mañana en la plaza de San Marcos. La idea fue de Ethel, además ella sirvió de reclamo. Se sentó en la silla de una terraza y se quitó la chaqueta, debajo llevaba una camiseta azul de tirantes con un escote que producía vértigo, y los tíos empezaron a formar un corro como si no hubiera nada más interesante que ver dibujar a Marcos. Después de Ethel se animaron muchos otros. Para ir más rápido, a todos los turistas los caricaturizaba igual, subidos a una góndola y con el uniforme de gondolero. Lo que nos llegamos a reír en esa sobremesa, con la ayuda del Chianti, nadie lo sabe.

Fuimos felices en Venecia, se nos notaba a todos, y a Ethel más que a nadie. Nuestra amiga estuvo cabizbaja todo el trayecto de vuelta a Barcelona, con la cabeza apoyada en mi hombro. Cuánto dolor y cuánta impotencia llegamos a sentir.

—Podría irme a vivir contigo.

—Vale, pero es probable que mi padre te detenga.

—No es lo peor que me puede pasar.

131-157

Nuestra estancia en Venecia duró sólo una semana, pero fue tan intensa que resultó inolvidable. Tuvimos un golpe de suerte y encontramos una oferta con muy buen precio para alojarnos en la isla de Lido. Al llegar nos pareció un engorro tener que utilizar cada día un *vaporetto* para ir hasta la plaza de San Marcos, pero a la vuelta del primer día, cuando decidimos salir a pasear por la playa antes de cenar, nos dimos cuenta de que había sido un gran acierto. Las noches en la playa de Lido fueron fantásticas, estirados en la arena, oyendo el rumor de las olas y mirando el cielo estrellado.

Habíamos reservado dos habitaciones dobles, aunque con dos camas, y Ethel la compartía con Marcos y yo con Gerard. De momento tienes derecho a mirar, le dije a Gerard, y sólo a eso. Cuando nos acostamos la primera noche, Gerard empezó a explicarme anécdotas y batallitas familiares, sobre todo historietas protagonizadas por su hermana pequeña, hasta que intuí lo que le pasaba por la cabeza. Apaga la luz y duerme, le interrumpí, no vas a conseguir más esta noche. Fue obediente. A la mañana siguiente me desperté primero, entraba una luz magnífica porque habíamos dejado la persiana levantada para poder ver el mar. Gerard todavía dormía. No lo pensé

demasiado, me levanté y me metí en su cama.

Fueron unos días fantásticos, visitamos museos, comimos pasta, caminamos por la playa; si hubiéramos podido congelar esos momentos quizá nos habríamos quedado a vivir allí. Ethel y Marcos se entendían bien, mejor de día que de noche, por lo que me dijo ella, pero conforme pasaban los días a Ethel se le iba cambiando el humor de manera perceptible: una bronca con un camarero, una pasta que no estaba exactamente al *dente*, o se mostraba susceptible ante un comentario que quizá ni siquiera iba dirigido a ella. Nos dimos cuenta enseguida, todos, de que simplemente no quería volver a Barcelona, e incluso llegó a proponernos dejarlo todo, buscar un trabajo, un piso de alquiler y quedarnos a vivir en la isla de Lido. En su euforia, había llegado a decidir cuál era la profesión idónea para cada uno.

Teníamos la vuelta programada para el Domingo de Resurrección, pero ya el sábado Ethel se levantó demacrada; según Marcos no había dormido en toda la noche. Porque había aprendido a apreciarla, sentí pena por ella y decidí estar cerca, estar a su lado para que pudiera desahogarse si lo necesitaba. Fuimos todo el día cogidas del brazo. Al principio a mi amiga le pareció un poco ridículo, hasta que oyó que unos italianos nos piropeaban. Como mi compañía parecía hacerle bien, decidimos que la última noche las chicas compartiríamos habitación.

Estaba en la cama leyendo cuando salió Ethel del baño, desnuda, con una toalla envolviéndole el cabello húmedo, y me pareció una mujer impresionante. Fingí que leía para no prestarle atención, porque ella quiso acostarse desnuda. ¿Qué lees?, me preguntó. Una novelita, le respondí quitándole importancia, pero ya apago la luz. Unos minutos más tarde la oí sollozar, encendí la luz, pero sólo un segundo porque Ethel me suplicó que la apagara. Me levanté y me senté en su cama, le acaricié el cabello rubio mientras le decía que no se preocupara, que en su vida habría otros momentos como ésos. Ethel me pidió que me tumbara a su lado. Yo llevaba un camisón corto, y cuando ella se acercó y me abrazó y puso la cabeza sobre mi pecho, sentí el calor que desprendía. Estaba un poco incómoda, la verdad, pero no se me ocurría qué otra cosa podía hacer. Mientras la consolaba, Ethel empezó a besar mi cabello, mi cuello, mis orejas; deslizó su mano sobre mi cuerpo y noté que me encendía. A oscuras, Ethel se incorporó un poco y buscó mi boca, me besó con tanta ansiedad que creí que me quedaba sin aliento.

Nunca me había acostado con otra chica, ni siquiera había jugado con otras niñas a mirarnos en el espejo y todo eso tan habitual entre adolescentes. Cuando desperté, me fui deprisa a mi cama y fingí que dormía porque, aunque había sido ella quien había tomado la iniciativa, yo necesitaba tiempo para valorar qué había sentido y para

pensar en cómo debía comportarme.

Estuve todo el domingo muy nerviosa, sobre todo porque Ethel parecía haberse recuperado. Estaba más entera, más animada, e incluso Marcos y Gerard se acercaron a mí, por separado, para reconocer que mi apoyo le había sentado muy bien. Por suerte era un día ajetreado, había que preparar las bolsas, coger el *vaporetto* y luego un autobús hasta el aeropuerto. Hasta que aterrizamos en Barcelona, Ethel volvió a compartir con nosotros sus planes, sobre todo el más importante: abandonar su casa lo antes posible.

Traté de olvidarlo sucedido esa noche con Ethel y lo conseguí a medias. El principal beneficiado fue Gerard, porque yo tenía el prurito de demostrarme a mí misma que había sido un accidente provocado por el desamparo de Ethel y que mi heterosexualidad era a prueba de bombas.

—¿Por qué lo hiciste? —me atreví a preguntarle a Ethel en una ocasión propicia.

Ella no respondió, se limitó a poner un dedo sobre mis labios.

—¡Eres tan dulce!

132-157

Soy feliz sólo cuando estoy con vosotros. Ethel utilizaba expresiones como ésta de vez en cuando, en medio de una conversación sobre cualquier cosa, y nosotros nos sentíamos sobrecogidos; evitábamos incluso mirarnos para que ella no se sintiera mal.

Ethel llegaba a las citas cariacontecida, mostrando claramente que lo estaba pasando mal, ya no disimulaba delante de nosotros. No importaba si habíamos quedado en la biblioteca, para preparar algún trabajo, o en una cafetería, para tomar algo y por el placer de estar juntos. Ethel necesitaba entrar en calor, para ella nuestros encuentros siempre eran demasiado breves y acababan de manera abrupta. Era fácil verla transformarse, cómo mejoraba su humor, cómo sus comentarios eran menos ácidos y más cálidos, y cuando se animaba y dejaba atrás sus amarguras, era divertida porque tenía esa habilidad para imitar a cualquier personaje y emplear expresiones propias de otros idiomas. Recuerdo que dejamos de decir que un lugar estaba a tope o lleno o completo, para decir que estaba *full*, o pedíamos un trozo de *cake* o de *pie* sin inmutarnos; también nos dejó aturdidos cuando un día mencionó los pantalones *livais* o las zapatillas *naiki*, y jamás hubiéramos podido pronunciar el nombre de Sigourney Weaver

como ella, habíamos ido a verla en *Copycat* porque un profe nos la había recomendado como introducción a un tema sobre fobias.

Cuando empezaba a hacerse tarde, Ethel miraba la hora constantemente, y se dedicaba a introducir un tema tras otro, porque temía que alguno de nosotros dijera «Es tarde, tengo que irme». Si hubiera dependido de ella, no nos habríamos separado nunca, parecía mendigar con la mirada que nos quedáramos con ella una hora más, un minuto más.

Y cuando ya no era posible, preguntaba quién iba hacia su barrio, aunque por supuesto sabía que Marcos la acompañaría. La despedida, para ella, significaba el inicio de una angustia creciente.

—¿Puedo llamarte más tarde?

—Claro, llámame cuando quieras.

—Hay cosas que no te puedo contar delante de estos gorilas.

133-157

El sanatorio era como una herida abierta para Ethel, una herida que sangraba de vez en cuando. Si no estás enfermo, acabas estándolo, Laura, solía decirme; nadie puede pasar por un infierno así y salir indemne.

Ethel utilizaba una agenda, era un modelo que estaba de moda, la había publicado el movimiento feminista. Me la mostró en más de una ocasión porque en algunas épocas, o quizá debería decir en algunas fases de su estado de salud, olvidaba qué nos había contado y qué no. No es que hubiera anotaciones especiales, lo que podrías encontrar en cualquier agenda de una mujer de su edad. Pero entre las últimas páginas había un calendario desplegable de los últimos tres años, en el que estaban tachadas las semanas que había pasado en el sanatorio. Bastaba un simple vistazo para ver que la frecuencia de los internamientos era cada vez mayor. Están tachadas en negro, me dijo con un tono muy serio o muy triste, porque no forman parte de mi vida, son semanas que no he vivido, debería descontarlas cuando me preguntan la edad, ¿no crees, Laura?

No deberías obsesionarte con eso, le dije para intentar animarla, sólo deberías pensar en curarte. ¿Curarme? Ethel soltó una carcajada exagerada, era evidente que se trataba de una risa fingida, ¿curarme de qué si no estoy enferma? ¿Te has fijado? Esos encierros cada vez están más presentes en mi vida. La paradoja es que cuanto más lúcida me siento, con más frecuencia acabo en ese manicomio.

No supe qué decir, sentía lástima por ella, pero no podía ponerme sentimental si no quería que la conversación entrara en un callejón sin salida. Tienes razón, continuó Ethel, no debería alimentar este calendario, tiene un efecto perverso sobre mí, porque cuando empiezo a contar los días que me faltan para entrar en una crisis, una crisis que acabará con una inyección o me conducirá al sanatorio, empiezo a sentirme mal, a estar ansiosa, y noto cómo mi comportamiento se va alterando. Al final, saber que va a ocurrir, acercarme a la media de días, creo que acelera el hecho de que suceda.

—Debería romper el calendario.

—Hazlo—la reté—, líbrate de él para siempre.

—No puedo—me contestó al cabo de un rato—, primero tengo que vencerle.

134-157

Ethel podía ser muy dura con la gente, era como un tic del que uno no se cree responsable. De repente, devolvía el café con leche al camarero porque no estaba lo suficientemente caliente o porque tenía demasiada leche. Y lo hacía sin mirarle a la cara, de un modo bastante déspota. Una tarde se lo reproché, en el café Viena, y me dijo que seguramente tenía razón pero que no era consciente. Yo la había observado moverse en diferentes ambientes. En el hotel de Venecia parecía que tenía reservada la *suite* imperial; en los restaurantes, preguntaba si el rodaballo era fresco aunque acabara pidiendo una hamburguesa; en una tienda de moda, se plantaba en medio del local esperando que la dependienta corriera a atenderla y mostraba una altivez que rayaba en la mala educación; sin embargo Ethel emanaba algo que hacía que los camareros, los recepcionistas, los vendedores acabaran tratándola de manera distinta a como me trataban a mí, por ejemplo. La mayoría de las veces me sentía incómoda a su lado, me irritaba que pudieran pensar que era como ella en ese aspecto. En alguna ocasión, si he de ser sincera, nos fue útil su desparpajo porque conseguimos ventajas que de otro modo nos hubieran negado. En mi familia hemos sido ricos hasta hace apenas tres años, me contó para justificarse. Hasta entonces habíamos vivido siempre en casas de doscientos metros cuadrados, con jardín, algunas con piscina, y naturalmente con habitaciones para el servicio. Para que te hagas una idea, Laura, la zona de servicio de nuestra casa de México era más grande que el piso en el que estamos viviendo ahora, y más confortable. Podría relatar el declive económico de mi familia a partir

del número de criados que hemos ido teniendo: cinco en Madagascar, tres en Buenos Aires, dos en México, dos a tiempo parcial en Sevilla. Aunque, de todos modos, yo no tuve que hacerme la cama hasta que cumplí los veinticinco años.

—A veces gastas un tono que es para mandarte a la mierda.

—*Really*? ¿No crees que exageras un poco, querida?

—¡Lo ves!

135-157

Tiene ropa interior que no le he comprado yo. A mi madre no se le ocurrió otro modo de explicarme lo que estaba sucediendo; lo soltó así en cuanto me vio entrar. Encontré a mi madre en su dormitorio, en un estado de excitación muy cercano a la histeria. La habitación era un desastre, parecía el almacén de un trapero. Mi madre había vaciado todos los cajones de la cómoda y de las mesitas de noche, había sacado toda la ropa del armario y, al parecer, había registrado uno por uno los bolsillos de los pantalones y de las chaquetas de mi padre. Todo lo que había encontrado estaba agrupado en un cajón vacío y se había dedicado a analizar papel por papel, cada comprobante de pago y cada caja de cerillas. También había volcado las cajas de zapatos y había revisado el interior de cada par. No encontrar nada relevante, al menos a simple vista, la sacaba de sus casillas. Tenía que haber algo, alguna prueba de la infidelidad o de la doble vida de mi padre. Cuando llegué yo, mi madre me miró asustada, dio una vuelta sobre sí misma y se dejó caer pesadamente, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, y fue acumulando piezas de ropa sobre su regazo. No me dio tiempo a preguntar qué había pasado, porque era como si un ladrón hubiera saqueado la habitación en busca de algún objeto valiosísimo. Tiene ropa interior que no le he comprado yo, me dijo, y eso según ella probaba a todas luces que mi padre tenía otra familia, quizá en esta misma ciudad. Estaba segura de que él no se iba de juerga, ya no tiene edad, ironizó ella, para ir correteando por ahí detrás de las mujeres, debe de ser algo mucho más serio. Tiene otra familia, Laura, afirmó mi madre con contundencia, blandiendo unos calzoncillos azules, esta ropa no se la he comprado yo.

Miente como respira, solía decir mi madre de mi padre, con la misma facilidad. No sé si es a causa de su profesión, si es que lo lleva en el ADN o si simplemente es que me toma por tonta.

Recordé esa frase una noche en la que Gerard me explicaba una sarta de embustes para justificar que no había dormido en casa, que

había ido directamente al trabajo y que le había sido completamente imposible avisarme. Tres en una, me dije yo, para que no chirríe la primera mentira ahí van tres. Por suerte, yo estaba cambiando a Susana y tenía excusa para no prestarle demasiada atención. Me toma por tonta, pensé, pero no se lo dije. Hacía meses que presentía que había llegado la hora de tener una conversación seria con Gerard y quizá tomar una decisión definitiva. No quería verme en el papel de mi madre, esperando siempre que el gran hombre se dignara a volver a casa, que tuviera a bien cenar en la misma mesa y que quizá no sintiera escrúpulos y esa noche le apeteciera echarme un polvo.

Gerard intentaba llamar mi atención, se movía a mi alrededor, me rozaba, introducía una mano para acariciar a Susana o para hacerle una gracia, y cada vez que yo volvía la cabeza hacia él, añadía otra trola a la retahíla anterior. No tenía ánimo para decirle que se callara y me dejara en paz, y él seguía dándome detalles de todos los percances que había sufrido y que le habían impedido llegar a casa a una hora lógica y que incluso habían resultado un obstáculo insalvable para poder llamar por teléfono. La verdad es el camino más corto, pensaba yo, a veces el más duro también, pero por lo menos sabes que no vas a perderte. Gerard me hacía reír, incluso cuando yo sabía que me estaba mintiendo; tenía facilidad para la ironía, el sarcasmo, era como un don, pero cuando usas demasiado el mismo recurso, lo quemas. Gerard había jugado ya en otras épocas de crisis a reconquistarme y a reseducirme, y aunque reconocerlo me sienta fatal, lo había conseguido. En esos momentos me preguntaba qué quería demostrar Gerard, ¿que él era fuerte o que yo era débil? Pero se aprende de los errores, así que había decidido vacunarme. Cada vez que me sentía desfallecer pensaba en Susana, me repetía su nombre entre los dientes, porque no quería para mi hija un entorno como el de mi infancia.

Nada se puede construir sobre la mentira, decía mi madre, resulta un material demasiado blando, todo lo que se edifica sobre ella acaba siendo engullido. Yo estaba segura de que mi padre debía mentir con más arte o al menos con más aplomo que Gerard.

Cuando Ethel se largó, todos nos sentimos en falso. Marcos Recaj dejó de ser el anfitrión perfecto, no nos ponía mala cara cuando nos presentábamos en su casa sin avisar, pero seguía con sus dibujos y apenas nos prestaba atención. Marcos estaba muy dolido, con Ethel y también con nosotros, porque intuía que sabíamos qué iba a pasar y no le habíamos ayudado a impedirlo. Marcos sabía perfectamente que Ethel acabaría marchándose, por supuesto, pero confesárselo le hacía daño. Un par de años más tarde, cuando las circunstancias familiares de Gerard lo permitieron, él y yo nos fuimos a vivir juntos, seguro que de todos modos fue una decisión precipitada.

—No sé si me conviene liarme con Gerard —le confesé a Ethel en una ocasión.

—Gerard es adorable y te quiere —me respondió—, serás feliz con él.

—¿Cómo puede una estar segura?

136-157

La inyección de…, Ethel interrumpió la lectura para enseñarme la caja y el prospecto porque no quería pronunciar el nombre de la marca, *está indicada para el rápido tratamiento de síntomas de agitación y desasosiego que pueden surgir en enfermedades cuyos síntomas son: oír, ver o sentir cosas irreales, creencias erróneas, suspicacia inusual, y volverse retraído. Las personas que sufren estas enfermedades*, Ethel volvió a detenerse para señalarse a sí misma con las dos manos, *pueden encontrarse, además, deprimidas, tensas o con ansiedad. O bien, puede: sentirse eufórico, tener una energía exagerada, una necesidad de dormir mucho menos de lo habitual, hablar muy deprisa con fuga de ideas y, a veces, una irritabilidad considerable*. Lo ves, qué te parece, Laura, deprimida o eufórica, blanco y negro, triste y alegre, cualquier estado emocional puede combatirse gracias a este producto milagroso.

Los pacientes que reciben más de esto, y Ethel enarboló la caja una vez más, *del que les corresponde, experimentan los siguientes síntomas: latidos rápidos del corazón, agitación/ agresividad, problemas con el habla, movimientos inusuales, en especial de la cara y de la lengua, y un nivel reducido de conciencia. Otros síntomas pueden ser: confusión aguda, convulsiones, coma, una combinación de fiebre, respiración rápida, sudor, rigidez muscular, somnolencia o letargo, frecuencia respiratoria más lenta, aspiración, aumento o disminución de la tensión arterial, ritmos anormales del corazón.*

—Una inyección combate los síntomas, pero no modifica mi estado; si estaba enferma, lo seguiré estando, en peores condiciones quizá porque mi organismo estará cada vez más confundido.

—Y las causas deben permanecer ocultas, imagino.

—Eso es, inconfesables.

137-157

Tras las vacaciones en Venecia, la vuelta a la normalidad no me sirvió para aclararme. Me ponía nerviosa en presencia de Ethel, aunque estuviéramos en la cafetería de la facultad rodeados de compañeros, y si por casualidad estábamos a solas me ponía a sudar como una adolescente. Sin embargo, ella se comportaba con total naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Laura, me gritaba cuando me veía llegar para llamar mi atención, y Ethel se levantaba, sonreía y venía a mi encuentro y me abrazaba y besaba como harían dos amigas íntimas. Yo no podía entenderlo, no sabía qué pensar, y tampoco sabía qué era peor, que ella no le diera ninguna importancia o que simplemente hubiera borrado ese recuerdo de su mente. No me había sentido así desde la adolescencia, cuando estaba perdidamente enamorada de Juanjo Gutiérrez. Recuerdo que dedicaba todas mis energías a escrutar e interpretar cada uno de sus gestos para ver si me correspondía, hacía listas interminables donde registraba qué me había dicho y qué tono había empleado, y finalmente sí, él también estaba loco por mí; nuestro noviazgo duró setenta y cuatro días, todo un récord mundial en esa época.

Fui a ver a Ethel una mañana, una vez finalizado el curso, cuando ella vivía ya con Marcos. Sabía que estaba sola y acudí dispuesta a hablar con ella, necesitaba saber qué sentía Ethel para poder estar segura de lo que sentía yo. Ya sé que parece contradictorio, que no hay una relación de causa y efecto, que la reciprocidad es una lotería, pero eran mis emociones las que gobernaban mi mente. Me encontré con Ethel en el Caprabo. Iba como siempre un poco estrafalaria, con chanclas, pantalones ajustados tipo *leggins* y una camisa enorme, blanca, con unos faldones que le llegaban hasta las rodillas. Ethel llevaba una lista de la compra, se la había hecho Marcos. Ayúdame, Laura, me dijo, siempre me equivoco, el otro día compré el tomate entero y tenía que ser triturado, además a él sólo le gusta la marca Cidacos, y a mí me parecen todas iguales. Es curioso que sea tan maniático para estas cosas, me contó, tendrías que ver cómo tiende la ropa, agrupa las piezas y las coloca en el tendedero de modo que pueda recoger más fácilmente las que necesite antes, y combina las pinzas para que quede más estético, ¡de verdad!, me dijo riéndose como una loca, azul, roja, verde, azul, roja, verde, y así. ¿No te parece extraordinario, Laura?

Salimos del súper con varias bolsas cada una y subimos juntas a su casa. Por el camino intercambiamos sólo esas frases de rigor entre dos viejas amigas que se ven a menudo. Me dolió esa cotidianidad que compartía con Marcos; mientras subíamos en el ascensor Ethel me contó lo que pensaba cocinar para él. Sentí envidia de Marcos. Le ayudé a guardar la compra en la cocina y, cuando acabé de colocar los refrescos y la cerveza en la nevera, me volví. Ella estaba detrás de mí,

observándome con sus enormes ojos verdes; estiró las manos hacia mí y me arrojé en sus brazos, nos besamos como locas, con un ansia enfermiza, y así, abrazadas, nos arrastramos hasta su dormitorio.

El discurso que había preparado no sirvió de nada. Y cuando digo preparado, me refiero a que escribí en mi libreta todo lo que pensaba decirle, y lo corregí y lo reescribí intentando anticipar sus respuestas y mis réplicas. Pensaba decirle a Ethel que, al margen del placer físico, ella había despertado en mí unas emociones y unos sentimientos como nunca antes había experimentado, y que me mortificaba no saber ponerle nombre a eso. Había previsto que después de mi declaración se produciría un silencio que Ethel debería romper de alguna manera, y yo en mi contrarréplica le pediría su ayuda, le preguntaría qué sentía ella por mí, y cuando me respondiera que me tenía afecto, que me quería mucho, le diría que eso no era suficiente, que yo me refería a verdadero amor.

—¿Qué nos sucede? ¿Por qué me has abrazado?

—Habías venido en busca de amor, ¿no?

—Sí, claro.

138-157

Los asaltos se iniciaron en Sevilla. Allí, Ethel y su familia vivían en un dúplex con varias terrazas. Habían llegado en el año 19827 en el 84 Ethel cumplió quince años. Su familia le organizó una fiesta sorpresa a la que invitaron a todos sus amigos; el lema de las invitaciones fue *La niña bonita* y los tarjetones que enviaron simulaban uno de esos cartones que se utilizan para jugar al bingo o a la lotería con un quince que invadía las casillas de los números adyacentes. Para la ocasión, a Ethel le compraron un vestido blanco que llevaba bordadas margaritas en los bordes de la falda. Ese día fue la chica más guapa de Sevilla y quizá también el último en el que se sintió feliz de verdad.

La habitación de Ethel y la de sus padres estaban en el piso inferior y las de los chicos en el piso superior, a distancia suficiente para que cualquier ruido quedara amortiguado. La primera vez o, para ser más precisos las primeras veces se produjeron mientras Margo estaba ingresada en el hospital. Ethel se sintió indefensa y tardó varios días en salir de su habitación, estaba acobardada, se preguntaba por qué había sucedido algo así y buscaba en su interior argumentos por los que sentirse culpable. Ethel les llamaba asaltos, pero eran violaciones.

—Deberías buscar un terapeuta.

—Ya tengo psiquiatra, y para lo que me sirve.
—Pues entonces lo que necesitas es un policía.

139-157

Ethel tenía miedo de Esteban. Su mera presencia la intimidaba de tal modo que la paralizaba. Mientras Ethel permanecía en silencio en la cama, asustada, acobardada, su padre no paraba de hablar, en voz baja pero clara. Esteban la amenazó con toda clase de castigos, más que físicos, psicológicos. Le llegó a hacer creer que había sido culpa suya, que ella le había provocado y seducido. Le decía a Ethel que era un ser monstruoso, y la conminaba a callar para no poner en peligro la salud de Margo, y porque las consecuencias que describía para la propia Ethel, si llegaba a saberse, serían terribles: la familia rota, dispersa, empobrecida, deprimida…

Esteban era un buen actor, nadie como él sabía hacerse el ofendido, nadie como él sabía bajar la cabeza, mostrarse humillado, dolido e incapaz de enfrentarse con unas acusaciones, o unos amagos de acusaciones, que desde cualquier perspectiva debían de ser falsas. Para Margo era un sufrimiento atroz ver a Esteban bajar la cabeza avergonzado ante los insultos y la desfachatez de Ethel. Fue Margo la que en una de las primeras discusiones se levantó de la silla, cruzó la sala y propinó una tremenda bofetada a su hija. Y fue Esteban quien saltó como un resorte para apartar a su mujer, fue su hombro el que acogió el llanto desesperado de Margo que nunca antes le había levantado la mano a ninguno de sus hijos. Cuando Ethel me explicó este episodio, mientras estábamos sentadas en un banco de la Barceloneta contemplando el ir y venir de las olas, se volvió hacia mí y me dijo: ya ves, Laura, ni siquiera puedo llorar al recordarlo.

Hasta que finalmente Esteban encontró un punto débil en la supuesta enfermedad de Ethel, en la necesidad que tenía de medicarse, en la urgencia de ponerla en manos de especialistas en temas psiquiátricos. Era tan evidente que se lamentaron por el tiempo perdido, sólo la enfermedad podía explicar ese comportamiento. Su hija necesitaba ayuda, toda la ayuda que los doctores pudieran brindarle.

Durante trece años, me explicó Ethel con un hilo de voz, han estado abusando de mí. Es increíble, pensé yo, algo así no puede suceder realmente. Durante semanas no pude dormir por las noches, no podía quitarme de la cabeza las agresiones a mi amiga, me parecía imposible que no pudiera hacer nada, que los agresores no recibieran

el castigo que merecían. Al fin, para poder descansar, tuve que recurrir, también yo, a los tranquilizantes que utilizaba mi madre.

Primero su padre, Esteban, y luego Santiago, el hermano mayor. Es difícil imaginar un castigo que pueda infligir mayor sufrimiento. Y también estabas tú en la lista de espera, le dije a Quique a bocajarro, porque constituías para ella una amenaza latente. Nadie puede digerir eso sin que le afecte a su propio equilibrio. Ethel no podía aceptar la traición de Margo, le dije a Quique, era a vuestra madre a quien más odiaba. Y a ti, Quique, supongo que a ti también, aunque apenas te mencionaba. Para Ethel era simplemente inconcebible haber estado sufriendo abusos durante tantos años y que Margo no lo supiera, que no se hubiera dado cuenta. No lo podía creer. Y si Margo lo sabía, Ethel no podía entender que su querida madre no hiciera nada para librarla de ese tormento. Tardó meses en explicarme qué le sucedía. No sé por qué me eligió a mí como confidente, porque no éramos demasiado afines; yo tenía la sensación de que ella era más amiga de Gerard y, además, decía estar enamorada de Marcos, eso me lo confesó también. Y, sin embargo, después del viaje a Venecia Ethel me eligió a mí para volcar su odio y su rencor; es obvio que lo hizo porque me percibió como una aliada, porque sabía que haría por ella cualquier cosa que me pidiera.

—No insistas, no puedo acudir a la policía, temo el efecto bumerán que tendría una denuncia, qué dirían de mí en los periódicos y en el juicio, qué pensaría la gente de mí. La única solución es marcharme de casa y empezar de nuevo.

—No es tan fácil.

—Sí, si puedo contar con vuestra ayuda.

140-157

Quedamos para tomar café en la Barceloneta, en una terraza frente a la playa, cerca del teleférico que sube a Montjuïc. Hacía un calor tremendo ese verano, pero la brisa del mar y un té frío lo hacían más llevadero. Ethel vestía con un tejano y una camisa azul clarito de manga corta, estaba muy guapa. Yo me senté bajo la sombrilla y ella se puso las gafas oscuras y corrió la silla metálica para exponerse al sol. Sé que estás enamorada de mí, me dijo Ethel sin mirarme a la cara. No sé qué decirte, continuó ella, estoy confusa, no sé cómo interpretar mis emociones. Por primera vez en muchos años siento que vivo en un entorno seguro, con Marcos. Os debo mucho a los tres, Laura, me dijo Ethel, nunca podré pagaros lo que habéis hecho por mí.

Hace veintidós días que abandoné a mi familia y no he tenido ninguna noticia de ellos, aunque todavía me sobresalto si veo aparecer a alguien con una fisonomía que me resulta familiar y me despierto por las noches gritando en sueños; pero ya no todas las noches, ha habido dos o tres en las que he dormido como un bebé y me he levantado relajada y feliz. Lo necesito.

Quiero a Marcos y no puedo hacerle daño, me dijo Ethel después de un momento de silencio en el que parecía dormir acunada por la brisa y el ronroneo del mar, y sin embargo creo que mi vía crucis todavía no ha acabado. He de irme, necesito encontrar un lugar tranquilo, uno de esos sitios en los que un día sea en todo semejante al siguiente e idéntico al anterior, donde el conflicto más grave es que un vecino no ha saludado a otro. No sé cómo decírselo a Marcos, necesito otra vez vuestra ayuda, Laura, la tuya y la de Gerard, porque sé que le haré daño y no se me ocurre cómo evitarlo.

Ethel era así. Yo estaba destrozada, con un conflicto de identidad que no sabía hacia dónde debía decantar, y ella me despachó en treinta segundos como si se limitara a comentar la noticia del día. Estaba enamorada de ella, al menos eso creía, y también de Gerard, pero ni en mi cabeza ni en mi corazón podía admitir que fuera posible amar a dos personas a la vez, y además de distinto sexo. Gerard me había propuesto que nos fuéramos a vivir juntos, su plan era ahorrar un poco de dinero, buscar un piso de alquiler en algún pueblo de la zona del Maresme, cerca de la playa, y mudarnos allí lo antes posible. Y mientras me explicaba esos planes, que tardamos más de dos años en hacer realidad, y me decía que me quería y me besaba, yo estaba pensando en Ethel. Pero antes de que yo pudiera exponerle mi drama personal, de hecho creía que habíamos quedado para eso, de nuevo surgían sus problemas, sus necesidades. Es posible que le preocupara Marcos, pero sobre todo estaba concentrada en su propia seguridad. Tuve la certeza de que Ethel ya había decidido sus próximos movimientos, adonde iría, el lugar exacto, y cuándo se iría, el día y el minuto precisos. Y cuando Marcos se viera arrinconado, desesperado e impotente, Gerard y yo debíamos estar preparados para consolarlo.

—¿Se lo vas a decir, a Marcos?

—No sé, quizá le deje una nota.

—No es buena idea.

141-157

No sé cómo sucedió, me contó Ethel, pero una noche el que entró

subrepticiamente en mi habitación no fue Esteban sino Santiago. Yo no podía dormir por las noches, los asaltos no se producían con una frecuencia regular, así que mi ansiedad se acrecentaba con el paso de los días. Algunas noches las pasaba en un tenso duermevela, o me despertaba quince o veinte veces porque podía oír los ruidos más tenues que puedas imaginar. Pero una noche, una noche de tantas, cuando oí el ruido de los pasos que se acercaban a mi habitación cerré los ojos con fuerza para parecer dormida, como los niños pequeños que creen que les basta con cerrar los ojos para ser invisibles. Un instante después sentí un vacío absoluto que me ahogaba al percibir que no era Esteban el que se colaba en mi cama, sino mi hermano Santiago. Me entró un ataque de pánico, pero antes de que pudiera gritar, Santiago estaba encima de mí y me tapaba la boca con su mano. Ni mis quejas, ni mis lágrimas, ni mis convulsiones le ablandaron. Pensé que Santiago sabía lo que estaba sucediendo y que en lugar de venir en mi ayuda había decidido aprovecharse él también. No dijeron nunca nada, pero yo tenía la certeza de que los dos sabían lo que estaban haciendo conmigo y que, de algún modo, empezaron a turnarse para asaltar mi cuarto.

Cuando Santiago se casó sentí un alivio tremendo, me explicó Ethel, pensé que quizá también Esteban dejaría de visitarme. No sé por qué hice esa asociación, pero durante un par de semanas sentí que me había liberado por fin de la esclavitud a la que me habían sometido. Luego, una noche, me sobresalté y al abrir los ojos vi a Esteban acostado a mi lado, oí su respiración fatigosa junto a mi cuello y quise morir una vez más.

El matrimonio de Santiago no podía durar, me dijo Ethel, yo sabía que no iba bien porque de vez en cuando hablaba con Carmina, su mujer, pero lo último que supuse fue que Santiago volvería con nosotros. Sin embargo, cuando supe que de nuevo se había instalado en casa, y que había sido admitido como si sólo hubiera estado fuera un fin de semana, no me cupo la menor duda de que volvería a la carga. Antes de que Santiago encontrara la oportunidad, me largué de casa; con lo puesto, con todo el dinero que pude conseguir, cogí un taxi y le pedí que me llevara a la estación de Sants. Allí compré un billete para el primer tren de largo recorrido, para el primero que saliera que no necesitara pasaporte, así que me encontré en un Talgo camino de Madrid. Sólo tardaron seis días en dar conmigo, continuó, estaba viviendo en una pensión al lado de la Puerta del Sol y cometí el error de dar mi verdadero nombre y enseñar mi documentación. No había tenido la precaución de llevarme mis medicamentos y no me encontraba muy bien, así que, antes de volver a casa, me hicieron pasar por el sanatorio.

Sabes, Laura, me explicó Ethel, hay pocas experiencias que sean

tan humillantes como la de atarte a una camilla, pero en algunas ocasiones me negaba a ponérselo fácil y me resistía con todas mis fuerzas. Entre varios celadores intentaban inmovilizarme y con su propio peso me aplastaban contra la camilla, entonces me ataban primero una mano, luego la otra, eso parecía hacerles muy felices, después intentaban capturar una de mis piernas evitando que pudiera darles una patada y me la ataban también, a continuación, la otra les resultaba fácil. Tras esa pelea furibunda acababa exhausta y medio desnuda, pero ellos no tenían ningún reparo en dejarme así, expuesta a las miradas de cualquiera que pudiera pasar, y a mí, si quieres que te lo diga, ya nada me importaba. Lo peor sucedía después, cuando me ponían esa inyección que me anulaba como persona.

Ha pasado tanto tiempo que sólo recuerdo vagamente los primeros asaltos de Esteban. Yo era todavía una niña, apenas había cumplido los quince años. Vivíamos en Sevilla, y sin embargo no recuerdo dónde estaba Margo cuando sucedió la primera vez, porque tengo la sensación de que quise explicárselo y no pude dar con ella. Recuerdo perfectamente que estaba como mareada, que no conseguía reaccionar ni defenderme.

—Y tu madre, y tu otro hermano, ¿no hicieron nada?

—Durante años odié a Quique porque pensé que él sería el siguiente.

142-157

No era sólo dolor lo que sentía Ethel, también era humillación, miedo, angustia, rabia, impotencia.

Es una sensación de asfixia que se me ha instalado en el pecho y en la garganta, me confesó Ethel, yo necesitaba que explotara algo dentro de mí para sentirme liberada, pero esa opresión no cesaba, seguía ahí, de día y sobre todo de noche. Es el pánico que debe de sentir una persona secuestrada y que espera ser ejecutada cada amanecer, me dijo, para mí era la angustia de esta noche sí, esta noche no, y la desesperación al ver que el reloj no avanzaba, que la noche se hacía eterna. No sé cómo puedo explicártelo, Laura, me decía Ethel. La verdad es que yo hubiera preferido no saberlo, qué haces con algo así en tu conciencia.

Es un miedo, insistía Ethel, que acaba convirtiéndose en algo físico y que te afecta hasta el punto de modificar tu comportamiento más cotidiano. Acabé sintiendo arcadas en presencia de mi padre, me costaba respirar, me entraban temblores y me sobrevenía un sudor

frío, incluso llegué a vomitar de la repulsión que sentía al estar cerca de él. Eso es lo que quiero decir con miedo físico.

¿Por qué me hablan?, se preguntaba Ethel, ¿por qué me hablan?, ¿qué más quieren de mí?, ¿por qué me hablan?

—Te ayudaremos, dime qué quieres hacer y te ayudaremos.

—Tiene que ser de día y cara a cara, sólo tengo que encontrar el valor suficiente.

—Será como tú quieras, pero debes ponerle fin cuanto antes.

143-157

Yo estaba obsesionada con denunciar el caso de Ethel a la policía, pensaba que no encontraría remedio a sus males hasta que no hubiera puesto punto final a esas agresiones, hasta que tuviera la certeza de que nunca más volverían a repetirse. Pero no podía hacerlo sin su consentimiento, no quería traicionarla. Ethel me hizo jurar que no le explicaría nada a mi padre. Es policía, le dije, puede ayudarte, para él sería fácil presentarse en tu casa y amenazar a tu padre y a tu hermano con la cárcel. Incluso podría esposarlos, dramaticé yo adelantando las manos con los dedos entrelazados, y llevárselos a la comisaría. Para algo me tiene que servir ser hija de poli, insistí.

No, Laura, por favor, me suplicó ella, si interviene la policía acabaremos ante los tribunales. Le he dado muchas vueltas a esa situación, cientos de veces. Un juez dictaminará que estoy enferma, que no puedo valerme por mí misma, y aunque me libre de ellos, aunque los encarcele, lo más probable es que a mí me envíen a un sanatorio. No quiero pasar el resto de mi vida entrando y saliendo de instituciones y pendiente de una medicación. No, Laura, es demasiado tarde para eso, tendría que haberlo denunciado a los quince años; ahora mi mejor opción, mi única opción, es la huida.

Abusar de una hija menor, le pregunté a mi abuelo uno de esos raros días en los que pasó por casa a tomar café y a controlar la situación, ¿qué clase de delito es?

Estupro, incesto, me respondió sin levantar la mirada de su café con leche. ¿Por qué lo preguntas?, se extrañó él, ¿qué clase de pregunta es ésa?

Por nada, un compañero de clase contó hace poco un caso de abusos, y sentía curiosidad por conocer el nombre técnico.

¿Ese es un tema de debate?, se interesó mi madre, que había oído la pregunta mientras entraba y salía de la cocina, ¿en qué asignatura?

No fue en clase, mamá, estábamos en una pausa en la cafetería y, como siempre, surgieron una docena de conversaciones cruzadas, y fue entonces cuando un compañero hizo ese comentario. ¿Se refería a un caso real?, mi abuelo no podía olvidar cuál había sido su profesión y casi se me atragantan las galletas. ¿Mencionó algún nombre, era algo que podía estar ocurriendo en su entorno? ¿Te parece que te acompañe un día de éstos y hable con él?

Me levanté y fui a la cocina a buscar un vaso de agua, necesitaba un poco de tiempo para reflexionar y decidir cómo continuar; si le daba más detalles, mi abuelo acabaría sacándome algún dato que podría comprometer a Ethel.

Me parece que ese compañero se refería a una noticia que había leído en algún periódico, mentí mientras me sentaba de nuevo a la mesa, pero si le vuelvo a ver por la facultad ya le preguntaré; no es de mi curso, creo que es un alumno de cuarto. Mi abuelo me miró fijamente durante más tiempo del que era habitual, como si tuviera delante a un testigo de un delito y no a su propia nieta. Bien, me dijo, tuve que concentrarme en respirar pausadamente para que no se me notara la inquietud, ya me contarás.

—Tienes que hablar con mi padre o con mi abuelo—le dije a Ethel —, son unos pájaros de cuidado, pero seguro que pueden ayudarte.

—No insistas—me suplicó ella—, sólo me he atrevido a confesártelo a ti, no soy capaz de hablar con nadie más. Si Marcos y Gerard lo supieran, me moriría.

—Ese silencio también puede matarte por dentro.

144-157

No sé sí mis padres sabían que yo estaba en mi habitación, quiero suponer que pensaban que estaban solos. Hacía varios días que arrastraba un fuerte resfriado, así que decidí volver a casa después de mediodía y saltarme las clases. Cuando llegué no había nadie y me refugié en mi cuarto, pensé prepararme una infusión bien caliente pero ya me había tomado tres, así que lo dejé para más tarde. Me acosté vestida y me quedé dormida encima de la cama. Cuando me desperté había oscurecido y sentía frío, así que me moví un poco para taparme con la colcha. Fue entonces cuando oí las voces y supe que mis padres estaban en casa, discutiendo, como casi siempre. Hacía cuatro días que mi padre no aparecía, ni siquiera había llamado, y mi madre estaba muy inquieta. Ella siempre se angustiaba. Aunque ese comportamiento de mi padre fuera habitual, mi madre tenía un

sentimiento estrábico; por un lado no podía evitar pensar que quizá le había ocurrido algo malo y, por otro, que era una tonta por preocuparse, creía que lo más seguro era que su marido estuviera a salvo, y con otra mujer. Ser policía tiene sus riesgos, todo el mundo puede entender eso, pero lo que mi madre sospechaba desde hacía tiempo era que él tenía otra familia, puede que incluso otros hijos, quizá en Barcelona o en cualquier otra ciudad.

Mi madre le reprochaba su ausencia y sus silencios, y mi padre, en un tono mucho más alto, casi a gritos, le pedía que le dejara en paz, que no le agobiara con sus insinuaciones y sus mandangas. Si no quieres vivir en esta casa, si no me quieres, se atrevió a decirle mi madre, y me sorprendió que por una vez fuera tan valiente, por qué no te vas, pero para siempre. Pero qué dices, de qué hablas, eres tonta o qué, ésta es mi casa, le gritó mi padre, y ésta es mi familia, y de aquí no se va nadie, ¿me entiendes?, ¿quieres que te lo repita?, de aquí no se va nadie. Si no te vas tú, y ésa fue la última frase que oí en boca de mi madre, me iré yo.

Tú, adonde vas a ir tú, gritó mi padre, enfurecido. Oí varios golpes, pero eran claramente cajones o puertas que se cerraban de manera violenta. No temí por mi madre, o quizá sí pero tuve miedo. Eres una inútil, le gritó, no sirves para nada, todo el día en casa holgazaneando, no te das cuenta, ni siquiera fuiste capaz de darme tres o cuatro hijos, ni para eso sirves.

Se hizo un silencio y un minuto más tarde oí el gran portazo, deseé con todo mi corazón que ese portazo lo hubiera dado mi madre. Me levanté y salí al comedor, toda la casa estaba a oscuras y no me atrevía a dar la luz. Mi madre estaba en el comedor, sentada en el borde de una silla, temblando como si estuviera muerta de frío. La abracé y ella dejó que las lágrimas fluyeran. Nunca he odiado más al hombre que alardeaba de ser mi padre.

No sé cómo lo hizo, pero mi madre encontró fuerzas en algún lugar de su corazón o de su mente, porque al día siguiente vino un cerrajero y cambió la cerradura de la puerta. Cuando me dio una copia de la llave pensé que esta vez no había vuelta atrás, pero no sentí ningún alivio; en todo caso, un temor oscuro por lo que le pudiera pasar a mi madre. Mi padre llegó esa noche y montó un escándalo monumental en la escalera, golpeó la puerta con tanta fuerza que creímos que sería capaz de reventarla, pero desistió cuando unos vecinos le llamaron la atención, casi llega a las manos con uno de ellos. Mi madre no le abrió, ni siquiera se atrevió a echar un vistazo por la mirilla, y él dijo que volvería al día siguiente con una palanca si era necesario.

Fue una mañana de mucha tensión para nosotras. Mi abuelo paterno llegó a primera hora, mucho antes que mi padre. Mi madre le había llamado y le había explicado todo lo sucedido, todo lo que había

sufrido en los últimos años. Mi abuelo era un hombre muy digno, austero hasta parecer tacaño, creyente hasta parecer beato, en el ojal de la chaqueta llevaba siempre un corazón de Jesús. No se llevaba un pedazo de pan a la boca sin decir una oración, se santiguaba al salir de casa, al cruzar un semáforo, antes de arrancar el coche. Mientras fui pequeña, su obsesión era averiguar si sabía decir de memoria las oraciones que debía recitar antes de dormir. *Jesusito de mi vida eres niño como yo…*, todavía le recuerdo de pie en mi habitación, diciéndolas él también entre dientes, y luego me daba un beso en la frente y dejaba un caramelo sobre la mesita de noche, *con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y el Espíritu Santo…*, hasta que dejó de ser un juego y se convirtió en una pesadilla.

Mi abuelo había sido policía, también, como su padre y como su hijo. A mi madre no le gustaba su suegro. Sé tantas cosas sobre él, me decía, que todo lo que hace y dice me suena a falso. Sin embargo, le llamó y le pidió ayuda. Mi abuelo no lo dudó, sabía cómo se las gastaba su hijo, al que solía llamar rufián incluso en mi presencia, y se presentó en casa en cuanto se hizo de día.

Oímos llegar a mi padre antes de que llamara a la puerta porque sus gritos resonaron por toda la escalera. Mi abuelo le pidió a mi madre que abriera la puerta y que volviera al comedor. A mí me envió a mi habitación, y le obedecí aunque dejé todas las puertas abiertas por si tenía que intervenir de algún modo. Mi madre, antes de que mi abuelo pudiera decirle nada, le dijo que aquélla era su casa y su vida, para que supiera que de allí no se iba a mover.

Mi padre entró como un elefante en una cacharrería, pisando fuerte y elevando el tono de la voz, pero frenó en seco cuando vio allí a su padre. Mi abuelo estaba tomándose un café con leche que le había preparado mi madre, se levantó lentamente con una galleta de chocolate entre los dedos, alisó su chaqueta con el dorso de las manos y se quedó observando a su hijo con una mirada fría como el hielo. ¿Así es como te he enseñado a entrar en una casa?, le dijo sin alzar la voz.

Padre, balbuceó el mío, mirando en todas direcciones. Era obvio que no sabía qué hacer, seguro que venía preparado para enfrentarse a diez situaciones distintas, pero justo ésa, que su padre estuviera esperándole, no se le había ocurrido. Mi padre no se atrevió a dar un paso más, no se acercó al abuelo y tampoco osó sentarse.

Recoge tus cosas, le dijo el abuelo en el mismo tono tranquilo aunque con un gesto incómodo porque el chocolate se le estaba deshaciendo entre los dedos, pero sólo lo más imprescindible. Anota una dirección en este papel, señaló hacia la mesa, y mañana se te enviará el resto de tus pertenencias. ¿Me has entendido, José Ramón?

¡Responde!, le requirió con energía después de un breve silencio.

Sí, señor.

No quiero, le dijo con una voz alta y clara, con autoridad, que vuelvas a poner los pies en esta casa si no eres invitado. No quiero que vuelvas a ver a Araceli si ella no te llama, ni a Laura, por supuesto. ¿Me has entendido, José Ramón?

Sí, señor, repitió de nuevo mi padre.

Pues date prisa, no tenemos toda la mañana.

Pasaron treinta minutos en los que todo permaneció en silencio, como si el planeta se hubiera detenido, no teníamos ánimo ni para respirar. Se oían algunos ruidos procedentes del dormitorio de mis padres, pero nadie se movió, nadie hizo ningún gesto en esa dirección. Mi padre salió de casa con una maleta, mi abuelo lo escoltó hasta la puerta. Nunca más supimos de él.

Se lo conté a Ethel con todo lujo de detalles, no sólo para que entendiera que en todas partes cuecen habas, no fue sólo por eso; me había molestado que llamara a mi madre y se entrometiera en nuestras vidas, y quería que entendiera que mi madre tenía sus razones, que lo había pasado muy mal. De todos modos, en nuestros encuentros, en los momentos en que nos dejaban solas, creo que le conté a Ethel toda mi vida, tenía necesidad de compartir con ella todo lo que me importaba, aunque no estoy segura de que ella me prestara demasiada atención. No fue fácil para mi madre, le dije, aceptar que el hombre de su vida le había mentido de manera sistemática, pero fue todavía peor pensar que, en realidad, él la despreciaba.

—No puedo entender que Margo sea capaz de vivir bajo el mismo techo que tu padre sabiendo lo que está pasando.

—Quizá no lo sabe.

—No te engañes, tú sabes perfectamente que sí lo sabe; lo ha sabido siempre.

145-157

Ethel odiaba a su hermano Enrique, era un odio irracional que ella vio brotar en su interior y no supo controlar. Se lo dije a él, no supe responder a su pregunta con un eufemismo, y pude ver cómo Quique se demudaba, en pocos segundos se fue apagando y quedó abatido. Ese odio quizá fuera injusto, lo único que Ethel podría haberle reprochado a su hermano menor era su ceguera, pero en cualquier caso ella se sintió siempre amenazada por él.

La jubilación anticipada y un estilo de vida sedentario hizo que la

salud del padre de Ethel se resintiera. Aparte de la diabetes no tenía nada grave, pero estaba de un humor irascible, se cansaba enseguida y padecía unas jaquecas cada vez más frecuentes. Conforme su padre se fue haciendo mayor, sus asaltos fueron menudeando y Ethel se sintió aliviada, pensó que su época de esclavitud estaba llegando a su fin. Entonces apareció en escena Santiago, y Ethel creyó morir; pensó que era absurdo que el ciclo pudiera volver a repetirse y se hundió literalmente, y como consecuencia sus crisis de ansiedad se agudizaron. Santiago tenía novia. A veces cuando Carmina estaba en casa hacían planes de matrimonio en presencia de sus padres; Ethel no podía entender qué estaba sucediendo, por qué su hermano, que tenía una novia que a ella le parecía maravillosa, era capaz de asaltar su habitación y abusar de ella. Era su hermana, habían jugado juntos, compartido secretos y sueños. A partir de ese momento, desde el primer asalto de Santiago, Ethel vio en Quique una amenaza potencial y empezó a generar un comportamiento agresivo respecto de él. Si Quique la elogiaba por algún motivo, por más nimio que fuera, o si le decía que alguna ropa le sentaba bien, como le había dicho en miles de ocasiones, ella protestaba con dureza y le pedía que se metiera en sus asuntos. Si él le ponía una mano en el hombro o la rozaba de una manera ingenua, como había hecho siempre, Ethel se lo sacudía de encima de un modo agresivo. Ante Quique se sintió de repente insegura, como nunca antes se había sentido, y también vulnerable, no sabía cómo podría defenderse si él se decidía a atacarla.

Las confesiones de Ethel surgían como un torrente. A los cinco minutos de habernos sentado a tomar un café, empezaba a vomitar toda la rabia acumulada; solía hacerlo sin seguir un orden concreto, saltaba de una cosa a la otra. De vez en cuando se detenía para mirarme fijamente, como si quisiera comprobar el efecto que sus palabras causaban en mi ánimo. ¿Tú me crees, verdad, Laura?, me decía, o ¿entiendes lo que quiero decirte, verdad, Laura? Normalmente producía en mí una sensación de desamparo, me dejaba triturada, como si hubiera nadado mil piscinas; no sabía cómo debía actuar ante ella, si debía limitarme a escucharla y a compartir su dolor o si debía, además, consolarla. Mi contradicción se agudizó hasta extremos intolerables cuando llegué al convencimiento de que estaba enamorada de Ethel.

—Sabes, algunos días consigo no pensar en ti, ésos son los peores.

—No puedo darte lo que quieres, ni a ti ni a Marcos. Tengo que irme, en cuanto pueda acumular un poco de energía, me iré.

—¿Volverás?

146-157

Mi madre tardó en reaccionar. Durante años había anticipado la ruptura, había soñado con la separación o el divorcio, y sin embargo nunca se había atrevido a hacer planes a largo plazo, era como si se conformase con obtener un pedacito de paz y tranquilidad, unas migajas de sosiego. La intervención de su suegro había sido fulminante; aunque, por sus convicciones religiosas, el hombre no podía aceptar el divorcio, menos aún toleraba que alguien ejerciera la violencia sobre una mujer indefensa. A partir de ese día mi madre debía plantearse qué iba a hacer con su vida. Mi padre se lia bía ido de casa. Pasaron los días y pudimos comprobar que esta vez era para siempre; había pasado ya más de un mes y no había enviado ninguna señal. Mi abuelo llamaba casi todas las semanas, o nos hacía visitas de cinco minutos, para cerciorarse de que todo estaba en orden. Mi madre estaba libre, pero no sabía qué hacer con su libertad. Podía disponer de su tiempo, de su vida, pero todavía no sabía qué camino tomar. Tienes que recuperar el hábito de pensar y de decidir por ti misma, la animó mi abuela, no creas que resulta fácil.

Para entonces Ethel también había abandonado o, mejor dicho, se había librado de la tiranía de su familia y estaba viviendo con Marcos, aunque yo sabía o intuía que era provisional, porque ella me había explicado sus planes una y otra vez como si necesitara convencerse a sí misma, y en cualquier caso éstos incluían una segunda fase. Ethel no quiso confesarme hacia qué lugar pensaba encaminarse y yo no me atreví a formular esa pregunta.

—¿Me echarás de menos?

—Desde ahora mismo.

—Yo también a vosotros, habéis salvado mi vida.

147-157

Para mí, en aquella época, un día perfecto consistía en levantarme por la mañana y salir de casa camino de la piscina, antes de que mis padres se hubieran despertado, y regresar de la facultad muy tarde para no encontrar a nadie despierto. No ocurría todos los días, pero sí bastante a menudo. En condiciones normales, tenía tiempo de sobra para volver a casa a mediodía y comer con mi madre, pero pensar en cómo me la encontraría, llorando, angustiada, me quitaba las ganas. Así que después de fracasar en el intento de ahogar a la última horda

de criaturas, recogía mis cosas y me iba a alguna biblioteca del centro, o si no directamente a la de la facultad. Para matar el hambre, solía comerme un par de bocadillos o una hamburguesa.

Después de Semana Santa pensé que debía pasar más tiempo con mi madre y me propuse comer en casa todos los días, o casi todos. Mi madre no pareció sorprenderse. El primer día simplemente ajustó las raciones para que hubiera suficiente para las dos mientras yo ponía a lavar el equipo de la piscina. ¿Puedo ayudarte en algo?, le pregunté en la cocina, pero ella me dijo que no, que lo tenía todo dispuesto. Como no me resistía a estar de brazos cruzados, mientras ella acababa de preparar la comida lavé los platos y los trastos que había en el fregadero y puse la mesa. No sabía qué decir, habíamos tenido tantas broncas que me costaba hablar con normalidad, así que me limité a hacerle compañía. Ya saldrán los temas, me decía yo, no nos daremos cuenta y estaremos contándonos otra vez nuestras cosas.

Una tarde de unos meses atrás, mi madre entró en mi habitación hecha un basilisco y me amenazó con tirar a la basura, o quemar incluso, la ropa que encontrara por el suelo. Tenía razón, desde luego, pero me pareció que su enfado era desmedido. Me calenté yo también y la seguí a la cocina. Conmigo sí te atreves, ¿verdad, mamá?, le espeté, ¿seguro que me gritas porque no recojo mi habitación, o lo haces para darle rienda suelta a tu ira y a tu frustración? Pues no me lo merezco, le grité yo antes de que pudiera reaccionar, qué te crees, que no sé lo que te pasa. Fue peor el remedio que la enfermedad porque mi madre dejó de reñirme, se acabaron las peleas y las broncas por las cosas más cotidianas e insignificantes, pero también los escasos momentos de comunicación y de intimidad. Prácticamente, mi madre dejó de hablarme. Me creí muy lista, desde luego más que mi madre porque había sabido desarmarla con un diagnóstico certero de la situación, pero eso no la ayudaba en nada. Mi clarividencia era útil para mí, pero no aportaba nada a mi madre. Si mis ingresos hubieran sido un poco más elevados me habría ido de casa, incluso procuré averiguar cuánto podía costarme alquilar una habitación en un piso de estudiantes, pero resultaba demasiado caro para mí, así que la opción lógica era pasar el menor tiempo posible en casa.

Después de comer, mi madre se instalaba en el sofá y seguía la telenovela. A mí me aburría soberanamente, pero me sentaba con ella, a su lado, para que me notara cerca. Aproveché los anuncios para hablar de cualquier cosa y, sobre todo, para llamarla por su nombre, Araceli, y a las cuatro y media de la tarde, con tiempo de sobra para pasar por la biblioteca, me iba a la facultad. Yo la veía derrotada y sometida, y me preguntaba cómo había llegado a esa situación; pasaba

la mayor parte del día sola, sin nada que hacer. Si consigo tener un poco de paciencia, me dije, quizá pueda preguntarle por qué no se plantea buscar un empleo, por qué se conforma con una vida casi vegetal.

—La familia debería ser lo más importante, ahí es donde uno encuentra el apoyo y el afecto que necesita. Pero no somos conscientes hasta que la echamos en falta.

—¡Y lo dices precisamente tú!

—Claro, mi vampírica familia es la excepción que confirma la regla.

148-157

Cometí la debilidad de acudir al despacho de uno de nuestros profesores para consultarle qué podíamos hacer en el caso de Ethel. Por suerte, aparte de por mi estupidez, no tengo de qué arrepentirme porque no llegué a contarle nada. Lo habíamos tenido en segundo curso, le llamaban Pipo, y volvíamos a tenerlo en quinto. Aunque me sentía atraída por su aire progre y cuidadosamente desaliñado, no sé por qué fui a verle; para entonces, yo salía con Gerard, estaba enamorada de él, y me había acostado dos veces con Ethel, así que lo último que podía necesitar era una aventura con un profe. Pero fui, eso ya no tiene remedio. Hablamos de su asignatura y de la carrera, de las salidas profesionales si había suerte, y cuando agotamos esos prolegómenos, le dije que tenía una consulta personal que hacerle.

El consultorio sentimental lo abro después de cenar, me dijo con una sonrisa de suficiencia, con una expresión tan babosa que sentí arcadas, y ahí se acabó la magia, si es que había habido alguna.

Yo sabía que le gustaba al tal Pipo, le había pillado repasándome de arriba abajo, pero esa tarde lo analicé fríamente: el cabello teñido, la barriga más que incipiente, la mediocridad de su despacho, el tono perdonavidas, hasta me irritó la blancura artificial de sus dientes. Pipo, me dije, cómo puede un adulto llamarse así y no pegarse un tiro. Me levanté y me fui sin dar más explicaciones, eso sí, riéndome a carcajadas porque, mientras recogía mis cosas, me acordé de un comentario que solía hacer el carcamal de mi padre. Cuando tengo que detener a algún pez gordo, solía decir, a alguien realmente importante, me lo imagino cagando, haciendo fuerza para vencer su estreñimiento, entonces siento por él el mismo asco que por cualquier chorizo de medio pelo.

Me hubiera gustado contarle a los chicos lo baboso que me parecía

el gran Pipo, pero no se me ocurría una excusa convincente que justificara una entrevista en su despacho, y la verdad encerraba dos o tres traiciones de las que me avergonzaba.

—¿Crees que nos servirán de algo tantos años de estudio?

—Por supuesto, las traducciones de textos de psicología las pagan muy bien.

—Ya, y a lo mejor nos hacen descuento cuando vayamos a terapia.

149-157

No puedo descansar, me confesó Ethel, porque no sólo se han apoderado de mi cuerpo, también han colonizado mi mente.

Por las noches, mientras estoy estirada en la cama intentando dormir y a la vez procurando permanecer despierta, suelo pensar que es preferible que se produzca el asalto más temprano que tarde, y que llegue a su fin cuanto antes, y me dejen sola con mi desesperación; lo prefiero a la desazón insoportable de la espera.

—Pero es una tortura, nadie puede vivir así.

—Se puede, hubo una época en que incluso pensaba que lo merecía.

—No digas eso, por favor.

150-157

El segundo día consecutivo que Ethel pasó a buscarme por la piscina intuí que había llegado el momento de la confesión. Yo estaba dispuesta, aunque quizá no estaba preparada, para escuchar ese drama que ella intentaba ocultar pero que afloraba por todos los poros de su piel. Ethel evitaba los detalles morbosos, y yo se lo agradecía; ella quería, sobre todo, que yo supiera cómo se sentía y se esforzaba en encontrar imágenes que reflejaran sus sentimientos.

Imagínate que estás quieta en un lugar, me dijo Ethel, y que de repente levantas la vista y ves cómo un objeto duro, afilado, va a caer sobre ti, pero tú no puedes moverte y, sin embargo, sabes que estás en la trayectoria de ese objeto y que te va a golpear, y por más que lo intentas, no puedes zafarte, parece que estés parada ahí para recibir ese golpe. ¿Te imaginas cómo se te aceleraría el pulso y el latido del

corazón?, ¿puedes sentir el sudor frío, la angustia, el pánico ante la inevitabilidad del impacto? Pues así me he sentido yo cada noche durante trece años, y la angustia se intensifica con la espera, así que una acaba pensando: es preferible hoy que mañana; mejor cuando me acuesto que en plena madrugada; lo que tenga que ocurrir, que pase cuanto antes.

No soporto la espera, Laura, continuó Ethel después de un largo silencio, porque yo no sabía qué decir, sólo se me ocurrían algunas palabras horas más tarde, cuando le daba vueltas a lo que ella me había explicado. La espera me corroe por dentro, y sin embargo me he pasado la vida esperando: el asalto, mientras permanecía paralizada por el miedo en mi cama; la inyección, mientras estaba inmovilizada en una camilla; su llegada, mientras aguardaba en una pensión en la que no me sentía segura…

—La espera es terrible.

—Y ahora, ¿cómo te sientes?

—Me siento como el esclavo que ha comprado su libertad, sólo que todavía siento las cadenas.

151-157

¿Qué quieres que te diga?, me preguntó Gerard. Había estado toda la tarde rondándome, por las habitaciones, mientras bañaba a la niña, en la cocina, explicándome batallitas para justificar lo injustificable. Yo estaba harta, pero no quería discutir y menos en presencia de Susana, así que aguanté toda su verborrea hasta que la niña estuvo acostada. Entonces volví a la cocina y me preparé una infusión de Rooibos Safari; estaba cansada y necesitaba un momento de calma. Gerard se acercó, cauteloso, esperando o temiendo mi reacción. La verdad, le contesté en un tono algo abrupto, eso es lo que quiero; la verdad siempre es preferible a la mentira y a la larga, resulta más barata. Gerard quiso protestar, pero no le dejé. No soporto más mentiras, le corté, hay mentiras que hacen gracia, que divierten, y otras que se usan para engañar y para obtener ventajas. Las tuyas, querido, han perdido la gracia. Cuando te oigo dar tantas explicaciones, lo único que se me ocurre pensar es qué me estás ocultando, qué estás intentando camuflar con tanta palabrería. Los curas nos decían que también se mentía por omisión, ¿lo recuerdas? A mí me da igual, yo sólo quiero oír la verdad de tus labios. Espera, le frené antes de que empezara a hablar, mi problema ahora es que ya no te creo, no importa lo que me digas, ya no te creo. Hubiera querido

rematar la frase con un «y ya no te quiero», pero en el último instante preferí reservar ese golpe para el siguiente asalto.

Gerard no dijo nada. De repente, toda su locuacidad se había evaporado, como si hubiera metido la cabeza dentro del agua. Me siguió hasta el comedor. Yo me senté en el sofá, me tapé las piernas con una manta de viaje y cogí un libro, aunque no tenía ninguna intención de ponerme a leer, enseguida encendí la radio y automáticamente bajé el volumen.

¿Qué quieres que haga?, me preguntó esta vez Gerard. Nada que no quieras hacer, le respondí. Yo lo doy todo, le dije mirándole fijamente a la cara, y él apartó sus ojos fingiendo que se interesaba por alguna noticia que acababa de emitir la radio, así que lo quiero todo, y no me conformo ni con una migaja menos. ¿Qué quiero que hagas?, eso me preguntas, ¿no sabes qué tienes que hacer o es que te resulta más fácil que decida yo? Pues bien, decidiré yo, recoge tus cosas y márchate, aún no nos hemos hecho demasiado daño. No te voy a pedir que recapacites y que medites sobre si quieres vivir con nosotras o no, porque no puedo asegurarte que, si te decides a volver, vayas a ser bienvenido.

Gerard y yo nos liamos mientras estudiábamos quinto curso, el año de Ethel. Lo más probable es que si ella no hubiera irrumpido en nuestras vidas, Gerard y yo no habríamos acabado juntos; de hecho, en cuatro años no habíamos pasado de ser compañeros, ni siquiera éramos amigos, porque a mí, aunque ahora no pueda recordar los motivos, no me caía bien. Pero Ethel, quizá sin quererlo, modificó nuestras escalas, cambió nuestra percepción de la vida y, sobre todo, nos insufló una necesidad apremiante de estar junto a los otros, de querer y de ser querido. En el balance quedan ocho años juntos, algunos no del todo malos, varios álbumes de fotografías y sobre todo una niña que tiene derecho a ser feliz.

—¿Venimos al mundo para sufrir o para ser felices? —me preguntó Ethel—. ¿Tú qué crees, Laura?

—Las mujeres, para sufrir—le respondí de un modo quizá demasiado tajante.

—Estaba segura.

152-157

Sabes lo que tienes que hacer, le dijo Esteban la segunda vez que asaltó su dormitorio, para no quedarte preñada, ¿verdad? Si no puedes hablar, asiente con la cabeza.

—Poder librarte de ellos—le dije a Ethel—soluciona una parte del problema, pero además deberían pagar por el daño que te han hecho. Es un delito.

—Quizá sí, pero ¿cómo consigo que el castigo que deben recibir no se vuelva contra mí?

—No sé, es evidente que el riesgo está ahí.

153-157

No me levanté de la cama al día siguiente, dije que me encontraba mal y que no podía ir al instituto. Esteban se había ido ya a trabajar y Margo no estaba, así que mis hermanos no supieron qué hacer; se acercaron a preguntarme cómo me encontraba y si quería que llamaran al médico. Les dije que no, que había pasado muy mala noche y que necesitaba descansar. Por suerte, no insistieron.

Más tarde llegó Paquita, la chica que venía por las mañanas; lo supe porque lo primero que hacía era encender el transistor que la acompañaba como un perrito faldero durante toda la jornada. Entró en mi habitación para abrir la ventana y ventilar y se sorprendió al verme allí. No me encuentro bien, le dije, y he decidido quedarme en casa. Paquita era una chica joven, de unos veinte años, tenía un hijo pequeño aunque no estaba casada. Se escapó con otra, me contó una vez, antes de que pudiera ponerle la soga al cuello. Paquita me puso la mano en la frente, estás caliente, me dijo, pero no creo que sea fiebre. Levántate un momento mientras hago la cama y luego vuelve a acostarte, te prepararé algo para desayunar. Yo no quise moverme, estaba muy asustada. Paquita insistió y como en un juego levantó un poco las sábanas y vio que estaban manchadas de sangre. Por Dios, Ethel, exclamó, levántate, ve a lavarte y déjame que arregle todo esto, y no te preocupes, no le diré nada a tu madre. Estas cosas pasan, aunque creo que eres demasiado joven. Yo no me atrevía a abrir la boca y Paquita no podía callarse. Pero, por Dios, qué atrevida eres, en tu propia casa, y dónde has escondido a tu novio. Y ese Manolo, ¿cómo ha tenido valor para colarse en tu habitación? Si llegan a pillaros, tu padre os habría matado. Menos mal que la señora Margo está en el hospital, si llega a entrar ella en mi lugar, ¡no quiero ni pensarlo! Fue Paquita la que más tarde me explicó qué debía hacer para no quedarme embarazada e incluso me dio la dirección de un centro de planificación familiar donde podría conseguir recetas para pastillas anticonceptivas.

—¿Sigues tomándolas?

—Sí, las he tomado tanto tiempo seguido que tengo una regla absolutamente domesticada.

—Tenías que habérselo contado a Paquita.

—No lo hice, y le regalé una de mis blusas.

154-157

—No puedo más.

No supe qué decir. Me hubiera mordido las uñas pero me limité a apretar los labios mientras mi amiga hurgaba en su interior buscando las palabras exactas.

—He muerto cientos de veces—me confesó Ethel la mañana en que me imploró que la ayudáramos a huir de casa—, la primera vez a los quince años y la última quiero que sea a los veintiocho, cuando cierre la puerta de mi casa para siempre.

155-157

He callado durante tanto tiempo, me dijo Ethel, que ahora necesito explicárselo a alguien, vaciarme, pero lamento que seas tú. Duermo muy pocas horas cada noche, pero ya estoy acostumbrada. Durante el día, además de té y café y Coca-Colas, tomo cualquier cosa que sea legal y que pueda adquirir en la farmacia; el Pharmaton Complex, por ejemplo, es una mina, y también todos los productos que recomiendan a los estudiantes para permanecer despiertos y poder estudiar. Toda esa química me mantiene despierta aunque me deja el estómago hecho puré.

No duermo porque no puedo, Laura, porque tengo miedo, temo sus asaltos, continuó Ethel, así que activo mi radar y me dedico a detectar y a identificar cualquier ruido que pueda producirse a mi alrededor. Lo peor de todo es que, cuando los he identificado, ya no puedo dejar de oírlos, el grifo que gotea, la persiana que golpea en la ventana, el tictac del reloj, el ruido del motor de la nevera que se activa de vez en cuando, el quejido de unos pies descalzos que avanzan, amenazadores.

La peor sensación es cuando me despierto en plena madrugada y no puedo escuchar nada, Ethel se detuvo un momento como si quisiera coger aire y yo aproveché para cogerle la mano, y por más

que intento recordar no sé qué es lo que me ha alertado. Entonces empiezo a pensar que no estoy sola en la habitación, que uno de mis agresores ha entrado mientras dormía, pero no puedo verlo porque mi cuarto es interior, tiene una ventana estrecha que da al patio de vecinos y la oscuridad es tan densa que noto que me asfixia. No puedo ver, pero sé que hay alguien escondido entre las sombras, así que cuando no puedo soportar más tensión me cubro la cabeza con la sábana y, para mi desgracia, ésa es la señal que espera mi agresor para abalanzarse sobre mí.

Sentirse una cosa, un objeto, es lo peor que puede sucederle a una persona, se lamentó Ethel. Todos los sueños de mi infancia quedaron aplastados. Ya no quiero hacer nada especial, ya no sueño con tener una profesión u otra; ahora sé que sólo soy una mercancía que, además, puede pasar de padre a hijo. Sólo me queda un anhelo y me da miedo verbalizarlo porque temo que también me lo arrebaten. Quiero vivir en un lugar tranquilo, sin sobresaltos, adormecida, sin sentir ninguna clase de deseo. Y sola, porque hubo un momento en el que quizá hubiera querido rescatar a Margo, pero ya no, es demasiado tarde.

—Necesito vuestra ayuda.

—Quizá a Marcos le gustaría acompañarte al destierro.

—No es posible, sus sueños y los míos son de suma cero.

156-157

No es todo, me dijo Ethel con un hilo de voz, hay más, hay cosas que todavía no te he explicado porque he procurado cauterizarlas.

Estábamos en la Barceloneta, sentadas en un banco de piedra enfrente de la playa. Yo tenía el cabello mojado, y la bolsa de la piscina entre las piernas, porque aquella semana Ethel había venido a buscarme a la piscina casi cada mañana. Yo iba a la piscina todos los días, ya no competía pero necesitaba echarme al agua y nadar. Nadaba durante dos horas, sin parar, y luego recibía a los niños de las escuelas y trabajaba como monitora hasta mediodía. Los crios llegaban en oleadas de veinte y treinta, ruidosos, insufribles, me parecía mentira que siendo tan pequeños pudieran utilizar ya tantas excusas para evitar esforzarse un poco: el que no tenía mocos, se había dejado el bañador o le dolía una barbaridad la cabeza o el estómago o la raíz del cabello. Los hubiera ahogado a todos, junto a sus papás y mamás, porque ésa es otra, cómo hacía toda esa gente para poder abandonar sus trabajos a media mañana y presentarse en la piscina

para contemplar a sus monstruitos.

Ethel solía presentarse hacia las doce, se sentaba en una grada y parecía interesarse en los progresos de los niños. El primer día salimos en dirección al mar y el resto de los días de esa semana repetimos el recorrido. Ethel no hablaba mientras caminaba; quiero decir que se limitaba a los lugares comunes, qué buen día hace, parece que ya tenemos aquí el verano y todo eso. Al llegar al banco del que nos apropiamos, miraba fijamente hacia la playa y entonces sí, entonces dejaba ir las frases y las palabras como si fueran olas. Hacía sol, estábamos teniendo una buena primavera, y por eso no era extraño que Ethel usara gafas oscuras para protegerse de la luz y también del dolor que sus palabras evocaban.

Eso no es todo; Ethel tenía la cabeza agachada y con las manos parecía tirarse del cabello, aunque sin fuerza. Me quedé embarazada, dijo, y tardó varios minutos en poder seguir hablando. Sentí miedo, no sabía qué hacer y tampoco me atrevía a confesárselo a nadie, hacía años que había perdido a mis amigas. Pensé en pedirle ayuda a Paquita, pero estaba convencida de que se asustaría y acabaría diciéndoselo a Margo. Pasaron los meses y mi cuerpo reaccionó y salió en mi ayuda, empecé a engordar de una manera exagerada pero no sólo la barriga sino toda yo. Estaba descomunal, me miraba en el espejo y no me reconocía, tendrías que haberme visto desnuda, se sonrió Ethel, daba miedo. Sin embargo, al verme así, hinchada de los pies a la cabeza, lo único que me decía Margo era que tenía que ponerme a dieta.

En el quinto mes se lo conté a Esteban. Estoy embarazada, le dije con un hilo de voz; yo tenía un pánico atroz. Esteban me pegó una bofetada. Eres estúpida o qué, me gritó sin gritar, y se levantó de la cama. Te has vuelto loca, me dijo antes de salir de la habitación, ¿estás segura? Ocurrió hace cinco años y dos meses. Para asegurarme había ido a una farmacia de otro barrio para comprar el predictor; lo comprobé varias veces. Unas semanas más tarde, Esteban me pidió que preparara mis cosas para una salida de varios días; cogió el coche y me llevó hasta un convento en las afueras de Granada. Esteban le dijo a Margo que me acompañaba a un especialista que le habían recomendado y que estaría ingresada dos o tres semanas. No pude hablar con nadie. Fue Esteban el que entró en el despacho de la superiora, al que también acudió un doctor que ni se dignó a mirarme cuando pasó por mi lado. No sé qué les dijo, pero una monja entraba y salía constantemente y pude oír algunas frases: que estaba enferma, que era una incapaz emocional… Así que pude imaginar el resto, que habían abusado de mí, pero que era mayor de edad y que seguramente yo lo había consentido y que era la mejor opción porque cuando ellos faltaran, mis queridos padres, yo no podría ocuparme de ese hijo. Y

como si se tratara de una bula papal, Esteban les enseñaría los informes de los distintos especialistas que me habían tratado en Sevilla.

Permanecí más de tres meses en ese convento completamente aislada, sólo Esteban venía a visitarme una vez al mes y apenas me hablaba. No hacía nada allí, pasear por el claustro, leer libros de vidas de santos, asistir a las misas. Me puse de parto sola, sin tener a mi lado a Margo, sólo me hizo compañía la hermana Visitación. Se llevaron al niño enseguida, porque sólo pude saber eso, que era varón, y más tarde me dijeron que el pobrecillo tenía una malformación congénita en el corazón y que había muerto a las pocas horas. Creí que me volvía loca. Quise levantarme y salir en su busca pero me inyectaron algo que me tuvo dormida varios días; la hermana Visitación permaneció a mi lado todo el tiempo intentando apaciguarme, hablándome de la voluntad y de los designios inescrutables de Dios. Yo protestaba que no era justo, que lo había llevado nueve meses dentro de mí y que ni siquiera le había visto la cara. Le pedí a la hermana que me diera algo de él, un recuerdo al que aferrarme. La hermana Visitación se apiadó de mí; me dijo que el protocolo no les permitía hacer fotos a los niños que habían fallecido, pero que debían tomarle la huella del pie para el expediente, y entonces me entregó un papel en el que estaba estampada la diminuta huella y la pulserita de plástico que le habían puesto al nacer, donde figuraba la fecha y la hora del nacimiento. Esteban vino a recogerme diez días más tarde, hicimos todo el trayecto hasta Sevilla sin decirnos ni una sola palabra.

Margo no fue a verme al convento. Quizá mi ausencia le planteó algunos interrogantes, no sé, pero tengo la sospecha de que no quiso saber nada. Cuando llegué a casa, Margo me abrazó y me acompañó a mi habitación. Estaba emocionada, me dijo lo mucho que me había echado de menos, pero no me hizo pregunta alguna.

Cuando mi amiga acabó su relato, yo estaba destrozada, le había cogido la mano y me la había llevado al pecho como si quisiera protegerla. Pobre niño, fue lo único que acerté a decir, pobre Ethel.

Es mejor así, dijo ella con una frialdad que me sorprendió. Ahora debe de tener cinco añitos y tiene toda una vida que disfrutar. Piénsalo, Laura, es mejor para él no saber quién es. En realidad, conmigo, ¿qué clase de existencia habría tenido?

—¿Conservas la huella de su pie?

—Está guardada en un pequeño cofre de madera, enrollada como si fuera un pergamino y atada con un lazo azul, también conservo la pulserita. Pero aunque me duela lo dejaré en casa cuando me vaya, tengo que empezar de nuevo sin ataduras.

—¿Y si Margo encuentra el cofre?

Aquellos paseos duraron dos semanas. Durante nueve días, Ethel me explicó el martirio que había vivido, dejó ir toda la rabia y el odio acumulado en esos años, y fue entonces cuando me suplicó que la ayudáramos a huir de casa, pero tenía que ser con luz y taquígrafos, quería que yo convenciera a Gerard y a Marcos porque les necesitaba también a ellos, teníamos que encontrar juntos el valor suficiente para entrar en aquella cárcel, enfrentarnos a sus verdugos y salir airosos. La principal dificultad consistía en que Ethel no quería que les explicara la verdad a los chicos, no podían saberlo, y Marcos menos que nadie. No me atreví a repetirle que también yo estaba enamorada de ella, o que al menos sentía algo que podía definirse en esos términos; me pareció que, si se lo decía, lo único que conseguiría sería añadir más tensión a su vida. No es que renunciara, sólo pensé que debía encontrar el momento idóneo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Laura? ¿Cómo puedo liberarme de esta angustia?

—Necesitas olvidar para poder vivir.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE
«LA VIDA Y LAS MUERTES DE ETHEL
JURADO», DE GREGORIO CASAMAYOR, SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
CAPELLADES EN EL MES
DE FEBRERO
DEL AÑO
2011